



IMPEDIMENTA

DAVID STOREY

El ingenuo salvaje

Traducción de Consuelo Rubio



EL INGENUO SALVAJE



DAVID STOREY

*Traducción del inglés a cargo de
Consuelo Rubio Alcover*



IMPEDIMENTA

Título original: *This Sporting Life*

Edición en ebook: octubre de 2019

Copyright © 1960 by The Estate of David Storey
Copyright de la traducción © Consuelo Rubio Alcover, 2019
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019
Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel
Maquetación: Daniel Matías y Luis Villén
Corrección: Ane Zulaika y Sara Terrero
Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-46-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Una de las más brillantes novelas deportivas de todos los tiempos. La historia de un antihéroe obrero del rugby en un pueblo minero inglés en los sesenta, que experimenta en sus propias carnes los sinsabores de la fama mientras ambiciona infructuosamente el amor de su casera. Un clásico de la novela británica de posguerra.

«Una novela extremadamente madura, técnica y emocionalmente.»

The Sunday Times

«La mejor novela deportiva que he leído en mi vida.»

Caryl Phillips

PRIMERA PARTE

1

Estaba esperando a que el balón me pasara entre las piernas, con la cabeza apoyada en el trasero de Mellor.

Él se movía con demasiada lentitud. De hecho, yo ya me había empezado a apartar cuando el cuero me llegó disparado a las manos y, antes de que pudiera pasárselo a alguien, un hombro se me plantó en la mandíbula. Apreté los dientes con furia, en plan tenaza, y esa misma fuerza me aturdió tanto que perdí el conocimiento.

Lo primero que veo es la vaga expresión de disculpa en el rostro de Mellor, junto al de Dai — el entrenador—, que está inclinado, echándome agua en la cara con una esponja.

—Sal del campo un rato —me dice—. Te has hecho un buen tajo en la boca.

Me levanto y noto sus manos en mis axilas, sujetándome como un par de nudos bien apretados. Me despacho a gusto con Mellor; mientras tanto, los demás jugadores lo observan todo despreocupados, aliviados por el interludio. Me marcho junto a Dai, que me planta un inhalador de amoniaco bajo la nariz.

Me quedo sentado en el banco hasta que él termina de dar instrucciones en el campo y, cuando deja de chillar, me presiona la boca con los dedos y me vuelve los labios del revés.

—Joder, tío —me dice—. Te has roto los dientes de delante.

—Pues perfecto, ¿no? —le digo siseando—. Así puedes culparme a mí.

Él observa atentamente los daños. Sus ojos se mueven en círculos y esquivan la punta de mi nariz.

—Tú límitate a no culpar a Mellor —me dice—. ¿Te duele? Me da la impresión de que vas a necesitar una prótesis.

Los reservas se reúnen en torno a él y observan la escena por encima de sus hombros.

—¿Qué aspecto tengo?

Los ojos de Dai se elevan hasta los míos durante un segundo; tratan de comprobar hasta qué punto estoy nervioso.

—Pareces un viejo. Tendrás que abstenerte de chicas por una semana.

—No siento nada —le digo. Sus pulgares sueltan la solapa de mi labio superior, que vuelve rápidamente a su sitio—. Dentro de un minuto quiero entrar otra vez.

En realidad, no hay ninguna necesidad de que regrese al partido. Llevamos una ventaja de doce puntos sobre un equipo agotado, y quedan menos de diez minutos del tiempo reglamentario. La afición ya ha aceptado la decisión y está en pie, curioseando, entreteniéndose con incidentes

como el que yo acabo de protagonizar. Tal vez por esa razón vuelvo al campo, para demostrar lo mucho que me importa el partido. Ya está oscureciendo y la típica neblina va subiendo desde el valle para encontrarse con el techo de nubes bajas. Una de esas ovaciones descreídas tan propias de nuestra hinchada se alza desde el terreno de juego y se convierte en rugido conforme atraviesa las gradas. Justo entonces salgo trotando a la cancha, entre las tinieblas. Le hago señas al árbitro con el brazo.

Aún me queda tiempo para un asalto más. Ya se me ha pasado el efecto de la Benzadrina. Corro por el medio del campo, balanceando acompasadamente la pelota entre las dos manos como si fuera un retrasado, alguien incapaz de engañar a nadie, ni siquiera a un crío pequeño. Sucumbo al placaje, pero después juego el balón y me mantengo alejado del peligro hasta que el pitido del árbitro marca el final del partido. Salimos del terreno en tropel, solos o por parejas. La afición se ha dividido en dos mitades, formando una especie de telón negro, y empieza a marcharse con cuentagotas por las dos salidas principales, que están situadas en los dos extremos del campo. Los pisos superiores de los autocares que esperan en la calle, formando una hilera, refulgen por encima del terraplén. En realidad, este debería ser el mejor momento de la semana para mí: el instante en que, cada sábado, el partido llega a su fin; las luces parpadean a la luz del crepúsculo, el aire está limpio y lo único que tengo por delante es un día sin trabajo, además del ocio del conquistador. Pero hoy, en cambio, lo que tengo delante es la asquerosa espalda de Mellor, y empiezo a acumular justo en ese punto todas mis ansias de venganza. Él agacha la cabeza cuando entramos en el túnel, y tampoco mira a nadie cuando, impasible, se abre paso entre una piña de funcionarios curiosos. Eso se le da bien: al mirarlo, la gente siempre tiene la impresión de que no siente absolutamente nada. Lo cual explica la serenidad de su cara de imbécil.

Su actitud no cambia ni un ápice en el baño, cuando nos sentamos formando una piña y dejamos que el chorro de agua caliente nos azote la piel desgarrada. Una pequeña filtración de sangre y barro oscurece la superficie. A veces se rompe y caracolea en torno a los cuerpos de los hombres despatarrados. Las cabezas sobresalen por encima del agua, como animales que protestan dentro de una charca; yo renuncio a seguir pensando.

Detrás de nosotros vienen los reservas, acompañados por el encargado de mantenimiento del campo, un tipo con joroba. Procuran ordenar un poco las camisetas y los pantalones, pero no los tocan más que con las puntas de los dedos; tratan de rehuir el sudor manchado de barro. Sus siluetas, deformadas por los impermeables, transmiten resentimiento. Se mueven despacio. Por encima del estruendo que generan los pasos de la afición al abandonar el campo, todavía se oye el eco de las viguetas metálicas del graderío. El aire de la habitación —la lámpara amarilla se columpia con la corriente de aire— está espeso, impregnado del olor a sudor, a barro residual, a linimento, a grasa y a cuero, y circula formando espirales de vapor que dificultan la visibilidad entre las paredes opuestas.

George Wade está de pie en mitad de la neblina. Casi lo derribo cuando salgo trepando de la bañera y me dirijo tambaleante hacia la mesa de masajes. Es más, no lo reconozco hasta que siento la pezuña de su perro bajo mi pie desnudo y oigo un gemido. Él se acerca y me estudia mientras Dai me restriega grasa por el muslo y empieza a arrear golpes.

—¿Cómo te encuentras, Art? —me dice, al tiempo que se apoya en su bastón y se inclina sobre el paisaje de mi anatomía. Pone mucho cuidado en concentrar la mirada en mi boca.

Sonrí y hago una mueca ilustrativa, todo a la vez. Tengo justo delante su cara de hombre mayor, de jubilado. Él se ríe; todo esto le hace bastante gracia.

—A partir de ahora no podrás ser tan bocazas —me dice—. Al menos durante unos días, tendrás que cerrar el pico. —Entonces se da cuenta de lo mucho que me divierte el asunto—. Te arreglaré una cita con el dentista el lunes..., pero no, no puede ser, ¿o sí? El lunes es festivo, 26 de diciembre. Veré lo que puedo hacer.

Se queda observándome muy atento un rato, absorbiendo esta nueva imagen mía, sin dientes. Me parece que le gusta, porque me pregunta, como si yo fuera una persona razonable:

—¿Vas a venir a lo de Weaver esta noche? Él dijo que vendrías, creo recordar.

He estado pensando mucho sobre el asunto. Una fiesta de Nochebuena que, además, me otorgaría la oportunidad de conocer a Slomer en persona. No dejo de darle vueltas, pero aún no me he decidido.

—En cuanto a mis dientes... —le digo—. ¿Podrías conseguir que me los arreglen esta noche? Si no, no podré conseguir cita con ningún dentista en toda una semana.

Wade se mordisquea los labios y entrecierra los ojos, como queriendo dar a entender que está sumido en una profunda reflexión.

—¿No hay ningún dentista en la peña de los aficionados? —pregunto, para animarlo un poco.

Él niega con la cabeza.

—No lo sé, Arthur, de verdad; no tengo ni idea. Pero puedo preguntar. —Se queda mirándome, trata de asegurarse de que va a valer la pena.

—¿Podría averiguarlo ahora mismo, *señor*?

Finalmente se da la vuelta. Camina hasta la puerta, tratando de sortear las pilas de ropa sucia y arrastrando al perro tras de sí. El animal se las ve y se las desea cuando intenta pasar una de las patas traseras por encima de los montones.

—Lo intentaré, chavalote. Lo intentaré. Déjalo de mi cuenta —asegura, y su vozarrón se dispersa por la neblina amarilla.

—Quiero que sea esta noche —grito yo. Él inyecta un chorro de aire fresco en la habitación al salir.

Me bajo del banco y me siento justo debajo de mi ropa. Se oyen unos cuantos alaridos provenientes del baño: el comportamiento de alguien por debajo de la línea de flotación parece estar generando conflicto. Un par de tipos se encaraman rápidamente al borde de la bañera y salen de ella disparados. Luego se quedan un rato mirando el agua, rascándose la piel.

—Los mariposones son unos guarros, tío —murmura Dai para el cuello de su camisa mientras se une al grupo que inspecciona el baño, y luego se ríe. Yo estoy de un humor de perros, daría cualquier cosa para que este día terminara de una vez.

Frank hace crujir el banco. Está sentado a mi lado e, inconscientemente, aprieta su corpachón contra mi brazo. Veo comprensión en su mirada; sé que su lento cerebro de minero percibe cómo me siento. Entonces se encoge de hombros con esa típica actitud suya, reticente y reconcentrada a la vez: eso es lo máximo que alguien así puede acercarse a la verdadera empatía. Yo le sonrío; siempre le sonrío, pues tiene esa humildad que adquieren los profesionales después de toda una vida trabajando como mulas. Es precisamente esa falta de arrogancia lo que más me gusta de Frank. No me importa que sea el capitán, y su edad tampoco me provoca envidia. De todas formas, pronto dejará de jugar para siempre.

—¿Vas a lo de Weaver esta noche, Art? —Se da una palmada en sus gigantescos muslos y los hace temblar—. Maurice acaba de contarme lo del fiestón... —Ladea la cabeza para señalar al

chaval, su recia silueta, casi contorsionada a base de músculos precoces. Maurice nos sonrío al tiempo que señala la pelea que se está produciendo en el baño.

—Sí, creo que voy a ir. Pero, dime, ¿qué pinta tengo?

Frank se levanta para secarse el cuerpo; ahora es su barriga la que cuelga y se balancea como un saco.

—Maurice se está comportando como un cerdo otra vez, Art —dice, y se queda observándolo con expresión austera mientras el chaval se parte de la risa—. Yo curro de noche esta semana, ¿te lo había dicho? Y además aún me queda llenar el calcetín del chiquillo.

Me mira de soslayo y me pregunta con interés sincero:

—¿Cómo está tu querida señora Hammond?

Lo de la señora Hammond y yo es una broma para todo el equipo, pero, si quien lo saca a relucir es Frank, a veces se convierte en un reproche. Yo tanteo con la mano por debajo del banco y saco una bolsa de la compra.

—Aquí tengo algunas cosillas para sus críos. Un par de muñecas para la niña y un tren para el enano.

—¿Qué edad tienen?

—Lynda, unos cinco. Y el pequeño, poco más de dos. Pero no te creas, a la muy cabrona no le hace ninguna gracia. No quiere que me entrometa en su vida.

Saco una muñeca negra del envoltorio y la sacudo para que abra y cierre los ojos, como si parpadease varias veces para él. Frank se ríe.

—Dicen que Slomer va a ir esta noche.

Vuelve los ojos hacia mí, como con pereza.

—No seré yo quien pierda el culo por acercarse a él.

Me río y él me mira los dientes.

—De todos modos —me dice mientras se agacha con cierto esfuerzo para estirarse las medias —, yo no me creo que vayas a ir solo por lo de Slomer. ¿Qué tía se te ha puesto a tiro esta vez?

Frank es una de esas personas que no oyen, o no escuchan, lo que tú les dices, sino que van ametrallándote con preguntas esporádicas para tenerte ocupado todo el tiempo. Normalmente, para cuando logras establecer contacto con él, ya se ha resuelto hace tiempo el tema que ibais a discutir. Él se levanta con las medias puestas, se da una palmadita en la barriga con gesto reflexivo y se coloca delante de la chimenea que hay al otro lado de la habitación, donde arde un fuego de carbón de coque. Me tira la toalla bruscamente y me dice:

—Frótame la espalda, Art.

Durante el masaje, él no para de divagar, y hay momentos en que pierdo un trozo de su monólogo.

—Si yo estuviera en tu lugar, lo dejaría estar de una vez —me dice cuando le cuelgo la toalla del hombro. Ahora es él quien me frota la espalda a mí—. Ya estás seco. ¿Oyes lo que te digo? — Yo asiento con la cabeza y de pronto pierdo todo el interés: un dolor punzante me perfora la mandíbula superior por varios lados—. Yo iría a que me mirasen la boca. Es más importante.

Cuando la puerta se abre, una tromba de aire frío sacude la habitación. Primero entra el perro, y luego aparece George Wade.

—¿Os falta mucho, Arthur? ¿Cuándo estaréis listos? —vocea entre el vapor.

—¿Tienes a alguien?

—¡Cierra la puerta, George! —resuena un grito desde el baño—. ¡Eso es, buen chico!

—Un dentista en prácticas, un estudiante o algo por el estilo. El señor Weaver se ocupará de todo si nos damos prisa.

—Qué gran forma de celebrar la Navidad —comenta Frank—. ¿Queréis que vaya yo también? Wade dice algo así como:

—No hace falta, Frank. El señor Weaver dice que lo llevará él en su coche.

—Caramba, menudo golpe de suerte —sentencia Frank. Se pone a toser entre el vapor. Su cuerpo inflamado reposa sobre la mesa de masajes mientras mira cómo me visto.

Tras agarrar la bolsa de la compra, grito «¡Feliz Navidad!» desde la puerta y sigo a Wade a través de la fría humedad del túnel que se extiende bajo las gradas. Él habla durante todo el camino:

—Por supuesto, si como dice Dai tienen que ponerte una prótesis, correrá a cargo del club. Se lo comentaré a Weaver. ¿Cómo te encuentras? De los dientes, quiero decir.

Yo le respondo con un gruñido mientras subimos por las escaleras de madera que llevan al salón de té y al bar. Nada más cruzar el umbral, tal y como esperaba, nos topamos con el viejo Johnson, que está apostado junto a la puerta. Me agarra del brazo en cuanto entro.

—¿Cómo estás, Arthur? ¿Te encuentras bien? —Se le entrecierran los ojos de tanta preocupación; la verdad es que está hecho polvo. Intento quitármelo de encima sin hacerle daño—. Creo que Weaver te ha conseguido cita con un dentista —me dice.

—Déjalo en paz, Johnson —le responde Wade—. Tenemos prisa.

Aunque, en realidad, eso no es cierto. Yo ya he adivinado, nada más ver la espalda de Weaver, cubierta con su abrigo de Crombie, que desviarnos para ir al dentista a esta hora del día va a suponer una auténtica tortura. Wade se pone a dar saltitos, balanceándose entre una pierna y la otra, para tratar de llamar la atención de Weaver. El perro se mantiene erguido, tranquilo. Johnson lo observa todo desde la puerta. Al final, Wade se cansa del bailecito y apoya la mano durante un segundo en la tela afelpada que cubre el hombro de Weaver. El empresario empieza a girarse, afectando su asombro habitual ante los sucesos cotidianos de la vida, y me echa una rápida ojeada antes de estudiar el gesto cohibido de Wade con una mezcla de regocijo y severidad.

—Dime, George.

—Arthur está preparado para marcharse, señor Weaver —di-ce Wade, y, al cabo de un momento, añade—: Quiero decir, cuando usted quiera.

—¿Ah, sí? Pues dame solo un minuto, George. ¿Cómo lo lle-vas, Art? —Y vuelve a su conversación justo a tiempo de perderse mi respuesta.

—Negocios —me susurra Wade mientras muestra un pulgar estirado hacia arriba al grupo de Weaver, y, consciente de que su presencia ya no es necesaria, añade—: Estaré en el bar, por si surge algo más. No tiene sentido que me quede aquí pegado a sus faldones. —Y se marcha con el perro a unirse a la junta.

Johnson ve entonces la ocasión de hacer un segundo intento, pero, justo cuando su mente se acaba de tropezar con esa idea, Weaver vuelve hacia mí su cara de niño y me pregunta, con tono irritado:

—¿Ya estás listo, Arthur?

Al decirle que sí, suelto un siseo más que evidente. Eso lo ablanda un poco.

—Echémosle un vistazo —dice, imitando mi ceceo de manera inconsciente. Yo le enseño la

escena del crimen y el ambiente se relaja un poco. Él se aparta a un lado como quien no quiere la cosa, para que sus colegas puedan echarle un vistazo disimulado al panorama—. Te has llevado un buen sopapo, hijo. No sé cómo van a arreglarte ese destrozo.

Weaver es un tipo peculiar, y no solo por las expresiones que usa al hablar, que según creo reflejan el ambiente en el que se crio, el de la democracia industrial. Hay gente que nunca se termina de acostumbrar. Wade, por ejemplo, nunca lo llama «Charles», sino «señor Weaver». Al ver el rubor que cubre los abotargados envoltorios de sus ojos, me doy cuenta de que Weaver ha estado hablando de mí.

—¿Te importa esperar un poco? —me dice—. Maurice todavía no ha salido. Quiero tener una pequeña charla con él antes de irnos... ¿Le quedaba mucho cuando has salido tú?

—¿Cuánto más vamos a esperar?

—Bueno, habrá que esperar hasta que salga —repite él—. Tómame algo mientras. —Entonces, de pronto, se acuerda de algo y se mira las uñas—. No, mejor no, por si acaso ese chaval tiene que ponerte anestesia. Voy a mandar a alguien para que le meta prisa a Morry. Por cierto, hoy se ha marcado un partidazo, ¿no te parece?

—Todo le venía rodado.

—Pero siempre pasa igual, hijo. —Lo embarga un acceso de emoción, pero enseguida se tranquiliza y dice—: Tú también has jugado bien, Arthur, hasta el accidente. ¿Por qué has vuelto al campo, para hacerte el héroe?

—Creía que era lo mejor. Estaba muy alterado.

—¿Le has pegado?

—¿A quién?

—Al pedazo de armario que te ha golpeado.

—Ha sido culpa de Mellor, que ha jugado el balón demasiado lento.

—Sí, sí, ha debido de ser eso. No te preocupes. Nos pasa a todos, incluso a los mejores. Aunque no es que sea el mejor regalo de Navidad, claro. —Levanta la mitad de su cuerpo para saludar con la mano a Maurice, que acaba de entrar precipitadamente por la puerta—. ¡Por aquí, Morry!

—¿Cómo estás, Art? —me pregunta Maurice mientras juguetea con su gigantesco sobretodo. La parte que cubre los hombros se ha desmoronado por ambos lados, por la sencilla razón de que Maurice no se encuentra debajo—. Mellor —di-ce—, ¿alguna vez has visto a un mariposón de ese calibre jugar un balón? —Mira a Weaver—. No sé por qué tenéis a gente así en nómina.

—O sea, que tú crees que ha sido culpa de Mellor —dice Weaver sin demasiado interés; sin embargo, observa de hito en hito a Maurice.

—Ay —exclama Maurice, y hace una mueca antes de abandonar el tema—. Pero no dejes de venir esta noche por eso, Art —me dice—. Aunque, joder, ahora que lo pienso, ¿tú no te ibas a ir al dentista? Dai me ha dicho que ya te habías marchado.

—Nos estábamos yendo ya —le responde Weaver—. ¿Quieres venirte en el coche? No sé cuánto tiempo estaremos allí, pero podríamos ir a la fiesta justo después, cuando acabe lo de los dientes de Arthur.

—Por mí bien. No quisiera perderme a Arthur sentado en la silla del dentista. Igual podemos llevarnos una cámara y todo.

—Ya puestos, creo que George Wade también debería venir —decide Weaver en ese mismo

instante—. No va a querer, pero da lo mismo; así puede ver las molestias que nos tomamos por el bienestar del equipo.

A través de la ventana trasera del graderío, veo el Bentley de Weaver aparcado en el callejón de abajo. De repente, Frank aparece justo al lado. Ha salido por la puerta de los jugadores, con la cabeza gacha y la garganta envuelta en una bufanda blanca bien remetida en el abrigo. Se trata de una gabardina del Ejército reciclada, teñida de otro color. La luz de la farola le arranca destellos el pelo ralo de su cráneo.

—Puede que tenga que dejaros en el dentista y marcharme, si nos dice que la cosa va a durar mucho —dice Weaver cuando regresa con Wade a rastras—. A ti no te importa, ¿verdad, Arthur? Esta noche vienen Slomer y unos cuantos invitados más, por eso quiero llegar a casa con tiempo. ¿Ya estamos? —Todos salimos a la calle en tropel—. ¿Te importa si metemos al perro en el maletero, George? —pregunta Weaver, y se reclina en la ventanilla del Bentley después de desbloquear las puertas.

—No pasa nada —dice Wade con escasa firmeza.

—Está abierto. Puedes meterlo tú mismo. —Luego añade, con parsimonia—: ¿Y qué hay de tu perro, Arthur?

—¿A qué te refieres?

Señala al viejo Johnson, que se encuentra junto a la puerta de los jugadores, con su gorra plana y excesivamente grande tapándole la cara.

—No tiene gracia —le espeto a Weaver. Wade y Maurice ignoran mi tono, hacen como si no hubieran oído nada.

Weaver asoma la cabeza de golpe y dice desde dentro:

—¿Quieres que se venga?

Yo no quiero, pero aun así llamo a Johnson y él viene hacia mí con paso atropellado, dispuesto a mostrarme su gratitud.

—Entra —le digo—. Justo estábamos yéndonos.

—¿Dónde te vas a sentar tú, Arthur? —pregunta. De un tirón, lo meto en el asiento trasero.

—Espero que su perro no se ponga a sorber la birra, señor Wade —dice Maurice desde el asiento de delante.

—Para eso necesitaría una boca con abrebotellas incorporado —responde Weaver, pero nadie se ríe. El coche empieza a deslizarse por el pavimento y pasa junto al autobús del equipo visitante. Los tres jugadores que hay dentro tienen las miradas perdidas en el vacío; no nos ven.

Contemplamos las luces de la ciudad, desperdigadas debajo de nosotros. No tardamos en descender y ponernos a su nivel. La arista de terreno que hay al otro lado del valle, en Sandwood, donde se encuentra la casa de Weaver, permanece aún escondida en algún punto del fondo, más allá de los edificios de piedra. Llegamos al Bull Ring y tomamos una calle de un solo sentido. Allí, el coche se detiene junto a una casa victoriana de ladrillo.

—Qué suerte —dice Weaver—. Él también ha llegado ya. —Se inclina sobre el volante para señalar la ventana de arriba, que está iluminada—. ¿Vais a entrar todos u os esperáis en el coche?

—Yo quiero entrar —responde Maurice—. ¿Y usted, señor Wade?

—Por mí no hace falta que os preocupéis. —En el trayecto desde Primstone se ha encendido un puro—. Os esperaré aquí, con el perro.

—Yo tampoco puedo hacer demasiado —dice Weaver; su frialdad habitual se ha acentuado

mientras conducía—. Esperaré aquí con George. Si me necesitáis, avisadme. Supongo que el señor Johnson irá con vosotros.

Salimos los tres del coche. La puerta principal de la casa está abierta. En la madera labrada, hay un cartel pintado: «Centro de Odontología Infantil». Johnson aprieta su mano contra mi espalda mientras subimos las escaleras. Al parecer, el dentista nos ha oído llegar; está esperándonos en el primer rellano.

—¿Cuál de ustedes es? —pregunta, y con una simple mirada le otorga la preferencia a Maurice.

Lo cierto es que, con su voluminoso abrigo, Maurice tiene pinta de inválido. Pero solo se trata de una impresión pasajera.

—No soy yo, amigo —objeta él—. Es este de aquí, Arthur.

El dentista nos acompaña hasta su gabinete.

—Siéntese en la silla —me indica—. Tengo un abono de socio. Por eso me han localizado. Aunque todavía no he visto ni un solo partido esta temporada. —Lo dice como si eso, de alguna forma, lo volviera indigno de prestarnos ayuda—. ¿Dónde está el señor Weaver?

—En el coche. No tiene bien las rodillas, no las controla. ¿Verdad, Arthur?

Asiento con la cabeza. Estoy recostado en el respaldo de la silla, con los ojos fijos en el plafón de cristal esmerilado que cubre la bombilla del gabinete. El éter me revuelve el estómago después del olor a humedad de los vestuarios y de la mullida calidez del coche.

—Vuelvo en un minuto —dice el dentista, y se marcha trotando escaleras abajo.

—A saber qué le pasa a este —comenta Maurice—. Al final tendré que ser yo quien te quite esos molares, Art. —Se pone a toquetear el instrumental, hace vibrar los alambres del torno y justo acaba de sacar el fórceps del cajón cuando los poderosos pasos del dentista vuelven a resonar en las escaleras.

—Ya viene —dice Johnson, apremiante, desde su rincón.

—¿Cuánta pasta crees que le habrá costado a Weaver? —pregunta Maurice.

—Cinco libras.

—Cinco por lo menos. Recuerda quién cumple años hoy.

El dentista llega jadeando ligeramente; echa un vistazo al fórceps que Maurice tiene en la mano.

—¿Se las apañan ustedes solos o qué? —dice—. ¿O tal vez necesitan que los asesore?

—No me vendría mal la opinión de un profesional, la verdad —oigo decir a Maurice por detrás de mi cabeza.

—Pues aquí la tiene, ya que me la pide: no se entrometa en mi trabajo. —Suena más que enfadado, y, como Maurice no responde, supongo que debe de ir en serio. Empiezo a girar la cabeza, pero, cuando estoy a medio camino, él ya me la ha agarrado. Abro mucho la boca y cierro los ojos. Él respira rápido y me echa encima un aliento caliente, muy poco profesional. Suelta un bufido irritado.

—Qué desastre —dice—. ¿Le duele?

—No mucho. —Al fondo oigo los ruiditos de preocupación que emite Johnson al ver el chorrillo de sangre que sale despedido de mis encías.

—Ya está. Deberían comportarse durante unos cuantos días, sin darle demasiados problemas —me explica—. Pero luego tendrá que ir a su dentista habitual. Como bien sabe, esto es una

clínica infantil.

—¿Qué me tienen que hacer?

—Sacárselos, desde luego. Seis. Tal vez podrían salvarle uno con un poco de empeño. En cualquier caso, deberían aguantar bien hasta el miércoles. Para entonces las clínicas dentales ya habrán abierto.

—¿Es que Weaver no te ha pagado suficiente? —le pregunto.

Noto cómo retrocede y abro los ojos.

—¿Qué quiere decir? —De repente le ha salido el acento de Yorkshire, fuerte y espontáneo. Maurice se acerca a nosotros.

—Si no te ha pagado los honorarios que sueles cobrar, nosotros podemos pagarte el resto. Ya se lo pediremos luego a él. ¿Cuánto cuesta?

—No es eso —dice el dentista. Todavía no se ha puesto, si es que tenía la intención de hacerlo, su bata blanca. Tiene el aspecto de un empleado del banco cazado en falta, con un descuadre de tres peniques—. Se trata de la prótesis. Doy por sentado que va a querer sustituir las piezas de arriba, ¿no es así?

—Sí, querrá —dice Maurice.

—En ese caso, sería un poco violento presentarse ante un dentista completamente nuevo con seis extracciones recientes, pidiéndole una dentadura postiza. Y yo no puedo ponerle la prótesis.

—¿Por qué no? —se asombra Maurice, que prefiere enfrentarse con él antes que dejar correr el asunto—. ¿Te estás burlando de nosotros? Hay niños que también llevan dentaduras postizas. Yo conozco a uno.

—¿De verdad? —El dentista mueve la cabeza de arriba abajo.

—Puedes llegar a un acuerdo con algún colega. Tú haces la extracción y él se ocupa de la prótesis.

—No tengo problema con echarlos de la consulta, incluso aunque no le haya dado el calmante —contesta por fin—. No me han hecho ningún favor al venir aquí, se lo aseguro.

Yo estoy sudando y tengo ganas de vomitar. Johnson se ha acercado para examinarme la cara.

—Esto no me hace ni puta gracia —les digo—. Zanjemos el tema, joder, me da igual el precio.

—Mírelo —dice Maurice—, tiene mucho dolor.

—Serán cinco guineas —me informa el dentista. Dudo si decirle que es un mariposón usurero y que apesta. Trato de imaginarme las represalias que eso me podría acarrear—. ¿Quiere o no? —me pregunta.

Yo contesto que sí y Maurice se ofrece a pagar por el momento. El dentista se queda mirándolo mientras saca los billetes, y acto seguido se los mete en un bolsillo interior.

—No es tan lucrativo como podrían pensar, lo de trabajar para el Ayuntamiento —dice mientras se pone una bata blanca—. No encontrarán a nadie más que atienda a estas horas. Y, ojo, tendrá que ser con anestesia. ¿Ha comido hace poco?

—Nada desde la cena.

—¿Y arreglará lo de la dentadura postiza con un colega? —añade Maurice.

—Sí —contesta él—. A ver, ¿les importaría esperar en la habitación de al lado? Pueden dejar la puerta abierta si desean mirar. Pero no los quiero aquí.

Al cabo de un minuto, ya me está poniendo la mascarilla. Empiezo a sentir pánico y llamo a Maurice a gritos. El Sistema de Salud Pública, el tufo a whisky. Dejadme salir de aquí. La cara de

Johnson, demacrada y extraña. Y ahí está de nuevo: la cara de Johnson, esta vez a punto de vomitar.

2

¿Por qué me preocupa tanto ese tipo? Este fue el primer pensamiento que me vino a la cabeza cuando me cacé dándole vueltas al tema de Johnson. A decir verdad, sería algo extraño que me pusiera a hacer averiguaciones sobre su persona después de haberme valido de su ayuda. Al principio dependía totalmente de él, por eso no quería investigar demasiado; por si acaso salía a la luz lo poco que valía su apoyo. Sin embargo, su utilidad tenía fecha de caducidad: y, cuando ese plazo se cumplió, empecé a preguntarme quién era en realidad. Tal vez se deba a que nunca antes me había topado con alguien que estuviera tan hecho polvo como Johnson. Es posible que me sintiera desorientado por su ilimitada sencillez. ¿Hasta dónde puede llegar la insignificancia de un hombre?, me preguntaba a mí mismo cada vez que lo veía aparecer arrastrando los pies.

Yo llevaba años oyendo hablar de Johnson, desde que era un chaval. En Highfield, todas las mujeres y todos los niños sabíamos quién era; de ninguna manera se nos habría pasado por alto el único varón que seguía dando vueltas por las calles mientras todos los demás hombres se iban a trabajar. Supongo que fue su existencia solitaria la que lo empujó a abrazar la idea de la vejez prematura: fingía ser diez años mayor de lo que era. Esto, por supuesto, se sumaba al carácter excéntrico que le otorgaba su tenaz ociosidad. Creo que, durante un período corto, quizá un par de semanas, trabajó como guarda en un parque.

Cuando yo estaba en el último año de escuela, y también en el equipo de rugby a 13, Johnson entró en la Junta de Gobierno del City Rugby League Club, en Primstone. No duró mucho, pero su paso por allí me dio la impresión de que era un personaje relevante. Está claro que aquello fue un gran error por mi parte, pero al final ese error terminaría beneficiándome. Todavía no consigo explicarme cómo pudo llegar tan alto, a menos que fuera porque tenía más tiempo libre que cualquier otra persona en la ciudad.

No fue hasta los veinte años cuando entré en contacto con él. En aquella época, ya me había asentado, gracias a un anuncio en el periódico, en el número 15 de Fairfax Street. Dos años antes me habían eximido del servicio militar por tener problemas en los pies; me había deformado el tobillo derecho en un accidente, jugando al rugby en la escuela. Después de eso, perdí todo mi interés por el deporte. Y, como estaba hasta la coronilla de vivir en casa de mis padres, llevaba ya algún tiempo hospedándome en pensiones irlandesas.

La señora Hammond bien podría haber sido el monstruo de las seis cabezas, que a mí me habría dado igual. Me ofrecía pensión completa y alojamiento por treinta y cinco chelines a la semana, en una habitación que era solo para mí; cualquiera habría dicho que se estaba *esforzando* para que me quedase con ella. Ni siquiera yo mismo habría impuesto unas condiciones más ventajosas. De todas formas, yo era el único huésped; ella, una viuda ya-no-tan-joven; y su casa

estaba en una hilera de adosados: que reaccionara de esa manera resultaba totalmente natural, ya que acababa de quedar privada de una juventud feliz. Siempre tenía un par de botas de trabajo marrones sobre la repisa de la chimenea.

Yo llevaba dos años trabajando en la fábrica de Weaver cuando me mudé a su casa. Ella me tenía una manía mortal, mis padres la odiaban, sus críos montaban una escandalera de mil demonios; pero a mí me daba igual. Me acababan de conceder mi propio torno de madera en Weaver's y me pasaba la mayor parte del tiempo observando a Maurice Braithewaite, que trabajaba en el mismo taller. Maurice le inspiraba sentimientos muy dispares a la gente, y eso me parecía de lo más interesante. Lo admiraban y lo detestaban a partes iguales. No resultaba muy difícil darse cuenta de quién sentía qué hacia él. Por aquel entonces, Maurice ya había dejado de ir a la cantina de los empleados y solía frecuentar un bar de camioneros con un par de amiguetes. Me parecía un tipo bastante especial. Y tenía mi edad.

Jugar al rugby lo elevaba por encima del merdoso nivel general; y, para mí, que podía darme por satisfecho con solo llegar a fin de mes, eso era lo más importante. Cuando le planteé que quería que me hiciesen una prueba en Primstone, Maurice me explicó que necesitaría un patrocinador o un cazatalentos. No se me ocurría ningún contacto del que tirar, y él me dejó bien claro que no me iba a dar ningún empujón, así que mencioné el nombre de Johnson.

—Nunca he oído hablar de él —dijo—. Pero pregúntale. Vas a necesitar a alguien que responda por ti.

Así que le hice una visita a Johnson. No esperaba que pudiera darme el apoyo que necesitaba, solo quería ver qué pasaba si se lo pedía. En cuanto llamé a su puerta, salió y me lanzó una mirada escrutadora. Yo no tenía ninguna duda de que su esposa se encontraba justo detrás del umbral. Cuando empecé a explicarle lo que quería, él me largó:

—¡Y crees que puedes presentarte aquí sin más, y llamar tranquilamente a mi puerta!

Me pareció muy gracioso y me reí. Él no sabía de qué me estaba riendo, pero bajó un peldaño y murmuró algo sobre el «rey Guillermo». Me marché de allí muy despacio. Iba apoyándome en los setos, en las verjas y en las farolas. Me parecía que Johnson era el hombre más gracioso al que había visto en toda mi vida. Luego me encontré con él en el pub. Esa fue la única vez que me reí de él.

Pero había empezado con mal pie, y no tardé en desanimarme. Aquel año de espera, mientras Johnson se esforzaba con tanto denuedo para conseguirme una oportunidad en Primstone, lo benefició mucho más a él que a mí. Él también era consciente de ello. Si ahora mismo me dijeran que Johnson desaprovechó adrede sus propios esfuerzos para posponer el momento en que yo empezara a actuar por mi cuenta, no me sorprendería en absoluto. Había bastantes indicios de su dependencia respecto a mí, y yo no estaba muy seguro de que eso me hiciera gracia. ¿Por qué no buscar, entonces, otras maneras de entrar en Primstone? Durante un tiempo albergué la esperanza de que quizá Maurice Braithewaite cambiara de opinión y me diera el empujoncito que me hacía falta, pero él no daba muestras de querer ayudarme. Había una larga cola de potenciales delanteros que solicitaban pruebas para entrar en el Club, de modo que no me quedaba más remedio que encomendarme a Johnson si quería que alguien me aupase al primer puesto de la lista cuanto antes.

* * *

Cuando entré en el campo todo estaba muy oscuro. Iba corriendo, y una neblina pesada se cernía sobre el valle y abarcaba el terreno de juego formando una tupida cortina de llovizna gris. Hacía muchísimo frío. Los jugadores corrían por el campo formando grupos, pequeños e irreales bajo los flancos vacíos de las gradas; parecían insectos que alguien hubiera soltado en el recinto. Sentía náuseas y estaba espantado, no tenía ni idea de por qué me encontraba en Primstone, de por qué me había pasado un año entero intentando llegar hasta allí. Todo lo que se extendía más allá de la oscura corona de la multitud de aficionados y de los pináculos de madera del estadio quedaba fuera de mi vista. Estábamos aislados; todo lo que me era familiar y alentador se había desvanecido, nos habían abandonado dentro de una cáscara de gradas y más gradas. En aquellos momentos, no habría sido capaz de explicar de qué servía todo aquel espectáculo.

Johnson se encontraba en la boca del túnel cuando entré corriendo en el terreno de juego. Yo no tenía ni la más remota idea de cómo se las había apañado para conseguirme los cuatro partidos de prueba; pero aquel era, supuestamente, su momento de gloria. Cuando pasé por su lado se levantó del asiento, sumido en un silencio hosco y afligido. Y me quedé observándolo mientras esperábamos a que saliera el otro equipo; el viejo estaba subiendo los empinados escalones centrales del graderío principal, lentamente. Entonces, la boca del túnel entró en erupción: un riachuelo de jerséis blancos salió al campo y lo inundó por completo.

Yo le había preguntado a la señora Hammond si quería venir a verme, pero ella se negó y me dejó claro que no quería que le diese la tabarra con el tema.

—Jo, es que es mi primer partido. Necesito que alguien me anime.

—Puedes animarte tú solito. A mí no se me ha perdido nada allí arriba, con este frío de muerte; no quiero pasarme una hora entera congelándome en la grada.

Cuando intenté ablandarla un poco, ella me dijo:

—Ni lo intentes.

Toda su cara relucía, llena de animosidad.

—Solo es un trabajo. Si juego bien, puedo ganar una pasta, trescientos o cuatrocientos billetes de golpe.

Ella se rio.

—No tengo ninguna duda de que los conseguirás.

—Esos son justo los ánimos que necesito. Pero, además, me haría falta que vinieras.

—No voy a ir —respondió, con un mohín—. Si quisiera, iría. Ya te lo he dicho. No quiero ir.

—Entonces, deséame suerte.

—Todo te está viniendo rodado. No te deseo la suerte que yo pueda darte.

Me puse a dar saltos en el sitio. Estaba inquieto y traté de recordar la cara que ella había puesto mientras yo salía de su casa. En su mirada se entremezclaban el interés y el recelo, todo emborronado por grandes cantidades de autocompasión. Me alegré de que no hubiese venido. En cualquier caso, el pa-norama no habría podido impresionar a nadie: apenas doscientas personas, dos equipos de reservas en el campo y Johnson, agitando sus brazos de araña en el aire. Pero esa hostil indiferencia que ella se gastaba me provocó una especie de ira, un salvajismo que favoreció mucho mi juego. Había perdido todo sentido de la precaución. Cuando terminó el primer tiempo, mientras salíamos en fila del campo, me di cuenta de que esa furia resultaba fundamental para mi estilo de juego. Aunque en un primer momento pareciera corresponderse mejor con mi

personalidad, no me agradaba admitir que lo único que podía ofrecer era un juego más lento y menos técnico, basado en la ventaja que me otorgaban mi tamaño y mi peso.

Nos alineamos para iniciar el segundo tiempo bajo una llovizna fina y pertinaz, formando una mortaja que cubría el terreno de un extremo a otro. De pronto me sentía feliz, aliviado, lleno de aire. En ese momento no achaqué aquella emoción a nada en concreto; simplemente la utilicé para animarme a mí mismo. Más tarde la interpretaría de otra forma, como una sensación preliminar de poder. Yo era grande, fuerte, y podía demostrarlo. Hacía placajes duros y, con una deliberación de la que más tarde me empezaría a jactar, podía hacerles mucho daño a mis oponentes. Yo era grande. ¡Grande! La euforia que sentía no era ninguna bagatela.

Me quedé escuchando la melodía de la masa de aficionados, un sonido que nunca antes había oído. Traté de llevar la batuta por un minuto, por dos minutos, como si fuera el director de la orquesta; durante un buen rato, los animé a hacer ruido, como si en lugar de personas fuesen animales domesticados. ¡Yo era grande!

En el último cuarto de hora, la euforia dio paso a un agotamiento que nunca me habría podido imaginar. No quería jugar más, ni entonces ni durante el resto de mi vida. El frío y la humedad me habían penetrado hasta el mismísimo centro del cuerpo; sentí que me desaparecían las manos y los pies. Alguien había levantado un muro que me separaba de la afición: ya no podía oírlos. El campo había crecido, y sus lindes habían desaparecido, fundidas con aquella sofocante neblina. El terreno de juego se agitaba como el mar, de pronto se abría y me engullía. Yo escuchaba el estruendo de mis pies desvanecidos, que aporreaban la tierra por un mero acto reflejo. Odiaba a la hinchada por hacerme sufrir de aquella manera. Los ojos se me salían y colgaban fuera de las órbitas, tenía la boca abierta y descolgada también, el aire se me colaba garganta abajo formando terrones de plomo limado.

Pero todo esto era innecesario. No hacía más que correr por el campo como un condenado, echando el hígado por la boca con cada zancada, cuando en realidad podría haberme desplazado con tranquilidad, dando un paseíto. En el breve curso de los cuatro partidos de prueba, aprendí a ahorrar energía, con el fin de gastarla en los momentos en los que podía utilizarla con mayor eficacia. Pero, después de ese primer encuentro, me sentía más exhausto y más aliviado que nunca. No me importaba un rábano si no volvía a jugar. Por el momento, me bastaba con poder apoyar el trasero en el suelo. No quería volver a moverme en toda mi vida. Me pasé un buen rato tendido en la bañera, boqueando; el agua me aprisionaba el pecho como si lo tuviera agarrado con un puño, el calor me abrasaba la piel desgarrada y convulsa. Detrás de mí podía oír la voz alborozada de Johnson; en torno a mí, las risas y el guirigay del desahogo colectivo.

Alguien tomó una toalla y se puso a frotarme la espalda, y luego el entrenador me untó un linimento amarillo por los brazos y las piernas. Johnson estaba en pie junto a la puerta; tenía sus ojos brillantes clavados en mí, unos ojos que reflejaban orgullo y fascinación. No paraba de hacer gestos de aprobación. Cuando ya estaba a medio vestir, encontró una excusa para acercarse a toda prisa.

—Has jugado un partidazo —afirmó sin levantar la voz, esperando a que yo le diese licencia para regodearse.

—Entonces es que te lo has pasado bien.

—Venga ya, Arthur —dijo él, con suavidad, aunque temblando a la vez—. Arthur, ha sido el mejor partido que he visto en toda mi vida. Se te van a rifar.

—¿Lo crees de verdad?

—No es que lo crea, es que lo sé. —Sus ojos se ensancharon mientras se daba ánimos a sí mismo—. Estaba sentado justo en medio de la junta —mintió—. Los conozco, sé cómo piensan. Has jugado exactamente como tocaba, exactamente el partido que tocaba jugar. ¿Acaso no te lo había dicho...? —Entonces se lanzó a explicarme varios incidentes del encuentro que yo no tenía ni idea de que habían ocurrido.

—No te emociones tanto —le dije, porque su voz empezaba a alzarse más de la cuenta, y varias personas estaban sonriendo demasiado a causa del alboroto.

—¡Que no me emocione, dice! —Apartó la mano con brusquedad, fingiendo que se sentía herido—. A tu lado, los demás parecían niños pequeños jugando en el patio del colegio.

—Pues a mí no me parecían tan pequeños. No te alteres tanto, papá, que aún estamos en el vestuario. Por cierto, ¿cómo has conseguido entrar?

—Oh, a mí me dejan pasar —respondió. Y luego siguió murmurando—: No va a haber quien te pare, Arthur. Vas a poder pedir el precio que te dé la gana. —Me miró con cautela—. A ver, ¿acaso no lo sabré yo? ¿Acaso no estaba yo en esta junta antes de que tú pudieras levantar una pelota del suelo? Hasta ahora has podido fiarte de mi palabra siempre. ¿No es así, Arthur? —Y me agarró el brazo con firmeza.

—No todos van a pensar igual que tú, papá. Intenta verlo desde su punto de vista.

—Ya lo verás, su opinión no será distinta de la mía. —Tenía pinta de estar enfermo—. Es posible que no quieran que se les note. Naturalmente, no querrán mostrártelo a las claras, como yo.

Me soltó el brazo y esperó a que me vistiera. Barrió la habitación con la mirada y soltó varias perogrulladas comparándome con los demás jugadores, fijándose en sus piernas y en sus torsos y luego en mí. Yo me uní a ellos y me quedé allí un rato, alrededor del fuego, para asegurarme de que el bocazas de Johnson no me había granjeado ninguna enemistad. Luego me marché con él, y me llevó al salón de té.

—Aquí no hay nadie importante —dijo. En su voz había mucha confianza.

—¿No hay nadie de la junta que has mencionado antes?

—No. En todo caso, George Wade, el presidente, está con el primer equipo en Saint Helens.

Tomamos un poco de té y unos bocadillos.

—¿Cómo es Wade? —le pregunté.

—Es el que tomará la decisión. Ya le he hablado de ti. Es duro de pelar, pero conoce el negocio. Lleva en el mundo del deporte desde antes de que tú nacieras.

Ya me había cansado de Johnson. Quería hablar con los demás jugadores, averiguar cuáles de ellos estaban en forma, cuál iba a ser la distribución en el terreno de juego, cómo había jugado yo. Estaba harto del viejo, y también de que me mirara el cuerpo sin ningún disimulo. Contemplé por un momento esa pequeña boca suya, que se abría y se cerraba una y otra vez, e intenté adivinar qué lo movería a hacer todo aquello. ¿Por qué no dejas ya de parlotear, viejo?, quise preguntarle. Y todo este bombo ¿a qué viene? Pero, en lugar de eso, le dije:

—¿Y qué pasa con Weaver... y con Slomer?

Él negó con la cabeza.

—Ellos ponen el dinero. Pero es Wade quien se ocupa de la parte deportiva. Tú no tienes por qué preocuparte de esas cosas.

—¿Y cómo es Weaver?

Creo que no me oyó, aunque tampoco esperaba que él entendiese la situación: no se daba cuenta de que a mí me interesaba más el propio Weaver que jugar al rugby. Mientras tanto, el salón de té se llenó poco a poco y al cabo de diez minutos se vació de nuevo. Nadie estaba interesado en quedarse allí. Yo estuve esperando a solas mientras Johnson se paseaba por toda la estancia, repartiendo opiniones y confidencias entre los presentes; gracias a su insistencia, varios de ellos clavaron sus ojos en mí, y todavía más gente arqueó las cejas mirándolo a él. Johnson calzaba unos botines muy pequeños que hacían que sus pies parecieran colillas.

Nos marchamos juntos de allí y nos subimos a un autobús en la parada que había junto al estadio. La penumbra invernal acababa de instalarse del todo, y las luces de la ciudad relucían perezosamente en el valle. Nos sentamos en la parte delantera del autobús y observamos desde allí los muros de piedra gris y los edificios que se iban escurriendo hacia ambos lados. Entonces saqué el libro que había tratado de leer durante el viaje de ida, antes del partido. Ahora que todo había acabado, la euforia de Johnson empezaba a remitir; ya solo hacía algún que otro comentario esporádico, aunque todavía me miraba con una especie de posesividad. Ese ánimo siguió flotando en el ambiente hasta que nos apeamos del autobús en el Bull Ring para hacer el transbordo con la línea 10, que nos llevaría hasta Highfield recorriendo toda West Street.

—Yo ya lo he leído —me dijo. Primero tocó el libro, y luego plantó el dedo sobre la página para impedir que siguiera leyendo.

—¿De qué trata? —le pregunté yo.

—De un boxeador. —Tosió y se sonó la nariz con los dedos, sin pañuelo.

—Eso se deduce con solo mirar la cubierta —le dije, al tiempo que le mostraba el dibujo de la tapa. Él se quedó mirando la cara pintada y los dos enormes guantes rojos de la imagen, embobado.

—¿Te está gustando?

Yo me encogí de hombros y respondí algo banal; no quería que se diera cuenta de lo impresionado que me tenía el héroe, un tipo de lo más bragado. Entonces, por fin, Johnson soltó lo que le había estado rondando la cabeza desde el final del partido; fue como si de pronto unos dedos le oprimieran la garganta.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

Me miraba con una mezcla de nerviosismo y desconcierto, como si estuviera interpretando un papel.

—No me molesta... A mí no me molesta —reiteró.

—Si te apetece... Vente y tomamos un té. No creo que la señora Hammond tenga problema.

Él no dijo nada más. Nuestros pasos repiqueteaban sobre el pavimento, cubierto de charcos de luz derramada de las farolas. Así atravesamos el barrio y llegamos a la zona más apartada de la ciudad, situada justo debajo de la cresta del hospital.

No había nadie en la casa. La señora Hammond había salido con los niños, seguramente adrede, así que nos sentamos al fondo de la cocina a esperar. Johnson volvió a contarme las mismas batallitas sobre el partido, y mientras se dedicó a echar ojeadas esporádicas a las botas marrones que había sobre el hogar, a hurgar entre las brasas con el atizador y a añadir más carbón al fuego. Intentaba caldear el ambiente, ponerse cómodo.

Fue justo a esto último, al fuego que ya se elevaba formando gigantescas llamaradas, adonde dirigió sus chisporroteantes ojos la señora Hammond nada más entrar en el cuarto. Me miró

enojada, y uno de los niños dijo:

—Hace *mucha* calor, ¿no, mami?

—¡Calor! —dijo ella, y entonces reparó en la figura de Johnson, que estaba en cuclillas, tratando de erguirse, en una esquina del cuarto—. Esto parece un horno —agregó con un tono acre en la voz—. Ya sabe que no podemos usar tanto carbón, señor Machin. —Hacía como si Johnson no existiera, me interpelaba solo a mí. Su acritud oscilaba entre dos focos, el fuego y Johnson: de pronto me di cuenta de que no debería haberlo invitado.

—El señor Johnson me ha acompañado a casa —acerté a decirle, un poco a bocajarro—. Acabamos de volver del partido. Esta es la señora Hammond —le expliqué a él, y los dos intercambiaron algunas palabras. Sin embargo, Johnson no se movió; siguió en pie al lado de la silla, inmóvil.

—No podemos ofrecer mucho para acompañar el té... —dijo ella.

—No exageres —respondí yo—. No vaya a ser que el señor Johnson crea que somos pobres.

Ella estaba ya al borde de las lágrimas, o a punto de perder los estribos; seguro que hasta se le pasó por la cabeza la idea de amenazarme. Pero no le quedaban ánimos para nada. Yo, por mi parte, me apresuré a ayudarla a vaciar la bolsa. Ahora era plenamente consciente de que traer a Johnson había sido un grave error, pero de pronto me di cuenta de que no la culpaba a ella, sino a él. Coloqué los escasos paquetes de comida encima de la mesa y me pregunté por qué se habría tomado la molestia de comprarlos.

—He ido a hacer la compra. Hace un tiempo horroroso.

—Pues sí —respondió Johnson—. Calabobos y niebla todo el rato.

Ella se puso a trajinar en torno a la mesa, satisfecha de que yo la ayudase y encantada de que Johnson viera que lo hacía. Llenó el hervidor de agua. Los niños, en cambio, seguían de pie junto a la puerta; percibían la acritud de su madre y fulminaban con la mirada la silueta de Johnson.

—Siéntate —lo urgi.

Él se dejó caer en la silla y se sentó muy derecho, alerta, sin quitarme la mirada de encima. La señora Hammond dijo:

—¿Cómo ha ido el partido? ¿Habéis ganado?

No había motivos para que ella ocultara su interés; todo aquello le importaba bien poco. Yo intenté improvisar alguna clase de respuesta antes de que Johnson dijera, casi a voz en cuello:

—¡Pues ha jugado un partidazo, señora mía!

—¡No me diga! —Se quedó mirándome durante un segundo—. ¿Y cuánto dinero van a pagar por ficharlo?

—La cosa no va tan rápido como usted cree. Hay que jugar tres partidos más para tener algo en firme.

—Pues yo me figuraba otra cosa —contestó ella, espoleada por el apuro de Johnson—. Que, si resulta que es tan bueno, lo ficharían sin perder ni un segundo.

—No, ni hablar. —Su voz sonó engolada—. Necesitan tener ciertas garantías, hágase cargo, cuando hay tanto dinero de por medio.

—¿Eso significa que tiene que jugar tres partidos más, a cambio de nada?

—No, a cambio de nada no. Le dan treinta libras, la paga de un amateur. Es una especie de fianza.

—Eso está muy bien —dijo ella—. Treinta chelines.

—Qué va, en realidad no es nada —puntualizó él—. Podrá pedir lo que le dé la gana si juega tres partidos más como el de hoy. A ellos no les compensaría rechazar el trato, señora Hammond. ¿Acaso me equivoco, Arthur?

—No lo sé.

—Estoy segurísima de que *a él* le darán lo que pida, señor Johnson.

—Sí —convino Johnson; los ojos le lagrimeaban del calor—. Todo irá viento en popa.

—Y usted se quedará tremendamente satisfecho —dijo ella, con una inflexión todavía más ácida en la voz, al tiempo que miraba a Johnson con una sorpresa aún mayor.

Estábamos delante de la puerta principal, en la calle, cuando noté que Johnson me tocaba súbitamente el brazo y susurraba:

—Se me ha olvidado decírtelo. Slomer ha estado en el partido.

Yo me zafé de él con brusquedad.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Se me ha olvidado. Se ha marchado antes del final. Aunque no suele venir a ver muchos partidos del segundo equi-po, que digamos.

—¿Qué le ha parecido?

—Cómo voy a saberlo, *conmigo* no ha hablado —respondió, sonriente.

—Pero ¿qué cara ha puesto? Es minusválido, ¿no? ¿Dónde estaba sentado?

—Detrás de mí. Unas pocas filas más atrás.

De pronto se arrepintió de haber sacado a relucir el tema de Slomer.

—¿Adónde vas ahora, Arthur? —dijo, y miró con desagrado detrás de mi espalda, hacia un punto de la calleja iluminada—. Venga, salgamos por ahí. Podemos ir andando hasta el King.

—Estoy cansado.

—Pero si no se tarda nada. Podemos ir en autobús.

Cuando me hice a un lado, la luz me permitió apreciar su cara menuda y ansiosa, una máscara irritada en mitad de la oscuridad. Entonces oí la voz de la señora Hammond a mi espalda, resonando por la calleja.

—Iré mañana, quizá. Sobre la hora de la cena —le dije, y di un paso atrás hacia el umbral—. Nos vemos entonces, papá.

—A ti no te importa que te esté ayudando, ¿verdad, Arthur?

—¿Por qué dices eso? —Su cara desapareció y fue sustituida por la desgastada superficie de su gorra aplanada: cualquiera habría dicho que el tipo la había magullado a base de darse una y otra vez contra el techo con ella puesta.

—Espero que... En fin, nada, que no pienses que me estoy entrometiendo en tu vida ni presionándote —oí que me decía la cara tapada.

—No... —arranqué yo, sin seguridad alguna.

—Porque yo quiero ayudarte. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad? Si estoy en condiciones de ayudarte, creo que es lo que debo...

—Ajá. Que sí, claro, papá.

—¿No te importa?

—No —subrayé—. No sé de qué me estás hablando. Así que lo dicho, te veo mañana.

—Mañana —dijo él—. A las once.

—Gracias por todo.

—De nada, Arthur. No hay de qué. No hay por qué darlas.

Y se quedó plantado allí, esperando, hasta que le cerré la puerta en las narices.

La señora Hammond estaba arreglando la cocina. Mucho tiempo después, yo seguiría recordando la expresión que mostraba su cara en ese momento.

—Como el fuego está tan vivo, no necesitamos dar la luz —me dijo.

—Yo ahora solo quiero descansar —respondí yo—. Por mí, no hay problema. —Me senté junto al fuego sin decir ni mu.

—Si estás cansado, ¿por qué no te vas a tu habitación? —dijo ella cuando me vio sacar el ejemplar de *Sangre en la lona*. Su voz sonaba ahogada. Las llamas titilaban sobre ella, envolviendo su figura.

—Ahí no conseguiría descansar. No me apetece dormir.

—¿Y no vas a salir? Yo que pensaba que querrías disfrutar de tu fama...

Suspiré muy fuerte para demostrarle lo cansadísimo que estaba.

—En ese caso podrías hacer algo, echarme una mano.

—Como quieras. —Ted Williams le estaba contando su última pelea a su chica. Ella le acariciaba el pelo y le hablaba con una ternura exagerada, para dejarle bien claro lo mucho que le importaba. Él fruncía el ceño de puro dolor. Pero era un tío duro—. ¿Qué quieres que haga?

—Podrías fregar un poco. No sé cómo, hoy los cacharros se me han amontonado. Entre unas cosas y otras... —Soltaba las palabras sin llegar a entonarlas; es decir, con un tono uniforme, mate, gris, como si estuviese reprimiendo un enorme dolor interno.

Fui al fregadero y puse las cosas del té en la pila. Luego hice lo mismo con los cacharros de la comida y del desayuno, y finalmente con los platos de la cena de la noche anterior.

—Deja la taza esa a un lado. La de Johnson —dijo—. Ya la lavaré yo más tarde. Con agua caliente. Creo que tienes algo de agua para fregar en el hervidor.

Empecé a verterla tal y como estaba, echando humo, pero, cuando quise enfriarla con agua del grifo, ella me advirtió:

—No añadas demasiada agua fría. ¿Qué sentido tiene, si no, utilizar el agua hervida...?

—¿Dónde están Lynda y el pequeño?

—Arriba. Los voy a acostar en un minuto.

—Aún es temprano para ellos.

—Siempre se acuestan temprano los sábados. —Me puse a enredar entre las tazas y limpié con la mano el vaho del espejo para ver el reflejo de mi cara. Ella añadió—: Si no, el ruido de los borrachos les impide dormir; se ponen muy nerviosos y me cuesta horrores tranquilizarlos.

Se quedó mirándome mientras fregaba la primera taza; luego esperó a que terminara con la segunda y me dijo:

—Si enjuagas la taza debajo del grifo después de darle con el estropajo, el jabón sale con más facilidad; se limpia mejor así. Pero no quiero seguir molestándote.

Cuando acabó de arrear a los niños para que se fueran a la cama y bajó, yo ya tenía toda la vajilla sobre la mesa, lista para guardarla en su sitio. Estaba sentado junto al fuego, disfrutando de

una buena dosis de la rutina doméstica de Williams después de una pelea importante. No podía creerme que no hubiesen puesto una imagen de su chica, una rubia despampanante, en la cubierta. Por ejemplo, al fondo, detrás de uno de los enormes guantes rojos, justo a la derecha de su oreja. Podían sacarla tendida en el sofá de su apartamento. Quedaría bastante chulo, él en primer plano, aguantando los golpes, y ella esperándolo detrás, con una carretada de cariño siempre lista para su hombre. ¡Qué bárbaro, estar en la piel de un tipo como Williams! Con todas esas monadas de catálogo para elegir. Su costado izquierdo siempre a salvo, bien defendido, y ese gancho de derecha tan letal. Su costado izquierdo...

—Puedes fumar si quieres —me dijo la señora Hammond, y, después de examinar los platos para comprobar cuánta grasa había dejado al fregarlos, empezó a llevárselos y a meterlos en el aparador.

—¿A qué te refieres?

—Pues a eso. A que puedes fumar.

—¿Y a qué vienen entonces las regañinas y los sermones?

—Ahora los niños no están. La cosa es que no quiero que nadie fume delante de ellos.

—Nunca me lo habías dicho así.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes. —Estaba removiendo cosas en el aparador y hacía bastante ruido. Entonces dijo—: Lo cierto es que apenas cuenta como salario.

—¿Te refieres a lo de esta tarde?

Ella no contestó.

—Eso llega cuando te fichan, no antes —le dije.

—¿Y lo harán?

—No lo sé.

—Ese viejo parecía muy seguro... Te trata como si fueras su hijo.

Me volví para mirarla.

—Yo no diría tanto. —Por un momento, me quedé pensando en su comentario—. Solo lo llamo «papá» porque es mayor.

—No me refiero a eso.

—¿Y a qué te refieres?

—A la forma en que te trata. Se te come con los ojos. Te mira como si fueras una chica.

—Uf, no me vengas con esas. Solo se interesa por mí, nada más.

—Yo diría que está ilusionado.

—Pues vale, está ilusionado. ¿Qué problema hay? A su edad, a la gente ya no le quedan muchos motivos para ilusionarse. Y ha hecho mucho por mí.

—Eso es lo que te digo. Que no es habitual. —Colgó las tazas en sus respectivos ganchos del aparador, como si quisiera recalcar que sus argumentos encajaban igual de bien.

—Si no te interesa el rugby, ¿cómo vas a entender la manera en que afecta a otras personas? La mayoría de la gente que se ilusiona con este deporte es de su edad.

—Pero no se lo toman de forma personal. En su caso, es algo personal. —Entretanto se me había acercado y ahora estaba en pie delante de mí, con las palmas de las manos apoyadas en la mesa.

—Mira: sé que estás cansada y que no debería habérmelo traído aquí. Lo siento. No volveré a

hacerlo.

—No estoy cansada. Y no me importa si te lo traes o no.

—¿Entonces a qué viene todo esto?

—A nada.

—No tiene hijos. ¿Es que lo conoces o algo?

—Puede ser. —Estiró mucho el cuerpo por encima de la mesa; la luz del fuego llameaba y resplandecía sobre su figura—. ¿Cuánto se llevaría él si te fichasen?

Intenté hacerme el ofendido, pero ella no se dio cuenta. Me dio la impresión de que aquello era una especie de carrera en la que ella intentaba seguirme el paso y dejar atrás a Johnson. Modulé bien el tono ofendido de mi voz.

—No se llevaría nada. Ni siquiera he pensado en eso en ningún momento.

—Pues yo apostaría a que *él* sí lo ha pensado.

De repente, sentí la necesidad de proteger la amistad que me unía a Johnson.

—Él no es así.

—Seguro que no. No ha tenido un trabajo en su vida.

Verdaderamente, la señora Hammond tenía mucho rencor dentro. Me pregunté cómo la habría tratado Williams en mi lugar. ¿Le habría pegado una paliza? Quizá un guantazo... Sí, como mínimo eso, le habría dado un buen guantazo. Ese estilo, más elegante, sí le pegaba a un tigre como él. Duro, sin miramientos.

—¿Y tú cómo lo sabes, cómo sabes que nunca ha trabajado? —dije yo.

—Tengo ojos en la cara. No hay más que verle las manos. No ha trabajado una jornada entera en su vida. Tiene unas manos horrendas. No pueden ser más blandas.

—¿Qué tienen que ver sus manos con todo esto? —Les eché un vistazo a las mías—. Él tiene unas manos horrendas. Yo tengo unas manos horrendas. No somos mujeres. Ni siquiera sé si me van a fichar. Ni él tampoco.

—Yo diría que él sí tiene una idea bastante aproximada. —Hablaban en un tono desenfadado, como quien no quiere la cosa—. Le he oído mencionar a Slomer.

—¿Y qué?

—Que le he oído mencionar a Slomer.

—Vale, así que le has oído mencionar a Slomer. Te comportas como una cría. ¿De qué estás hablando, a ver? Me gustaría saber *qué* quieres decir con todo esto. Slomer ayuda a sostener el Club con su dinero. De hecho, es probable que el Club *sea* él, solamente él. O al menos la mitad. Tiene mucho dinero.

—¿Y a ti te parece bien vivir de esa clase de dinero? Es católico.

Yo no sabía hasta qué punto eso debía afectarme. Al fin y al cabo, en su calle, en la siguiente calle, en todas las calles, había batallones de católicos que podían distinguirse desde el otro lado del valle, desde la arista de terreno donde se alzaba el hospital. Pero un católico representaba un agente extranjero. Podían estar de tu lado; o bien podían estar del lado contrario. Era mejor tratarlos a todos como enemigos, porque así no te arriesgabas. Si considerabas que todos ellos eran alimañas, resultaba imposible que te equivocaras del todo. Pero a mí me daba la impresión de que Slomer era diferente. Tenía dinero. Y se lo jugaba con el rugby. En su caso, me parecía que esa afiliación anulaba cualquier otra.

—Por lo que he oído sobre él —le dije a la señora Hammond—, Weaver no me cae simpático.

Pero trabajo en su fábrica. ¿Crees que debería buscarme otro empleo?

—Eso no es cosa mía. —Parecía bastante complacida por haber conseguido provocarme. El fuego había menguado tanto que yo ya no podía leer, y ella no tenía intención de encender la luz. Incluso empezó a lustrar las botas junto a la chimenea con un pañito amarillo, arrodillada al leve fulgor del hogar.

—Tengo entendido que tu marido trabajaba en Weaver's —le dije con un tono formal, como si estuviese anunciando algo importante sobre un tema espinoso que a mí no me afectase de manera personal.

—¿Quién te ha dicho eso? —repuso ella, pero no levantó la mirada. Tenía el dedo índice metido en el paño y estaba frotando las arrugas que quedaban en torno a los cordones.

—Bah, un tipo por ahí. Resulta que me preguntó dónde vivo. Yo se lo dije. Y él me comentó que tu marido había estado empleado allí.

—Debió de decirte algo más aparte de eso. Si no, no habrías sacado el tema ahora... Me imagino que tú le dijiste que vivías en casa de la viuda de Hammond, pagando una miseria.

—No. Le dije lo que pagaba, y que compensaba el resto del alquiler ayudando en casa.

—Apuesto a que le debiste de parecer muy... caballeroso. Ayudar en casa... ¿Eso le dijiste? ¿Y él qué respondió?

—Según me habías dicho, a ti te da igual lo que piense la gente.

—Pues no es así. —La intensidad del fuego había disminuido y ahora era un feroz amasijo de carbón incandescente. Proyectaba franjas rojas sobre el cuero marrón de la bota en la que ella había hundido la mano—. Pero no me gusta meter a Eric en todo esto.

—No debería haber sacado el tema.

—A mí no me importa que hablen de mí. Siempre lo han hecho. Cuando él murió, dijeron... Bueno, da lo mismo. Pero no me gusta que nadie eche por tierra su nombre de esa manera.

Había niños jugando en los patios traseros. Sus pisadas hacían crujir las cenizas al otro lado de la puerta. Alborotaban y chillaban en la oscuridad. El joven Farrer estaba revolucionando el motor de su motocicleta, que chisporroteaba y tosía antes de fenecer de nuevo. Había todo un circo montado ahí fuera. Me levanté para salir.

—¿Qué dicen de él en Weaver's?

—Solo he oído mencionar su nombre una vez.

—Entonces serías tú el que estaba hablando de él..., el que lo sacó a relucir, vamos.

—No. Yo nunca he hablado de él.

Ella sacó la mano de la bota y la colocó junto a su pareja.

—Mira, cuando Eric murió..., pues eso, todo mi mundo se vino abajo. —Su silueta se recortaba, encorvada, contra la incandescencia—. Él lo decía a menudo, que no sabía para qué vivía. Lo repetía mucho: ¿por qué tuvieron que darme *a mí* la vida? Y, cuando empezaba con esas cosas, yo lo pasaba muy mal: no sabía cómo tratarlo. No conseguía que se sintiera a gusto en su piel... —Levantó la mirada—. No debería estar contándote esto, ¿verdad?

—No me importa...

—No, lo que quiero decir es que, teniendo en cuenta cómo eres tú..., tan autosuficiente... Supongo que tú lo expresarías así. Esa chulería que tienes. No me da la impresión de que las cosas te preocupen de la forma en que preocupaban a Eric.

—Solo he sacado el tema porque te has puesto a lustrar las botas.

—¿Tienes algún problema con que las limpie? ¿No te gusta que lo haga?

—No..., ya te he dicho que no me importa.

Entonces me di cuenta de que estaba llorando. De modo que salí de allí antes de que las cosas se precipitasen.

El segundo partido de prueba me pareció más fácil que el primero. Para empezar, no tuve que hacer demasiado. Un individuo grandote surge del punto ciego cada vez que hay una melé. Veo que no agarra la pelota con mucha fuerza. Lo único que hago, una y otra vez, es cortarle el paso, y él nunca está alerta. Le meto el hombro debajo de la mandíbula y él se derrumba como un crío. Empiezo a contar las veces que se derrumba de la misma manera. Catorce. Lo he golpeado en todos y cada uno de los rincones de la cabeza. Cuando llega la vez número quince, lo sacan del campo. ¿Se pueden tener menos luces? Todo esto me sirve para demostrar que soy bueno en el juego defensivo.

Me comporté con frialdad con Johnson. Por algún motivo, me daba grima verlo ahí delante, de pie, recortado contra el horizonte urbano de Batley. Me pasé un buen rato remoloneando dentro de la bañera, y un rato todavía más largo vistiéndome, pero, cuando salí, él seguía esperando. Estaba nervioso porque pensaba que me habían lesionado, y eso empeoró mi humor aún más.

—Ya nos íbamos —le dije—. No pensaba que fueras a quedarte esperándome.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien, Arthur... —Levantó la mirada y luego la bajó para comprobar que yo seguía ahí.

—¿Y ahora adónde vas? —Yo procuraba, en lo posible, ocultar mi estado de ánimo.

Él se encogió de hombros, pero, cuando puse la mano en la manivela de la puerta para coger impulso y subir al autobús, me agarró por el brazo.

—El autobús no se marcha todavía. Vente, vamos a tomar un té.

—Solo faltó yo, están esperándome. Los chavales quieren volverse a casa ya. —Hice un gesto con la cabeza hacia la hilería de caras conmocionadas que me miraban desde las ventanas del autobús. Todo el mundo estaba cansado, dolorido, deseando escapar de allí.

—¿Vendrás al King esta noche?

—No puedo.

—¿No puedes?

—Voy a salir.

Mi respuesta hizo que se pusiera a calibrar mis sentimientos hacia él. Empujó el mechón de pelo gris que siempre se le salía de la parte delantera de la gorra y se lo metió debajo de la visera.

—¿Cuándo te veré de nuevo, entonces? —En esa pregunta deslizó cierto reproche. Me miró con cara de pocos amigos por debajo de la gorra, con los ojos aturdidos—. Pon tú el día, Arthur. Ya me conoces. Ahí estaré. —Yo me subí al autobús—. Y, si no nos vemos antes —exclamó a continuación—, quedamos en Primstone. De verdad. Después del entrenamiento, el martes por la noche.

Cuando el autobús arrancó y salió del aparcamiento, yo le dije adiós con la mano y me incliné para ver cómo se lo había tomado. Estaba solo en mitad de una zona polvorienta. Había programas de mano revoloteando al viento. La cancha no era más que un montón de lodo aplanado, verde grisáceo. Él agitaba la mano a conciencia.

—Ha preguntado si podía venirse en el autocar —me dijo el entrenador por encima del hombro—. Pero ya sabes cómo va esto. Le dices que sí a uno, y todos los demás vienen detrás.

—Por mí no te preocupes, Dicky. El tipo me da un poco la lata. —Pensé que Johnson debería buscarse otra manera de entretenerse en la vejez.

—Vale, Art. —Me dio una fuerte palmada en la espalda y los dos regresamos a nuestros asientos. El autobús emprendió el camino de vuelta a la luz del atardecer. En el cielo aún brillaba la última llamarada del día, y las colinas de roca calcárea sobresalían desnudas con sus perfiles de púrpura.

Dediqué un rato a jugar a las cartas con otros cinco compañeros, en los asientos de atrás. Perdí tres libras y algo de calderilla.

Eran casi las doce cuando llegué a la casa, que estaba envuelta en penumbra. Llamé suavemente a la puerta delantera. Al cabo de un minuto, oí sus pasos en las escaleras. La luz del corredor se encendió y ella descorrió el cerrojo de la puerta. No dije nada al entrar. Ella aseguró de nuevo la puerta con el pasador y empezó a subir las escaleras.

—Perdona que llegue tan tarde —le dije.

—No pasa nada.

Tenía el abrigo puesto encima del camisón y las manos escondidas para combatir el frío.

—Has bebido —dijo con tranquilidad, y se quedó parada en el punto donde las paredes se fundían con la penumbra.

—¿No vas a preguntarme cómo me ha ido en Batley?

—¿Has estado jugando hasta estas horas?

—En realidad está bastante lejos. Hemos llegado tarde a la ciudad. Y luego he salido a bailar con mis colegas.

—No sabía que te gustara bailar.

—No me gusta. No mucho. Pero de vez en cuando vamos al Mecca.

—¿Y te gusta?

—No está nada mal. —No quería mostrarme demasiado entusiasta. Cuando alcé la cabeza para mirarla, me vi obligado a apoyarme en la pared.

—¡Estás borracho! ¡Te presentas aquí borracho!

—No es ningún crimen, joder. No eres mi madre, ni mi..., lo que sea. ¿Por qué me echas la bronca? Aunque te lo vuelvo a decir... Me encantaría poder llamarte mi tesoro, y que la gente lo supiera..., Valerie.

Pero ella ya había echado a correr escaleras arriba. Entonces se detuvo y se giró a medias, como queriendo asegurarse de lo que yo acababa de decir.

—Mi tesoro —repetí, y eructé.

Salió disparada hacia el piso de arriba y oí cómo cerraba la puerta.

Johnson me estaba esperando en el túnel, delante de los vestuarios. No iba a poder esquivarlo. Se había pasado toda la tarde en la línea de banda, viendo el entrenamiento y gesticulando como siempre para infundirnos ánimos.

—¿Es tu padre o tu tío o algo? —me dijo uno de los jugadores cuando salimos juntos del vestuario.

—No. Me consiguió una prueba para entrar aquí, nada más.

—¿Un buen vecino? Hay quien los tiene, qué suerte. —Me guiñó el ojo, me dio una palmada en el hombro y se marchó mascando chicle.

—Esta noche te has salido, Arthur —me dijo el viejo—. ¿Te encuentras ya mejor, después de lo del sábado pasado? —Me miraba con mucha atención, tratando de comprobar si yo compartía su estado de ánimo.

—Aún me estoy acostumbrando —le dije, y me di cuenta de que estaba esforzándome por poner buena cara, para que él se animara.

—Eso está bien, hijo. Eso está muy bien. —Él estaba concentrado en detectar alguna nota amistosa en mi voz—. No hay que descuidarse nunca. La regularidad: ese es el secreto. Entrenar y seguir entrenando. Nunca es demasiado, Arthur. ¿Entiendes lo que te digo? Seguir trabajando siempre, no dar la batalla por ganada nunca. Si funcionas así, podrás con cualquier cosa. —Ahora me miraba de arriba abajo, tratando de identificar los cambios que se hubieran podido producir desde la última vez que me vio—. Hay montones de buenos jugadores que se han echado a perder..., que se han echado a perder del todo, porque les daba pereza entrenar. ¿Entiendes lo que te digo? Jugaron un par de partidazos consecutivos y se creyeron que después de eso no les hacía falta entrenar. Se les subió a la cabeza. Los ves paseándose por ahí, como si fueran los amos... — Y continuó con la monserga, dando bandazos con su cuerpo de abuelo cansado, apretando el paso para seguirme el ritmo y no quedarse atrás—. Estaba pensando —dijo entonces, lo suficientemente alto como para que el otro jugador, el que mascaba chicle, lo oyera— que podríamos ir a tu casa. Comer *fish and chips*. No sería ninguna molestia para tu querida señora Hammond... y a mí me encantaría verla de nuevo.

Lo observé un momento, tratando de adivinar por qué le encantaría verla de nuevo. ¿Para qué querría verla?

—Esta noche tiene cosas que hacer, papá. Además, últimamente está un poco susceptible, con eso de hacer las cosas sin consultar. Quiere que la avise antes de llevar a nadie a casa.

—Si no vamos a dar guerra, Arthur. Apretándonos un poco cabremos todos... Y organizaremos una fiestecita. Llevaremos cerveza rubia y un poco de negra también. Ella bebe de la negra, ¿verdad?

—Otra noche, papá. Ahora mismo está que muerde. Lleva así una semana entera. Lo intentaremos en alguna otra ocasión.

Mi tono era bastante categórico, pero en cuanto nos subimos al autobús de la línea 10 él empezó de nuevo, como un niño pequeño.

—No veo qué daño puede hacer.

—¿A qué vienen estas ganas tan repentinas? —le pregunté.

—¿Que a qué vienen? Bueno, nosotros dos somos íntimos, digámoslo así. Y la otra vez me dio la impresión de que a ella no le caigo bien.

Me miró esperando que le dijera la verdad.

—No le gusta que lleve gente a casa, eso es todo.

—Pero no le caí bien.

—No es eso. Fue el fuego. Pusimos demasiado carbón en la chimenea, joder, o algo así. Está muy susceptible.

El autobús pasó por delante de las hileras de casas achaparradas que hay antes de llegar al río, y lo cruzó. Vimos toda una serie de pequeños cobertizos negros unidos entre sí por las grandes

alcayatas de las chimeneas. Alguien había arrastrado una gabarra fuera del río y la había dejado allí, varada en la orilla. Unos niños utilizaban su cubierta ondulada como tobogán: era un animal indolente y estúpido que nos miraba con expresión ausente y la boca abierta de par en par. Había dos camiones de carbón aparcados junto al muelle de descarga, listos para la mañana siguiente. El río chupaba las luces hasta que estas desaparecían, transformadas en una baba fluida y veloz.

—¿Te gusta vivir ahí? —me preguntó Johnson.

—¿Que si me gusta? No me importa. Es barato. ¿Por qué?

—Me dio la impresión de que ella es..., no sé, un poco especial. Tiene una mirada curiosa, como si estuviera en la luna. ¿Y qué hay de esas botas que tenía en la chimenea? No son tuyas, ¿no?

—Eran de su marido. Si está algo rarita, es por eso. El tipo se mató. Fue hace poco, en Weaver's.

Aun así, él no se dio por satisfecho. Intentó articular una disculpa en pocas palabras. Pero en su voz había todavía más incertidumbre que antes: no entendía que me gustase hospedarme allí. Si me paraba a pensarlo, tampoco yo lo entendía. Estuve una hora con él en el King William.

En el entrenamiento del jueves por la noche, me dijeron que el siguiente sábado George Wade no viajaría a Wakefield con el primer equipo, sino que se ahorraría esa salida y se quedaría en la ciudad para ver al segundo. Yo deduje que eso significaba que me iba a observar a mí, aunque había cuatro jugadores más a prueba en el equipo. En los vestuarios, antes del partido, me comporté como si fuera el Mariposón Supremo. Unté de vaselina los cuerpos de mis compañeros, les até las hombreras y les aseguré los vendajes, y me pasé un buen rato haciendo ejercicios de *shadowboxing* en una esquina. No había duda de cuál era mi objetivo. Y, por primera vez, hacía buen tiempo.

Oí mi nombre resonando desde los altavoces, y luego el rugido de la afición cuando el equipo visitante salió primero al campo. Dicky, el entrenador, nos dio las últimas instrucciones, nos alineamos y empezamos a bajar por el túnel. La parte delantera de la fila aceleró el paso. Las botas repiqueteaban sobre el cemento; luego ese ruido se convirtió en un barboteo y finalmente se hizo el silencio cuando los tacos se clavaron en la tierra desnuda que se extendía desde la boca del túnel.

La oscuridad se disolvió. La luz nos deslumbró por un segundo y se mezcló con la conmoción que provocaba el bramido de la hinchada. Me pareció que todo mi cuerpo se inflamaba al descender al campo. Los altavoces atronaron al anunciar «la entrada de los Gladiadores», y salimos corriendo, con aires de suficiencia, hacia el centro del campo. Una vez allí, formamos en círculo. La melodía cambió y pasó a ser una fanfarria intermitente cuando los capitanes lanzaron la moneda al aire.

Los equipos se dispersaron, fueron filtrándose por toda la cancha y luego se quedaron quietos, toda una serie de puntos rojos y azules sobre los manchurriones de marrón desgastado y verde polvoriento del campo. Esperamos, callados, a que sonara el silbato. Finalmente, el pitido estalló. La pelota se elevó en el aire.

Pasaron quince minutos del primer tiempo y yo todavía no había tocado el cuero. Estaba muerto de tanto correr y de tanto arrear a diestro y siniestro, pero nada. Me costó gran parte de la primera mitad percatarme de que era mi propio equipo el que me tenía a pan y agua: se negaban a pasarme el balón.

Decidí echarle la culpa a Taff Gower, el talonador, un mariposón silencioso que estaba agotando sus últimos días como profesional en el segundo equipo del Club. Cada vez que la pelota me pasaba cerca, Gower aparecía en mi campo de visión, con su cara desdentada y plagada de cicatrices y con su cuerpo menudo y patizambo. Se aproximaba pateando el suelo con fuerza y procuraba desviar la pelota una y otra vez, así que supuse que me tenía ojeriza. Seguramente estaba ocupando el puesto de algún colega suyo, privándolo de su sueldo. Pero eso no me preocupaba. Lo único que veía ante mí era el final prematuro de todas mis ambiciones. Cuando nos agachamos para formar la siguiente melé, vi que su cara sobresalía más que la mía.

—¿Por qué me robas todas las pelotas? —le pregunté.

Él tenía la cabeza inclinada hacia abajo, a la espera de que el cuero entrase de una vez, pero su cara mostraba una sonrisita irónica, aunque bastante educada. Podía ver la parte posterior de su cuello. Cuando escupió, no me dio tiempo a apartar la cabeza. Era imposible que yo le cayese bien.

Esperé tres melés más, para que Gower se relajase y también para hallar la mejor oportunidad. No me agarré a nada con el brazo derecho; quería tenerlo disponible. Él tenía la cabeza inclinada hacia abajo y forzaba mucho la vista: los ojos se le movían libremente en las cuencas, tratando de seguir la entrada del balón. Vi cómo la pelota abandonaba las manos del medio de melé, cómo la cabeza de Gower se inclinaba por debajo de los jadeos del delantero. Y entonces blandí el puño derecho y se lo encajé justo en mitad de la cara. Él soltó un fuerte alarido. Le volví a pegar y vi la pulpa roja de su nariz y de sus labios al tiempo que mi mano se retiraba. Ahora chillaba como si le fuera la vida en ello. Aunque también había algo de dolor profesional, algo de dolor afectado, en su mayor parte era sincero. El eco de sus tacos se desparramó por todo el terreno de juego.

La melé se deshizo a base de pitidos del árbitro, que estaba desgañitándose tocando el silbato.

—¡Lo he visto! ¡Lo he visto! —gritaba. Los tremendos abucheos de la hinchada lo obligaron a desplegar una violenta mímica de juez justo. El público se había levantado en masa y manifestaba su indignación chillando. Gower se cubría la cara con las manos, pero la sangre seguía chorreándole entre los dedos y le impedía ver. El entrenador y otros dos jugadores lo sacaron de esa guisa del campo.

—Esto te ha sentenciado, pedazo de cerdo. No vas a volver a jugar en tu vida. —Todo eso gritaba el árbitro mientras señalaba con gran dramatismo al talonador del equipo contrario. La respuesta de la hinchada fue *in crescendo* y alcanzó un clímax: el sentimiento que volcaban era mucho mayor que si se estuviera quemando una iglesia, por poner un ejemplo.

El joven talonador sacudió la cabeza.

—Ni siquiera lo he tocado —dijo, y miró a su alrededor buscando el respaldo de su propio equipo—. Lo juro por Dios, ni lo he tocado.

—¡Eso se lo dices al presidente de la Liga!

El talonador estaba fuera de sí, superado por su propia inocencia.

—Mírame el puño, joder —decía—. Míralo, no hay nada de sangre.

—No voy a discutir.

El árbitro apuntó su nombre y lo expulsó.

Nunca antes había visto un despliegue semejante. Una oleada de ira hizo vibrar el estadio cuando la figura del joven, envuelta en su infantil disfraz, pasó por delante de la tribuna principal.

—No se merecen pisar un campo de rugby —me dijo el árbitro. Se dirigía a mí porque casualmente era yo el que se hallaba más cerca de él. No sabía si se refería a la hinchada o a tipos como el talonador. El golpe de castigo nos puso dos puntos por delante.

Cuando llegó el descanso nos quedamos de pie, pululando por la boca del túnel y bebiendo de nuestras botellas mientras escuchábamos a Dicky, que nos estuvo echando en cara una larga lista de errores. Nosotros permanecemos callados. Pero no podía estar más claro: desde que Gower había salido del terreno de juego, me servían la pelota a mi gusto, muchas veces incluso en las aperturas. Levanté la cabeza, y justo estaba mirando para arriba, buscando el sombrero de fieltro de George Wade en el palco de los miembros de la junta, cuando Dicky se me acercó. Me tomó la mano y se puso a examinarme los nudillos.

—Tienes unos buenos cardenales ahí, chavalote —me dijo—. ¿Qué te ha dado? —No me miraba a mí, sino a los demás jugadores.

—¿A qué te refieres?

—Taff Gower. Desde el banquillo se ha visto más claro que el agua.

—No me dejaba tocar la pelota.

—Para el carro, gallito. En este equipo, a nadie le gusta jugar de ese palo.

—No, ahora ya no.

Él hizo una mueca, como si le doliera algo. Estaba cabreado conmigo, por ir de listillo.

—Te va a ir muy bien en este club —me dijo—. Por lo menos, yo no diré nada sobre el asunto. A no ser que Wade me lo pregunte en privado.

—O sea que estás de mi lado —le respondí.

—Entérate desde ya, chaval. Yo solo estoy de mi propio lado. —Me guiñó un ojo con suficiencia, y me dio un empujón en el hombro—. Sigue así, Art, vas por buen camino —dijo en voz alta, y se marchó hacia el otro lado para dar órdenes al zaguero.

Cuando estábamos ya en el campo, esperando a que el cuero se pusiera en juego para comenzar el segundo tiempo, me puse a examinarlo todo con mucha atención. Me decía para mis adentros que debía saborear cada segundo de esta sensación. Clavé la mirada en las torres de refrigeración de la central eléctrica, dos capullos gemelos sobre sus respectivos tallos; observé una nube de vaho blanco que se escapaba de ellas y recorría el valle hasta alcanzar la cancha. La pelota salió volando hacia ese vapor y describió una curva lenta antes de caerme encima. Yo la recibí limpiamente y, después de derribar a dos hombres, corrí hasta el centro del campo. Mantuve la posesión. Entonces me hallé en una apertura y de repente pensé que incluso podría llegar hasta la línea de marca. Fui directo hacia el zaguero, y cuando me entró le pegué con la base de la muñeca en la nariz. El crujido, la queja lastimera, sus brazos desplomándose sin fuerza, todo eso coincidió con un subidón procedente del centro de mis tripas. Pasé entre los postes, sin despegar los ojos de la afición, que entró en éxtasis cuando finalmente posé el balón.

De repente, todo era luminoso, todo chispeaba. Las casas que se alzaban más allá de las torres del estadio, las siluetas de los árboles recortadas contra Sandwood, el cielo azul hielo, la masa que nos animaba: todos habían venido a verme a mí. Yo me encontraba dentro de una bolsa llena de energía, ya no era consciente del esfuerzo que realizaba y estaba dispuesto a hacer pedacitos a cualquier oponente sin dejar de sonreír a la hinchada. Salí del campo más fresco de lo que había entrado, dispuesto a enfrentarme a algo más, a cualquier mierda que consiguiera agotarme del todo.

George Wade no estaba en el salón de té, pero Johnson sí. Me devoró con una mirada arrebatada y me pasó un brazo flacucho en torno a la cintura al tiempo que se balanceaba y coreaba, de modo que mucha gente se volvió a mirarnos:

—¡Qué partidazo, Arthur! ¡Qué partidazo!

Estaba tan embalado que me lo llevé al bar para tratar de calmarlo. Pero él se escabulló de inmediato hacia los lavabos: había estado aguantándose hasta que me vio. Pedí dos cervezas.

—Permíteme —dijo una voz por encima de mi hombro. Yo me volví y contemplé los rasgos suaves de un rostro risueño—. No, permíteme. De verdad, insisto. —El hombre se mantuvo en sus trece, aunque se suponía que yo no sabía que se trataba de Weaver. Impidió que el barman aceptara el dinero que yo le tendía y a cambio le pasó un billete de una libra. Entonces se quitó el sombrero y pidió una cerveza.

—Has jugado muy bien hoy, Arthur —me dijo con tono íntimo, como si fuésemos un par de viejos amigos—. ¿Te gusta estar en el City?

Sus labios, pequeños y protuberantes, se entreabrieron y dejaron al descubierto unos dientes menudos y bien alineados que parecían artificiales, aunque no lo eran.

—Hoy ha sido mi tercer partido. Y todo está yendo bastante bien, creo yo.

—Sí —dijo él—. Eso tengo entendido. Parece que te has estrenado bien. Espero que no te moleste que te lo diga. —Agitó la cabeza en dirección al vidrio esmerilado del cuarto donde se reunía la junta—. Wade ha estado hablando mucho de ti ahí dentro. Supongo que hoy era el día perfecto para ello. —Esta vez sacudió la cabeza en otra dirección, hacia la ventana que daba a la cancha—. ¿Ves lo del fichaje o qué?

—No tengo otros planos.

Él soltó una carcajada desmesurada. Entonces vi a Johnson, que estaba saliendo del lavabo y se quedó parado a cierta distancia de nosotros. Le hice una seña, pero no se acercó.

—¿Has jugado para algún otro club..., algún otro de la Liga Intermedia? —preguntó Weaver, sin prestar mucha atención a mis gestos para atraer a Johnson—. No me parece haber oído tu nombre antes..., Machin. —En sus labios, sonó de lo más corriente. Nos miramos con fijeza el uno al otro, en una especie de reacción instintiva—. Lo de Taffy Gower es una verdadera pena.

—¿Qué ha pasado? No lo he visto después del partido.

—Cómo ibas a verlo. Se lo han llevado a hacerle radiografías. Al hospital. He oído que tenía la nariz rota. Para un tipo tan esmirriado como él... Ese talonador tiene un buen gancho. —Estaba sonriendo, al borde de la risa, y sus ojos azules parpadeaban mucho.

—Mala suerte.

—Pues sí. —Weaver tomó su sombrero y se dispuso a marcharse; ni siquiera había tocado su cerveza—. Voy a tener que largarme. ¿No has firmado todavía?

—Tengo que jugar un partido más antes de que se decidan.

—No creo que les vaya a resultar muy difícil, ¿no? ¿Cómo lo ves tú? —Y sus ojos de bebé volvieron a parpadear, replegándose al mismo tiempo en esos envoltorios carnosos que los rodeaban—. Adiós, Arthur.

En cuanto Weaver se hubo marchado, me giré e interpele a Johnson.

—¿Quién era? —le pregunté.

—Deberías saberlo, Arthur. —Él ya sabía que yo lo sabía.

—¿Quién era?

—Adivínalo... Venga, adivínalo. —La sonrisita dibujada en su cara demostraba que estaba disfrutando de lo lindo.

Le agarré la mano justo por encima del pulgar y se la apreté con fuerza.

—¿Quién era, papá? —Yo mismo estaba asombrado de que el contacto con Weaver me hiciera comportarme así, pero, en aquel momento, no hallé otra manera de controlar mis emociones.

—No te pases, Arthur. No te pases.

Yo apreté aún más fuerte, y el viejo muñón de su mano se puso blanco.

—Eres un bestia —gimió.

Al final lo solté y él se frotó la muñeca, despacio, con la vista clavada en mí.

—¿Por qué has hecho eso, Arthur?

—No lo sé.

Sus propios reproches eran demasiado para él.

—¿Por qué me has apretado la muñeca de esa manera?

Yo agité la cabeza con energía.

—¿Era Weaver?

—Me has hecho daño. ¿Por eso me has estrujado la muñeca? —Se la cubrió con la otra mano, como si fuera una venda—. ¿Porque era Weaver, solo por eso?

Me pareció raro que él, Johnson, se ofendiera por que le hicieran daño; que se ofendiera por que yo le hubiera hecho daño. Para mí, él era alguien que llevaba toda la vida herido, alguien que siempre terminaría herido, y no había nada que él pudiera hacer al respecto. No me gustaba que se quejara por mis acciones. Al fin y al cabo, si el daño no se lo causaba yo, se lo causaría otra persona. Entonces, ¿por qué me echaba la culpa a mí? ¿Para hacerme quedar como un maltratador?

—Estás demasiado excitado —me dijo con aire cansado mientras se acariciaba la piel inflamada—. Pensaba que ya sabías que era Weaver.

—Me ha sorprendido que me hablase así. Significa algo, ¿no? Que se te acerque y te empiece a hablar de esa manera. Debo de haberlo impresionado.

Johnson estaba enfurruñado. Quería echarme la bronca, pero no sabía cómo empezar. Al hacerle daño, le había arrebatado el derecho a participar del éxito de la tarde: así lo sentía él. Así que lo dejé allí mismo y me encaminé a la ciudad. Las luces estaban empezando a encenderse, dando grandes saltos acompañados de explosiones silenciosas. Era ese momento del atardecer en el que todo el mundo comienza a pulsar interruptores. Les seguí la pista a las luces, valle arriba, hasta la barriada de las viviendas sociales de Highfield, una hilera tras otra de luces que formaban algo parecido a un enorme campamento del Ejército y que se extendían hasta la masa informe del hospital de Riding, encaramado a la cresta de terreno que se alzaba justo encima. La neblina que subía desde el río se iba desparramando poco a poco por la ciudad; pronto cubriría el valle entero. Se desbordaría más allá del parque, cuya colina central se erguía aislada del resto, con las laderas repletas de sombras: sus espesos árboles y arbustos se agazapaban como animales. Cuando me di la vuelta, distinguí a Johnson: seguía mis pasos a una distancia prudencial de unos cincuenta metros.

Estaba indeciso; no sabía adónde dirigir mis pasos. No tenía un libro a mano, porque me había dejado *Torero* en casa. Me apetecía dar una vuelta en coche por el campo. Compré un periódico deportivo y, después de dedicar un buen rato a ojearlo, encontré una pequeña reseña del partido en una columna interior; apenas una hora después de que sonara el pitido final, mi nombre ya

aparecía impreso en letras mayúsculas. Guiándome por mis estándares de maestro tornero, calculé que las letras debían de medir algo así como un milímetro y medio. No eran muy grandes. Pero yo podía hacer que crecieran aún más.

Al llegar a la ciudad, no me quedó otra opción que coger el autobús de la línea 10.

Ella estaba en la cocina, inclinada sobre la pila. Lynda e Ian estaban jugando en una silla junto al fuego. Hacían mucho ruido. Ian no llevaba pantalones. Le di un azote en el trasero desnudo y me senté como si fuera un inspector haciendo su visita de control. Me disgustó encontrarla aún allí, atrapada en su cubil mal ventilado, lleno de desorden y de hileras de vajilla sin usar, completamente ajena al éxito que yo traía a aquella casa con el mero hecho de pisarla.

—¿Has merendado?

—Sí, después del partido.

—¿Cómo ha ido?

—¿Es que te interesa?

—No demasiado... Ay, ¿qué pasa ahora? —Lynda había empezado a berrear. Ella se secó las manos para apaciguar a los niños y, cuando estos dejaron de pelearse, les dio su aprobación con sendas caricias. Ambos me miraron durante un minuto, y luego, al advertir una pizca de solidaridad en mis ojos, decidieron expresar su descontento a berrido limpio, los dos a la vez.

—A ver, ¿ahora de qué te ríes? —me preguntó.

—¿No te hacen gracia?

Volvió a la pila, pues estaba lavando los pantalones de Ian. Eran unos pantalones curiosos, hechos a mano. Sin duda alguna, ella debía de estar pensando en la cantidad de tiempo que pasaba con los críos, la jornada entera cada santo día: en esas circunstancias, era imposible que le hicieran gracia.

—A veces sí.

Para poder sentarme, excavé un hoyo en el batiburrillo de periódicos, muñecas, libros con páginas rotas, ropa sucia, cojines raídos, ladrillos de juguete y latas de comida que se extendía por la habitación.

—He visto a mi jefe hace una hora —le dije.

—¿Ahora tienes jefe? —Abrió uno de los grifos—. ¿A quién te refieres?

Pronuncié el nombre de Weaver bien alto, para que lo oyera por encima del ruido del chorro de agua. Ella meneó la cabeza, como si esa palabra no le dijera nada.

—¿Dónde lo has visto? —me preguntó por fin.

—En el partido. Al parecer, según él, no tendré problemas para conseguir un contrato.

—Todo un detalle por su parte. Es un hombre de fiar, supongo.

—Tú lo has dicho. Lo he dejado impresionado. Resultaba evidente. Y me ha invitado a una cerveza.

—¿Qué ha hecho tu otro amigo hoy..., el señor Johnson?

—A él también lo ha invitado.

—Parece que sabe rodearse de la gente adecuada.

—Estaba pensando..., en el camino de vuelta... ¿Por qué no damos un paseo? Podemos llevarnos a los niños si no quieres dejarlos aquí solos.

Cerró el grifo y, por algún motivo, Ian dejó de gritar, seguido de Lynda.

—¿Para qué puñetas quieres que demos un paseo, vamos a ver? —Me miraba perpleja—. ¿Para qué quieres que salgamos a pasear, si fuera está oscuro como la boca del lobo?

—No sales nunca de aquí, o al menos me da esa impresión. Pensaba que tomar el aire y refrescarte te sentaría bien. Me gusta hablar con alguien mientras paseo. Es como si tus problemas se...

—Sé cuidarme yo solita, muchas gracias —respondió.

La verdad es que tenía ganas de salir a caminar, pero no solo, y ella era la única persona con quien de verdad me apetecía pasear. No podía explicárselo. Necesitaba hablar con alguien, así de simple. Pero ella esperaba una explicación. Es posible, incluso, que se alegrase de tener esta oportunidad de demostrar su independencia. Al darse cuenta de que yo no iba a decir nada, reaccionó:

—Debes de estar loco si piensas que voy a salir ahí fuera... a pasear contigo. —Evidentemente pensaba en lo que dirían esas dos hileras de gente que tapizaban ambos lados de la calle, esas filas que estaban siempre alerta—. Creo que vamos a tener que aclarar las cosas de una vez por todas, señor Machin. Nuestra vida privada, sea poca o mucha, nos la guardamos para nosotros. No quiero que nadie venga a meter la nariz en mis asuntos. Y tú no me verás metiendo la mía en los tuyos. No quiero que te mezcles con nosotros... en ese sentido. No he perdido del todo mi orgullo, ¿sabes?

No había nada más que decir. Quería contarle lo de esa tarde, lo de Gower, lo que yo creía que me deparaba el futuro; quería enseñarle el artículo de periódico en el que enumeraban mis ensayos.

—¿Qué pasa, es que no quieres ser feliz? —le dije.

—¿Feliz...? Pues claro que quiero ser feliz. Lo que pasa es que tú piensas que soy desgraciada solo porque... Pero, siempre y cuando me dejen en paz, yo soy muy feliz. Puedo ocuparme de mis propios asuntos. No necesito que te entrometas.

—No me estoy entrometiendo. Solo intento ser tu amigo. La otra noche parecías bastante contenta de poder hablar conmigo.

—Tú ya tienes un montón de amigos. No necesitas venir aquí a buscar más. ¿Por qué no les das la murga a ellos?

—Pero ¿cómo puedes ser feliz aquí? No hay más que verlo. No sales nunca. No tienes amigas en el vecindario; o al menos yo no las llamaría «amigas». ¿Acaso te gusta pasarte la vida aquí encerrada, ahogándote? No me digas que eres feliz así.

—Pues sí, soy feliz.

—Eso es lo que tú dices. *Dices* que eres feliz. Pero no te creo.

—No te pido que me creas. Recuerda quién eres, por el amor de Dios. En esta casa no vas a dar órdenes igual que con tu amiguito, el tal Johnson. Yo no soy tu sirvienta. No voy a salir a pasear contigo, ni voy a esbozar una sonrisa de oreja a oreja cada vez que se te antoje, para que te convenzas de que soy feliz.

—No me refiero a que te rías todo el tiempo. Me refiero a que se te vea feliz. Tú... A ti no se te ve feliz. No es cuestión de más o menos risas.

—Me estás poniendo muy nerviosa. ¿No ibas a salir?

—Sí, ya me voy. Será que estoy harto de vivir aquí.

—Ah, vale, pues entonces la cosa se arregla fácil. Márchate. No vivas más aquí. Debes de

pensar que..., que me voy a poner de rodillas para rogarte que te quedes. Pero solucionar este problema es lo más fácil del mundo. Dejas de vivir aquí, y sanseacabó. Nos irá mejor sin ti.

Di un portazo al salir. La casa tembló. Me puedo imaginar cómo se sintió cuando lo hizo. Me estampé dos veces contra los muros y luego me dediqué a pasear en círculos alrededor del edificio hasta que cayó la tarde. Entonces me fui a matar el rato al Mecca, con la esperanza de ligarme a alguna monada.

No era difícil darse cuenta: se pasó toda la semana siguiente indecisa, sin saber si quería pedirme que me marchara o no. Por primera vez, yo no estaba seguro de cuál de las dos opciones escogería. Cuando regresé del trabajo el miércoles, se había puesto el vestido gris de lana. La mesa estaba preparada para el té y Lynda e Ian ya habían comido.

—¿Vas a salir esta noche? —le pregunté.

—Acabamos de llegar del parque —respondió, y, para remacharlo, añadió—: Hemos salido a dar un paseo y aún no hemos tenido tiempo de cambiarnos de ropa. Están agotados. —Señaló con la cabeza a los niños, que yacían medio dormidos bajo una manta en el sofá. Luego se dedicó a observarme mientras comía. Probablemente no era consciente de lo fijamente que me miraba. Yo fingí una naturalidad que no sentía.

—He estado pensando en pedirte una cosa —soltó por fin.

—¿Que me vaya?

—Bueno... Que colaboremos para que las cosas funcionen en esta casa.

—¿Has estado pensando en pedirme que me vaya?

—No sé si es eso lo que quiero —dijo, como si todavía estuviese pensándoselo—. Hay un par de cosas que deberíamos aclarar. ¿No crees?

Me miró directamente, un poco ensimismada; en ella, eso era buena señal. La cúpula de su frente resplandecía con la misma intensidad que sus ojos, como las madres italianas que aparecen en las películas de Hollywood.

—Quiero decir, ¿sabes por qué te pedí tan poco dinero por alojarte aquí al principio?

—Porque te he estado ayudando con las cosas de la casa. O eso creía yo, vamos.

—Nunca había tenido inquilinos de larga duración, me faltaba experiencia. Esperaba que viniese una mujer, ¿sabes? Pero ¿qué mujer vendría aquí? Hasta que llegaste tú, solo me habían llamado hombres irlandeses. Aunque no me estoy quejando por la manera en la que me has ayudado, te lo aseguro.

—¿Cuánto te cuesta mantenerme?

—Yo no estaba pensando en eso. No tiene nada que ver.

—No empieces, sabes perfectamente que deberías cobrarme más. Es imposible que puedas mantenerme por menos de tres libras. —Su rostro se endureció con la sola mención del dinero—. Hay caseras que cobran hasta cinco libras por semana. A estas alturas, no voy a ocultarte que, cuando llegué, pensé que había encontrado un chollo.

—No te he pedido una lista de mis defectos.

—No te la estoy dando, solo trato de demostrarte que te estás perjudicando a ti misma. ¿No podemos hablar como las personas normales por una vez? Si escuchas lo que te digo, es posible que consigas rectificar.

Se levantó del asiento para no perder el control. Ambos estábamos intentando ser amables,

ponernos en el lugar del otro, pero a la vez nos guardábamos mucho de no dejarnos llevar demasiado, y de no hacerlo demasiado pronto. Sus sentimientos siempre me parecían meras poses. Por eso nunca lograba sondear hasta qué punto eran profundos.

—Ojalá no te esforzaras tanto por sacarme de mis casillas cada vez que hablamos —me dijo—. Te he pedido mil veces que me dejes en paz. No lo *soporto*.

—Me largo —contesté.

Solo la cancha ya me deprimía. Me encontraba en la parte central de un canódromo. El Club, como tantos otros, las pasaba canutas para pagar al segundo equipo. Por eso, a la mayor parte de sus jugadores los reclutaban la misma tarde del partido, en la mina de carbón que había al lado. La atmósfera de abandono reinante venía dictada por estas condiciones. Algunos chavales nos habían pedido autógrafos al salir del autobús. Sus ojos persiguieron los nuestros al tiempo que divisábamos el estadio medio desmoronado, el césped sin cortar, la tierra desgastada de la pista y el perfil desigual del terreno de juego. Las gradas eran bajas y poco ambiciosas, y no se veía ni rastro de la ciudad por encima de ellas, pues la cancha estaba situada en la cima de una modesta elevación: el escorial de la mina cercana.

Mientras firmaba un autógrafo, reparé en que Charles Weaver ya había garrapateado su firma en una esquina del bloc.

—¿Y esto? —le pregunté al chaval.

—Es de un tipo de la tribuna. Se lo hemos pedido.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Ha sido ahora mismo. Hace unos minutos.

Firmar autógrafos era una actividad que encajaba bastante bien con el carácter de Weaver. Puse mi nombre debajo del suyo y le eché un vistazo a la tribuna. Estaba vacía; la hinchada no se congregaría allí hasta dentro de unos veinte minutos. ¿Para qué querría *él* venir hasta aquí? No se me ocurría ninguna razón, a menos que yo mismo fuera el héroe del día. Seguí a los demás hasta el vestuario, que era enano, no tenía calefacción y estaba al fondo, tras los puestos de los corredores de apuestas. Estos ya estaban rondando por ahí, dando zapatazos y metiéndose las manos en las axilas para combatir el frío, discutiendo y esperando a que Dicky leyese en alto la lista de los jugadores.

—¿No podemos cancelar este partido? —dijo alguien—. Cada año la misma jodida lata. Te congelas hasta quedarte tieso, y luego te cortan la cabeza. Es como venir a la morgue.

—De eso tú sabes bastante, ¿verdad, descerebrado? —dijo Dicky.

Es un tío ingenioso, este Dicky.

—Yo les pagaría el mismo sueldo, como si hubiesen ganado, a cambio de no presentarse aquí.

—Sí... Y luego vendría a salvarte tu ángel de la guarda, ¿no?

—Mira, amigo, cuando llevas tantos años como yo jugando aquí...

—¿Y por qué no mandas todo esto al cuerno y te vas al primer equipo?

—Vale ya, chaval. Déjalo estar.

Incluso Dicky tenía aspecto de estar triste. Una vez en el terreno de juego, nos pusimos a saltar, a correr en círculos en torno a los postes, a pasarnos el balón, pero no logramos entrar en calor. No había ni rastro de Weaver en la grada. El único sitio en el que podía estar era el cubículo de los jueces. Pero esa parte del edificio quedaba a la sombra, y no conseguía ver si

había alguien dentro.

El juego se inició con una buena refriega, y a partir de ahí no progresó. Yo habría estado en una posición más o menos cómoda de no ser por la línea de tres cuartos. Las almohadillas no nos protegían lo suficiente. Si hubiera tenido opción, ni loco habría jugado este partido; lo que iban a pagarme no lo compensaba en absoluto. De los mineros se podrán decir muchas cosas, pero no que les falte fuerza. Intentar zafarse de sus puños y de sus botas era como tratar de bailar entre las gotas de la lluvia.

Hacia el final del partido, me hicieron un placaje ilegal. Me golpearon justo en el puente nasal. Cuando me arrancaron la pelota de las manos, me quedé tendido en el suelo, oliendo la escoria del carbón y esperando a que Dicky se me acercara con la esponja.

—¿A qué juegas? —me dijo. Estaba más que enfadado.

—Al rugby, cojones.

—Te lo has buscado tú solito. Ahora ya sabes lo que vale un peine. Espero que te hayas quedado contento. Mira, date por lesionado y sal conmigo del campo.

No podía hacer mucho más. Él me levantó a pulso y eché a andar; caminaba como si tuviera cinco piernas.

—Hoy es un día especial para ti. Deberías ir con mucho más tiento.

—¿A qué te refieres, Dicky? —Intenté mirarlo a la cara.

—Evita riesgos innecesarios y mantén los puños bajos —fue su respuesta—. Se te ve a una milla de distancia, basta con que te muevas un poco.

—Pero yo no soy el único. Hay veinticinco más.

—Si el árbitro te caza a ti, serás el único. Puede sancionarte por tres partidos. Hazme caso. Pierde el tiempo hasta que suene el silbato y no te metas en líos. —Después de eso, me empujó la cabeza dentro del cubo y me puso el inhalador de amoníaco bajo la nariz antes de dejarme volver al campo.

Yo puse mucho cuidado en mantenerme alejado de la acción. Me aseguré de ser siempre el segundo hombre en los placajes y de no estar nunca debajo de la pelota cuando caía. Por primera vez, me daba miedo que me lesionaran. Sentía toda la cara hinchada y dolorida, era como si miles de alfileres me acribillasen los huesos.

—Todavía no he visto un verdadero partido de rugby en este campo —dijo Dicky mientras nos arrastrábamos hacia el vestuario—. Me alegro de que ya haya terminado. Es igual cada año. Esos tipos solo saben dar leña.

—Coño, Dicky. Era como si saliesen a luchar contra los putos romanos.

Tomamos el té en una garita desde la que se veía la pista. Nadie hablaba. Nuestras caras, calientes y rojas, y resplandecientes después del baño, clavaban silenciosas miradas en las ventanas llenas de manchas. Todos queríamos regresar a casa, al Mecca, para sentirnos civilizados de nuevo.

Antes de que el sol de invierno se pusiera tras el horizonte, emprendimos el viaje de vuelta: sesenta y cinco kilómetros a través de una planicie eterna, todo llano hasta llegar a los valles. Hicimos ese recorrido con una sensación rara en el estómago. Busqué a Weaver, pero no había ni rastro de él por ninguna parte.

La mayoría de los jugadores se apearon en el Bull Ring.

—¿Te vienes con nosotros, Arthur? —me dijo Dicky—. Tenemos que devolver las

equipaciones a Primstone. Allí hay alguien que quiere verte.

—¿Para qué?

—Me parece que tú lo sabes mejor que yo. Vente, anda, no te bajes aquí. La cosa no durará mucho.

Uno de los encargados de mantenimiento del campo, que nos estaba esperando cuando llegó el autobús, me condujo hasta la sala de reuniones de la junta. La primera persona que reconocí fue Weaver, aunque se encontraba al fondo, escudriñando la galería de fotos de las distintas alineaciones del City. Luego vi al perro y a George Wade. El perro dormitaba junto al fuego.

—Me han comentado que has pasado algún apuro esta tarde —dijo Wade. Esbozó una sonrisa muy medida y extendió la mano—. Espero que sepas por qué te hemos pedido que vengas, Arthur.

—No creía que todo fuera a ir tan rápido.

Wade reflexionó sobre lo que yo acababa de decir y contestó:

—Cierto. Tienes razón, chaval. —Y nos dimos un apretón de manos—. ¿No quieres sentarte?

Había cinco hombres. Aparte de Wade y de Weaver, estaban Riley, con su cara colorada; el secretario, y dos hombres de la junta a los que no había visto nunca. Nos sentamos en torno a una mesa de madera de roble bien pulida.

Weaver dejó de mirar las fotos y nos dirigió un amago de sonrisa, a Wade y a mí, al perro, a la pared y a la mesa.

—El señor Weaver y tú ya os conocéis, o al menos eso tengo entendido —dijo Wade—. Este es Riley, el secretario del Club. Y estos dos caballeros, el señor Glover y el señor Thorpe, representan los intereses de la junta.

Miré a Weaver buscando algún tipo de respaldo. Él me devolvió la mirada. Me transmitía cierta confianza.

—¿Qué sensación has tenido en estos cuatro partidos, Arthur? —me preguntó Weaver.

—Me lo he pasado bien.

—No debes de estar acostumbrado al juego profesional —dijo Wade—. Imagino que te habrá parecido algo diferente. —Su intención era hacerme quedar en una posición de inferioridad, y para conseguir ese efecto empleaba un tono de gran aplomo—. Nunca has jugado de forma regular. —Como titubeé, él me miró con astucia y añadió enseguida—: Hemos estado revisando tu historial. Ya sabes... Aquello a lo que te has dedicado hasta ahora. O sea, en los últimos seis o siete años.

Por la mirada que me lanzó Weaver, deduje que quizá estaba un poco aburrido del tema, y que tal vez le interesaba más mi respuesta que la crítica en sí. En cualquier caso, yo no respondí, y Wade dijo:

—Por supuesto, queremos poner todas las cartas sobre la mesa, Arthur; no te importará, ¿verdad? Para que luego no tengamos que toparnos con una sorpresa desagradable, por así decirlo. Te hemos puesto a prueba, igual que tú has tenido cuatro semanas para probarnos a nosotros. Confío en que no pienses que lo hemos hecho a tus espaldas ni nada de eso. Lo entiendes, ¿verdad, chaval?

Ellos seguían esperando a que reaccionara de un momento a otro, pero yo no hacía más que darle vueltas a la cabeza tratando de encontrar alguna manera de salir del paso. Lo único que se me ocurrió fue lo que me dijo Maurice cuando le comenté que me habían aceptado para el período de prueba: en boca cerrada no entran moscas; diles cuánto quieres y punto.

—No hay problema —contesté.

—Vemos que no estás casado.

—No.

—¿Y dónde vives?

—Ahora mismo, en Fairfax Street.

—¿Eso no está cerca de la fábrica? —preguntó Weaver.

—Sí. Trabajo en su empresa, señor Weaver.

Él me observó detenidamente.

—¿De verdad? Me habría gustado saberlo antes.

—Bueno. En cualquier caso, es una gran ventaja —comentó Wade desde el otro lado de la mesa—. Braithewaite también trabaja allí. ¿Entonces tienes alquilada una habitación por esa zona, en Fairfax Street?

—Sí.

—¿Y estás cómodo? —Yo asentí—. Vamos, que, si no es así, puedes decírnoslo. Podemos buscarte un buen sitio para vivir. Si estuvieras casado, por ejemplo, cumplirías todos los requisitos para optar a una vivienda del Club. ¿Entiendes lo que te digo, Arthur?

—A ese respecto, estoy cubierto —respondí, preguntándome cuánto debían de saber ya sobre mí.

—¿Y no tienes vínculos legales con nadie...? ¿Familia o algo así?

—No, no tengo nada.

—¿Te gusta trabajar en la fábrica de Weaver? —dijo Wade, dándose muchos aires. Era como si, por una vez, el rol que debía desempeñar lo colocase por encima del propio Weaver—. Mira, si no estás contento allí, no debe preocuparte que el señor Weaver forme parte de esta junta de gobierno. En caso de que haya algo que no marche bien, él estará encantado de que lo informes. —Weaver sonrió para corroborarlo.

—Me llevo bien con la gente.

—¿Tienes el tipo de labores que te gusta desempeñar? Podríamos arreglar eso, cambiarte de puesto si no estás contento.

—Me va bien así.

—Da la impresión de que eres un hombre feliz... y fácil de complacer —dijo Weaver con desenfado.

Todos me miraron como si fuese un hombre feliz: o eso, o un cretino.

—Supongo que en tu fuero interno ya lo tendrás decidido —dijo Wade—. Si quieres seguir jugando en Primstone.

—Sí, me gustaría seguir en el equipo.

En el salón de té y en el bar resonaban unas carcajadas muy fuertes. Los paneles de vidrio esmerilado de la puerta quedaban intermitentemente velados por las sombras.

—¿Te gustaría firmar un contrato para jugar profesionalmente con nosotros?

—Sí.

—¿O prefieres firmar para jugar de *amateur*? Me refiero...

—No.

—¿Lo has pensado? ¿Estás seguro? Porque no queremos que te precipites y que acabes

haciendo cosas para las que no estás totalmente preparado. Este es un asunto que nos preocupa, Arthur. El City es un gran club. Aquí, cualquier error multiplica su tamaño. Quiero dejártelo bien claro antes de que nadie se comprometa a nada.

—Sí, lo sé.

De pronto, pareció que todos nos relajábamos a la vez. Riley, el secretario, encorvó los hombros sobre la mesa, ocultando el colosal emblema del Club que adornaba su americana. Su cara se había teñido de un rojo más intenso, como si le hubiesen vuelto la piel del revés. Sus dientes brillaban con viveza.

—Perdona que vaya al grano, Arthur —me dijo, al tiempo que la bola roja de su rostro se balanceaba de nuevo y se ponía en acción—. Pero, cuanto antes dejemos esto zanjado, mejor. ¿Tenías alguna cifra en mente para la firma?

—Quinientas libras —le dije yo.

Ninguna de las caras presentes se alteró. Wade se hizo el interesante sin achantarse, como si así tratara de disfrazar la incomodidad que pudiera haber causado la mención del dinero.

—Quinientas. Quinientas. Es una suma considerable —can-turreó, y lanzó varias miradas en torno a la mesa. Probablemente, hasta ese momento había pensado que me podría despachar por cien o doscientas—. Quinientas.

Riley intervino enseguida al notar que aquel órdago empezaba a superar a Wade.

—¿Qué te parecerían trescientas fijas, más ciento cincuenta de gratificación en pagas extra por los partidos del condado, y ciento cincuenta más si juegas para Gran Bretaña?

—Gran Bretaña —dijo Weaver para sí.

—Preferiría que esas pagas extra por los partidos del condado y por las competiciones internacionales fuesen aparte, co-mo una gratificación añadida al sueldo —respondí yo, consciente de que, si finalmente me quedaba al nivel de un buen jugador del Club, podrían ahorrarse trescientas libras—. Quinientas fijas.

—¿Entonces nos estás pidiendo —arrancó a decir Riley, que se había contagiado tardíamente de la sorpresa de Wade— quinientas libras fijas, *más* ciento cincuenta en pagas extra por los partidos del condado y por las competiciones internacionales, respectivamente?

—Sí.

—¿Y esa es tu última palabra?

Cuando asentí, él se volvió hacia Wade, que se enfrentó de nuevo al órdago.

—Es mucho dinero para alguien que acaba de empezar a jugar. Sin experiencia respecto al código profesional, y eso.

—Usted mismo me vio jugar la semana pasada.

—Fue solo un partido, chaval. Y en el segundo equipo. En una sola temporada, hay al menos treinta y seis partidos. ¿Me sigues? Y, ojo, no estoy insinuando que jugaras mal el sábado pasado.

—Ni que no nos impresionaras a todos —añadió Weaver, ladino.

Eran duros de pelar. Habían encontrado un asidero y ahora tan solo se dedicaban a tensar la cuerda. Me pareció que hacían una pausa para coger aire, y por fin Riley propuso:

—¿Por qué no sopesas esta oferta? Te pagamos seiscientas libras, seiscientas: trescientas ahora, y trescientas después de pasar una temporada entera con nosotros, es decir, hacia estas mismas fechas el año que viene, además de una prima de cien libras de gratificación si juegas los partidos del condado y en competiciones internacionales, respectivamente.

—Sí —dijo Wade, haciendo aspavientos, como si le costase respirar—, por Dios, es una oferta muy justa.

Ante el fingido entusiasmo de Wade, Weaver dudaba entre sonreír o no.

—Quiero quinientas fijas, y dos primas de ciento cincuenta.

—Pero cobrarías la misma cantidad de ese modo, exactamente la misma —dijo Riley—. En ambos casos son ochocientas libras. Si lo hacemos a nuestra manera, tendrás el dinero más rápido. Tendrías seiscientos de entrada. ¿No lo ves? Solo que se te retendrían trescientas durante un año, como una especie de fianza. No es más que eso, una garantía, para estar cubiertos.

—Una garantía que los favorece a ustedes, no a mí.

—Mira, Arthur —dijo Wade—, nos estás obligando a comportarnos como tahúres. Si aceptásemos lo que tú propones, no tendríamos garantía alguna del rendimiento de nuestra inversión, que debe cumplir con unos mínimos. Entiendo que quieras negociar y jugar bien tus cartas, desde luego que sí, pero, por una mera cuestión de principios, nosotros solemos evitar este tipo de arreglos. Compréndelo, no estás negociando con nosotros como individuos. Personalmente, quizá yo piense que vales cada penique de la cantidad que pides. Pero no vamos a pagarte con dinero de nuestro bolsillo. ¿Entiendes lo que te digo? —añadió, antes de descubrirse del todo—. Esto es una empresa. Tenemos responsabilidades que van más allá de este campo de rugby. La propuesta del señor Riley nos proporciona una garantía que cubre los intereses de ambas partes, los tuyos y los nuestros.

—Aun así, es una apuesta y conlleva sus riesgos, lo mire uno por donde lo mire —dije yo. Él me observó mientras me frotaba la cabeza. La meliflua claridad de aquella estancia me daba sueño, y me estaba costando mantenerme despierto—. Podría sufrir una lesión y no volver a jugar en lo que quedase de temporada, o, quién sabe, quizá nunca más. En ese caso, no completaría el año y perdería mis trescientas libras.

—Ah, bueno, eso estaría cubierto. Pondríamos una cláusula para cubrirlo —dijo Wade, recuperando la confianza—. «Disponible para jugar», esa sería la expresión literal que emplearíamos.

—No estaría disponible si me lesionara.

—Habría una exención motivada por las lesiones sufridas durante los partidos: eso se da por hecho. No es cuestión de ponerte un seguro a todo riesgo, ¿comprendes...? —Dio unos golpecitos con los dedos en la mesa; su mano se encabritó sobre la superficie pulida como si fuera un caballo nervioso. Esperó a que yo cediera, con la cabeza ligeramente ladeada. No me quitaba los ojos de encima.

—No voy a cambiar de opinión —le dije—. Creo que valgo lo que pido.

Wade suspiró, de una forma algo maleducada.

—No estamos intentando imponerte nada, Arthur —di-jo—. Ojalá pudieses metértelo en la cabeza. A nosotros nos interesa ofrecerte unas condiciones que te satisfagan. Pero también representamos a otras personas. Somos los responsables de invertir su dinero con sensatez. ¿Qué pensarán los socios si voy y les cuento que le he entregado quinientas libras de su dinero a alguien que, según nos consta, no ha hecho más que jugar un único buen partido con el segundo equipo? Lo que quiero decir es que toda esta discusión solo gira en torno a *cómo* vamos a pagarte el dinero. La suma ya está acordada: seiscientas libras más las primas.

—Quinientas.

—Oye, ¿cómo te encuentras? —me dijo entonces—. Te estás frotando la cabeza todo el rato. ¿Es que te han zurrado hoy?

—Me duele un poco. Me han dado un buen golpe, sí.

—¿Quieres beber algo? —Yo negué con la cabeza—. Bueno, ¿qué me dices?

—Quinientas fijas —repetí mecánicamente.

Él me lanzó una mirada fría.

—Si estás tan seguro, ¿podrías salir y esperar fuera un minuto?

Riley ya estaba sujetándome la puerta. Yo me marché al bar; necesitaba tomarme un respiro.

—¿Qué hay, Arthur? —Un personaje barrigón, vestido estrambóticamente con un chubasquero y un sombrero de fieltro, se acercó a la barra, donde yo me encontraba—. ¿Ya han tomado la decisión?

—¿Qué decisión?

—La decisión sobre si va a haber guerra... Sobre si sueltan la guita y esas cosas. —Se rio discretamente, para demostrarme que no le faltaba sentido del humor.

—Están hablando ahora mismo.

—¿Quieres tomarte algo? Deja que te invite. —Pidió una cerveza—. Me figuro que te están apretando las tuercas —di-jo, falto de imaginación, y cerró con fuerza el puño para enfatizar lo que quería decir—. Son del puño cerrado.

—Pronto lo sabremos.

En la otra punta de la barra, Dicky y otros miembros de la junta estaban bebiendo, esperando el resultado y escrutando atentamente mis reacciones.

—Por cierto, soy Philips, del *City Guardian*. Puedes contarme algo sobre ti. Vamos..., si te surge la necesidad.

La cerveza había empezado a embotarme la cabeza, una sensación bastante confortable. Philips me miró a la cara y me dijo:

—No hace falta que te lo tomes en serio.

No sabía si se trataba de un consejo o de una crítica.

—¿Por qué no debería tomármelo en serio?

—No es más que un juego, colega. —Me agarró por la manga con aire confidencial—. Todo esto es un juego —repitió—. Para que Weaver saque provecho.

—¿Se comportan así solo por Weaver?

—Bueno, el pastón que están a punto de soltarte es suyo. Y a él le gusta que la gente le obedezca. Vaya, veo que te está saliendo un moratón. En cualquier caso, no te habrían citado aquí para decirte adiós, muy buenas, encantados de haberte conocido. —Y volvió a examinarme la contusión.

—Esta tarde se ha liado una gorda —le dije.

—Eso nos estaba contando Dicky. En provincias siempre pasa lo mismo, es territorio salvaje. Pero, eh, atento; ahí viene nuestro hombre. —Los dos nos giramos a la vez y vimos a Weaver junto a la puerta de la sala de reuniones de la junta—. *Cuidadito* con él, no sea que le pises un callo —agregó Philips.

—¿Podrías volver a entrar? —me dijo Weaver. La gente que había en el bar interrumpió bruscamente sus conversaciones.

Sin embargo, una vez dentro, no llegué a sentarme; no me pareció que esperasen que lo hiciera.

—¿Ya tienes pensado qué vas a hacer, Arthur, si no te fichamos? —me interpeló Wade. Su perro ya se había despertado; era como si le acabasen de hacer una consulta, me observaba con sus ojos rojos vueltos para arriba.

—No lo sé. Seguir como hasta ahora. Lo cierto es que no, no lo he pensado.

—¿Eso significa que tu plan era fichar por el City?

Respondí con un gesto de asentimiento, preguntándome si había hecho bien al mostrarme tan cabezota.

—¿Te llevarías una gran decepción si te dijésemos que no podemos aceptar tu oferta?

—¿Me están rechazando?

—¿No puedes ceder y aceptar un pago dividido en dos partes? Solo es una mera cuestión de procedimiento, bien mirado.

En este punto, casi dije «sí». Pero, en vez de eso, sacudí la cabeza y, antes de que pudiera decir «no», Wade extendió los brazos con pesimismo y dijo:

—En fin... Siento que no hayamos encontrado la manera de ponernos de acuerdo, Arthur.

Weaver seguía sonriendo; era una media sonrisa, como si estuviese sorprendido de sí mismo.

—No me van a fichar.

—Así es. —Wade respiraba fatigosamente—. No hay más remedio. —Alargó el brazo por encima de la mesa y lo hizo oscilar, con la correa del perro alrededor de la muñeca; entonces sonrió como un perfecto caradura—. Felicidades, Arthur.

Todos se pusieron a hablar a la vez y poco a poco me lo fue-ron confirmando. Weaver me estrechó la mano sin mucha fuerza y yo lo miré directo a los ojos, tan complacido como un niño ante un juguete nuevo.

—¿Quién te ha aleccionado? —dijo Wade.

—¿Sobre qué?

—Sobre pedir tanto y no atender a razones.

—Maurice.

—¿Braithewaite? Me lo imaginaba. —Se dio una palmada en el muslo—. Ya decía yo..., la verdad es que me lo olía. Detrás de todas tus palabras he reconocido su terquedad. O, mejor dicho, detrás de todo lo que has dejado de decir.

De modo que, efectivamente, todo era un juego.

Wade siguió dándome la tabarra:

—Si eres tan duro jugando al rugby como toreándonos a nosotros, seguro que el año que viene ya te meten en la selección nacional. De verdad te lo digo.

Riley se quedó callado con la tez violácea, mirando con fijeza y preocupación a Weaver. No obstante, al cabo de un rato, me dijo:

—Ahora solo queda que leas y firmes estos documentos, Arthur.

Así que terminamos con el papeleo y nos fuimos al bar. Wade caminaba delante de mí con paso decidido, agarrando su bastón y arrastrando el perro tras de sí. Yo ya había empezado a preguntarme cuándo iba a ver el dinero. Quizá querían obligarme a que se lo preguntara. No me gustaba participar en esos jueguecitos de mierda.

—A esta ronda invita el Club —le dijo Wade al camarero de las orejas como coliflores y, cuando este nos hubo servido, propuso un brindis—. Por el futuro y por los éxitos que están por llegar, Arthur.

Todos bebieron; Dicky y Philips bebieron, la pequeña cuadrilla del bar bebió, yo bebí. Entonces, Wade dejó el vaso en la barra.

—Y aquí está ese condenado trozo de papel por el que hemos estado peleándonos. A estas alturas ya puedo decírtelo: Riley lo ha firmado mientras tú esperabas fuera. Así de seguros estábamos. —Me agarró la mano derecha y me la oprimió con fuerza, y ambos cazamos el papel al vuelo—. Sujétalo —me susurró, con un apremio del que no había hecho gala hasta entonces—. Sujétalo ahí un segundo, hasta que este nos eche el *flash*. —Los dientes casi se le salieron de la boca mientras el fotógrafo de Philips nos hacía la foto. Luego volvieron a desaparecer detrás de sus labios y su silueta se fundió con el entorno.

No estaba seguro de en qué bolsillo debería meter el cheque. Tenía una sensación parecida a cuando se presenta oficialmente al equipo y se anuncian los créditos de la alineación, con los hinchas y los patrocinadores pululando por ahí. Ellos se dieron cuenta de que no paraba de toquetear el cheque, y Weaver me dijo:

—¿No vas a leer lo que pone?

—Ah, sí —respondí, y eché un vistazo a las palabras y a los números que había escritos en él antes de metérmelo en el bolsillo interior. Alcancé a ver a Dicky preguntándole a Thorpe a cuánto ascendía la suma y, cuando el miembro de la junta le susurró la respuesta, la carita del entrenador del segundo equipo se contrajo en una mueca de airada sorpresa. Weaver, por su parte, no se estaba frotando las manos, pero esbozaba una sonrisa curiosa, como si temiera que su fina piel se agrietase en cualquier momento.

—No te lo gastes todo de golpe —me dijo, y soltó una carcajada. Durante un minuto, yo odié aquel dinero. Apes-tabá. Me quemaba en el bolsillo. Luego recordé que era mío y sonreí.

—En cuanto a ese caballero de ahí... —dijo Wade, liberando su muñeca de la correa al tiempo que señalaba a Philips—. No le digas nada a Ed Philips. Yo le daré toda la información que necesita. Está en su contrato, Ed. Nada de comunicados a la prensa.

—¿Y qué iba a comunicar él? —dijo Ed.

Wade no le oyó. Estaba sacudiendo la cabeza para tratar de atraer mi atención.

—Así es como funciona, Arthur.

Entonces advirtió que yo miraba a Philips de pies a cabeza y me agarró por el codo para apartarme de esa conversación.

—El sábado que viene no vas a jugar. Pero la semana siguiente tenemos dos partidos del primer equipo, el sábado y el lunes. Jugarás en ambos. Son dos partidos muy seguidos, así que..., vamos, que tendrás la oportunidad de asentarte en la segunda línea más rápido. Y te lo digo ya para que lo sepas, Arthur, tenemos dos o tres delanteros muy buenos en la segunda línea... —Y luego siguió con el rollo de siempre: lo fundamental que era que yo jugase mejor que ningún otro, la buena fe y demás gilipollices. No le preste mucha atención hasta que me dijo—: Ya verás, te saldrán una o dos primas sin que te lo esperes. Algún lunes por la noche, una semana cualquiera, una victoria podrá suponerte veinte libras. Eso a menos que Weaver o Slomer o algún otro se haya quedado especialmente satisfecho y te dé una prima de su propio bolsillo. En los fines de semana de Navidad y Año Nuevo, es posible que reúnas hasta cincuenta billetes por cada partido si estamos en racha. Así que, ya ves, nosotros te vamos a tratar con decencia. Ahora está en tus

manos dar lo mejor de ti. Y recuérdalo: para mí lo que cuenta es jugar bien la pelota, no tener los puños más grandes. ¿Me has entendido?

Por la manera en que me hablaba, lo que yo entendí fue que no estaba seguro de haber apostado al caballo ganador. Estaba preocupado.

—Y el martes te vienes al vestuario del primer equipo, por supuesto —concluyó, y se puso a dar las buenas noches a todo el mundo antes de marcharse a casa con el perro.

Yo me despedí poco después. Y ya había llegado al último peldaño de la escalera de detrás de las gradas cuando, de pronto, alguien a quien no conseguí distinguir gritó desde la puerta del bar:

—¿Ya te vas, chaval? Espera ahí un minuto, que enseguida estoy contigo.

Me quedé junto a la puerta de los jugadores, preguntándome qué podía ser eso que Weaver quería decirme.

—Ese amigo tuyo ha estado aquí hace más o menos una hora —comentó—. Johnson. Nos hemos hecho los locos, así que se ha marchado. No queríamos que se quedara rondando por aquí, precisamente en estos momentos. No te importa, ¿verdad? ¿Cómo te encuentras?

—Bastante cansado. Ya me iba a casa.

—Por eso te he seguido; me lo imaginaba. Vamos, te llevo en mi coche. Tienes que tener cuidado con ese cheque. Ya que lo llevas encima, prefiero que nos aseguremos de que llegas sano y salvo a casa.

Dijo esto como si estuviera hablando con cincuenta tipos como yo, con toda una fila de troncos de árbol, con un largo muro de ladrillos, sin dejar de mirar hacia uno o dos puntos fijos en el vacío, o bien hacia sus propios pies, y sin dejar tampoco de palpase el bolsillo del pantalón.

El Bentley nos esperaba aparcado bajo una farola. Estaba envuelto en un resplandor azul. Se lo olía a veinte metros de distancia. Avancé hasta el otro lado y esperé a que Weaver me abriera la puerta desde el asiento del conductor. Una mano pálida se extendió para desbloquear el cierre.

—Entra, chaval —me invitó—. He puesto la calefacción. —Al meterme en el coche, sentí calidez, blandura, un perfume agradable: como si se tratara de una butaca de cine.

Atravesamos el callejón y enseguida nos incorporamos a la carretera principal.

—Fairfax Street, ¿cierto?

Ahora, con la mano de pintura de su voz, el nombre de la calle sonaba distinto, quizá más sucio, más zarrapastroso.

—Sí.

No dije nada durante un rato, y luego le comenté:

—Me ha parecido verlo en el partido del segundo equipo esta tarde. —Observé el perfil de caucho de su chaqueta y su sombrero de fieltro. Parecía muy concentrado en la carretera.

—Esta tarde —contestó, con un levísimo interés—. Sí, he ido a ver el partido. —Me dedicó una sonrisa en la que había un reproche callado—. No has jugado demasiado bien.

—¿Acaso alguien ha jugado bien?

—En eso llevas razón.

Giró un poco el volante, encendió y apagó varias luces, cambió de marcha; las luces del salpicadero lo iluminaron durante un segundo, y él bizqueó al mirar las esferas del cuadro de mandos. Lo hacía todo como si yo no estuviera allí. Conocía bien la ciudad. Se alejó del centro y tomó la carretera que rodea el parque, de modo que fuimos a dar directamente con las hileras de casas de Highfield.

—¿Qué opinión te merece Wade como negociador? —me dijo—. ¿Crees que es un «oponente duro»?

—No me he formado ninguna opinión sobre él. Sencillamente he dicho quinientas libras al principio y he seguido en mis trece, con la esperanza de que me funcionara.

Él esquivó un par de coches, veloz como una flecha, atenuó la luz de los faros y dijo:

—¿Y ha sido así?

—¿Que si me ha funcionado? Yo creo que sí. No esperaba que todo se resolviera tan rápido. —Él debía de estar pensando: «Claro, ahora, con las quinientas libras en el bolsillo, bien puedes hacerte el ingenuo». Noté que se volvía para mirarme—. No sé lo que pienso, la verdad.

—¿Cómo se siente uno tras haberse hecho con quinientos billetes en un solo día?

¿Cuánto más iba a exigirme? Era como si estuviera sacándome brillo con un paño, con el objetivo de colocarme en una vitrina y exhibirme como su última adquisición. Se inclinó hacia mí, echándome el aliento encima, y me rozó con la manga de la camisa.

—Todavía no siento nada.

—Ha sido algo precipitado —comentó con vaguedad.

—Sí.

—Seguramente es culpa mía. Cuando se trata de este tipo de cosas, me gusta dejarlo todo bien atado. No te molestará demasiado, ¿verdad?

—No, ahora ya no.

Se rio.

—A ver, ya había un par de clubs interesados en ti. De ahí lo de acelerarlo. Hubo alguien ojeando el terreno el sábado pasado. Es cierto que te he metido prisa, pero tenía mis razones. ¿Te han llegado más ofertas?

—No. No he oído nada de esto.

—Vale, pues, si ahora te dicen algo, ya sabes qué responder: eres propiedad del City. —Soltó una risotada aún mayor y me palmeó el muslo. Luego me apretó la rodilla—. Es mejor asegurarnos, Arthur.

Dejamos atrás Highfield y me dijo:

—Riley... No se lo ha tomado bien, me parece, tenía mal aspecto. ¿Tú qué crees? Le gusta manejar estos temas con bastante más clase, ¿sabes? Que parezcan grandes tratos de negocios. Los contables son todos unos cochinos, yo creo que siempre actúan así. Maquillan las cantidades, así es como disfrazan la basura que se acumula detrás. ¿Tú qué crees?

—Es posible que me guste la basura.

Se echó a reír de nuevo. Era como accionar una palanquita. Él quería que yo fuera un buen chico, que le siguiera la corriente, así que también me reí. Me reí con él. No puedo decir que me cayera mal. Me estaba haciendo muchas confidencias, si es que puede llamárselas así. Como suele decirse, «ya era uno más de la familia». Aunque estaba algo intimidado, pues era el miembro más reciente. Noté que Weaver me daba un golpecito con el codo y empezaba a girar el volante a la vez.

—Fairfax Street —dijo—. ¿Sabes?, este sitio me suena de algo. ¿Tienes algún vecino al que yo pueda conocer? —Se rascó la aleta de la nariz con la punta del meñique.

—Bueno, un tipo llamado Hammond solía vivir aquí. Se mató en su fábrica. —Se sorprendió al oírme decir «su fábrica». Esa expresión sugería un lugar grandioso, comunitario—. En

Weaver's —me corregí, para dejar claro que la fábrica y su persona eran cosas bien distintas—. Estoy alojado en casa de su viuda.

—Exacto, ese es el nombre —comentó él, con calma—. Hammond. Eric Hammond, ¿verdad? Recuerdo el funeral.

—¿Cómo se mató?

—En un torno del taller D. Fue algo bastante desagradable. —Aminoró la marcha y encendió los faros delanteros, como si ese pensamiento lo hiciera más consciente de la inevitabilidad de los accidentes—. Estaba justo delante de una de esas poleas con correa trapezoidal. Con una lima. Una de las que no tienen mango de madera. En gran medida, fue culpa suya. Cualquiera sabe que no se usan ese tipo de limas en los putos tornos. Naturalmente, en cuanto impactó contra el canto del rodillo, la jodida lima salió disparada. Y le atravesó el cuerpo. Después retiramos todas esas limas, incluso de las bancadas del taller. Pero, vamos, a quién se le iba a ocurrir. Que haya gente que no tenga en cuenta cosas tan obvias... —Apagó los faros. Ahora nos desplazábamos despacio—. No solo eso, sino que la ropa se le quedó enganchada en el torno, lo que no favoreció... Hubo ciertas complicaciones.

Como no añadía más detalles, le pregunté:

—¿Cuáles?

Él se encogió de hombros.

—Nada. ¿Cómo es su mujer, o, mejor dicho, su viuda? Tenía un par de hijos pequeños, si no recuerdo mal.

—Bueno, es agradable.

Se quedó mirándome un segundo. No sé por qué. Y luego dijo:

—No recibió ninguna indemnización. El caso se volvió en su contra. Le dimos un poco de dinero, pero no mucho.

—¿No tenía derecho a una indemnización?

—No sé, chaval. A nosotros no podía beneficiarnos en nada asumir la responsabilidad. Aunque, mira, yo no soy quién para decidirlo, ¿verdad? ¿Dónde quieres que te deje? ¿Al final de la calle, o en la puerta?

—Al final de la calle está bien.

—Es toda una coincidencia que vivas aquí.

—Eso parece.

—Sí, sí, así lo llamaría yo, coincidencia. Eric Hammond. Es asombroso cómo algunas personas se te siguen apareciendo de cuando en cuando, incluso después de muertas.

Paró el coche como si se conociera la calle de cabo a rabo. Yo quité el seguro de la portezuela y la abrí.

—En fin, no creo que pierdas el dinero en el camino desde el coche hasta la puerta de tu casa —dijo—. No veo muchas tentaciones en esta calle. —Me quedé parado en la acera y lo miré. Parecía un pez en su acuario. Un acuario de trescientas libras—. Buenas noches, Arthur, y dale recuerdos a la señora Hammond.

Yo le dije adiós y esperé mientras él daba la marcha atrás para cambiar de sentido. Luego me quedé observando cómo el Bentley se alejaba por City Road.

No me dio tiempo de pensar en nada porque, en cuanto pisé la calle, esta se elevó como un remolino, a una velocidad vertiginosa, y emprendió una loca carrera por el paisaje oscurecido,

dando grandes brincos desbocados. Me sujeté a la puerta de algún vecino. Algo me goteaba de la nariz, y noté su sabor amargo en el labio superior.

Lo siguiente que vi fue la cara de Johnson.

Me llamaba por mi nombre y me decía que era mi amigo.

—¿Qué has estado haciendo? —me preguntó—. ¿Qué te han hecho?

—Estoy cansado. Dios, estoy terriblemente cansado.

—Has estado bebiendo. Eso no es prudente. —Me rodeó con los brazos, como si yo estuviera necesitado de toda su protección.

—¿Me has visto salir del coche de Weaver, papá? ¿Me has visto salir de ahí? Me ha traído a casa.

Johnson imprimió a sus movimientos el máximo nivel de astucia del que era capaz.

—¿Qué ha pasado esta noche? ¿Es que has estado de fiesta? —me interrogaba al tiempo que me daba empujoncitos, como si fuésemos dos colegas borrachos—. ¿Has firmado? ¿Te han fichado?

En esos momentos, yo estaba encantado de conocerme. Me erguí bien para poder verlo mejor. La calle había aterrizado por fin. Seguía abombándose ante mis ojos, pero al menos ya no flotaba.

—Bah, no me van a cazar, papá. No me cazarán. Ya les he dicho a esos cabrones por dónde podían meterse su asqueroso dinero.

—¡No habrás sido capaz! —exclamó. Para él, aquellas palabras explicaban mi extraño comportamiento. Seguía creyendo que estaba bebido.

—No me digas que te has echado a llorar por eso —le dije. Lo miré a la cara—. No estarás llorando, ¿verdad?

—No —respondió. Estaba apoyado contra el poste de una farola y se tapaba la cara como un crío.

—No te lo tomes tan a pecho, hombre —le dije—. No tiene tanta importancia.

Tenía la cabeza a punto de estallar. Y, si eso ocurría, lo pondría todo perdido: la acera, mi ropa, la carretera. Sentía un dolor tremendo justo encima de los ojos. Le di un empujoncito a Johnson, pero él no se movía.

—Weaver acaba de traerme a casa en su coche, papá.

—He estado esperándote dos horas, Arthur.

—Dos horas. ¿Y por qué?

—Quería saber lo que había sucedido. Que no cayera todo en saco roto.

—Ah... Claro.

—Vale —dijo, sin descubrirse la cara en ningún momento.

—¿Estás decepcionado? —le pregunté. No respondió. Pero un instante después volvió la cabeza hacia la calle, y pensé que iba a marcharse y a dejarme plantado para siempre.

—Me han dicho que iban a venir aquí para ficharte. Que no valía la pena quedarse esperando allí. Weaver: me lo ha dicho él mismo. Me ha dicho que vendrían a tu casa. Llevo dos horas aquí.

—Nos podíamos haber visto mañana. No había necesidad de esperar tanto tiempo. ¿Por qué has esperado tanto tiempo? Podrías haber llamado a mi casa más tarde, esta misma noche.

—Quería estar presente —masculló.

—¿Presente dónde? ¿Mientras yo firmaba un trozo de papel? No había nada que presenciar.

Oye, ya te has dado cuenta, ¿no? De que era una broma.

—Te he estado esperando.

—Va, que te he tomado el pelo, que lo de que no he firmado no era verdad.

No dijo nada.

—¿Cuánto crees que me han dado, papá?

—Dímelo *tú*, Arthur —me advirtió. Tenía un aspecto algo aletargado.

—Va... ¿Cuánto calculas que puede ser? ¿Cuánto crees que han pagado por Arthur Machin?

—Que me lo digas *tú*.

—¿No quieres adivinarlo? Venga, intenta adivinar cuánto les he sacado.

—Me retorcaste la muñeca cuando te hice lo mismo a ti. Dímelo de una vez, Arthur.

—Quinientas. Quinientas libras. Aún no me he hecho a la idea de lo que significa ese número.

Quinientas libras. ¿Quieres ver el cheque?

Él clavó los ojos en la farola. Luego se giró para mirar a la calle, después a mí, y su cara refulgió mientras se movía bajo la luz.

—¿Puedo verlo? —dijo. Sus ojos estaban sumidos en las sombras. Saqué el cheque y lo sostuve bajo el fanal. Él rodeó el documento con las dos manos, como si fuese una delicada polilla, y lo estudió minuciosamente.

Luego me miró.

—Tú y yo, Arthur.

—¿Crees que lo valgo?

—Tú y yo. Somos nosotros. —Elevó el cheque y lo contempló durante un rato más.

—He tenido que pelearlo.

Creo que no me oyó.

—Hemos hecho esto juntos —añadió.

—El viejo Wade... y ese tacaño repugnante de Riley. Si hubieras visto su cara. Se ha puesto rojo. Tan rojo como..., bueno, como lo más rojo que puedas imaginarte. Los dos querían racanearme un poco de pasta. Querían que aceptase la mitad o algo así, una birra de oferta. Yo podría morirme durante este año. Podría estallar una guerra. Ni ellos mismos lo tienen claro, por qué narices han aceptado el trato. El propio Weaver me lo ha reconocido. Y también me ha dicho que Riley se lo ha tomado fatal.

Johnson no pareció escuchar nada de lo que le dije. Toda aquella perorata salió a chorros de mi cabeza y se llevó consigo, como por ensalmo, el dolor que tenía acumulado dentro. Él, por su parte, se puso a bailar en torno al poste de alumbrado. Así visto, era el mariposón más gracioso del mundo. Daba vueltas y vueltas en torno a la farola. Sus ridículos botines achaparrados se pusieron a taconear por la tapa de la alcantarilla, luego por el pavimento de la acera y finalmente por el arcén. No me prestaba ninguna atención. Pero, cuando le pregunté «¿cuánto quieres?», se paró en seco. Lo había dejado fulminado.

—¿Qué quieres decir con eso, Arthur?

—¿Cuánto quieres de esa cantidad? De las quinientas libras. Tú me has allanado el terreno. ¿Cuánto te parece justo llevarte?

—Oye, no, Arthur, no.

—¿Qué significa «oye, no»?

—Ya sabes que no lo hice por eso.

—Yo no sé nada de nada —dije, irritado, porque pensaba que estaba haciéndose el modesto para, acto seguido, sacarme una buena tajada—. ¿Por qué lo hiciste?

—Por eso, no.

—Tuvo que ser por algo. ¿De qué se trata?

—No lo hice por nada.

—Mira: algo tiene que haberte empujado a ayudarme. Te has pasado un año entero dándoles jabón a Wade y a los de la junta. ¿Qué es eso de que no lo has hecho por nada? Nadie hace algo así por nada. Enjabonar a esa panda de mariposones sebosos. No me digas que lo has hecho por gusto.

—No lo hice por eso.

—No me importa compartirlo contigo, si eso es lo que te preocupa. Tengo mucho más esperándome en el mismo sitio. Sé cómo tratar con esos mariposones. No me importa darte una parte. Creo que lo mereces. Lo creo de verdad.

Él había dejado de bailar, y también había dejado de hablar. Parecía que hasta hubiera dejado de respirar. Sencillamente estaba allí plantado, desfallecido.

—¿Y por qué lo has hecho, entonces?... ¿No me lo vas a decir? Vamos, va. ¿He hecho algo que te haya ofendido?

—No es nada de eso.

—¿Y qué es?

—Yo solo quería... Ya sabes. Ya lo sabes.

—No, no lo sé —insistí. Traté de deducir, en vano, qué podía haber esperado a cambio. No serían las quinientas *íntegras*..., ¿verdad?

—Quería hacer algo por mí mismo, hacer algo por mi cuenta. Eso es lo que quería.

—No pareces muy convencido.

—Me ofendes, Arthur. Aprietas demasiado a la gente. Estás intentando que piense como tú quieres que piense. Esa conclusión de que yo solo quería dinero... Estás muy equivocado. Pagarme por eso... Lo has estropeado todo.

—Vaya, pues no era mi intención, te lo aseguro. Pero al menos ya lo sabes: que, por mi parte, ha existido una oferta de dinero desde el primer momento. Y tampoco te he apretado tanto.

—Vamos a dejarlo aquí. —Su cara se había convertido en una máscara pequeña y dura.

—No, ahora me vas a escuchar. No quiero oír hablar de este asunto nunca más. Zanjémoslo de una vez. Quiero pagarte algo. Llámalo regalo, o como te dé la gana. Quiero que te lleves algo. No me gusta la idea de tenerte orbitando alrededor de mi cabeza todo el tiempo. Porque, permíteme que te lo diga sin rodeos, yo no me dedico a correr por el campo y a darme porrazos para que la gente se lo pase bien. ¿Entiendes, papá? Solo me gusta hacerlo si me pagan mucho dinero a cambio. Esa es la parte que me gusta. Y quisiera compartirla contigo.

—No quiero nada, Arthur. Si tú ibas buscando eso, por mí perfecto. Pero yo ya tengo lo que quería.

—No me imaginaba que te lo tomaras tan en serio. Por cierto, ¿sabes lo que me dijo la señora Hammond?

—¿Sobre qué? —se apresuró a preguntar.

—Sobre esto..., lo que acabamos de estar comentando. Ella dice que lo hiciste por dinero.

—Ella..., ella —dijo, pero el esfuerzo no le sirvió de nada. A él no se le ocurría nada—. Ya me imaginaba que diría eso. No me gusta esa mujer. No sé por qué sigues viviendo en su casa, Arthur. No le caigo bien.

—No quería decir eso. Solo lo he dicho para demostrarte que no me supone ningún problema pasarte unas pocas libras. Sé que no lo has hecho por dinero... Pero, ay, Dios, no voy a discutir más contigo. Ya te mandaré algo. Tráelo para acá, el cheque.

—¿Cuándo te volveré a ver? —dijo. En su aspecto había frialdad y un cierto aire extraviado.

—No lo sé. —Le arrebaté el papel de las manos y lo doblé.

—¿Qué te parece mañana, domingo?

—¿El domingo? Tal y como estoy, no me habré levantado de la cama ni el domingo de la semana que viene. Me encuentro fatal.

—Entra en casa y descansa —me aconsejó—. Te llamaré mañana para ver cómo estás... ¿Has bebido?

—Sí. Voy ciego.

Se quedó observándome mientras bajaba la calle haciendo eses hasta llegar a la puerta de la casa. Estaban celebrando un par de fiestas tras algunas de las ventanas. La suya estaba oscura, cubierta por el acostumbrado velo de sombras.

—¿Quién es? —respondió ella, a gritos, cuando llamé a la puerta.

—Soy yo. El rey de Inglaterra.

—¿En serio?

—No. Soy yo.

—¿Quién dices que eres...?

—Por el amor de Dios, abre la puerta. No estamos en guerra, cojones.

Oí que descorría el cerrojo. Entré y me quedé apoyado contra la pared.

—¿Qué le pasa esta noche a todo el mundo?

—Estás borracho —respondió. Permaneció en silencio mientras me examinaba con semblante asqueado. Entré en la cocina por mis propios medios y me tendí en una silla—. Tienes los ojos rojos. Están llenos de sangre.

—Se trata de un traumatismo, señora mía.

—¿Te has metido en una pelea? También te has dado un golpe en la frente. —Se quedó observándome por un momento, quizá a la espera de que se revelasen más síntomas que le dieran pistas sobre lo sucedido. No tenía claro cómo debía reaccionar—. Tienes un moratón entre los ojos.

—No hace falta que me lo digas. Ya la noto. ¿Tienes codeína o algo parecido?

Estuvo un buen rato trajinando con los cacharros, abrió unos cuantos cajones, un armario, y, cuando por fin regresó, me puso una taza en la mano. Yo alargué la otra, y noté el tacto de sus dedos y luego el de las pastillas.

—Jo, venga. Dame al menos cuatro.

—Dos serán suficientes por ahora —objetó ella, con grandes remilgos—. Te daré otra más tarde, si no se te pasa.

—Típico de ti: si no se te pasa. ¿Por qué no me das cuatro ahora, y así te aseguras de que se me pasa del todo?

—Qué valiente y qué machito te pones a veces. Y todo por un simple porrazo en la cabeza.

No le respondí. Ella esperó mientras yo bebía y luego me cogió la taza para enjuagarla bajo el grifo. El chorro de agua rugía al salir. Después, se sentó frente a mí.

—Johnson ha estado aquí. Ese amigo tuyo.

—Lo acabo de ver fuera. Dice que te cae mal, no sé de dónde habrá sacado esa idea. Qué raro, ¿no?

—Me ha parecido que creía que yo te tenía escondido en alguna parte. Me ha dicho que le habían contado que estabas aquí, en casa.

—Sí, eso le habían dicho. ¿Cuándo ha venido?

—Hace más de una hora... Ese hombre tiene que estar mal para pasarse tanto tiempo esperando. ¿No crees? Dime la verdad. No sé por qué lo sigues animando.

—Me estás diciendo exactamente lo mismo que él me acaba de decir de ti. No se explica por qué me alojo aquí.

Durante un minuto, no tuvo nada que añadir.

—Deberías tener amigos de tu edad —me dijo al final.

—Ya los tengo.

—Y él debería estar trabajando. Aún no es tan mayor, podría trabajar.

—Me han fichado. —Mi voz sonó sin vida. Ella levantó la cabeza al oír ese tono. A juzgar por su aspecto, cualquiera habría dicho que estaba fatigada, que había trasnochado demasiado. Sus ojos, que de todas maneras nunca se centraban en nada, estaban ahora completamente ausentes. Eran agujeros vacíos.

—¿Quieres un poco de té?

—¿Has oído lo que te acabo de decir?

—Sí. ¿Estás contento?

—Eso podrás deducirlo tú misma cuando adivines la cantidad.

—Yo no sé nada de esos asuntos... Pero, por la actitud de Johnson, supongo que debe de ser una millonada. Estaba desatado. No he entendido nada de lo que me decía, era incomprendible. Quizá haya sido lo mejor.

—Olvídate de él. Adivina cuánto valgo.

—No lo sé. Yo no sé nada de rugby.

—Eso ya lo sé. Solo te pido que intentes adivinar la *suma* que han pagado por mí. ¿Cuánto dinero contante y sonante crees que valgo?

—Si te soy sincera, no sé decirte... Si este asunto dependiera de mí, probablemente tendrías que pagarles tú a ellos.

Giré la cabeza por encima del respaldo de la silla para verla bien, y luego me eché a reír.

—Muy graciosa.

—Ya.

—Sabía que en el fondo eras así, debajo de esa máscara que siempre llevas puesta.

Ella sonrió muy seria.

Entonces la miré como si fuera la primera vez, con una mirada nueva. En el fondo, yo nunca la había visto como una persona. Y eso se debía a que ella no quería ser vista. Durante todo el tiempo que yo llevaba en su casa, había dedicado todos sus esfuerzos a hacerse tan pequeña, tan

insignificante como le fuera posible. Tan diminuta que al final ni existía. Ese era su objetivo. Exactamente lo opuesto al mío. Y este era el principal motivo por el que yo estaba dolido con ella. Lo único que yo quería era que la señora Hammond real saliera a la superficie, y ahora, de pronto, casi acababa de suceder. Pero la vida le había repartido tantas malas cartas que ella no quería jugar ni una partida más. Se había retraído, se había rendido. Y yo la odiaba por ello. Por no verme a mí, por no darse cuenta de que yo podía ayudarla. Todo era malo. Incluso yo. Para ella, nada contaba ya. Ni siquiera yo.

—¿No vas a intentar adivinarlo? —le pregunté, dispuesto a estamparle la realidad en la cara.

—No —respondió, y sacudió la cabeza para acompañar su negativa.

Esperé a que cambiase de opinión.

—Pues tendré que decírtelo, ya que eres tan tozuda. Quinientas libras.

Ella soltó una carcajada que resonó entre las paredes, súbita y ligera. Nunca había oído ese sonido saliendo de su boca.

—No me crees —le dije.

—No.

—Ven aquí y te enseño el cheque librado, firmado y fechado.

Lo alcé en el aire y ella tendió la mano para alcanzarlo.

—¿Lo ves? —le dije mientras ella lo leía—. Quinientas, en letras y en números.

Lo retuvo entre las manos por un breve instante y luego me lo devolvió.

—¿Qué opinas?

Ella ya se había percatado de mi impaciencia.

—Pues que está muy bien.

—No pareces muy emocionada.

—No querrás que me ponga a bailar por esto.

—No deberías hablar así. No es propio de ti.

—Tú no has hecho nada para merecer ese dinero.

—Como quieras. Si esa es toda la alegría que vas a mostrar, olvidémonos del asunto. Yo voy a intentar subir a mi habitación. Seguro que me sentiré mucho mejor echado, a oscuras... porque con esos niños montando escándalo ahí fuera... Pero deberías estar contenta. —No pude evitar decirlo.

—No les importa... A sus padres, digo. Les dejan jugar fuera toda la noche, con tal de que no entren en la casa.

—Me van a echar de menos en el Mecca esta noche. Seguro que estarán esperando a que vaya y compre todo el local de golpe. El viejo Dicky... Tendrías que haber visto su cara, se ha puesto verde cuando Thorpe le ha dicho lo que me habían dado. Mañana no me despiertes temprano, señora Hammond. Puede que a esas horas ya esté muerto. —Me desplacé con esfuerzo evidente hasta las escaleras, por ver si ella se sentía tentada de ayudarme. Sin embargo, se quedó parada en mitad de la cocina, dubitativa. Pensé que quizá no le importaría demasiado si yo me cayera muerto allí mismo—. A propósito —le dije—. Weaver me ha estado hablando de tu marido esta noche. Me ha contado cómo se mató.

—¿Ah, sí?

—En realidad he sido yo el que ha sacado el tema... Disculpa si he cometido un error.

Ya llevaba un buen rato tendido en la cama. No había conseguido dormirme por culpa del dolor, así que me había puesto a ojear *Torero*: en aquella escena, todo el público estaba pendiente de él, de cada uno de sus movimientos. Estuve esperando hasta que ella dejó de llorar en el piso de abajo. Debía de haberle sentado como un tiro que yo cobrara tanto dinero así de fácilmente. Eric había tenido que morir para sacarle un triste centenar de libras a la empresa. En el libro, el torero se desgañitaba con los aficionados nada más salir al ruedo. Los volvía locos con un par de gritos, y luego, al minuto siguiente, hacía un pase tan espectacular que todos se morían por besarle el culo. De pronto oí su voz al otro lado de la puerta.

—¿Eso quiere decir que te vas a ir a vivir a otro sitio?

La verdad es que yo no había pensado sobre el tema. Como no le contesté, ella repitió la pregunta:

—Ese dinero... ¿significa que te mudas a otro sitio?

—¡Creo que no! —grité. A continuación, oí cómo cerraba la puerta de su cuarto. Entonces puse el cheque en la silla, junto a la cama: era la primera cosa que quería ver nada más abrir los ojos.

3

«Tachán, tachán, mirad a los héroes que vienen de conquistar.»

Tengo la vista clavada en el brazo del abrigo Crombie de Weaver, que rodea los hombros de Maurice. Es precisamente Maurice quien va desgañitándose con esa canción. Sus cabezas están muy juntas; entre ellos, las luces han excavado un túnel entre el follaje. Vamos cuesta arriba, a gran velocidad, por algún punto de Sandwood. Huelo a un lado el puro de George Wade, y al otro lado siento el cuerpo de Johnson apretado contra el mío. El viejo extiende una mano hacia delante y palpa con tiento el cogote de Maurice.

—¿Qué pasa, papá? —Maurice se da la vuelta. Solo entonces ve que tengo los ojos abiertos —. Caramba..., el paciente se ha despertado, doctor.

Se aprieta contra Weaver para verme mejor. Por un instante, soy el único ocupante del coche que mira por el parabrisas.

—Está radiante, ¿no os parece? Te has portado genial, Arthur, de verdad —dice Maurice, y se echa a reír; sus carcajadas parecen más bien chillidos—. ¿No es así? —repite, dirigiéndose a Weaver, y luego le echa una rápida ojeada a George Wade—. Nos hemos enterado de todos los rollos que te rondan por el subconsciente, o como porras se llame eso.

Veo que Weaver intenta contener la risa, aunque no llego a oír nada.

—De lo mejorcito que he escuchado en mi vida, Art. Si alguna vez me sacan los piños, ojalá no haya testigos. Porque no me quedaría ni un solo amigo en el mundo entero.

—¿Y a mí me queda alguno?

Maurice se ríe un poco más y responde:

—¿Acaba de oír eso, señor Wade? —Se atraganta de la risa, como si se estuviera ahogando —. Tienes como poco un amigo, Art: yo. Pero no pongo la mano en el fuego por nadie más.

Maurice mantiene los ojos fijos en Wade, pero yo no logro ver su cara. Luego llega el turno de Weaver.

—Admito que tenía mis dudas acerca de la psicología y tal —dijo—. Pero, desde hoy, voy a ponerme a estudiar. Investigaré sobre el subconsciente profundo y todas esas historias de las que habla Morry..., en fin... Sobre la porquería que guardamos en el cajón, vaya.

—Solo eran los desvaríos de un hombre inconsciente... —protesta Wade—. ¿Por qué os empeñáis en sacarlo todo de quicio?

—Desvaríos o no, George —dice Weaver—, creo que ha encontrado una senda firme por la que avanzar, y vaya si la ha seguido.

—Ha sido una estampida en toda regla, joder —dice Maurice—. Tachán, tachán, mirad a los

héroes que vienen de conquistar.

—Bueno, pues yo no le voy a guardar rencor por esto —di-ce Wade—. Está enfermo. De hecho, sigo pensando que deberíamos haberlo llevado a su casa, como nos ha recomendado el dentista. O, por lo menos, haber esperado hasta que volviera en sí del todo. ¿Cómo te encuentras, Arthur?

—Pero si él quería venir. ¿No es así, Arthur? —responde Maurice—. Es Nochebuena. No quiere quedarse encerrado en esa habitación de mierda toda la noche. ¿Tengo razón o no, Arthur?

—No lo sé.

—¿Cómo te encuentras? —me dice Wade. Por su aspecto, tengo la impresión de que he herido sus sentimientos mientras estaba fuera de combate. Su voz suena cansada y dolida, y su preocupación resulta demasiado ostentosa.

—¿He dicho muchas estupideces?

—Te han sacado de la consulta antes de lo debido, para que tomaras aire fresco. El señor Weaver ha dicho que no podía esperar más, y Maurice ha decidido traerte con nosotros. Parece que el dentista te ha dado una dosis bastante fuerte.

—Pero tú no habrías querido que te dejásemos allí solo, ¿verdad, Arthur? —dice Maurice—. Deberías haber visto el cuadro, cuando te hemos sacado a rastras del gabinete del dentista. Estabas convencido de que ibas nadando. Hasta te ayudabas con los brazos...

—Podríamos haber hecho lo que tocaba, lo más apropiado en esas circunstancias —dice Wade—. Podríamos haber cogido un taxi perfectamente.

—¿Y llevarlo a su casa? ¿Qué clase de Navidad habría tenido allí, joder? ¿Tengo razón o no, Art? Tú querías venir con nosotros.

—Llegados a este punto, ya no tiene sentido dar marcha atrás.

—Ese es el espíritu, Art. Demuéstraselo, tú puedes con todo.

—Lo mejor —explica Wade— es que llamemos a un taxi en cuanto lleguemos a la casa del señor Weaver, y que lo llevemos a su casa para que se pueda acostar.

—Uf, no, ahora yo no me meto en la cama.

—Qué grande eres, Art. Ahora es el momento: nos vamos de fiesta. Y ya veremos mañana. Podríamos acabar en Rusia.

Todos nos recostamos en los asientos y nos ponemos a observar las hojas que planean por delante del cristal del parabrisas. No puedo seguir ignorando a Johnson; lleva un buen rato dándome codazos. Solo quiere que lo mire. Finalmente, gracias al reflejo de los faros delanteros, vislumbro su sonrisa de idiota.

—Llegaremos en unos minutos —anuncia Weaver—. He dado un rodeo por las afueras de la ciudad para entrar por detrás. Hay menos tráfico. Mira a tu derecha, George, detrás de esa curva: verás Primstone a lo lejos.

Trago un poco de sangre. Descanso la punta de la lengua en el espacio vacío que han dejado los dientes delanteros, y noto algo blando. Como gelatina. Siento un dolor leve, no demasiado desagradable, en la parte superior de la boca.

El coche toma un atajo que nos lleva directamente al borde del valle. Desde allí vemos toda la ciudad, que queda un poco más abajo, iluminada; su guirnalda de luces se enrosca poco a poco hasta llegar a la oscuridad que rodea Primstone. En el va-lle, los flancos de las torres de refrigeración reflejan la luz, que se va volviendo cada vez más tenue hasta que sus cumbres

quedan ocultas en la oscuridad del cielo. Parecen dos columnas que sostienen un peso misterioso.

—Menudo bocachanca —dice Maurice, y escupe por la ventana. Weaver aparta el brazo.

—Joder, Morry, me has dado —dice mientras se frota la mejilla con la mano—. ¿No tienes modales o qué?

Creo que Maurice no ha llegado a oírle. En todo caso, escupe otra vez, y Weaver se vuelve hacia Wade:

—No hay manera de educarlo, George. ¿Tú qué opinas? —Se ha enfadado con su chico, pero está empeñado en que no se le note. Wade no responde; está absorto mirando el paisaje y tiene una expresión hundida en el rostro. Puede que esté repasando su vida, en busca de algo a lo que aferrarse.

Los faros delanteros iluminan una verja blanca flanqueada por un seto alto. Maurice sale del coche y, después de un montón de quejas y gritos, la abre para que podamos pasar. Entonces vuelve a encaramarse a su asiento y maniobramos para enfilarse el camino de entrada.

Todas las ventanas de Linga Longa están iluminadas. Dentro se está celebrando una fiesta por todo lo alto; de hecho, ha empezado hace bastante rato. La mitad de los asistentes se acercan a nosotros silbando y chillando, y nos escoltan hasta el porche acristalado. Maurice se asoma por la ventanilla y se pone a dar voces sacando la mitad del cuerpo fuera.

—Igual que en Roma, en tiempos de los antiguos —dice Weaver, con una satisfacción serena y condescendiente. La fastuosidad de nuestra entrada es tal que se ve obligado a refrenarse para no atropellar a una pareja.

—Llévatelos por delante, no les importará —dice Maurice—. Es Navidad.

Durante unos instantes, ninguno podemos salir del coche: resulta imposible abrir las puertas. Por fin, Maurice consigue descorrer la ventana del techo y sale trepando del vehículo. Apoya ambos pies en los hombros de Crombie de Weaver y, de pronto, se esfuma: se ha dejado caer sobre la multitud de brazos que lo espera fuera.

—Ese chaval no habría podido ni soñar con un felpudo así de caro —dice Weaver, que se niega a renunciar a la cortesía; sin embargo, su cara está pálida y tensa bajo el resplandor del cuadro de mandos. El motor se para. Veo un gigantesco árbol de Navidad dentro del porche. Sus luces tiemblan junto a un corro de gente; debe de haber una pelea.

—Creo que lo mejor sería seguir adelante, no parar hasta que salgamos de la aglomeración —dice Wade.

—Es posible que tengas razón, George. Pero dudo que pueda avanzar ni diez metros. —Intenta abrir su puerta, haciendo un gran alarde de dignidad, pero el peso de los cuerpos jubilosos la empuja y la cierra de nuevo en cuanto él consigue liberarla—. Yo no he invitado a toda esta gente. Ha venido la mitad de la ciudad, joder. Creo que vamos a tener que salir por el techo, ¿no os parece? —Se desploma en su asiento.

—Yo te diría que sigas adelante. No detengas la marcha —lo insta Wade—. En mi opinión, ningún ser humano civilizado, incluyendo desde luego a Slomer y a su gente, va a querer alternar con esta gentuza. Son una panda de imbéciles.

—Yo no los he invitado. Aunque doy gracias a Dios por una cosa: aún queda una hora hasta que Slomer o el diputado aparezcan por aquí; no creo que lleguen antes.

—¿Qué hora es? —pregunto yo. Parece que hayan pasado semanas desde que salimos de casa del dentista. Wade se palpa el chaleco.

—Aún no son ni las ocho.

Después de unos diez minutos, la portezuela del lado de Johnson se abre de golpe y el viejo se esfuma. Maurice me agarra del brazo y grita:

—¡Cuidado con este cabrón! Aún cabe la posibilidad de que vuelva a desmayarse y nos quedemos sin su preciosa sonrisita de bebé.

Me apeo y me quedo apoyado en el exterior del coche. Cuerpos humanos, caras y vasos — bien agarrados entre los dedos— se aprietan contra mí; se oyen risas, gritos, tintineos. Aun así, distingo la voz de George, que resuena con nitidez desde el interior del coche:

—No me moveré de aquí mientras esta manada no se disuelva. Vosotros podéis marcharos si queréis.

—Adelante. Sonríe, Art —grita Maurice.

Lo cierto es que se ha congregado una muchedumbre considerable a nuestro alrededor: se extiende hasta el umbral del porche, que está a rebosar. Hay caras que parecen máscaras colgadas de todas y cada una de las ventanas, oscilando como péndulos. Maurice ha decidido officiar de maestro de ceremonias. Yo le miro perplejo para que se acerque, y, cuando llega hasta mí, me grita:

—¡Va, Art, regálales una sonrisa!

Entonces me separo del coche con un movimiento brusco y le propino un fuerte gancho en la barriga. Lo levanto en el aire con la mano izquierda y le advierto:

—Te estás viniendo muy arriba, Maurice. Cálmate.

Él culebrea para desasirse.

—Se me había olvidado comentaros —les dice a quienes tiene a su alrededor— que hay un par de cajas de cerveza en el maletero.

Todos lo acompañan hasta la parte trasera del coche. Weaver ya está ahí, listo para pulsar el botón. Las mujeres se ponen a gritar y aplaudir cuando el perro queda a la vista, hecho un ovillo entre las cajas.

No hace falta más para que Wade salga del coche y avance apresuradamente entre el gentío.

—Yo me ocupo del perro —dice.

—No te preocupes —le responde Maurice—. Ya te lo saco yo. —Le echa una ojeada a Weaver, que sonrío con afectación—. Venga, perrito. Venga, perrito bonito, va.

El animal gime y se escabulle hacia el fondo del maletero. Él lo agarra y tira para sacarlo; lo tiene asido por el rabo con una mano, y por el grueso collar tachonado de plata con la otra. El cuerpo se arquea y se retuerce antes de acabar en los brazos de Maurice. Las mujeres no pierden la oportunidad de hacer ostentación de su humanidad: le dan unas cuantas palmaditas y le hablan con dulzura. El perro agacha la cabeza y Wade se sonrío.

—Ups —dice Maurice cuando se le escurre entre las manos—. Se me ha caído.

—¡No dejes que se escape! —grita Wade.

—Lo cojo, lo cojo —tercia Maurice, pero, al parecer, al intentar atraparlo, le suelta una patada sin querer. El animal empieza a dar vueltas y más vueltas en medio del bosque de piernas y, en cuanto encuentra un resquicio abierto, sale pitando hacia los matorrales, despavorido.

—Me cago en Dios —exclama Wade.

Maurice se ha tapado la cara con las manos; sus hombros tiemblan bajo su gran abrigo.

—Se ha escapado —acierta a decir.

—¡Ven aquí, Toby! ¡Ven aquí! ¡Aquí, pequeño, ven! —Wade lo llama con la voz rota, torturada por una mezcla de cólera y ansia.

Es la primera vez que la mayoría de la gente oye el nombre del perro —de hecho, es la primera vez que yo lo oigo— y el acontecimiento queda enmarcado por el estruendo de las risas. Solo se alejan un par de personas.

—Lo encontraremos enseguida, George —dice Weaver, que parece un poco más animado ahora que está entretenido—. No puede haber salido del jardín. Y, ahora, más nos vale meter dentro esas cajas antes de que les dé el aire. Vamos, chicas, enseñadles a los guerreros dónde se ponen.

Maurice pasa por delante de mí y se aleja. Lleva una caja en los brazos y sigue soltando risitas infantiles.

—Entra ya, George —le grita Weaver a Wade, que todavía está detrás del coche, con la mirada esperanzada fija en los matorrales.

—Antes voy a tener que encontrar al perro, señor Weaver. No puedo dejar al maldito bicho aquí fuera. —Se pone a gritar y a silbar para demostrarle a Weaver lo que quiere decir.

—Vale, George, ponte a ello. Nosotros saldremos y te ayudaremos en cuanto lo hayamos organizado todo ahí dentro. Pero, escúchame, no puede salir del jardín: al otro lado del seto hay una valla de alambre. Así que no te pongas nervioso.

Por toda respuesta, Wade desaparece entre los matorrales. Se vale de su bastón para abrirse paso entre el follaje: es todo un cazador de perritos. Weaver esboza una sonrisa consoladora, algo forzada, mientras se dirige al interior.

—Puedes apañártelas tú solo, ¿no, Arthur? —pregunta, y pasa de largo sin esperar mi respuesta.

Aunque en casa de Weaver me desenvuelvo sin problemas, igual de bien que en cualquier otro espacio público, nunca había asistido a una fiesta de este calibre. Incluso teniendo en cuenta que es Navidad, me sorprende su magnitud. No siento absolutamente nada, solo una necesidad punzante de encontrar un rincón tranquilo donde sea, para poder acostarme. Me viene a la cabeza un dormitorio pequeño situado bajo los aleros, en la cima de uno de los tejados a cuatro aguas. Cuando vengo a las fiestas de rugby de Weaver, suelo acabar allí. Pero no he subido ni la mitad de la escalera cuando Johnson entra en el vestíbulo como si fuera el perro perdido de Wade. Alcanzo el descansillo sin que me vea. Estoy un poco mareado.

Alguien ha atrancado la puerta. Oigo jadeos dentro, así que aporreo la hoja de madera.

—Vamos. Venga. Ya habéis pasado suficiente tiempo ahí dentro.

Oigo crujidos y pasos apresurados; después, la voz de Tommy Clinton, uno de los reservas del City:

—Que te follen, acabamos de entrar.

—Venga ya, Clinton —le digo—. Tu padre está abajo.

—Si no te vas —me dice sin elevar el tono—, te juro que salgo y me lío a tortazos contigo, seas quien seas.

—Eres demasiado joven para estas cosas, Clinton. Sé razonable. Tienes toda la noche para tomarte tu tazón de leche con cacao.

—¿Eres Arthur? —dice, suspicaz; de pronto, su voz suena ahogada.

—Sí. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Danos cinco minutos, Art. Cinco minutos y salimos, de verdad.

—Cinco minutos. Os estaré esperando en el descansillo. Ya he empezado a contar.

Vuelvo sobre mis pasos y espero junto a una gran aspidistra que hay dentro de un tiesto de latón, al parecer una de las pasiones pasajeras de la señora Weaver. Huele como si alguien la hubiese regado hace poco, y no precisamente con agua del grifo. Desde detrás de la maceta puedo ver las escaleras y una parte del vestíbulo. El ruido que viene de abajo es ensordecedor, retumba a través del tabique que tengo al lado de la oreja, me provoca un zumbido dentro de la cabeza. No llevo aquí más de un par de minutos cuando Johnson vuelve a aparecer, esta vez seguido de Maurice. Se pasan un rato riñendo antes de empezar a subir.

Sin perder un segundo, atravieso el descansillo a toda pastilla y me meto en el cuarto de baño. Dejo la luz apagada y echo el cerrojo.

—Si está en algún sitio, papá, tiene que estar aquí —le dice Maurice—. No se ha ido a casa, de eso puedes estar seguro. Lo que pasa es que le da vergüenza pasearse por ahí sin dientes. — Entonces golpea con fuerza la puerta del dormitorio que tiene delante, pero no recibe respuesta.

—Venga, Art, soy yo. Maurice. Sé que estás ahí, pedazo de mariposón. ¿Qué te pasa? ¿Estás cabreado?

—¡Me cago en Dios! —oigo exclamar a Clinton—. ¿Es que no podemos tener ni un minuto de paz en esta puta casa?

Hay un instante de silencio y, a continuación, Maurice dice:

—Perdona, Tommy. Pensaba que Arthur podía estar aquí.

—¿Pero por quién me tomas? —dice Tommy—. Vete por ahí a mamarla, Maurice.

—No está aquí —le susurra Maurice a Johnson—. ¿Por qué no miras en los otros dormitorios? Yo me voy abajo.

Cuando se marchan, lleno el lavabo de agua fría y meto la cabeza en él durante un minuto. Encuentro unas aspirinas en la repisa, junto a un bote de metal que contiene el talco de la señora Weaver. ¿O será del propio Weaver? Me tomo cuatro pastillas. Y luego dos más, para asegurarme del todo. La puerta del dormitorio se abre justo en el momento en que salgo del baño, y Tommy aparece en el descansillo junto con su ligue.

—¿Dónde está tu nena?

—Ahora viene. —Hago un gesto con la cabeza, señalando el baño. Él me guiña el ojo.

—Preparándose, ¿eh? —me dice. El muy mariposón es un presumido, se cree muy guapo y piensa que todas las mujeres van a ir detrás de él—. Maurice te andaba buscando.

—Pues dile que no me has visto.

—Dalo por hecho, Art. Buena caza.

No ha dejado la llave en la cerradura, así que echo el pestillo y aliso la ropa de cama. Hay un perfume espeso y empalagoso en el aire. Apago la luz, corro las cortinas y me quito el abrigo y los zapatos. Al meterme bajo las mantas, no puedo evitar preguntarme: ¿por qué me odia tanto Weaver? ¿En qué me habré equivocado?

4

Ese primer fin de semana con el primer equipo, terminé agenciándome seis libras más que las que había pronosticado George Wade. Sumando los dos partidos, me gané cincuenta y seis billetes: al ser Navidad, las primas eran muy fuertes. Esto me dio una idea bastante aproximada de lo que me esperaba en el futuro, así que me compré un coche que Weaver me sirvió en bandeja. Era un Humber procedente de la cochera del Salón Condal, y me lo vendieron por poco más de trescientas libras: la mitad del precio que habría tenido que pagar si Weaver no hubiese intercedido por mí. Cuando unos meses después lo vendí para comprarme un Jaguar, me dieron el valor de su precio de mercado.

Me costó tres semanas convencer a la señora Hammond de que entrara en el coche. Era la segunda vez que se montaba en uno; la primera había sido en el funeral de Eric. No tenía muy claro qué actitud debía adoptar. Era domingo y Lynda se había pasado toda la mañana dando la lata porque quería salir de casa. Pero no fue ella la que sacó el tema del coche, sino Ian. La señora Hammond refunfuñó un poco, pero no los regañó como venía siendo habitual en esas ocasiones. Empezó a dirigirme una sonrisita tras otra, como si yo ya me hubiese ofrecido a llevarlos. El coche estaba en la calle, esperándonos muy reluciente, pues me había puesto a lavarlo a las ocho de esa misma mañana. A esas horas, ya estaba rodeado de una pandilla de críos que nunca habían visto nada parecido en los alrededores.

—Está bien —dijo ella por fin—. Os llevaré al parque dentro de unos minutos.

—¡Jo, mami! —berreó Lynda, y la miró con un desencanto más propio de un adulto.

—Vaya, y yo que pensaba que querías salir. ¿No llevabas toda la mañana protestando por eso?

Parte de sus reparos respecto al coche se debían a que asociaba el vehículo con Weaver. De pronto odiaba a Weaver, tal vez porque le resultaba útil culparlo de la muerte de Eric. No sabía que lo había comprado por mediación suya, pero sí que me había estado dando clases para enseñarme a conducirlo. Aunque ya me había guardado yo mucho de que no me acompañara más allá del final de la calle.

—Ya sabes lo que queremos decir, mami... Queremos ir en el coche del tío Arthur —explicó Lynda.

—Eso no puedo decidirlo yo. El coche no es tuyo, jovencita.

—Os llevaré —le dije a Lyn—, pero solo si viene tu madre también.

La niña se puso a brincar, pues daba por hecho que ahora ya no quedaba ningún obstáculo por salvar.

—No sé si puedo —dijo la señora Hammond—. Tengo que limpiar todo esto. —Eché un vistazo rápido por la habitación, que estaba hecha un desastre. Había un charco de agua y

detergente allí donde Ian había estado limpiando su coche, y Lyn había dejado un montón de latas vacías y paquetes de copos de maíz en el rincón donde había montado su tienda de comestibles—. ¿Y si hoy te quedaras sin cena? ¿Qué pasaría? —le preguntó a la niña—. Tengo muchísimo por hacer.

—No me importa —respondió Lyn.

—Y no podemos irnos sin tu mami —le advertí yo. La niña agarró a su madre por la falda y empezó a tironear de la tela con gesto inseguro.

—Bueno, vale, pero solo unos minutos. —Se quitó el delantal antes de seguir—: Daremos una vuelta por el barrio.

—¿No te vas a poner el vestido gris? —le pregunté.

—¿Cómo? ¿Para un par de minutos? —Me miró sin entender nada.

—Es domingo. Lyn y yo, como ves, llevamos puesta la ropa de domingo. ¿Verdad, Lyn?

No estaba de humor para discutir. Debió de adivinar lo que yo quería, así que fue al piso de arriba sin decir ni una palabra.

Me quedé esperándola en la cocina mientras Lyn e Ian jugaban fuera. Estaban entretenidos tocando el claxon, dándoles patadas a los neumáticos, frotando los vidrios de las ventanillas. Ella se pasó un buen rato arreglándose, y cuando bajó tenía los nervios a flor de piel. Había estado llorando. Últimamente lloraba mucho: bastante más de lo normal. Llamó a los niños para que entraran de nuevo y les frotó la cara con una toalla, como si quisiera sacarles brillo, hasta que al final los dos empezaron a llorar. Yo me puse mi abrigo deportivo y los cuatro salimos juntos a la calle. Ella cerró la puerta principal y apretó con fuerza la llave que llevaba en la mano.

Era una soleada mañana de invierno. Unos cuantos espectadores nos observaban desde las puertas de sus casas. La señora Hammond bajó la mirada, tratando de disimular su preocupación. Estaba intranquila. Sabía lo que estaban pensando, y le daban miedo precisamente por eso. Le sostuve la portezuela del coche y le dije:

—A partir de ahora les parecerás toda una dama.

—Sí —me dijo—. ¿Te importa que me sienta detrás? No quiero que parezca... —Entonces advirtió mi mirada y añadió—: Es que Lynda e Ian quieren ir delante.

—Iremos todos delante. Hay sitio de sobra. En este coche solían sentarse esos mariposones de mandamases del gobierno, unos gordos de cuidado; nosotros cuatro entraremos sin problema. — Ella entró de inmediato.

Conduje despacio por la calle, para darles a los vecinos el gusto de observar nuestro desfile de carnaval. Gesticulaba mucho, de forma muy llamativa, al hablar con la señora Hammond; quería dejarles claro que ahora era un hombre independiente, y que no me importaba lo que pensarán los demás.

Giré a mano izquierda para enfilar City Road y alejarme de la ciudad, y poco a poco empecé a acelerar. Ella seguía nerviosa. Llevaba a Ian entre las rodillas, bien apretado, y rodeaba a Lynda con un brazo. Observaba el enorme capó del coche como si fuera un reptil gigante que se dedicara a husmear el paisaje antes de internarse en él.

—¿Adónde vamos? —preguntó, una vez que dejamos atrás las últimas casas de la ciudad; ahora planeábamos a toda velocidad entre las altas tapias de setos tiznados de hollín.

—He pensado que, ya puestos, podríamos pasar el día fuera. —No podía utilizar a Lyn como argumento, así que opté por otra estrategia—. Mira, has cerrado la casa con llave. Vámonos de

escapada al bosque. No te importa, ¿verdad?

—Tampoco es que ahora podamos apearnos del coche.

—Si vas a ponerte así, doy la vuelta y nos volvemos a casa.

No respondió.

—Incluso si es solo por los niños, valdrá la pena. ¿No crees?

Por mí, podía tardar todo lo que quisiera en darme su respuesta. Giré hacia el norte y empecé a recorrer la cresta de tierra que nos llevaría hasta el siguiente valle. Pasamos por delante de las poblaciones más grandes, pero perdimos media hora serpenteando entre las urbanizaciones; los críos empezaron a inquietarse al ver tantas puñeteras casas. Entonces tomé la carretera que conducía a unos páramos cercanos y fuimos a parar a un mirador enorme de piedra caliza, desde el que se dominaban más de quince o veinte kilómetros de monte arbolado. Todos nos espabilamos un poco ante aquellas vistas, y yo aparqué en un área cubierta de césped. Después, salimos del coche, estiramos las piernas, y les dije a Lyn e Ian que se fueran a jugar detrás de unos arbustos. Había otro grupo aparcado en el mismo sitio. Parecían bastante animados y nos saludaron con la mano; la señora Hammond sonrió y les devolvió el saludo con timidez.

—Ya había estado aquí una vez —me dijo—. Vinimos en autobús. Justo antes de casarnos.

—Supongo que en verano estará todavía más bonito. Tendremos que venir a verlo.

Ella seguía sonriendo. Primero matamos el rato paseando entre peñascos y abedules; luego me dediqué a perseguir a los críos hasta que se aburrieron y nos pidieron que nos marcháramos a otro sitio.

De modo que continuamos por la carretera hasta el valle y seguimos el cauce del río; por el camino, cruzamos un par de bosques pelados y vacíos, y también un pueblo. Entonces, al torcer una esquina, nos topamos con la abadía de Markham, que se elevaba sobre unos prados junto al río. La señora Hammond emitió un ruidito de sorpresa. Al ver aquel «castillo de cuento de hadas», Lyn pegó tal salto que a punto estuvo de atravesar el parabrisas. Tomé una senda estrecha que subía hasta las ruinas y allí nos detuvimos, justo al lado de un rebaño de ovejas. Los animales se acercaron al coche como si fuera otra parte más de las ruinas, y se pusieron a empotrar sus caras negras bajo las ruedas, en busca de hierba que pastar.

—Uno no se imagina que puedan existir sitios así —comentó la señora Hammond.

Nos quedamos de pie al lado del coche y contemplamos la cáscara vacía del edificio, una ventana enorme que se abría de par en par al cielo. Ian apenas se alejó de nosotros, porque aquel lugar le daba miedo, pero desde nuestra posición oíamos perfectamente los gritos de Lynda, que reverberaban desde el interior del recinto.

La seguimos dando un paseo, sin prisa. Ella salía cada dos por tres de las ruinas, para contarnos los descubrimientos que iba haciendo, pero no le dimos alcance hasta que llegamos a la orilla del río; nos la encontramos observando el agua, esperando a que un pez volviera a colear y salpicarla. Siglos atrás, habían hecho obras para ampliar el lecho del río y construir un dique que lo atravesaba de lado a lado. De todo aquello solo quedaban unas pocas piedras alineadas que formaban un sendero; el agua, que se asemejaba a una lisa lámina de mármol veteados, perdía su consistencia al chocar contra ellas. Lynda saltó para subirse a la primera de las piedras, se balanceó y dijo:

—En esta agua hay muchos peces. ¿Podemos cruzar, mami?

Su madre negó con la cabeza.

—Es muy peligroso, Lyn. Y, además, tardaríamos demasiado.

Entonces cogí a Lynda en brazos.

Su madre supo enseguida lo que me disponía a hacer, pero no dijo nada. Hizo un amago de acercarse, pero luego se detuvo y se quedó paralizada en el sitio. Nos observó mientras pasábamos a la primera piedra, luego a la segunda, y finalmente se dio la vuelta. Se quedó mirando en dirección a las ruinas, rígida, pequeña y muy derecha.

El río, liso y veloz, bajaba muy crecido tras las lluvias del invierno; el agua de la superficie estaba tan lustrosa que no se veía el fondo. La espuma gorgoteaba y salpicaba las piedras, pero resbalaba como si fuera cristal por encima de las rocas sumergidas, invisibles a nuestros ojos. Lynda estaba asustada. Miraba muy fijamente a su alrededor, incrédula, como si el agua fuese una novedad, algo que no hubiera visto jamás o un obstáculo al que nunca antes hubiera tenido que enfrentarse. Pesaba mucho, y, cada vez que salvábamos la distancia entre dos piedras de una zancada, me daba la impresión de que iba a tener un ataque de pánico y de que los dos íbamos a acabar empapados en el río. Ya habíamos llegado a la mitad del recorrido cuando me di cuenta de que algunas de las piedras se movían y no eran fiables. Cuando traté de darme la vuelta, no hallé ninguna lo bastante amplia como para apoyar mis dos pies, al menos no con un mínimo de separación. Ya había perdido la esperanza de no mojarme, así que me metí en el agua y chapoteé en busca de las piedras del camino. A medida que las encontraba, me paraba para recuperar el equilibrio. Alguien había formado un montículo con las últimas piedras para poder pescar desde allí, y, una vez que alcanzamos ese diminuto pantalán, le dije a Lynda que saludara con los brazos.

—¡Ma... Mami! —gritó; aquello sonó como el lamento de un cordero.

—¿Quieres echar una mirada por aquí, Lyn? —le pregunté—. ¿O prefieres volver ya?

No me supo contestar. Me miró primero a mí, y luego al agua. La orilla estaba baja y turbia en este lado, y yo tenía los pies medio hundidos en el fango. Pensé en buscar un puente, pero, cuando seguí el curso con la mirada, vi que el río se fundía con un bosque: no parecía el lugar más indicado para construir un paso. Aguas arriba, en cambio, vi que la corriente caía a trompicones por la ladera de una escarpadura rocosa, bordeada y rodeada de brezales y de páramos. Lynda se metió detrás de un par de arbustos. Encontró un nido de pájaros, y los dos nos quedamos mirándolo nerviosos, con un detenimiento fuera de lo común. La sostuve en alto para que pudiera introducir la mano entre los matojos y palpar la bóveda del nido. Sacó una pluma pequeña y húmeda.

—¿Quieres volver ya, Lyn?

Ella negó con la cabeza, lentamente, y se quedó mirando con atención los matorrales, con la esperanza de hallar otra distracción. Estaba pálida. Al cabo de un rato, se alejó hasta la parte baja de la ribera y se quedó allí de pie, con los ojos clavados en su madre, que seguía al otro lado, a unos cincuenta metros de distancia. Yo me fijé en el coche, que sobresalía por encima del rebaño, y en los pegotes de pintura roja que brillaban en los espinazos de las ovejas. Intenté imaginarme el sentimiento de culpa que me torturaría si Lynda llegara a ahogarse, pero luego olvidé esos pensamientos al tiempo que la cogía de nuevo en brazos.

—¡En marcha! —le dije, tan animado que la niña se echó a reír.

Sin embargo, no tardó en ponerse a gimotear cuando, cerca ya de la mitad del recorrido, me oyó jadear y boquear, tratando de encontrar el equilibrio entre una piedra y la siguiente. Me paré a descansar. El agua ahogaba cualquier otro sonido. La señora Hammond nos hacía señas y gritaba cosas inaudibles; su pequeña silueta parecía alzarse sobre las aguas. Lynda me observaba muy

atenta mientras yo iba apoyándome en cada una de las piedras, y luego, al ver que mis pies se deslizaban entre las verdes plantas del fondo, alzaba la cabeza y se quedaba mirando fijamente la diminuta figura que seguía plantada en la otra orilla. Yo sentía sus temblores en mis manos; ella se me aferraba con fuerza, con los dedos clavados en mis brazos, y esperaba pacientemente hasta que yo encontraba un pedrusco libre y verde en el que apoyar el pie.

—¡Mira ahí, Lyn! ¿Has visto ese pez? —le dije. Pero ella no me oía.

Cuanto más nos acercábamos a la orilla, más tensa se ponía.

—¡Ma..., mami! ¡Mami! —gritaba, agitando los brazos agarrotados.

Y su madre respondía:

—¡Para ya con los brazos! ¡Vas a hacer que el señor Machin se caiga al agua! —Su voz tenía un tono curioso, casi indiferente.

Cuando puse el pie en la última piedra, Lynda se bajó trabajosamente de mis brazos. Yo la dejé caer sobre la hierba, que estaba recortada casi a ras de suelo, y ella se abalanzó sobre su madre.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó—. ¿Nos has visto?

El alivio de la niña había hecho que su miedo desapareciera por completo. Su madre la arropó con ambos brazos; ni siquiera me echó un vistazo.

—Hemos vuelto pronto, ¿no? —dijo Lynda, sofocada.

Yo tenía los pies empapados. Cuando me puse un par de botas de rugby que tenía en el maletero del coche, la señora Hammond soltó una risita tímida.

—No irás a conducir con ese calzado... —dijo.

—No tengo otro. ¿O me quieres prestar el tuyo?

Ella se ruborizó y se quedó observándome mientras me ataba las botas. Llevaba un buen rato muy sonrojada, desde que Lynda se había bajado de mis brazos y se había arrojado sobre ella. Era como si la emoción del momento le hubiese subido toda la sangre hasta la cara, dando vida a partes de su cuerpo que, hasta entonces, ella creía o sentía muertas. Su rostro mostraba un gesto relajado después del mal trago que había pasado, y, a juzgar por la tonalidad roja que lo teñía, se habría dicho que llevaba demasiado tiempo expuesta a las inclemencias del tiempo.

—Ya veremos si suponen alguna diferencia cuando arranque el motor.

—¿No será peligroso? —Me miraba muy seria—. ¿Podrás conducir igual de bien con ellas puestas?

Yo me eché a reír, y ella sonrió con nerviosismo.

—Pensaba que ya te habías dado cuenta: no manejo el volante con los pies.

—Me refería a esas cosas que tienes que pisar.

Nos miramos a los ojos fingiendo un embarazo inexistente, conscientes de que ambos estábamos interpretando un papel. Ella bajó la mirada y, al toparse con las ovejas, les propinó un puntapié.

Cuando entramos en el coche, agradecemos más que nunca la seguridad que este nos proporcionaba. Encendimos el radiador, y la suavidad de la marcha fue acrecentando la calidez del ambiente.

—Tener un coche te cambia mucho la vida —dije, y ella hizo un gesto de asentimiento dudoso, contenido.

—¿Aquí vivía antes un rey? —preguntó Lynda, sonrojada igual que su madre. Mantuvo la vista

clavada en las ruinas mientras ascendíamos por la pendiente que nos guiaría fuera de aquel valle.

—Yo diría que no, cielo —respondió la señora Hammond. Probablemente no sabía que había sido un monasterio. Lynda siguió observando las ruinas hasta que el extremo de la última piedra desapareció entre los árboles pelados.

—¿Ahora adónde vamos? —preguntó la señora Hammond. Llevábamos ya un buen rato avanzando cuesta abajo, y habíamos adquirido cierta velocidad. Apoyé un pie en el suelo y el coche se estremeció y se balanceó. Oímos el quejido del aire cuando pasamos por encima de un badén.

—A un sitio del que me han hablado. Podríamos almorzar allí. No está lejos.

Seguimos adelante en silencio, pero, cuando ya estábamos atravesando el siguiente pueblo, con sus casas de piedra gris semejantes a las lúgubres riberas de un arroyo, ella me preguntó:

—¿Eso significa que tendremos que comer con otras personas?

—Depende de si hay más gente allí. No debería estar muy concurrido en esta época del año. ¿Es que te supone algún problema comer con otras personas?

—No, no me importa —respondió ella, incómoda—. Solo pensaba que quizá no llevamos la ropa adecuada.

—Mientras no vayamos en pelotas, digo yo que no nos van a echar del local.

Howton Hall es una vieja casa solariega reconvertida en hotel y restaurante, pensada para esa clase de clientes que tienen coche y pueden permitirse salir de la ciudad por una noche o todo un fin de semana. Queda a la misma distancia de tres grandes ciudades industriales, con fácil acceso desde las tres. Antes, esa distancia actuaba como una suerte de filtro social; pero, debido a la popularización de los créditos después de la guerra, la compra masiva de automóviles y la proliferación de toda esa propaganda asquerosa, el establecimiento ya no tenía tantas campanillas. Un par de clubs de rugby organizaban allí sus cenas anuales, y los fines de semana llegaban a recibir a maestros de escuela, o incluso a algún que otro oficinista sudoroso que hubiera venido en bicicleta desde la ciudad. A causa de esta ampliación del negocio y de la bajada general de los estándares de calidad, Howton Hall se había dividido en dos. En el ala que daba a un valle profundo y arbolado y a un lago, el sector residencial y el restaurante; en la otra, un aparcamiento para coches, otro para bicicletas y una cafetería.

Yo los llevé al restaurante. Ya había dado la una y no había demasiada gente. Intenté persuadir a la señora Hammond para que entrase en el bar de copas, pero le bastó con una ojeada al afelpado interior del local y a los comerciales de sillas de montar para cerrarse en banda; no pasó de la puerta. De todas formas, el restaurante no era muy distinto: aquella gente solo se encontraba allí porque no había querido tomarse la molestia de cocinar en domingo. Estaban por ahí repantigados, comiendo y bebiendo y alborotando más de la cuenta. Pero se hallaban dispersos, así que uno no se sentía tan abrumado.

En uno de los extremos de la estancia, habían echado la pared abajo para colocar una gran lámina de vidrio en su lugar. Gracias a eso, te daba la impresión de estar sentado en una sala suspendida en lo alto del valle: una sensación de lo más exclusiva, que desde luego tenía su precio.

Ella estaba asustada. Más asustada aún que cuando crucé el río con Lynda en brazos. Y también le preocupaba que Lynda e Ian se comportaran como unos guarros. Intenté transmitirle cierta tranquilidad y convencerla de que nadie iba a prestarnos atención, ni siquiera a mí, que llevaba puestas las botas de rugby.

Y de hecho fui yo quien se ocupó de hablar con el camarero, pero él apenas hizo ningún esfuerzo por ocultar sus sospechas; debía de pensar que nos habíamos equivocado y que buscábamos la otra parte del hotel. Tosía mucho y señalaba los elevados precios con la punta de un lápiz muy elegante. Subrayó dos o tres precios para recalcar lo prohibitivos que eran. Yo, por mi parte, pedí los platos más caros de la carta. Él, sin embargo, no parecía seguro de que aquello le agradase. Estaba deseando llegar al momento en que nos tocaría pagar la cuenta. La señora Hammond, por su parte, se mantuvo callada todo el rato, aterrorizada por el camarero, mirándolo como si despidiese un olor corporal raro.

No obstante, una vez que aquel memo nos hubo dejado solos, nada nos impidió disfrutar de la comida. Los ojos de la señora Hammond se iban agrandando más y más a medida que daba buena cuenta de aquellos sabrosos platos. De pronto, sentía que la indignidad de venir hasta aquí había valido la pena.

—¿Este es uno de esos sitios donde sirven café después del dulce? —preguntó, como si conociera dichos sitios a la perfección. Acababa de conseguir que Ian se zampara la última patata. Cuando le dije que sí, ella asintió con gesto elocuente.

—Ya que estamos aquí, ¿te apetece tomar uno? —le dije yo, que en realidad albergaba la secreta esperanza de poder pasar de los cafés. No llevaba calcetines, y hacía un rato había pillado a un par de mariposones muy elegantes señalando con el dedo mis botas de rugby por debajo de la mesa. Uno de ellos incluso había llamado al camarero para hacérselo notar.

—Bueno... —dijo ella, con una confianza renovada por el hecho de no haber sido expulsada del local. Sin embargo, me miró interrogante, por si acaso el dinero suponía algún obstáculo. Yo me limité a pedir dos cafés.

Cuando nos los trajeron, Lynda dijo que ella también quería un poco, en una taza para ella sola. Yo le pedí un zumo de naranja, y el camarero no dudó en dejarnos claro el terrible trastorno que suponía responder a esa petición. De modo que nos arrellanamos en las sillas y nos quedamos así un rato, contemplando las vistas tranquilamente; hasta que, al cabo de unos cinco minutos, los niños se pusieron nerviosos. Lynda empezó a merodear entre las mesas y se quedó mirando cómo un hombre con pinta de ser muy callado se comía un plato de pollo. Al final, le propuse a la señora Hammond que tomara a Ian y a la niña y que se los llevara al coche, diciéndole que enseguida me reuniría con ellos.

Cuando pedí la cuenta, el camarero se empeñó en hacerme esperar. Yo le di tres minutos y, al ver que no me atendía, me dirigí rápidamente hacia la puerta.

Él me interceptó después de recorrer toda la sala a trompicones, balanceándose entre las mesas y sorteándolas como si tuviera el trasero en llamas.

—¿Ya le han dado la cuenta, señor? —resopló.

Yo procuré pensar en una respuesta ingeniosa, pero lo único que me salió fue: «No».

Él hizo una mueca que, sin embargo, no carecía de cierta educación, y me ofreció un platito. La cuenta ascendía a unas dos libras y dieciséis peniques. Le pregunté cómo podía ser que la suma fuese tan alta. Él me lo explicó minuciosamente, sintiéndose por fin justificado. Fue comprobando que hubiésemos pedido todo lo que constaba en el listado, marcándolo en la cuenta con su refinado lápiz; aún guardaba en la recámara la placentera posibilidad de llamar al gerente cuando le viniera en gana. Yo le pregunté si no se habría equivocado al sumar.

Él repasó la columna de los peniques con un murmullo, luego hizo lo propio con la de los chelines y, al llegar a las libras, hincó el lápiz en el papel sin concesiones. Los peniques, sugerí

yo, ahí está el error. Él volvió a sumar, algo más despacio esta vez, fulminándome con la mirada cada vez que tachaba un chelín de la lista. Entonces se me ocurrió que deberíamos comparar los precios de la cuenta con los que figuraban en el menú. Y así lo hizo. A aquellas alturas ya había repasado las cifras tantas veces que el trazo había adquirido un grosor exagerado, igual que les sucede a los niños con sus dibujos. Su lápiz se había quedado romo. Y él, por supuesto, estaba de un humor de perros. Pero yo aún no estaba seguro de que no hubiese cometido un error, así que volvió a comprobarlo todo de nuevo: para entonces, algunos números apenas resultaban legibles.

Yo conté el dinero con mucho cuidado, y le dejé una propina de seis peniques encima del montón.

—Gracias —dijo él. Sus ojos parecían carbón de leña.

Los demás me esperaban en el coche. Lynda estaba llorando e Ian se había quedado medio dormido apoyado contra el guardabarros. Me lanzó una mirada antipática al verme llegar, como si yo fuese el responsable de todos sus problemas.

—Vamos a ver... ¿Qué le pasa ahora a mi niña? —le pregunté.

—Se ha llevado un buen bofetón por corretear entre las mesas —dijo su madre. Yo miré a Lynda y meneé la cabeza, pidiéndole sensatez. Después abrí el coche y nos marchamos de Howton Hall con una maravillosa sensación de victoria.

Para regresar tomé una carretera secundaria, a través de una zona de campiña que yo solo había visitado de pequeño, en una excursión en bicicleta. Fue una especie de *tour* triunfal. Lyn se durmió en el camino, y nos paramos un momento para tenderla sobre el asiento trasero y que la señora Hammond se sentara a su lado. Para cuando llegamos a Fairfax Street, ya se había puesto el sol.

En las semanas siguientes, estuve demasiado ocupado como para ponerme a pensar en los efectos que pudiera haber tenido aquel viaje. La señora Hammond parecía más tranquila, aunque yo no paraba mucho por casa y apenas encontrábamos un momento para charlar. Decidí aumentarme el alquiler, y ella no protestó. A cambio, dejé de fregar los platos y ayudarla con la colada, aunque seguí llevando carbón a casa de vez en cuando.

En aquella época estaba rodeado de muchas personas nuevas y me pasaba la mayor parte del tiempo intentando conocerlas mejor. El coche era mi bien más valioso. Entre otras cosas, me permitía evitar a Johnson, algo que antes, cuando solo podía desplazarme en autobús y además tenía que cruzar el parque a pie, me resultaba de lo más difícil. Ahora solo lo veía después de los partidos que jugábamos en casa y en algunos entrenamientos. Pero, como siempre tenía un montón de amigos nuevos agolpándose a mi alrededor, no tardé en aprender a escabullirme.

Con Weaver me pasaba una cosa realmente genial: por mucho que hiciera por mí, siempre sentía que era demasiado poco. Yo procedía del populacho, y ahora él y yo teníamos una relación muy estrecha. Me sirvió en bandeja el Jaguar después de que me dieran quinientas ochenta libras por el Humber, y me prestó las ciento cincuenta que me faltaban para que no tuviera que echar mano del banco. Se quedó asombrado cuando le devolví el préstamo en poco más de un mes. Solo pude hacerlo porque algunas semanas ganaba hasta veinte billetes en las peleas de perros de Stokeley, una aldea minera situada al fondo del valle. Frank Miles, el capitán del City, vivía allí.

Gracias a la seguridad que me proporcionaban el coche y la falta de preocupaciones respecto al dinero, y debido a que acababa de aterrizar en el centro de la vida pública, me di cuenta de que tenía un don para acercarme a la gente importante, desde los industriales de la zona y los

empresarios regionales hasta las estrellas del fútbol de los alrededores y el representante parlamentario de la ciudad. Normalmente, la cosa no duraba mucho. Taff Gower fue el único amigo, aparte de Maurice, que conservé durante todo ese tiempo. Desde el día en que le aplasté la nariz —le dejé una desviación permanente—, desarrollamos una amistad muy cordial, carente de pretensiones. Nunca hicimos nada importante por el otro, nada que nos llevara a sentirnos en deuda. No teníamos ni idea de cómo había surgido nuestro vínculo, pero sin duda estaba relacionado con su nariz y con el hecho de que yo le diera aquel puñetazo. Lo veía con cierta frecuencia, incluso cuando dejó de jugar y pasó a encargarse de un pub cerca de Primstone; también ayudaba a entrenar a los juveniles los jueves por la noche.

Sin embargo, mi relación con Weaver no era lo suficientemente estrecha como para que no me diera cuenta: el tipo era un veleta, el mejor ejemplo de inconstancia que yo había conocido en toda mi vida. Para él, la amistad implicaba una especie de mecenazgo; nunca había llegado a superar esa fase. A juzgar por las cosas que había oído sobre él, intuía que había sido un tipo con mucha ambición, mucha más de la que yo había visto o de la que lo habría creído capaz. Y todavía era muy susceptible a todo lo relacionado con Slomer, su único rival. Se suponía que ellos dos eran las personas más peligrosas de la ciudad —si es que había gente peligrosa en esta ciudad—, y Primstone era su juguete compartido. Compraban y vendían jugadores, los formaban y los desechaban igual que dos chiquillos con sus soldaditos de plomo. Algo que, por otro lado, sucedía en todos los deportes profesionales. Ahora, lo único que me importaba era cuidar mi relación con Weaver, no perder su cercanía.

Al principio, cuando empecé a relacionarme con él, o, mejor dicho, cuando él empezó a relacionarse conmigo, aún no me había hecho una idea de lo poderoso que era. Yo creía que me merecía tener a alguien como Weaver pendiente de mí. Pero no fui consciente de la cantidad de gente que podía llegar a odiarme por ello hasta que me topé con unos cuantos que no lo tragaban, o que no tragaban a Slomer. También se decía que Weaver era un marica, aunque eso podía significar muchas cosas distintas: por ejemplo, que simplemente le afectaba mucho la opinión de los demás. Puede que tuviera alguna pequeña inclinación de ese palo, no digo que no, pero, si ese era el caso, nunca hizo nada al respecto. Es cierto que nos miraba mucho mientras nos bañábamos, pero no pasaba de darnos palmaditas, rodearnos los hombros con los brazos y ese tipo de cosas. También era más apasionado que el resto de la gente, tanto con las cosas que le agradaban como con las que no. Yo, por mi parte, me limitaba a descartar cualquier reserva que me despertara su persona por la sencilla razón de que Weaver me tenía mucha simpatía. Era rico, y yo nunca había tratado con un hombre rico.

Ya llevaba cierto tiempo relacionándome con Weaver cuando por fin conocí a su mujer. Nunca aparecía en las fiestas de los sábados por la noche, y él nunca la mencionaba. Según me habían dicho, era una santa que patrocinaba al obispo y a la camarilla que se arremolinaba en torno a él. Además, la dama estaba a cargo de la mayoría de las obras de caridad para personas mayores que se llevaban a cabo oficialmente en la ciudad. A partir de este retrato, deduje que Weaver y ella no se debían de llevar muy bien.

Un sábado por la tarde, durante el parón entre temporadas —el primer verano después de que me ficharan—, me encontraba en la barra del Woolpacks, en Victoria Street, cuando de pronto vi entrar a Ed Philips. Solo había ido a la ciudad para recoger el Jaguar del taller, y, como ya deberían haber cerrado el local hacía un buen rato, supuse que probablemente había sido mi coche lo que lo había hecho entrar. Al verme, dio un respingo, como si me acabara de reconocer: una

treta que usan algunos hombres y no pocas mujeres para fingir que van absortos en sus pensamientos.

—Hola, Arthur. ¿Qué, cebando la maquinaria, como los buenos atletas que somos?

Era habitual en él, ese aspecto y esa actitud de atleta: llevaba el ala de su sombrero de fieltro ligeramente biselada, los bordes de sus guantes amarillos ligeramente remetidos, el cuello de su abrigo ligeramente alzado a su espalda. No obstante, sus actividades atléticas, aparte del golf, se limitaban al ámbito mental, aunque eso no disminuyera sus efectos. Siempre me costaba determinar qué hazaña concreta acababa de realizar. Entraba dentro de lo posible que esa misma mañana, mientras estaba en el lavabo, hubiese ganado la final de cricket, o quizá, quién sabe, hubiera salido vencedor en los 1500 metros lisos de camino a la oficina. Era difícil determinarlo. En todo caso, por la forma en que se me acercó pavoneándose, me pareció evidente que en aquellos momentos estaba en vías de ganar alguna competición.

—¿Estás ocupado? —me dijo, desenfadado, al sentarse.

—¿Cómo te va, Ed?

—Muy bien. Ya sabes cómo funciona esto, con el calor del verano... ¿Puedo invitarte a algo? —preguntó, prudente—. No sé si estás ocupado ahora mismo.

—Podría estarlo. Todo depende de cuánto insistas.

—Si no lo estás, se me ha ocurrido que quizá podrías llevarme en un momento a casa de Weaver —propuso.

—¿Por qué yo?

—Mi coche me ha dejado tirado, colega, y no quiero tomar un taxi. Podría causar una mala impresión. Voy a ver a la dama, no al viejo.

—¿Y el autobús? ¿Qué tiene de malo?

—Venga ya, Arthur. —Se le iluminó la cara—. ¿Crees de verdad que puedo llamar a su puerta después de haberme bajado de un jodido autobús? Ese coche, el que pillaste en el Salón Condal, sería perfecto para esta misión.

—He vendido el Humber. Ahora tengo un Jag. Y te aseguro que con eso no la vas a impresionar. Para empezar, fue el propio Weaver el que me lo consiguió.

—Vaya, una pena lo del Humber. Tenía una mampara de cristal, ¿verdad? ¿Ah, no? En cualquier caso, ella no notará la diferencia. Por debajo de un Daimler, todos los coches deben de parecerle iguales. Cuando estés listo, nos vamos.

A medida que nos aproximábamos a Linga Longa, empecé a sentirme algo nervioso, y después expectante. Y, como me sentía nervioso y expectante, también percibí un cambio en el estado de ánimo de Ed. Weaver no estaba allí, solo su mujer. Cuando llegamos al portón blanco, noté que Ed estaba de los nervios.

—¿Quieres que entre contigo?

Él me miró medio sorprendido.

—Uy, no, Arthur, creo que es mejor que no te obligue a entrar. —Seguía tratándome con familiaridad, como a un animal domesticado al que tuviera que apaciguar—. Tú solo has venido por lo del coche, hijo. En fin, que no me parece bien avasallarte repentinamente con estas historias.

—¿Es que se trata de algo privado? ¿Por eso no quieres que lo oiga? —insinué.

—No tiene nada de privado, Arthur. —Se encogió de hombros con rigidez—. Vengo por aquí

de vez en cuando... pero es un asunto profesional, nada más que eso. Para charlar un poco, podríamos decir. Ella tiene contactos de todo tipo y me mantiene informado de las novedades. Eso me ahorra muchas caminatas. Si quieres, vente, colega. No son más que chismorreos provincianos. Pero, si de verdad te apetece, vente.

Insistió tanto que me convenció plenamente de que prefería que no me inmiscuyera: yo solo era el chófer. Qué cabrón, menudo caradura, pensé, y no pude reprimir una risita.

—Va, entra —le dije—. Te espero.

—¿Seguro? ¿No te importa? —Pero él ya estaba en lo alto de las escaleras, tocando el timbre.

Entonces apareció May, la criada irlandesa de los Weaver. Él la miró con lascivia y describió unos cuantos movimientos taimados con las manos, como si estuviera haciendo publicidad del coche y de sí mismo a la vez. Al pedirme que lo esperara, había perdido parte de su seguridad en sí mismo.

—Hola, Arthur. —La voz de May resonó con fuerza por encima de su hombro.

—¿Está la señora Weaver en casa? —preguntó Ed—. Soy el señor Philips, del *Guardian*. —Dicho esto, entró en el vestíbulo y lo perdí de vista.

Yo me quedé allí sentado, dándole golpecitos al volante; me preguntaba cuánto tiempo me haría esperar. Al fin y al cabo, no tenía manera de asegurarse de que yo no me marchaba con el coche y lo dejaba allí tirado. Si optaba por eso, Ed tendría que bajar a pie hasta la ciudad, recorriendo los largos jardines. Fijé la vista en las ventanas con la esperanza de entrever a la señora Weaver, pero allí solo estaba May. Tenía la nariz erguida, como si aquel sitio desprendiese un olor peculiar, y me sonrió desde esa altura.

Salí del coche y me senté al sol sobre el guardabarros delantero. Todavía no llevaba así ni diez minutos cuando la puerta principal se abrió de nuevo y salió la señora Weaver, seguida por Ed, que traía un gesto de desagrado. Debía de parecerle un chófer demasiado independiente; lo de sentarme sobre el coche en vez de dentro le rompía los esquemas.

—Arthur Machin —dijo la señora Weaver, sin moverse del peldaño superior—. Uno de los pilares del City, según mi marido... Lo hemos estado observando desde la ventana.

—Ajá —respondí, y me erguí con torpeza, metiéndome las manos en los bolsillos para volver a sacarlas enseguida.

—Tengo que confesar —comentó, volviendo la cara hacia Philips— que el gigante no parece demasiado sociable.

Ed consiguió articular una risita. Se estaba esforzando por poner buena cara.

—Será que es muy tímido —dijo por fin, casi con aspereza.

Tuve la impresión de que a la señora Weaver le gustaba irritarlo. Bajó las escaleras despacio y nos dimos un apretón de manos.

—Vaya por Dios, no me digas que es tímido —dijo ella—. Si usted viene mucho por aquí, ¿verdad, señor Machin? Pero, en esas ocasiones, la casa suele estar un poco más animada. —Y se echó a reír. Tenía una risa muy agradable, y no pude evitar compararla con otras mujeres a las que conocía; me había caído bien. Además, estaba llevándome a su terreno, y se notaba que eso le gustaba; como también le gustaba que Ed estuviera allí para verlo.

Él puso una mano en el asidero de la puerta del coche. Era una manera educada de dar el espectáculo por terminado. Para Ed, aquel incidente había sido un gran error.

—Le he pedido al señor Philips que me dejara acompañarlo hasta aquí para presentarnos —

me dijo ella—. Pero este hombre tiene una parsimonia... En realidad, creo que quería quedarse dentro, conversando conmigo un poco más. —Alzó las cejas y ambos nos reímos.

—Bueno, es que él venía a eso, precisamente —dije yo, explotando la ventaja que me daba esa súbita complicidad. Ed también procuró reírse.

—Ah, no, lo que faltaba, no me vais a hacer quedar como un chismoso —dijo, y abrió la portezuela dejando claras sus intenciones—. En ocasiones yo también puedo ser un hombre muy ocupado.

—De modo que salgo a hablar un rato con el señor Machin, y tú vas y le metes prisa justo cuando acabamos de empezar —se quejó la señora Weaver—. Hemos estado observando esas caras tan raras que ponía usted —me dijo—. Ahí sentado sobre el guardabarros, muerto de aburrimiento. Qué tremendamente tonta he sido, daba por hecho que el señor Philips tendría algo más de sentido común y lo invitaría a entrar.

—Buf, no quería importunarla... —empezó a decir Ed.

—No importa —dijo la señora Weaver, como si de pronto se hubiera acordado de algo—. Si crees que debes actuar como un ejecutivo atareado, lo entiendo. Pero a mí también me gusta hablar de cuando en cuando con los protegidos del señor Weaver. A menudo me parece que se los guarda para él solo; como si no quisiera compartirlos.

Se estrecharon la mano y Ed se acomodó en el interior del coche. Entonces ella me dijo:

—Tiene que venir usted en alguna otra ocasión, señor Machin. Así podríamos, quizá, conversar un rato más... ¿e incluso me podría ayudar a averiguar por qué el señor Weaver se pasa tanto tiempo en ese club suyo! —Volvió a alzar las cejas y nos reímos de nuevo. Después se dirigió a los escalones mientras yo arrancaba el coche.

—Mándeme una notita cuando no esté muy ocupado —gritó. Podía estar dirigiéndose a cualquiera de los dos, o quizá a ambos.

—Te lo decía a ti —murmuró Ed, enfurruñado, cuando ya nos desplazábamos por la rampa de entrada.

—¿No estará de broma? —le pregunté. Él no me respondió.

Cuando tomamos la salida que nos conduciría a la ciudad, yo le dije:

—¿Weaver es muy rico?

Ed se lo pensó y luego respondió:

—No.

—O sea, ¿no crees que lo sea?

—Sé que no lo es. Su padre sí... Aunque, oye, tampoco es que Weaver sea un pobretón. Lo que pasa es que el dinero que tiene lo deja estar. Slomer, en cambio..., es harina de otro costal. Él sí mueve su dinero.

Se lo veía encantado de poder explicarme algo, de poder aclararme la situación.

—Entonces lo de Weaver's... ¿es solo un nombre?

—Bueno, Weaver es el director y todo eso. Pero los tiempos han cambiado, él ya no puede maniobrar como su padre. Y, menos mal, porque si no el negocio se le habría ido al garete hace mucho tiempo.

No dijo nada más hasta que detuve el coche delante de la redacción del *Guardian*. Pero no salió: extendió el brazo y lo pasó por el respaldo de mi asiento.

—Mira, colega. No quiero que te confundas, ¿sabes...? Por la manera en que la señora

Weaver te ha hablado antes. Solo trataba de ser cortés. Nada más.

—Oh, claro, si ya lo sé. Todo ese rollo de tratarme como a un igual y demás.

Sentí su aliento en mi mejilla. Debía de tener los ojos clavados en mi cara.

—No hace falta que me expliques cómo van las cosas en Primstone. Weaver y Slomer se lo reparten todo al cincuenta por ciento. A ninguno de los dos le cae bien el otro. ¿Me sigues, colega?

—No.

—Mira —dijo, removiéndose nervioso en el asiento—. Ellos saben perfectamente quién está de parte de quién.

—¿Y tú crees que yo debería quedarme flotando en tierra de nadie?

—O lo tomas o lo dejas, colega. Tú sabes tan bien como yo que Primstone, para esos viejos... caballeros, es solo un *hobby*. Y la gente se toma muy en serio sus *hobbies*. Imagina que Weaver tuviera que retirarle su apoyo al Club. Se liaría una buena trifulca, por así decirlo. Y en un abrir y cerrar de ojos *tú* te quedarías en la calle. Y Wade igual, entre otros... ¿Te das cuenta de a qué te arriesgas? Te estás posicionando con Weaver. Riley, el secretario, está con Slomer. ¿Ves cómo funcionan las cosas?

—No me parece que todo sea tan crudo como lo pintas.

—Solo hay un jugador en Primstone que lleva toda su carrera en el equipo, sin interrupciones. Una carrera de casi doce años, además. Frank Miles. ¿Y por qué? Porque nadie sabe de qué lado está. Cuando cada semana estalla el rifirrafe de rigor en la junta seleccionadora, el nombre de Frank es el único que nadie cuestiona. No está ni en un bando ni en el otro. Él simplemente *flota*, chaval. Con esa panda de lobos, esa es la única manera. Así de crudo es.

—¿Qué te hace pensar que va a haber una trifulca?

—Bueno, bueno... No pongas palabras en mi boca: yo he dicho «si la hay»... Tú eres casi un recién llegado en este mundillo. Solo me limito a darte unas pinceladas, para que veas cómo está organizado todo. Yo he sido testigo de buena parte de la historia de este sitio. Seguramente piensas que parezco una vieja puta, con tanto «colega» y «chaval» por aquí y por allá, pero es que estoy en el negocio, Arthur. He tenido que manejarme con esta gente, y he aprendido a hacerlo. No me juzgues por lo que ves a primera vista. Si quieres seguir teniendo un buen coche, muchos amigos y la clase de traje que llevas puesto ahora mismo, no puedes permitirte llevar una venda sobre los ojos. Y ahí va otro chivatazo: es posible que Weaver se jubile pronto. Probablemente no dure mucho más por aquí.

Entonces salió del coche poco a poco, sin apurarse, y se quedó de pie en la acera.

—Y, por supuesto, no cuentes nada de esto por ahí. Me has dado tu palabra de que no lo harás. —Luego subió tranquilamente los peldaños que conducían hasta su oficina de la redacción, sin mirar atrás.

Después de nuestro primer viaje dominical a la abadía de Markham y a Howton Hall, mis relaciones con la señora Hammond se destensaron un poco. Durante todo el tiempo que pasé acostumbrándome a mi nuevo entorno y al patrocinio de Weaver —mientras jugaba al rugby profesional—, ella no metió la nariz en mis asuntos ni una sola vez, al contrario que en el pasado. Además, solía llevarla a algún sitio con los niños uno de cada dos domingos. Se había convertido en un hábito; y así fue como visitamos todos los monumentos históricos, todas las colinas y todos

los lagos del condado.

Al principio de la pausa veraniega me sentía aburrido, inquieto. Esa era una de las razones por las que había aceptado llevar a Ed en coche a casa de Weaver. No había entrenamientos ni partidos. Incluso empecé a mostrar interés en mi trabajo, lo que sorprendió a unos cuantos.

Pero lo cierto es que estaba aburridísimo. Y eso me consumía muchísima energía. No había ni un solo momento en el que me sintiera totalmente relajado o satisfecho. Incluso se me llegó a pasar por la cabeza salir y matar a alguien, encañonar a algún empleado del banco, o incluso perseguir a alguna vieja fulana por el parque. Me sentía como un león enorme con un apetito enorme al que de repente hubieran dejado de llevarle comida.

Era un día nublado y pesado, la típica tarde de sábado de principios de julio. Entré en casa sobre las tres, impregnado ya de esa peculiar sensación y con la esperanza de dormir un rato para quitármela de encima. La señora Hammond estaba en el patio de atrás tendiendo la ropa. Ian jugaba en el cajón de ceniza de un viejo gallinero, así que no podía escaparse, y Lynda estaba delante de los patios traseros con otros niños; sus gritos resonaban por todas partes. Mi cama no estaba hecha, así que la cubrí con la manta, me tumbé y traté de dormirme.

El siguiente sonido que me llegó a los oídos fueron sus pasos en el dormitorio principal. Lo recorría arriba y abajo; debía de estar haciendo la cama. Me quedé allí quieto, tendido, contemplando a un par de moscas que bailaban en torno a la bombilla y a una abeja que zumbaba ruidosamente al otro lado del vidrio de la ventana. Las dos moscas se fusionaron en una única silueta. Supuse que ella bajaría de un momento a otro, y que después entraría aquí. Cuando por fin sus pisadas resonaron por el descansillo, me di cuenta de que no podía dejar de temblar. Me miré las manos con sorpresa: era cierto, no lograba detener aquellas sacudidas. Para cuando se abrió la puerta, yo ya había empezado a luchar conmigo mismo. En mi cama había dos personas en lugar de una sola.

Ella soltó un grito.

—¡Oh! No sabía que estuvieras aquí —exclamó, llevándose una mano a la garganta—. No te había oído entrar. He venido a hacerte la cama.

—Acabo de echar las sábanas por encima. Me apetecía dormir —dije, y rodé sobre mi espalda para bajar de la cama y levantarme.

—Ya que estoy aquí, la haré en un minuto. Aún no había encontrado el momento en todo el día. He tenido que lavar la ropa, e Ian se me ha escapado varias veces. ¿Cuánto tiempo llevas en casa?

—Una hora o así.

—Cuando has entrado yo debía de estar fuera, tendiendo. No tardaré nada. —Entonces se inclinó sobre la cama para remeter las sábanas, y yo me encontré con que tenía su espalda justo delante—. No te vas a poner a jugar al cricket, ¿verdad? —dijo, al tiempo que estiraba los brazos por encima de la cama para poder meter la mano bajo la parte más alejada del colchón. A juzgar por su aspecto, estaba tan entretenida que no necesitaba ninguna respuesta.

Yo estaba calmado, pero de pronto el cuello y las orejas me empezaron a arder. Esperé hasta que acabó de hacer la cama y se puso a arreglar el embozo. Pensé que también ella se daría cuenta de la tensión que flotaba en el ambiente, y que haría algo para dispersarla. Pero en lugar de eso siguió a lo suyo, hasta que yo, incrédulo, me vi obligado a alargar las manos para tocarle las caderas. Ella se relajó un instante, y acto seguido se puso rígida. Yo tiré de ella por la espalda, para apartarla de la cama, y le envolví el torso con los brazos. Era la primera vez que tocaba un cuerpo como el suyo, con las articulaciones tan flojas. Ella pegó un salto y gritó algo. Yo la apreté

con fuerza, sin decir nada. Tenía muy presente la fealdad de su cara, de su terror. Su falta de excitación me había dejado aturdido.

Retorcía la cabeza en todas direcciones mientras seguía chillando cosas que yo no terminaba de entender. Era como si estuviera peleándome con la cama. No comprendía por qué ella no lo había visto venir, por qué no se daba por vencida.

Entonces sentí asco, náuseas, arcadas al ver aquella ropa interior desgastada, y me entraron ganas de salir corriendo. Retrocedí para soltarla, pero vi que Lynda acababa de traspasar el umbral y estaba observándonos, indecisa entre la risa y el llanto.

—Ma... ¿mami? —La niña soltó un largo gemido. Cualquiera habría dicho que estábamos cruzando el río de nuevo.

—¡Vete, Lynda, fuera! —exclamó la señora Hammond—. ¡Vete! ¡Fuera!

Pero la niña siguió allí de pie, indecisa, pues su madre no se movía. Nos miraba con atención, tratando de averiguar lo que estábamos haciendo; sus ojos recorrieron la cama de un lado a otro, como si estuviera examinando las dos riberas del río.

—¿Os estáis peleando, mami?

—¡Vete, Lynda! —gritó su madre—. ¡Vete, Lyn! Solo estábamos jugando.

La niña no parecía convencida.

—¿Y no puedo jugar yo también, mami?

—¡Vete, Lynda! Vete ya...

La niña dio un traspie y salió de la habitación. Sus pisotones resonaron por toda la casa al bajar por la escalera.

La señora Hammond se quedó tumbada con la cabeza vuelta hacia la pared. Poco a poco, su cuerpo empezó a levantarse; estaba teniendo un ataque: un ataque de rabia y perplejidad. De pura sorpresa.

—¡Eres un hombre! —chillaba—. ¡Eres un maldito hombre! —Dos puños agarrotados remataban las finas varas de sus brazos alzados. Sus ojos derrapaban por la superficie de su frente. Oía a detergente, a vapor y a trapos húmedos. Al final terminó cantando a voz en cuello.

Abandonó la cama y bajó sin demora al piso inferior. Pensé que habría ido a buscar a Lynda, pero estaba equivocado. Tras agarrar mi abrigo y salir del dormitorio a toda velocidad, vi que se había puesto a hacer la colada. Había retomado esa tarea como si no hubiera pasado nada en absoluto. Tenía la aparatosa tabla de lavandería, con su taburete y su palo en lo alto para colgar la ropa, sumergida en el barreño. La sacudía despacio, como si el recipiente estuviese vacío.

Me pasé una hora dando vueltas con el coche, y al final me metí en el Mecca en cuanto abrieron. El local estaba desierto. Me senté en la barra y saqué mi ejemplar de *Orgía tropical*: era de noche, la luz de la luna iluminaba el calmado mar del trópico, y el capitán Summers acababa de salir a la cubierta después de dejar a su muñeca abajo, en el camarote, «plenamente satisfecha y totalmente saciada». Se aproximaba otra embarcación, lista para recoger el alijo, y el capitán Summers desenfundó su pequeño revólver 38 Special. Pero yo no conseguía sentirme culpable. Al fin y al cabo, yo no era el único responsable, me decía a mí mismo. Ella no es *tan* inocente, venga ya. Ha estado casada. Y yo no habría dado ese paso si no hubiese pensado... Sin embargo, no me sentí seguro hasta que vi a Maurice, que entraba justo en ese momento con las chicas.

—Vaya, vaya, parece que Tarzán se ha metido en otra pelea —dijo Judith, la secretaria rubia del alcalde—. ¿Y yo? ¿No quieres pelearte conmigo también? —Entonces tiró de mi abrigo y me

lo quitó, dejando a la vista mi camisa mojada y ensangrentada. Hizo una mueca—. Bueno, cuando se trata de estas cosas, hay que echarle un par de huevos —dijo. Yo me reí, aliviado en cierto modo. Me daba miedo que echaran a correr nada más verme.

No lo hacíamos muy a menudo. Yo prefería que subiésemos al piso de arriba a media tarde, porque era entonces cuando más me apetecía. También solía ser en domingo. Teníamos una especie de rutina. Ella subía y se ponía el vestido de lana gris, y, si yo no subía a tiempo, ella me llamaba, o bien bajaba y se quedaba sentada junto al fuego, en silencio, hasta que yo me levantaba del asiento. Siempre se aseguraba de que yo saliera de la sala tras ella. La rutina continuaba en el dormitorio, siempre en el mío; era ella quien insistía en esto, como si hubiese establecido las reglas desde el principio y no hubiera nada más importante que seguirlas al pie de la letra. Siempre se mantenía callada y en calma. Nunca hablaba. Cuando todo acababa, se volvía a poner las ropas de faena enseguida. Sufría. Supongo que pensaba que no tenía otra alternativa. Pero no le importaba. Normalmente sucedía una vez cada dos semanas.

Justo por esa época, empezó a prestar más atención a la limpieza en sus hábitos diarios. Y las botas desaparecieron como por arte de magia de la repisa de la chimenea.

Ya hacía un par de semanas que habían empezado los entrenamientos de la pretemporada cuando por fin decidí ponerme en contacto con la señora Weaver. Su invitación a pasarme a verla me había dado que pensar durante un tiempo, porque no terminaba de ver qué podría sacar yo de todo aquello. Sospechaba que en su mensaje también iban implícitas las fronteras: «Terreno pantanoso. Acceso prohibido».

Pero entonces empecé a preocuparme: temía haber pospuesto demasiado ese asunto pendiente. Y no tenía intención de meterme de cabeza en todo aquel fregado cuando existía la posibilidad de salir del paso sin tomarme ninguna molestia. El asunto fue como sigue: me habían encargado que le pasara a la señora Weaver unas entradas para un acto caritativo, pero yo se las di al propio Weaver y le pedí que se las entregara él mismo. Las entradas eran para el Torneo de los Esposos Bien Avenidos, un campeonato benéfico de *whist* que se celebraría en las dependencias de la Cooperativa entre las siete y media y las nueve y media de la tarde; y yo había escrito mi nombre en el reverso de los tickets. Me dije que, si un gesto tan difuso como ese suscitaba su interés, acaso yo podría sacar algún provecho del asunto. Weaver me aseguró que a su esposa le encantaría recibir noticias de cualquier otro acto benéfico del que yo tuviera noticia.

—Es su *hobby* —añadió, empeñado en arrancarme una sonrisa; como siempre, yo se la concedí.

De todas formas, debo admitir que me sorprendió verla aparecer en las dependencias de la Cooperativa, dispuesta a jugar sus partidas de *whistcorrespondientes*. Lo cierto es que se la veía un poco fuera de lugar: como un buque de guerra compitiendo en una regata para veleros. Tal vez incluso un poco ridícula. Hasta cierto punto, todo aquello formaba parte de su rutina, excepto por el hecho de que los actos a los que ella solía acudir estaban supervisados por el Círculo Íntimo y tenían lugar en el Ayuntamiento. Yo no tenía muy claro cómo actuar. Será mejor que ella tome la iniciativa si quiere, concluí, y me encaminé a la entrada del recinto ignorando por completo su presencia.

A las nueve y cuarto la distinguí a lo lejos. Parecía impaciente, aburrida, un poco asqueada del olor que flotaba en el ambiente, así que me acerqué a ella.

—Pensaba que a estas alturas ya habríamos tenido la oportunidad de charlar; ahora es un poco

tarde —me dijo—. Van a recogerme dentro de quince minutos.

Estaba enfadada, pues era consciente de que la cosa no tenía arreglo.

—Lo he hecho por usted, por mantener las formas —repuse, tratando de quedar bien.

—¿Las formas? ¿Aquí? —Se apartó hacia una esquina; su voz sonó como un relincho—. Si nadie nos conoce.

—A mí, sí.

—En fin, ya no puede remediarse —comentó, paseando una mirada crítica por toda la estancia.

—Esta gente va a morir pronto. Siento que no debería permitir que la vieran a usted en esta situación. —Ambos nos sorprendimos por la forma en que de pronto nos hablábamos.

Ella se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Yo esperé un poco y luego la seguí. Pocas veces en mi vida había sentido una agitación parecida. Llegué a la entrada del piso de abajo a tiempo de ver cómo le abrían la portezuela del Morris Minor, de modo que volví sobre mis pasos para entrar de nuevo en el recinto y los observé mientras se alejaban.

Una semana más tarde, cuando por fin había conseguido dejar de preocuparme por el tema, recibí una carta suya. Estaba escondida en el fajo del correo de los fans que me llegaba a Primstone.

Estimado Arthur Machin:

Quería pedirle disculpas por si se llevó usted la impresión de que lo trataba de forma desconsiderada el otro día; tenía los nervios algo alterados debido a un acontecimiento reciente, y me encontraba indispuesta. ¿Podría, tal vez, venir a tomar el té algún día de esta semana? El miércoles sería perfecto. Como usted sabrá, el señor Weaver está fuera, y agradecería tener un poco de compañía.

Atentamente,

DIANE W.

Debajo, como si no estuviera del todo segura de que yo no fuera tonto de remate, había añadido: «¡Esto no significa que pueda traer a ninguno de esos amigos alborotadores que visitan al señor Weaver los fines de semana!».

De todo el montón, esta era la única carta escrita por un adulto.

Me pedí libre la tarde del miércoles. No estaba seguro de si ella sabía que yo trabajaba en Weaver's, o de si se acordaba de ese detalle. En cualquier caso, no se me ocurría ninguna excusa mejor para fumarme la tarde: verme con la esposa del jefe. Me fui a casa para cambiarme de ropa y opté por ponerme el traje.

—¿Se ha muerto alguien? —preguntó la señora Hammond.

—No. Voy a salir. Tengo la tarde libre.

—Debe de tratarse de algo importante. Tú solo te pones traje los sábados. ¿Te vas a algún sitio con Maurice?

—No. Es por un asunto personal.

—¿Y qué asuntos personales tienes tú, si puede saberse?

—Son asuntos personales, así que son asunto mío.

Ella vino hasta la puerta principal para ver cómo arrancaba el coche y me alejaba. Por fin había empezado a sentirse un poco orgullosa de mí, de lo que hacía y de mi aspecto.

Me pasé un par de horas en los billares. Jugué tres partidas enteras antes de empezar a pensar que ya debía de ser la hora del té. Estaba tan nervioso que tuve que parar el coche dos veces para cambiarle el agua al canario. Curiosamente, la única persona a la que vi cuando llegué fue nada más y nada menos que Johnson. Unas semanas atrás me habían dicho que había encontrado un trabajo a tiempo parcial en Weaver's, probablemente gracias al hecho de que ahora la gente asociara su nombre con el mío. Pero me quedé pasmado al verlo justo ahí, en vivo y en directo. Estaba escardando un arriate de flores que había al borde de la rampa de entrada. Me detuve a su lado.

—¿Qué tal, papá?

Él dejó caer la pequeña pala que tenía en la mano y abrió mucho los ojos.

—Empezamos el sábado. Un amistoso con el Leeds. ¿Vendrás?

—Así es —respondió. Miró el coche un momento y después se volvió hacia mí—. El señor Weaver está fuera esta semana.

—Ya lo sé.

—¿Para qué vienes entonces?

—Para ver a su señora.

—¿No tendrías que estar trabajando? —Parecía preocupado.

—Tengo la tarde libre... Nos vemos, papá.

Aceleré hasta alcanzar el porche acristalado bajo su atenta mirada. Después, cuando llamé a la puerta, May salió a recibirme y me invitó a pasar.

—Hola, Arthur. No te esperábamos en este momento del día..., bueno, y de la semana. Pensaba que ya sabías que el señor Weaver está fuera.

—He venido a ver a la señora Weaver —le dije, y, al igual que Johnson, empecé a preocuparme—. ¿No te ha avisado?

May sacudió la cabeza, pensativa.

—A mí no me ha dicho nada. Deja que entre y pregunte; vuelvo en un pispás.

A diferencia de los sábados por la noche, en los que me dedicaba a corretear por toda la casa como un perro, ahora me quedé paralizado en el vestíbulo, con los pies sepultados en la moqueta que cada fin de semana se llenaba a rebosar. De pronto me di cuenta de que venir había sido un error. Ella debía de haberse quedado esperando una nota mía, una respuesta a su carta. Quizá ni siquiera pensaba que fuese a acudir a la cita.

—Qué sorpresa, señor Machin —exclamó la señora Weaver al cruzar el umbral del salón; sin embargo, su escote me dejó claro que sí me estaba esperando—. De verdad que lo siento; su carta ha debido de traspapelarse... ¿O es que ha llamado usted por teléfono? Ay, me he portado fatal... —Tenía una mirada expectante. May estaba en pie justo detrás de ella.

—Se lo comenté al señor Weaver —aclaré con gravedad—. Él me dijo que usted tendría libre el miércoles por la tarde. Ha debido de olvidarse de mencionarle este acto benéfico que...

—Ah, entiendo. En fin, por lo menos la información que él tiene es correcta —suspiró ella—. Será mejor que entre usted en el salón y me lo cuente todo.

Era una treta tan burda que pensé que May debía de estar conteniéndose la risa. Pero ella solo se limitó a preguntar:

—¿Qué les preparo para el té?

—Pues té —respondió la señora Weaver—. Se quedará a tomar el té, ¿no es así, señor Machin? Supongo que será muy poco para un hombretón como usted, pero May podría improvisarle algo más..., ¿verdad, querida?

Dicho esto, entramos en el salón y ella cerró la puerta. El estampado de hojas verdes de la pared me echó para atrás, aunque no abrí la boca. Las puertas de cristal que daban al jardín estaban abiertas. A lo lejos distinguí a Johnson, que seguía atareado comprobando los resultados del escardado. En un momento dado, él levantó la cabeza y también me vio. De alguna manera, aquello me sirvió de consuelo. Quizá ella lo hubiese colocado allí a propósito para la ocasión.

La señora Weaver era unos doce años mayor que la señora Hammond: la misma diferencia que me separaba a mí de esta última, solo que yo era el más joven de los tres. El efecto que habían tenido aquellos años en la señora Weaver se resumía en un poco de grasa en los tobillos, y en la sensación generalizada —sobre todo en lo que no tapaba su ajustado vestido marrón— de que había recibido un sello de calidad suprema. Cuando se sentó, sumé a ese conjunto de impresiones la idea de que una persona legal. Ella cruzó las piernas.

Lo primero que acerté a decir fue:

—El jardinero... es nuevo. —Me estaba esforzando por emplear un tono despreocupado, pero ella se rio.

—Sí —respondió—, ¿lo conoce?

Yo no dije nada, y ella probó suerte con otra pregunta.

—Edward Philips... ¿Qué tal le va? No lo he visto desde aquel sábado, cuando vinieron a casa los dos juntos.

Estuve a punto de contestar que yo tampoco, pero en lugar de eso dije:

—Está bien. Afilando los lápices para el inicio de la temporada.

—¡Ah, el inicio de la temporada! Se me había olvidado por completo. Pero, si empezamos a hablar de rugby otra vez, me dará la impresión de que el verano se acorta todavía más. ¿Se alegra usted de volver a jugar tan pronto?

—Sí... Me aburro un poco cuando se acaba la temporada.

—¿Se aburre un poco! Pues yo no me lo puedo imaginar a usted aburrido. Dígame, ¿qué hace cuando se aburre? ¿Sale por ahí a beber?

—Me aburro sin más. No hago nada. O al menos eso es lo que a mí me parece.

—¿No sale usted mucho de juerga?

—Lo intento. Aunque se gasta mucha gasolina.

—Sí, bueno... —Se quedó pensando sobre mi respuesta, y luego volvió a cruzar las piernas—. De manera que no le pagan nada durante el verano... por jugar al rugby, quiero decir.

—No.

—Y me imagino que esa es una de las razones por las que se alegrará de empezar de nuevo. —Esbozó una pequeña sonrisa y siguió hablando—: Lo que en realidad me interesa saber es por qué vino usted aquí aquel sábado por la tarde, con Philips. —Ahora mostraba una sonrisa de oreja a oreja, y se cubría la rodilla con dos dedos de la mano.

—Quería usar mi coche.

—Usar su coche. —Mi respuesta la había pillado por sorpresa—. ¿Y eso por qué?

—El suyo tenía una avería... y, según él, si llegaba a su casa en autobús, causaría muy mala

impresión.

—Ah, vaya, así que es por eso... Esa reacción no es impropia de él, desde luego. Debería habérmelo imaginado... Entonces, lo trajo hasta aquí a la fuerza, solo porque necesitaba su coche. En cierta manera, tampoco es que me sorprenda...

Se levantó y se acercó a la gran cristalera. Cerró una de las hojas y luego se cruzó de brazos.

—¿Qué le parecen nuestras flores?

Sopesé si debía levantarme o no, cosa que finalmente hice cuando ella volvió la cabeza hacia mí.

—Son muy elegantes —contesté.

Ella había adoptado una actitud resignada.

—Se llama Johnson —dijo, porque los dos lo estábamos observando y él tenía la cabeza levantada en ese momento. De repente me di cuenta de que no había ningún motivo por el que ella debiera enterarse de nuestra amistad, así que decidí no decirle nada. Johnson se percató de que lo estábamos observando y empezó a dar paletadas algo más rápido de lo normal.

—¿Practica usted la jardinería? —me preguntó la señora Weaver.

—No.

Mi contestación le pareció graciosa, y giró la cabeza para reírse conmigo. Luego me puso la mano en el brazo.

—Ay, Arthur —dijo con desenfado, como a la ligera, y yo empecé a sentir mucho calor.

Después volvimos a nuestros asientos. Ella dijo algo acerca de que las flores no le interesaban demasiado personalmente y de pronto sonaron unos golpes en la puerta: era May, que momentos después entró arrastrando un carrito.

—Gracias, May —dijo ella.

—Yo me marcho ya, señora Weaver. A menos que haya algo más que hacer.

La señora Weaver puso una expresión de sorpresa.

—¿Tan pronto? —Eché un vistazo fugaz al reloj con forma de timón de barco que colgaba de la pared.

—Usted me dijo que hoy podría salir una hora antes, señora Weaver.

Parecíamos haber vuelto al *sketch* de los despistes, y tanto la señora Weaver como May representaron con gran seriedad sus respectivos papeles, aunque las dos debían de saber que todo aquello era un pequeño fiasco.

—Amontonaré las cosas en la pila para que las friegues mañana por la mañana —le dijo por fin a May, y la acompañó a la puerta.

Después pasó el cerrojo con mucho cuidado, o al menos eso me pareció a mí, y a continuación vino a servir el té. Yo estaba muy atareado tratando de poner en equilibrio todos aquellos cacharros a mi alrededor, procurando que no se me cayeran, pues no estaba acostumbrado a comer de esa forma tan primitiva. Le eché un vistazo para comprobar cómo se desenvolvía ella. Igual que yo, estaba haciendo malabares para colocar en equilibrio todos aquellos trastos, así que no pudo percatarse de mis dificultades, pero, cuando levantó la mirada y vio cómo lo había dispuesto todo, me dijo:

—No estará usted acostumbrado a comer en una vajilla tan delicada, me imagino. ¿Cree que deberíamos poner la mesa?

—No, así está bien —le contesté—. No tengo tanta hambre.

—No tiene tanta hambre —repitió—. Yo tampoco tengo tanta hambre, pero comeré algo a pesar de todo. —Empujó varios platos llenos de comida hacia mí; yo hincó los dedos en algunos, agarré lo que hubiera dentro y me lo metí en la boca.

De pronto se le pasó por la cabeza, quizá por primera vez, que yo en realidad era un obrero, porque de improviso dijo:

—¿Ha tenido que pedir la tarde libre para venir?... No se me había ocurrido que...

—No, iba a pedírmela libre de todas maneras —le respondí—. Tenía pensado ir a los billares esta tarde.

—A los billares —dijo ella, y levantó las cejas con un asomo de interés.

—Sí.

—Supongo que, si uno juega al rugby como profesional, no resulta imprescindible tener un trabajo a jornada completa.

—No, la verdad es que no. Tengo un par de compañeros que no trabajan. Solo viven del dinero que ganan con el rugby.

—¿Y, en verano, qué hacen?

—Eh... ¡Pues digo yo que se buscarán algún trabajillo!

—¿Es usted de esos, Arthur?

—No, yo normalmente trabajo.

—¿Y dónde?

—En un torno.

—Un torno.

Tomó unos cuantos bocados más de algo muy sabroso que May había servido en los platos y se chupó los dedos.

—¿Y cómo prefiere ganarse la vida, trabajando o jugando al rugby?

—Prefiero jugar al rugby.

—Vale, eso está bien —dijo ella—. Quiero decir, usted es un jugador con talento. Eso lo eleva por encima del nivel general, ¿no es cierto?

—Sí, eso creo.

No había más que oírla para darse cuenta de que no tenía ni idea de deporte, y eso me puso tan enfermo que deseé con todas mis fuerzas que dejara el tema de una vez. Johnson alzó la vista del jardín y la clavó en las cristaleras. No sé si podía verme a través de la ventana, pero se quedó un buen rato así, mirando absorto en nuestra dirección, con gesto pensativo, hasta que por fin se giró y continuó arrancando malas hierbas.

Lo siguiente que recuerdo es que ella se sentó a mi lado y me dijo:

—¿Le lleno la taza?

Yo se la ofrecí y ella inclinó el pitorro de la tetera, pero no salió nada.

—¿Me sujeta la tapa, Arthur?

Inclinó la tetera aún más al tiempo que yo apretaba el índice contra la parte superior.

—Está vacía —concluyó ella, contrariada—. Parece que May no ha puesto mucha agua, y se ha olvidado de la jarra.

—¿Quiere que vaya yo y ponga un poco a hervir? —le pregunté.

Ella posó la tetera en la mesita, junto a la taza.

—No —repuso—. Es decir..., a menos que quiera usted más té.

—No, estoy bien así.

Me metí la mano con disimulo en el bolsillo del pantalón y me limpié los dedos en el pañuelo.

—Una lástima que no haya más agua —dijo ella.

Ahora estábamos el uno frente al otro, cara a cara.

No sabía decir cuánto tiempo permanecimos así. Yo la miré directamente a los ojos y vi la palabra *cama* escrita en sus pupilas. Ella dejó que su seno derecho descansara sobre mi brazo. Yo decidí que no iba a reaccionar.

—Nos está mirando —la avisé.

Ella se puso un poco tensa, cosa que me dejó muy claro cómo se sentía.

—¿Quién? —me preguntó con preocupación.

—Johnson... Está ahí, en el jardín, quitando las malas hierbas... y mirando.

—Hay más habitaciones en esta casa, si uno no quiere que los jardineros lo vean.

—Pero, si hacemos eso, ¿no resultará demasiado evidente para Johnson?

Ella se impacientó un poco.

—No se me había ocurrido que eso pudiera preocuparte —dijo, tuteándome de pronto—. Aunque sí, es mala suerte que estemos justo delante de él, donde puede vernos perfectamente. Podemos movernos a ese lado de la habitación, Arthur, si lo prefieres.

Se levantó, me tomó de la mano y me condujo hasta el otro sofá, desde el que se veían el capó y los faros delanteros de mi coche. No me pareció que tuviera intención de cerrar la otra puerta cristalera. Sin embargo, en cuanto soltó mi mano, yo me puse en pie, pues oí el crujido de los pasos de Johnson por la senda de grava. Luego advertí que trataba de echar una ojeada dentro.

—Es ese tipo otra vez —dije.

—Me gustas —repuso ella—. Eres como un gato.

—Quisiera tomarme una copa. ¿Tiene algo de beber en casa?

—Siempre tan activo. Nunca he conocido a nadie tan inquieto como tú.

—No me gusta que ese Johnson nos esté rondando de ese modo.

—Debería irse dentro de unos minutos. Seguro que entonces te relajas. Aunque es extraordinario...

Fue hasta el armario que había al lado del gramófono y sirvió dos copas. Me observó mientras me ventilaba la mía de un trago, y después se bebió a sorbitos la mitad de la suya. Yo no conseguía deshacerme de la sensación de que Johnson seguía merodeando al otro lado de la ventana. Era whisky.

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? —me dijo la señora Weaver.

Yo no terminaba de captar el sentido de sus palabras. Ella, por su parte, dio un último sorbito y posó su vaso en la mesa.

Entonces me acerqué a las cristaleras y me quedé contemplando el exterior desde allí. No había nadie a la vista. Casi deseé que Johnson se me plantara delante de las narices, porque eso habría resuelto el problema.

—No estoy seguro de que deba quedarme aquí —dije.

—Oh, venga, Arthur... No te pongas *así*. —Su voz sonaba amable, incluso comprensiva. Era como si estuviese hablándole a un niño.

Se acercó y se detuvo justo delante de mí, conteniendo la respiración y con la boca ligeramente abierta.

—No te habrás disgustado por algo, ¿verdad? —preguntó.

—No.

Apoyó la mano en la parte superior de mi brazo.

—No hay ninguna necesidad de que te sientas incómodo —dijo, igual de comprensiva que antes.

Como notó que yo temblaba un poco, se me acercó aún más, y no me quedó más remedio que ponerle un brazo en torno al cuerpo. Entonces acopló su boca en la mía y deslizó su lengua dentro.

A mí me costó mucho apartarme, pero en cuanto lo logré le dije:

—No sé para qué he venido.

—No hables —insistió ella, mientras me apretaba el brazo para llevarme hacia el umbral de la puerta. Una vez allí, intenté reunir fuerzas por si Weaver aparecía de pronto tras la esquina.

Pero estábamos solos. Y, además, me di cuenta de que me daba igual quién pudiese entrar.

—Me parece que debería irme ya —le dije.

Ella se sosegó y nos apartamos un poco el uno del otro.

—¿Qué pasa? Si te estabas comportando estupendamente.

—No me parece justo.

—Uf, Arthur..., justo... —Inclinó la cabeza y me miró a los ojos.

Cuanto más me movía, más me calmaba. Me alejé un par de pasos de ella, y luego terminé dando vueltas por la estancia.

—No te sentirás... superado por la situación, ni nada de eso, ¿verdad? —me preguntó.

—Pues sí, probablemente. —Me quedé mirando con fijeza el capó de mi coche, y esa visión me hizo sentir algo más seguro.

De repente, ella dijo:

—¿No será que estás pensando en la señora Hammond?

Creo que esperaba que yo levantara la cabeza de inmediato. Parecía un poco molesta.

—¿La señora Hammond?

—La mujer con la que vives... Porque vives con ella, ¿no es así?

—Me alojo en su casa.

—En fin, da igual cómo quieras expresarlo. No tengo intención de asustarte, Arthur. Pero ¿se trata de ella?

—No... Estaba pensando en el señor Weaver.

—Ah..., claro. —Sin embargo, no se decidía a explicarme por qué no debíamos preocuparnos por él. Simplemente volvió a acercarse a mí, algo indecisa.

—Creo que me voy a ir.

Y decirle esto fue un gran error. Me había formado una idea equivocada de ella, de sus intenciones, y todavía estaba a tiempo de cambiar de opinión, parecía querer decirme, pero, si vas a hacerlo, hazlo ya, porque estoy llegando al límite de mi paciencia. Yo hice un ademán hacia la cristalera. No fui demasiado sutil.

Y ahora ella dudaba sobre el nivel de enfado —o de violencia— que debía mostrar. Por la manera en que me miraba, apenas me costó imaginármela levantando a pulso la mesa de ébano de

media tonelada para arrojármela encima.

—¿Te vas entonces?

De pronto, todo aquello me resultó de lo más sórdido: lo había estropeado todo. Había sido tan rematadamente torpe... Había rechazado un revolcón gratis, y ahora ella tenía la misma cara de decepción que un comercial que no hubiera conseguido vender su producto. No se daba cuenta de lo decepcionado que también estaba yo. Y tampoco tenía ni la más remota idea de cuánto me preocupaba poner en peligro mi relación con Weaver. En aquellos momentos solo me veía como un mariposón miserable, y lo cierto es que yo me sentía justo así.

—Así que te vas... —repitió ella.

Traté de explicarme, hacerle entender lo que quería de la vida y cómo había pensado alcanzar esa meta.

—Pero ¿cómo voy a poder con todo? —le pregunté—. Si ni siquiera puedo lidiar con este ritmo de vida.

—No hace falta que me expliques nada, Arthur. Si crees que debes irte, vete.

—Ahora me entiende, ¿verdad?

—O entras ya o te vas, Arthur.

Por un minuto, los dos creímos que entraría con ella.

Pero opté por escabullirme: bajé por la rampa de la entrada, me metí apresuradamente en el coche y salí pitando hacia el portón blanco. Los neumáticos patinaron sobre la grava, que alguien había rastrillado con esmero, y dejaron una ancha huella entre las piedras. Para entonces yo ya sudaba a mares y temblaba, y me puse a blasfemar a cuenta de cualquier cosa que se me ocurría. ¿Por qué no me había tirado a la piscina con ella? Nunca en mi vida se me había presentado la oportunidad de probar un bocadito tan jugoso. Ella es *verdaderamente* apetitosa, uno no puede renunciar a esa clase de bocados. Pero yo voy y la rechazo.

¿Por qué? Habría sido tan fácil... Pero debería tomármelo como una broma. No es una propuesta rentable, y punto. Es tan poco rentable que me he visto obligado a rechazar lo mejor que me ha pasado nunca. Es posible que ella tuviera otros cien candidatos haciendo cola, esperando su oportunidad... Pero no me importaba. Ella me había elegido a mí. A un don nadie insignificante. Y yo la había rechazado. La cosa era tan poco rentable que había optado por actuar como un ser humano decente. Solo había un problema. Si *algún día* Weaver daba la más mínima señal de querer dejarme tirado...

La temporada se inició con un pistoletazo sonado. Nosotros no lo sabíamos, pero habían amenazado con empezar a despedir a gente a menos que mejorásemos nuestro puesto en la Liga. George Wade y Dai Williams, el entrenador del primer equipo, no nos dejaban ni respirar. El entrenamiento de la pretemporada fue duro y constante, y nos pasamos el final del verano sudando sin parar: boxeábamos, esprintábamos, hacíamos ejercicios, jugábamos partidos de a siete, nos pasábamos el día ensayando pases cortos; de manera que encaramos el primer partido con el Leeds con los ánimos por las nubes. Todo esto no podría haber llegado en mejor momento para mí, pues mitigó mucho mi inquietud, que no cesaba de crecer. Mi juego mejoró notablemente: cualquiera diría que había madurado a lo largo del verano. Y me sorprendió constatar que ese cambio coincidió con el período en el que el entusiasmo de Weaver se desplomó. No es que fuera algo muy perceptible, es solo que yo estaba muy sensibilizado en lo referente a ese tipo de cosas:

ahora Maurice parecía compartir mucho más tiempo con él. También fue por esa época cuando vi a Slomer por primera vez. Me pareció un personaje añado y tullido; estaba sentado en el palco con el resto de la junta, envuelto en una manta con pinta algo fúnebre.

Una mañana de domingo, cometí el error de acercarme a casa de mis padres. Mi padre estaba en la cama —trabajaba por las noches en los ferrocarriles—, pero lo despertó el ruido del coche, así que bajó en calzoncillos y allí se quedó, en pie delante del fuego.

—Por lo que he oído, estás haciendo un buen inicio de temporada —me dijo. Tenía los ojos cansados, nublados. No estaba del todo despierto.

—¿Por qué no te vienes a ver algún partido? —le pregunté.

—Sí que va —dijo mi madre. Estaba amasando pan, de rodillas delante del horno de carbón. Tenía la cara y las manos enrojecidas por el calor y por el esfuerzo, y su silueta redonda, ataviada con el delantal, resollaba y jadeaba recortada contra la cercana luz de las llamas—. Va a los partidos cuando no le coinciden con el trabajo, ¿verdad, corazón?

—Si me hubieras avisado —le dije—, te habría conseguido un pase de tribuna para toda la temporada... Aún puedo, creo.

—Nada, nada —dijo él con rapidez—. Puedo pagarme la entrada, ¿verdad, mamá?

—Bueno, si Arthur puede conseguirte un pase —dijo ella—, podrías aceptarlo. Al fin y al cabo... —Entonces advirtió la mirada de advertencia que él le lanzaba, la expresión tensa y orgullosa de su rostro, pero añadió—: No tendrías que pasarte tanto rato de pie bajo la lluvia.

—Vi tu primer partido, fue hace tres semanas, ¿no? —Al preguntar aquello, mi padre irguió todo lo posible su cuerpo menudo y fornido, y volvió la espalda al fuego—. Me pareciste el mejor jugador de todo el campo.

—No para de decírselo a la gente —comentó mi madre, y se apoyó un poco sobre los tacones para poder mirarnos a los dos.

—Es bastante curioso, antes nunca jugabas..., cuando eras más joven. De muchacho, no recuerdo que fueras muy aficionado al rugby.

—Se necesitan contactos, papá, eso para empezar.

—Sí... —Miró de reojo a mi madre—. Hemos oído hablar sobre ese tema. —Su voz sonaba cansada.

—No empieces, que es domingo —le recordó ella, y me miró antes de continuar—. Últimamente no te vemos mucho, Arthur, ¿es que andas muy ocupado?

Levantó las rodillas del suelo y alzó el gran cuenco de masa para ponerlo sobre la mesa. El olor de la fermentación llenó todo el cuarto. Después espolvoreó la tabla con harina y sacó la masa del cuenco de loza para empezar a partirla.

—Es que ahora entreno mucho después de salir del curro.

—Hay un hombre en mi trabajo —dijo mi padre— que me ha dicho que te ve mucho en las peleas de perros de Stokeley.

—Puede ser.

Mi madre nos daba la espalda, pero parecía estar esperando una explicación. Tomó una fuente marrón para el horno y empezó a engrasar su interior con un viejo trozo de papel untado de margarina.

—¿Dónde está eso? —dijo por fin, al tiempo que colocaba todas las fuentes en una bandeja negra de horno, al lado de la tabla.

—Bajando por la carretera, al otro lado del valle —le dije, sin mucha convicción. Mi padre y yo nos limitamos a observarla mientras ella tomaba pegotes de masa y los moldeaba entre los enrojecidos cuencos de sus manos, para luego volcarlos en las fuentes.

—Ese sitio tiene una fama terrible —dijo él—. No creo que nadie decente se acerque por allí. Ni siquiera están federados. Drogan a los pobres animales.

Mientras tanto, mi madre puso al fuego la bandeja negra con las cuatro fuentes llenas de masa. La ladeó un poco contra el parachispas, para que así la parte superior de las hogazas quedara bien expuesta a las llamas, y pinchó cada pegote cuatro veces con un tenedor. Las púas se hundieron y luego salieron de nuevo, sin oponer resistencia.

—¿Es cierto eso de que los drogan, Arthur? —preguntó.

—A veces.

—Pero tú no tienes nada que ver con eso, ¿verdad?

—No.

Se agachó y, valiéndose de un atizador largo y pulido, empujó las cenizas calientes que había debajo del horno. Luego puso unos pedazos más de carbón de locomotora en el fuego.

—Bueno, me alegro —dijo ella—, si no tienes nada que ver con eso.

—¿Y por qué vas? —dijo mi padre—. Sabiendo que los drogan.

—Aunque lo que decís sea verdad, a los perros no les hace ningún daño... Es como cuando yo juego al rugby sin haberme comido un filete la noche anterior. Los únicos perjudicados son los paisanos que apuestan por los perros drogados. Esos son los que salen perdiendo.

—No es muy agradable oírte decir esas cosas... —arrancó mi madre.

—Los canódromos nunca le han hecho bien a nadie —interrumpió mi padre—. A nadie. Te lo advierto, Arthur.

—¿Te vas a quedar a cenar? —preguntó mi madre—. Porque, si es que sí, voy a ponerme a preparar la comida. Meteré la carne enseguida, después del pan, aprovechando el calor.

—No hace falta, le he dicho a la señora Hammond que volvería para la cena. La tendrá lista para mí.

Mi padre se sentó cerca del hogar, y aproximó sus piernas cortas y musculosas al fuego. Yo reparé en la palidez de su piel, que estaba enmarañada de venas.

—Deberías ponerte los pantalones, papá —le dijo mi madre, para así distraerlo y relajar el ambiente—. Por cierto, ¿cómo está la señora Hammond? Ayer precisamente lo estuve pensando, ¿cuántos años hace ya...? Ni siquiera es un buen barrio.

Sus sentimientos resultaban bastante evidentes. Estaba ruborizada y herida. Y no paraba de moverse; era como si, a través de toda esa actividad, quisiera disolver cualquier comentario que ella misma o mi padre, en un arranque de rabia, pudieran llegar a hacer sobre la señora Hammond.

—Es un sitio barato —le dije— y queda cerca del trabajo.

—Pero ahora que ya tienes coche, y siendo jugador de rugby, ¿no podrías conseguir algo mejor, algún lugar donde te diera más el aire, por ejemplo, cerca de Primstone, o en Sandwood?

—No quiero tener que coger el coche todos los días para ir al trabajo. Dudo que pudiera permitírmelo. Y, en cualquier caso, solo me traería malos rollos con mis compañeros.

—Bueno, pero, si vivieras en otra parte, como en las afueras, seguirías teniendo el autobús. —Abrió la puerta del horno y entrecerró los ojos al sentir el calor que emanaba de dentro; luego agarró la bandeja y la deslizó en el interior. La masa no había subido bien. Vi que se derramaba un

poco de agua sobre el pan; es posible que fuera el mismo sudor de su cara.

—Ya me he acostumbrado a vivir ahí —respondí.

Ella se irguió y se puso a manipular un pequeño ventilador de cromo que había encima de la puerta del horno.

—No sé si vas por el buen camino, Arthur —resumió mi padre, que se había quedado enfrascado mirando el fuego y sacudía la cabeza lentamente, con un gesto provocador—. *Sinceramente*, no lo sé.

—Pero mira mi coche —le dije—. Mira el traje que llevo. Uno no se puede comprar estas cosas trabajando cinco días y medio a la semana en un torno de tercera... Y no se trata solo de eso; la gente me conoce. Precisamente *tú* deberías agradecermelo. Ahora, *Machin* es un apellido que significa algo en esta ciudad. No es uno más de entre cien mil. Apuesto a que la gente te habla de mí en el trabajo. ¿Eso tampoco te gusta? ¿Que todo el mundo haya oído hablar de tu hijo?

—Pero tú no sabes *qué* es lo que dicen de ti, Arthur. Lo único que me dijo el hombre aquel, el otro día, fue que te veía todas las semanas en las peleas de perros de Stokeley. *Eso* fue lo que me dijo, nada más.

—Uno siempre se tropieza con gente de ese tipo: gente a la que le fastidia tu éxito. Quieren que tu vida sea igual de desastrosa y triste que la suya. Pero, venga, admítelo; también tienes que haber oído cosas agradables. ¿O es que ningún desconocido te ha dicho, un lunes por la mañana, «Tu Arthur jugó un gran partido el sábado»?

—Y ese Weaver con el que te juntas ahora... —prosiguió—, él y los suyos nunca han sido como tú. No pertenecéis a la misma clase.

—No sé por qué tienes que exagerar tanto —le contesté, molesto—. Donde hay dinero, siempre va a haber suciedad. Depende de mí distinguir los charcos y saber sortearlos. Y yo quiero hacer dinero. *Estoy* haciendo dinero. No querrás que renuncie a esa parte, ¿verdad? Piensa en lo que siempre has dicho tú sobre el dinero. Todo el mundo lo necesita, porque sin él no hay felicidad posible. Eso es lo que me has enseñado, desde que era pequeño. Y ahora que hago justamente lo que tú querías... ¡me lo echas en cara!

—Ay, Arthur, es que hay dinero y dinero —dijo él, más calmado al ver que yo me enfadaba.

—El dinero es dinero, sin más: eso opino yo. Nadie puede clasificarlo, ni decir que hay un dinero bueno y un dinero malo. Nadie. Mira a los católicos, mira a Slomer: se pasan el día apostando en loterías que además patrocinan ellos mismos. Los ideales no cuentan cuando hay dinero de por medio. El bien y el mal no tienen nada que ver. ¡Ideales! ¿Acaso los ideales conducen a alguna parte? ¿Adónde te han llevado a ti *tus* ideales?

—¿Adónde? —Miró a su alrededor, como si no hubiera cosa más fácil que entender adónde llevaban sus ideales, adónde llevaban los ideales de la vecina de al lado, la señora Shaw, o los ideales del señor Chadwick, que vivía una puerta más allá. Era tan obvio que no hacía falta ni decirlo.

Pero luego, por un breve instante, lo vio: vio que, a través de mis ojos, detrás de todo aquello no había nada en absoluto. Vio el vecindario tal y como era, desprovisto de todos sus afectos y sentimientos, como un campo de ambiciones destruidas. Puede que él mismo hubiese querido jugar al rugby profesional en sus años mozos. Mi madre se había quedado mirándolo como petrificada, pero él permaneció allí sentado: no era más que un hombre menudo sin pantalones, meneando la cabeza desconcertado, sintiéndose tan fuera de lugar que su rostro se había contraído y arrugado, medio cegado de fatiga y reproches, cansado de vivir.

5

Puedo ver su cara arrugada en la oscuridad, retorcida a causa de un dolor que se va avivando cada vez más. Nos separa un muro de sufrimiento, una pared que crece en altura y grosor hasta absorbernos a los dos. Me cubre toda la cara a base de ligeros espasmos, y entonces, de pronto, me despierta.

Mi lengua reposa en las cavidades de mis dientes delanteros, enviando unos agudos destellos de dolor hasta la parte trasera de mi nariz. Estoy bastante deprimido, pienso mientras oigo unas risitas nerviosas al otro lado de la puerta.

Salgo de la cama, meto de golpe los pies en los zapatos y me arrastro hasta la puerta. Descorro el pasador, pero, cuando la empujo, la hoja no se mueve ni un milímetro. Está cerrada con llave.

Oigo la risita de nuevo, al otro lado, y empiezo a aporrear la puerta. Sin embargo, al dejar de golpearla, me doy cuenta de que ya no me llega ningún sonido desde el descansillo; el fragor del piso de abajo, en cambio, ha aumentado de forma evidente. Me acerco al ojo de la cerradura e intento ver algo a través de él. Podría tratarse de Tommy Clinton; quizá le haya dado uno de esos arranques suyos y quiera hacerse el gracioso. O también puede ser cosa de Maurice. Me asomo por la ventana, pero no localizo ninguna cañería de desagüe, de modo que me siento en la cama y enciendo un pitillo. Abajo, alguien se pone a cantar villancicos.

Una camioneta se aproxima por el camino de entrada, y se queda parada unos minutos. Se oye un estruendo de botellas que se entrechocan. Ya están reponiendo las bebidas, aunque todavía debe de ser temprano. Tal vez las diez. Probablemente la fiesta de verdad esté a punto de empezar. Después de un rato, la camioneta arranca y se aleja. Ahora ya hay dos coros cantando villancicos en la entrada.

Pienso en la señora Weaver y, al no tener nada que me distraiga, pienso en el señor Weaver también. A la primera ya no la conozco; al otro de repente le caigo mal. Ya hacia finales de noviembre empecé a sospechar que estaba intentando deshacerse de mí. Fue más o menos en esa época cuando las cosas empezaron a ponerse complicadas, dentro y fuera del campo. Ahora tenía los dientes delanteros rotos; y, por si fuera poco, había sido obra de Mellor, aunque no creo que él supiera que iba a cargarse precisamente mis dientes. Pero quizá esté culpando a Weaver de demasiadas cosas (por aquello de que Mellor es uno de sus amiguetes más discretos). En cualquier caso, creo que la única razón por la que he venido esta noche es esa vaga sensación de que debería arreglar las cosas con la señora Weaver. Si tantas ganas me tiene, por mí de acuerdo, pero que sea con todas las de la ley. Aunque, por otro lado..., en mi fuero interno está esa otra razón: la posibilidad de conocer a Slomer.

De pronto, oigo que un coche sube por la rampa de la entrada. Aprieto la cara contra la ventana, que está cubierta por una ligera capa de escarcha. El coche se para en el porche y, un momento después, Ed Philips aparece en el círculo de luz. Ha venido en taxi, tirando la casa por la ventana. Yo lo llamo a gritos, pero no sirve de nada. Él echa una ojeada a la puerta principal y saluda a alguien; después, paga al conductor y entra en la casa.

Necesito salir de esta habitación. Intento abrir la puerta de nuevo, bizqueo por el ojo de la cerradura, aporreo la madera y grito hasta desgañarme; pero, al ver que todo esto es inútil, termino volviendo a la ventana. Cuando la abro, siento la bofetada del frío en la cara. La escarcha centellea sobre el césped en pendiente. El cielo está claro, iluminado por la pálida luz de la luna. Abajo, a seis metros o más de distancia, se extiende la destartada rocalla de Johnson.

Apago la luz y salgo a hurtadillas por la ventana, pero me quedo un rato agarrado al alféizar, como un limpiacristales algo reticente. Debajo de mí, veo el resplandor de las ventanas y los jardines de rocalla. Tiro con fuerza del canalón; afortunadamente, parece que resiste.

Así pues, me encaramo al alféizar con los pies y me aúpo por encima de la ventana. Un vidrio se rompe y cae sin hacer mucho ruido al interior de la habitación. Entonces, cuando meto los codos en el canalón y clavo los dos pies en el hueco superior de la ventana, empiezo a preguntarme si debería seguir adelante. Tengo hielo y agua bajo los brazos; el metal rechina y gime bajo mi peso. Y, además, la inclinación del tejado es demasiado pronunciada como para que pueda trepar por él; parece una pirámide perfecta. Justo delante de mí, una chimenea expulsa una oscura columna de humo que se recorta contra la palidez del cielo.

De pronto me doy cuenta de que la esquina del edificio queda a mi derecha. Si la rodeo, debería encontrarme con la cañería de desagüe que ando buscando, así que me descuelgo hasta que mi cuerpo queda completamente estirado de nuevo y me doy impulso para abandonar el alféizar. Me columpio sin soltar el tubo del desagüe, pero se quiebra en algún punto del otro lado de la ventana, a mi espalda, y de repente cede casi medio metro. Pego un grito y manoteo precipitadamente en el aire en busca de una esquina a la que agarrarme.

Palpo todo lo que me rodea, pero solo encuentro una ménsula en el sitio donde debería estar la cañería. La tiento para comprobar su resistencia, y se desprende enseguida.

A decir verdad, es bastante propio de Weaver tener su casa en estas condiciones tan lamentables. En cuanto a mí, ya se me han empezado a dormir los hombros y descubro con horror que no puedo moverme, ni hacia un lado ni hacia el otro, de modo que me aúpo y vuelvo a acoplar los codos en el canalón. Intento apoyar todo mi peso sobre el lado izquierdo de mi cuerpo, y de esa forma consigo liberar el brazo derecho y empiezo a tirar de las tejas de la esquina. A la primera le cuesta un poco salir, pero finalmente se raja y la arrojo al césped. Las próximas se dejan quitar con más facilidad, haciendo palanca, y poco a poco logro desmenuzar la esquina del tejado podrido de Weaver.

Pronto quedan al descubierto dos vigas de madera, y el agujero no tarda en ser lo suficientemente grande como para que pueda meterme dentro. Entonces acoplo ambos pies entre las vigas, me recuesto sobre las tejas y me enciendo un cigarrillo.

De repente me doy cuenta de que identifico sin problema las voces que me llegan desde abajo. Escucho las cosas que dice la gente, preguntándome si mis palabras también sonarán así de mal. Lo cierto es que, desde aquí, la vista de la ciudad no es poca cosa. Las dos plantas siderúrgicas principales, Yarrow y Sudgeon, flotan al fondo del valle como un par de grandes barcos que, con las luces de las ventanas encendidas, fueran al encuentro de las dos chimeneas de la central

eléctrica. Miles de luces parpadean en la troposfera; su resplandor se remonta a cientos de Nochebuenas pasadas. Es una noche de fiesta. Empiezo a tener frío después de haber sudado, y me pongo a abrir una senda por entre las tejas, techumbre abajo. Meto a presión los dedos por debajo de los bordes y tiro hacia arriba. Las tejas o bien se resquebrajan o bien se desprenden limpiamente, y acto seguido yo las arrojo a las tinieblas de abajo. Al final consigo llegar hasta la única cañería de desagüe que he visto esta noche, y me deslizo por ella como por un tobogán.

Nada más tocar el suelo con un gran suspiro de alivio, oigo una voz que gruñe por encima de mi hombro:

—¿Qué *cojones* estabas haciendo ahí, Arthur?

Es George Wade. Está inclinado hacia delante, para poder verme en la oscuridad.

—Llevo diez minutos observándote —me dice—. Menos mal que te he reconocido desde abajo... Si no, ya estarías en manos de la policía.

Entonces intenta olisquearme el aliento.

—Estaba atrapado en una habitación... Alguien me ha dejado encerrado.

Huelo a hollín y agua estancada, aunque George podría interpretarlo perfectamente como whisky. Está temblando y se pone a dar golpecitos en la tierra con su bastón.

—Debes de haber causado unos daños considerables ahí arriba —me dice, al tiempo que echa la cabeza hacia atrás para escrutar el horizonte—. Espero que no te olvides de mencionárselo al señor Weaver. Me he quedado muy impactado con la primera teja. Ha estado a punto de darme en la cabeza... ¿Has quitado el tejado entero?

—Aún queda la chimenea, señor Wade. Yo no me preocuparía demasiado... ¿Y usted? ¿Qué hace usted aquí? Está helado.

—Hum... —responde, y vuelve a dar golpecitos con el bastón.

—¿Ya no está buscando al perro?

—No he podido encontrarlo, Arthur. En todo este puñetero tiempo. No me extrañaría nada que Maurice lo hubiera dejado escapar adrede. Ya sabes que a veces él es así. Todo se le sube a la cabeza muy rápido. Lo cierto es que le pega bastante haberlo hecho aposta.

—En fin, no creo que *él* se ponga a buscarlo. De todos modos, el perro puede haber regresado a casa, ¿no?

—El señor Weaver me ha asegurado que no podrá salir de su jardín... —responde, como si le hubiera dado muchas vueltas al asunto—. Pero, si estás impaciente por entrar, Arthur, no tienes por qué quedarte conmigo. Al fin y al cabo, yo soy el responsable de ese infeliz. Ser el amo de un ser vivo tiene estos riesgos, entre otros. Ya verás; como el aire frío te dé en los dientes...

—¿Qué hora es?

Wade se saca el reloj del bolsillo.

—Casi las diez y diez —dice, y se gira, casi a modo de recordatorio, hacia los matorrales. Lo observo mientras se aleja, atónito. Todo este numerito por un simple chucho.

En la parte trasera de la casa, cerca de la puerta de la cocina, veo aparcado el famoso Rolls de Slomer: lo ha dejado en la rampa destinada a los visitantes de negocios. Voy a la cocina para asearme un poco en la pila, y entonces me percató de que tengo las manos llenas de cortecitos, de modo que me los aclaro y me cepillo la ropa antes de empezar a explorar el terreno, buscando el meollo de la fiesta.

Han retirado la mayor parte de los muebles de la sala, que por otro lado aún conserva el papel

de pared de hojas verdes, y la estancia ha sido invadida por un grupo de bailarines. Tommy Clinton me mira embozado desde su cojín, sin dejar de pestañear, pero no me reconoce. Las barras, los bufés y las zonas de descanso están repartidas por los demás cuartos. En el vestíbulo, se ha congregado un nutrido público en torno al alcalde y a los ediles laboristas, y todos se han puesto a entonar cánticos de rugby con las melodías de los villancicos. «Métela, métela. Sácala, llévala.» Se mueven lentamente en torno al árbol, que han arrastrado hasta el centro de la habitación y que tiene la mitad de las lucecitas rotas, como si fueran fruta podrida.

Entonces reconozco la voz de Maurice; llega desde la despensa. Está cantando un par de versos detrás del grupo principal, en el vestíbulo. Le pego un gran porrazo a la puerta y grito su nombre.

—¿Eres tú, Arthur? —contesta él. Decorre el cerrojo y sus ojos acechantes aparecen tras la puerta, semicerrados—. ¿Qué hay, machote? —Está desnudo de cintura para arriba; su piel sigue inflamada desde el partido de esta tarde y algunos de los cortes han empezado a sangrarle de nuevo—. Pensaba que Tommy te había dejado encerrado arriba.

—Acabo de salir.

Le entra tal ataque de risa que se pasa un minuto entero riendo. Judith, la secretaria del alcalde, se apoya en su hombro y sonrío, tambaleándose del estupor.

—¿Dónde te has dejado los dientes, Tarzán? —me pregunta—. ¿Es que no vas a venirte con los alegres muchachos de 1934?

—¿Qué tenéis que ofrecerme?

—Uy, si tú supieras... Yo tengo montones de cosas que ofrecerte...

—Eh, tú, para el carro —la reconviene Maurice.

—¿Has visto a Weaver? —le pregunto yo.

—No, le he perdido la pista hace mucho, colega. —Sacude la cabeza lentamente, para tratar de aclarársela—. ¿Te apetece entrar? Yo saldré pronto. Aquí se queda uno más congelado que en la cárcel, y esta cabrona está fría como el hielo, ¿verdad, cariño? Igual puedes calentarla y conseguir que se derrita, Art. —Acto seguido, cierra la puerta y echa el cerrojo.

Un minuto después suelta un grito.

—¿Sigues ahí, Arthur?

—Sí.

—¿Y por qué no te vas a tomar por saco? —Los dos se ríen por lo bajo.

Yo subo las escaleras y paso por delante de la segunda aspidistra; sus hojas le sirven de perchero a un sujetador y a otras prendas semejantes a frutas sensacionales. La puerta del dormitorio principal, que queda justo delante, está entornada. Entonces, cuando estoy a punto de asomarme a la rendija, la hoja se abre de golpe y Weaver me mira con una expresión de moderada sorpresa, una leve sonrisa y cierto brillo en sus ojos azules de muñeco. Lleva puesto un traje de fiesta, y no tarda ni un segundo en alterar su semblante para hacerme sentir desaliñado y mediocre, como una persona que no es bienvenida en absoluto.

—Espero no importunarte, Arthur.

Yo respondo que no y acompaño la negativa con un movimiento de cabeza.

—No habrás interrumpido la celebración para subir aquí, ¿verdad? —prosigue él—. ¿Qué es lo que quieres?

Antes de que se me ocurra nada brillante, oigo la voz de la señora Weaver, que surge desde el

interior de la habitación.

—¿Es Arthur Machin, querido? ¿Por qué no le pides que entre?

—Entra, Arthur —dice Weaver.

Cuando entro en el dormitorio, nuestros hombros se rozan.

Una cosa es innegable: la cama de la señora Weaver es verdaderamente cómoda. Una lámpara de araña centellea justo encima de mi cabeza y esparce su luz por todos los rincones de la habitación.

Detrás de mí, cubriendo toda la pared, hay un tapiz muy elaborado que representa una escena de caza: parece que los perros acaban de hincar sus dientes en ese pálido animalillo, del que ya ha empezado a brotar la sangre.

Slomer me sonrío y levanta su vaso para instarme a beber.

—Acábate la copa, joven —me dice, con una voz delgada y seca como el papel arrugado—. Estas cosas solo pasan una vez al año. —Para él, al parecer, todo funcionaba de esa manera.

Había usado exactamente el mismo tono unos momentos antes, cuando entré en la habitación:

—De modo que este es el joven que se ha quedado sin dientes hoy.

La copa que tengo en la mano ya está vacía, así que la cubro con los dedos y le doy un largo trago.

Nadie parece muy seguro de qué estamos celebrando. Como fiesta, esta escena del dormitorio es un verdadero fiasco. Weaver está sentado en un sillón junto a la puerta y mira absorto algo que queda entre sus rodillas, en la alfombra, donde el tejido está oscurecido por un pequeño charco de la bebida que acaba de derramar. La señora Weaver, que se encuentra cerca de la ventana y también de mí, contempla el mismo charco con rabia contenida. Pasamos un buen rato sentados en silencio, pues este parece ser el límite de las ambiciones recreativas de Slomer. Yo no dejo de darle vueltas a cómo deshacerme de Weaver y de Slomer, y busco la forma de quedarme a solas con la señora Weaver, que solo está a tres metros de mí; el brillo plateado de su vestido ceñidísimo me está abrasando vivo.

—Menudo escándalo están montando abajo —dice ella por fin. Me pregunto si habrá tenido la misma idea que yo.

Weaver asiente con la cabeza, malhumorado.

—No les voy a dejar la casa para esta clase de cosas nunca más —dice.

—¿Por qué? —pregunta Slomer.

Vuelve la cabeza hacia la puerta, hacia Weaver, y con ese gesto revela el matojito desigual de su barba, una especie de plumón que le crece justo debajo de la boca. Ni siquiera así, en esa postura, soy capaz de localizar su deformidad.

—¿Que por qué? —dice Weaver; una distorsión extraña brilla en sus ojos cuando se dirige a Slomer—. ¿Que por qué, me dices?... Pues porque de paso se nos han colado en la casa todos los desharrapados de la ciudad. Y no me hace la más mínima gracia.

—¿Siempre se comportan así? —le pregunta Slomer, ingenuo.

Cualquier minucia que Slomer diga o haga despierta las sospechas de Weaver, así que se lo piensa muy bien antes de decir:

—Sí, supongo que sí. El diputado está abajo, y también el alcalde... Pero no creo que ninguno de los dos ofrezca un ejemplo mucho mejor.

Slomer suelta una risita nerviosa, y eso hace que Weaver se remueva en su asiento como si el primero le estuviera clavando uno de sus dedos blancos y delgados en las costillas, a modo de recriminación.

—¿Crees que me equivoco? —le pregunta Weaver.

—¿Que te equivocas? —Slomer examina a Weaver sin dejar de sonreírse.

—A fin de cuentas —le responde Weaver—, un diputado no es necesariamente un hombre mejor que los demás... Es una cuestión de oportunidades individuales, más que de méritos, carisma o talento.

—Yo no conozco a ninguno de los dos —dice Slomer—, y su puesto me importa más bien poco. De todas formas, tengo entendido que una vez te pidieron que te presentaras a las elecciones..., aunque se me ha olvidado por qué partido.

Se lo ve satisfecho de haber obligado a Weaver a opinar. Este, a su vez, se sonroja al darse cuenta de que se ha delatado él solito.

No me parece que yo tenga nada más que decir. Cada vez que me canso de admirar a la señora Weaver y de calibrar cuánto relleno lleva su vestido, me dedico a comerme a Slomer con los ojos, como si se tratara de una bebida fría en un día caluroso. Parece bastante interesado en el tapizado de las paredes, aunque no ha dicho nada al respecto. La señora Weaver no deja de pasear la mirada entre los tapices y el propio Slomer, como invitándolo a manifestar su opinión. Él, en cambio, me observa durante un momento, primero a mí y luego al fondo estampado que tengo a mi espalda, como si encontrara esa yuxtaposición disparatada o incluso obscena.

Me siento defraudado. Para empezar, la señora Weaver parece una mujer distinta. No creo que me esté mirando como yo la miro a ella. Solo soy el bufón de la corte, un tipo grandote y con pocas luces que no es más que el objeto de la diversión cómplice del resto. Les echo la culpa a mis dientes, a Mellor, pero por encima de todo al lisiado que tengo delante, que parece querer transmitirnos que la única forma adecuada de un cuerpo humano es su propia deformidad. Me parece un niño prematuramente envejecido que, acurrucado en su silla, se divierte sondeando con sus ojos de viejo las sensaciones que su aspecto provoca en quienes están preparados para tolerarlo. Su traje de gala ha sido cortado a medida para adaptarse a su deformación. Chapó para el sastre.

—Nuestro joven Arthur se está poniendo un poco nervioso —le dice Slomer a Weaver—. Supongo que cree que debería estar con la gente de su edad, ahí abajo, y no con nosotros, que no somos más que una panda de perros viejos y cansados.

—Ten por seguro que no seré yo quien lo detenga, si quiere bajar en busca de esas brillantes atracciones que hay por ahí —dice Weaver—. No veo por qué debería quedarse aquí. ¿Tú qué dices, tesoro?

Antes de que ella pueda contestar, Slomer dice:

—Es probable que haga menos daño aquí arriba, ¿no te parece?

—No creo que *él* sea el peligro. No creo que vaya a hacernos polvo la casa él solito —dice la señora Weaver.

—¿De qué hablan? —le pregunto yo.

—Hace un rato nos ha parecido oír que alguien estaba arrancando unas tejas —me responde—. Nos ha costado muchísimo convencer a mi marido de que todo era cosa de haber mezclado la bebida.

—No me habéis convencido —tercia él—. Todavía creo que había alguien o algo ahí arriba. Os lo aseguro, lo he visto claramente, era como un saco enorme que colgaba del canalón... Pero no entiendo cómo una persona ha podido llegar hasta ahí; creedme, eso es algo que me supera. —El tono de su voz revela que se siente aliviado de tener algún motivo concreto de queja—. Todos los canalones están rotos por delante.

—Te sorprendería ver lo diligente que puede llegar a ser una persona —dice Slomer— cuando tiene la más mínima gota de alcohol en las venas. A menudo me pregunto por qué los empresarios como tú, Weaver, no intentan sacar provecho. El alcoholismo controlado es indispensable para un industrial competente, o al menos eso me parece a mí.

De repente se me ocurre que Slomer solo ha venido a meter cizaña. Me mira a mí, mira a Weaver, e intenta que estallemos y causar alguna clase de conflicto. Al entrar en la habitación, no he evaluado correctamente la mirada de alivio que he visto en su cara. Solo quiere entretenerse a nuestra costa.

—¿Para qué ha subido usted, señor Slomer? —le pregunto—. ¿Por librarse del ruido de abajo?

—Bueno... Lo cierto es que *estamos* celebrando la víspera de la Natividad de Cristo —me contesta, hablando con lentitud.

—Esa es una buena descripción... —empieza a decir Weaver.

—La bacanal de abajo forma parte de la celebración tanto como nosotros. Al fin y al cabo, ha sido una persona de este grupo la que la ha autorizado, al poner su vivienda a su disposición.

—A ver, a ver —protesta Weaver, tratando de razonar—. Yo no soy responsable de ese comportamiento.

—Pues no sé quién lo será entonces —responde Slomer—. Si no estuvieran aquí, no se comportarían de esta manera... Al menos, no en *sus propias* casas.

—Simplemente están abusando de algo bueno... Uno esperaría que...

—Pero, vamos a ver, Weaver, tampoco es que tú seas precisamente un idealista en lo que al comportamiento humano se refiere. Desde luego, en tu trato con la gente, siempre he detectado una desconfianza generalizada.

—¿A qué te refieres?

Los dos Weaver se ruborizan, y por algún motivo me miran a mí.

—Es mejor no discutir sobre ese asunto en un día tan señalado —les dice él con firmeza.

—Pues yo preferiría que lo hicieses, Slomer —dice Weaver—. No es muy agradable que digan esas cosas de ti.

—Bien... Entonces, lo retiro.

—Pero si ya lo has dicho —le responde Weaver—. Y, en todo caso, por una mera cuestión de interés personal, me gustaría mucho saber lo que querías decir.

Su cara está tensa y roja, como la de una mujer enrabiada hasta la desesperación, y sus ojos azules brillan llenos de odio.

—Ya sabes lo que quiero decir —insinúa Slomer mientras observa el repentino despliegue de irascibilidad de Weaver con una larga mirada de niño travieso.

—No tengo ni la más remota idea de lo que quieres decir... Me has atribuido una desconfianza generalizada en el trato con las personas. Yo siempre he pensado lo contrario de mí mismo. Nunca he escatimado.

—Bueno... Tomemos pues el caso de este joven —dice Slomer, y me mira sereno—. ¿Acaso no ha sido objeto de cierta desconfianza?

Slomer nos mira con una astucia de lo más sustanciosa.

—¿Quién...? ¿Machin?

Weaver se me queda mirando fijamente, con ciertos residuos de su mirada de odio previa, para comprobar si yo sé de qué va todo esto.

—Machin —dice Slomer.

—¿De qué hablas? —pregunta Weaver.

—Oh, vamos, no quiero ponerme tan serio en una noche como esta —dice Slomer.

—Si quieres pelea, Slomer, ¿por qué no lo admites? —protesta Weaver—. Y, si no es así, ¿a santo de qué sacas estos temas?

—A mí no me importa discutir —dice la señora Weaver— con tal de que la disputa sea divertida. De todas formas, la cosa ya está bastante árida por aquí.

—La dama ha hablado —dice Slomer—. Pero, aun así, no quiero ponerme a hurgar en asuntos sobre los que, en el fondo, no sé demasiado.

—¿A qué se refiere —pregunta la señora Weaver— cuando dice que Machin, aquí presente, es objeto de una cierta desconfianza? ¿Qué está insinuando *exactamente*, Slomer? ¿Acaso sabe algo de este hombre que nosotros desconozcamos?

—Nada que ustedes no sepan, se lo aseguro.

Me observa mientras me sonrojo, agobiado por la presión de su juegucito de salón.

—¿Entonces mi mujer también lo sabe? —pregunta Weaver.

—Hasta tú lo sabes —responde Slomer, irascible.

—Por el amor de Dios, ¿a qué te refieres? —exclama Weaver, dejándose llevar por la intensidad del momento.

—Yo ya sé a qué se refiere —dice la señora Weaver. Mira directamente a Slomer como si quisiera decirle: «Venga, hombre, sé sincero. Suéltalo de una vez».

—¿De qué se trata? —dice Weaver, algo receloso. De pronto parece que no quiere salir herido de la conversación.

—Se refiere a esa historia que oíste una vez, cielo... Aquello de que yo tenía un lío con Machin.

Slomer, incapaz de controlar del todo el placer que siente, compone una cara de consternación ligeramente forzada.

—No. No me refería a eso —dice, con ademán hundido—. Si tal historia existe, es la primera vez que la oigo.

De pronto, la señora Weaver parece un globo pinchado.

Yo no miro a Weaver; solo me limito a escuchar los avergonzados suspiros de Slomer.

—Oh, vamos —dice la señora Weaver, que se arma de valor y habla con una voz sorprendentemente tranquila—. No me salga ahora con ese truco tan viejo, Slomer. Todo ese teatro, el asombro fingido, sobra. De verdad, hombre, al menos reconózcanos...

—Lo siento. Lo siento mucho —dice él—. Pero le aseguro que no esperaba nada... No me he dado cuenta... Me disculpará usted la torpeza, lo tonto que he sido...

—Bueno... —dice la señora Weaver—. Lo habría oído tarde o temprano, supongo.

Está intentando poner un parche en el agujero, pero ya se ha escapado todo el aire.

—Y, por supuesto, comprenderá la repugnancia que este asunto nos causa tanto a mí como al señor Weaver.

—Naturalmente. A mí me suscita los mismos sentimientos que a ustedes —dice Slomer—. No entiendo cómo puede haber surgido una historia semejante.

—Nosotros tampoco —dice la señora Weaver—. Aunque todo tiene una explicación bastante sencilla que ahora no vamos a tomarnos la molestia de repasar.

Me sonrío débilmente y me dice:

—Lo siento, Machin. Lamento haberlo mezclado en la conversación justo ahora. Estará usted abrumado.

Yo le digo que no pasa nada, o algo por el estilo, y trato de componer una expresión preocupada que disfrace mi estupefacción. De momento, prefiero evitar los ojos de Weaver. De modo que él *sabe* lo de mi visita del miércoles. ¿Se lo habrá dicho Johnson, quizás? ¿Habrá sido May? Me siento como un blanco de cerámica expuesto delante de toda una hilera de tiradores.

—Y, si no se trataba de eso, ¿a *qué* te referías, entonces?... —dice Weaver sin alterarse.

Slomer sacude la cabeza con parsimonia.

—Pensaba en aquella ocasión en que propusiste eliminar a Machin para meter a ese otro chico... Se me ha olvidado su nombre. Más o menos en noviembre.

Los tres se quedan callados durante unos minutos. Luego Weaver dice:

—No veo cómo eso puede reflejar la falta de confianza generalizada que has mencionado, Slomer.

—Tal vez tengas razón —dice Slomer—. Una vez llegados a este anticlímax, dudo que podamos encontrar nada que respalde la opinión que he expresado con anterioridad. Debo de haber bebido demasiado de este cóctel tuyo... Tú acabas viendo cadáveres colgados de tu propio tejado; yo me fijo en la faceta más perniciosa de la naturaleza humana. Propongo que nos perdonemos el uno al otro.

Yo leo una advertencia en su mirada: deberías estarme agradecido por cómo he gestionado la situación.

—Pero en todo esto hay algo que no cambia, joven, y es que todos estaban de acuerdo en echarte; hablo de nuestro comité de selección. Yo me las vi y me las deseé para que te mantuvieran en el equipo. El señor Weaver puede confirmártelo. Él lo sabe tan bien como yo. Aunque..., debo reconocerlo, no estoy nada descontento.

Sin embargo, no aclara si esa satisfacción tiene que ver conmigo o con la velada. Slomer se limita a inclinar la cabeza una o dos veces antes de sacarse un reloj de gran tamaño de entre las solapas de la chaqueta.

—Mí cebolla me dice que acaban de dar las once. Es decir, me tengo que marchar. Me gusta empezar la Navidad en casa.

Se levanta con suavidad de la silla, con los ojos tirantes del esfuerzo, y acto seguido se acerca a la señora Weaver con la mano levantada, como si fuera un niño pequeño. Ella se la estrecha dubitativa, y Weaver hace lo mismo.

—Feliz Navidad —se desean todos.

—No hace falta que me acompañen abajo —les dice—. Encontraré la puerta trasera sin problemas. He aparcado el coche en la rampa de detrás para evitar accidentes. Pero estaría bien

que el joven bajara conmigo; así nos aseguramos de que no me meto en ningún lío con los juerguistas.

Me cuesta decidir si debo acceder o no. Hasta este momento, he albergado una pequeña esperanza de que Weaver quisiera despedir a Slomer e insistiera en acompañarlo hasta la puerta, de forma que me dejara a solas con Diane. Pero él no abre la boca.

—En fin, adiós otra vez —dice Slomer—, y que disfruten de las fiestas. ¡Feliz Navidad y próspero Año Nuevo!

Cuando sale del dormitorio, yo lo sigo y cierro la puerta a mi espalda. Él se para en el descansillo y me dice:

—No quería dejarte solo con esos dos buitres, Machin. Si bajas conmigo me quedará más tranquilo. Espero que no te importe.

Las escaleras están salpicadas de parejas. Ya están entrando en la etapa previa a la fatiga posfestiva, y se los ve cansados. Conforme los sorteamos para abrirnos paso, localizo la deformidad de Slomer en su costado derecho, donde alguna clase de hinchazón genera un bulto en su abrigo, justo debajo del brazo, a la altura de las costillas. De todas formas, creo que nadie lo reconoce: todos están demasiado pasados. Aunque la cocina está llena de gente, salimos al exterior sin impedimentos.

Al acomodarse en el asiento del conductor, que está adaptado para él, Slomer me pregunta:

—Dime, ¿te has beneficiado de lo que yo llamo la debilidad de la señora Weaver por las relaciones sociales informales? Es decir, ¿hay algo de verdad en la historia que me han contado?

—¿Acaso es asunto suyo? —le contesto. Me encuentro de pie junto al coche y, por mi postura, cualquiera diría que soy yo el que lo está intimidando a él.

—Eso prefiero que lo decidas tú, Machin —dice, dándome a entender que estoy entre la espada y la pared.

—No... No me he acostado con ella, ni nada de eso.

—Así que esa es la verdad —afirma él—. Según tengo entendido, hasta el momento has hecho una buena temporada.

—Hasta la fecha sí.

—Ah, vale... Claro, ya sé a qué te refieres. Pero, créeme, los dientes postizos pueden quedarte incluso mejor que los de verdad. ¿O qué te crees que llevo yo?

Estira hacia atrás sus pequeños labios y me enseña dos hileras diminutas de clavijas blancas.

—Ah, sí —le digo, aunque no estoy muy seguro de cómo quiere que reaccione—. Están muy bien.

—¿Crees que son postizos o de verdad?

—Postizos... Bueno, podrían ser de verdad.

—Son postizos —me dice, satisfecho, y sigue hablando con los labios estirados hacia atrás, para que pueda verlos en acción—. ¿Crees que estás en una situación comprometida con respecto a Weaver?

—Sé que empecé a caerle mal hace unas cuantas semanas.

—Pues ahora ya sabes por qué es... Escucha, no eres el primero que queda triturado entre esos dos, ese equipo de marido y mujer. Así que no es necesario que te autocompadezcas... Tú no eres católico, ¿verdad?

—No.

—¿Y nunca has pensado en convertirte?

—No, por ahora no...

—El catolicismo tiene muchas ventajas para un hombre como tú. Para empezar, está el asunto del colectivo. —Da la marcha atrás y el coche empieza a moverse—. Ahora solo me queda desearte una muy feliz Navidad —concluye. Su cabeza asoma justo por encima de la parte inferior del parabrisas.

—Feliz Navidad —le contesto yo.

Solo haría falta que cayera un poco de nieve para que fuese igualito a Papá Noel. Cuando llega a la carretera, el ruido del motor disminuye hasta casi extinguirse, y yo vuelvo a entrar en la casa.

—¿Quieres decir que eres Arthur Machin...? ¿El que juega en la segunda línea?

—Sí —respondo.

Ella cruza las piernas mientras se recoloca el borde de su falda negra de tubo por encima de las rodillas, y luego se arrellana sobre el almohadón que hay en mitad del canapé. Tiene las rótulas resplandecientes. Mi hombro la roza cada vez que tomo aire.

—Jamás lo habría adivinado —dice—. En el campo, tienes un aspecto distinto.

—¿Y qué aspecto tengo?

—Hum... —Se piensa mucho la respuesta—. Pues pareces un toro.

Desde el instante en que me senté a su lado, la asocié con un estanco, quién sabe por qué. Ahora que lo pienso, debe de ser porque tiene el aspecto de un cigarro liado con mucho esmero. Recuerdo a la perfección ese torso mecánicamente moldeado, inclinado sobre la barra.

—Es Arthur Machin —le dice a su amiga, que está dándole un buen repaso a Maurice al otro lado de la habitación.

—Mola —le responde la amiga—. Este es Maurice Braithe-waite, Mag. —Ambas se detienen y comparan el tamaño de sus respectivas presas.

—¿Te llamas Margaret?

—Ay, sí —contesta ella, como si aquello le supusiera una enorme ventaja. Los dos volvemos la cara para mirar a Maurice, que sigue semidesnudo, exhibiendo sus contusiones—. Es innegable, los jugadores de rugby sabéis utilizar las manos —dice ella mientras observa dónde coloca las suyas Maurice. Cuando yo me echo a reír, ella se gira súbitamente hacia mí—: ¿De qué te ríes, a ver? —dice enfadada, pero de pronto cambia de tema—: ¡Joder! ¡Si no tienes dientes de delante!

Lanza una mirada hacia el otro lado del cuarto, donde está su compañera, para comprobar si ella también ha advertido mi deficiencia.

—Me los han tenido que sacar esta noche.

—¿Estás casado? —me pregunta.

Parece desencantada.

—No, estoy ahorrando.

—Pues lo vas a necesitar, cariño. Sin dientes, tu posición no es muy ventajosa.

—¿Eso crees? Y yo que pensaba que a las chicas les gustaría este toque diferente...

—¿Diferente? —repite—. Una pequeña diferencia... puede gustarles, sí. Pero no si es tan bestia.

—Solo son seis.

—A mí me parecen un montón, cariño. Se trata de la impresión que da, ¿sabes? Despertarse por la mañana y ver una cara así al lado... Una se debe de sentir como si viviera con un viejo antes de tiempo.

—No pensaba casarme contigo.

—Gracias por nada. Eso que me dices es todo un piropo.

—Esta casa es grande, ¿eh? —le digo.

—¿Verdad que sí?

—¿Sueles venir mucho por aquí?

—¿Y tú?

—Bastante.

—En ese caso, yo no vengo mucho.

—¿Y cómo vienes?... ¿En autobús?

—No, cariño. Me trae mi novio. ¿No has visto su coche aparcado fuera cuando has entrado?

—Debo de haber venido antes de que llegaraís. ¿Quién es tu chico?

—Lionel Manners...

Aguarda a que sus palabras surtan el efecto esperado.

—¿No has oído hablar de él? —dice, sorprendida—. Lucha en el Hippo y por ahí.

—Especialmente por ahí, según tengo entendido.

—¡Oye! Ten cuidadito...

—Hubo una época en que también jugaba al rugby, ¿no?

—Ahí le has dado —responde ella, como si eso no fuera más que un logro menor—. Pero lo mandó al cuerno. No había bastante guita de por medio, según él.

Se pone a tararear una melodía autocomplaciente durante un minuto, y luego dice:

—Tómame otra copa, nene. Esta casa está que revienta de bebida.

Abre una botella de cerveza de las de tapón de rosca —la ha cogido de una caja que hay en su lado del canapé—, y la sirve con pericia en un par de vasos usados.

—¿Te apetece un trago, Mavis? —le grita a su amiga.

—No —responde ella.

—Ese cabrón de Weaver debe de ser un tacaño de primera. Llevamos toda la noche con cerveza para los hombres y sidra para las mujeres.

—Tú estás bebiendo cerveza —le digo.

—Ah..., sí. Ya sé por qué lo dices. ¿Te apetece bailar?

Por un momento, nos quedamos escuchando la música que llega desde el otro lado de la puerta.

—Bueno, no me importa.

Como estoy sobrio, casi prefiero evitar el otro lado de la habitación, donde Maurice y su chica se están dando el lote.

Nos colamos en la habitación contigua y empezamos a bailar con movimientos lentos y angulares, descendentes, mientras la música cambia. Pasamos por delante de un par de muebles que me resultan familiares. Alguien ha tendido a una furcia patilarga sobre la misma mesita de té que usó la señora Weaver aquel miércoles, y la está friendo a empujones.

—Bailas bastante bien.

—¿Es que intentas ponerle al mal tiempo buena cara?

—No. Lo digo de verdad, nene. Bailas bien. Tienes estilo. La mayoría son solo unos cerdos que intentan meternos mano a las tías.

Nos movemos en silencio mientras el contador de su mente hace clic: una revolución más. Pienso en cómo debe de ser echarle el guante a un trofeo como la señora Weaver: los olores agradables, el colchón blando, las sábanas lisas; el acuerdo tácito de que es algo provisional. Nada de agobios; que todo quede claro de antemano: es solo un revolcón, un arreglo amistoso entre dos personas que saben lo que quieren; nada de sensiblerías; y, por supuesto, ropa interior decente. Mantengo los ojos bien abiertos por si ella baja la escalera.

—¿Sabes?, mis amigas van a morir de celos cuando les diga que he estado contigo.

—Vaya, ahora resultará que soy famoso.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Por qué si no iban a ponerse celosas?

—Ah... Ya entiendo... Oye, mira, que no se te suba a la cabeza el que me haya encaprichado un poco contigo. Incluso sin dientes y todo eso. Ellas creen que los chicos del City sois unas joyitas, y punto. La cosa tiene su gracia, porque el rugby no es ni la mitad de espectacular que la lucha libre. Y él es bastante bueno. Me refiero a Lionel.

Seguimos bailando y yo le comento:

—Frank Miles, el capitán del City, también hacía algo de lucha libre cuando era más joven.

—¡Ah, ese! No puedes contarme nada que no sepa sobre ese palurdo, al menos no a mí. Lionel lo fulminó... dos veces.

—Le partían la espalda cada dos semanas.

Ella se queda pensando un momento, se inclina un poco para mirarse su propia espalda y dice:

—A ver, explícame eso. ¿Cómo puede ser?

—Las semanas de entremedias normalmente ganaba.

Su risa llegó con unos pasos de retraso.

—¿Y cómo podía curarse tan rápido?

—En verdad nunca se la rompió. Yo lo esperaba en la puerta trasera del Hippo, en mi coche. Después de que lo sacaran en la camilla, Frank agarraba su ropa y corría al coche antes de que la afición saliera en masa para ver cómo lo transportaban. Por aquel entonces trabajaba allí un hombre, un tal John-son, que se encargaba de accionar un pulsador, una especie de chapuza de timbre de ambulancia que habían montado en el vestuario.

—Aquí —me dice ella, al tiempo que se sube mucho la falda—, prueba conmigo, que también tengo un pulsador. —Yo me apresuro a bajar la mano—. ¡No, aquí no! Vas demasiado deprisa, coño. —Se separa de mí con brusquedad—. No me llenes de babas, niñato.

Sin embargo, cuando se calma, me pregunta:

—¿Has dicho que tienes coche?

—Un Jaguar.

—Será viejo.

—Dos años.

—¿A qué te dedicas cuando no estás de guasa?

—A hablar contigo.

—¿Dónde lo tienes? ¿Fuera?

—No. Lo he dejado en casa.

—Qué bárbaro, qué manera de quedar en evidencia...

—Pregúntale al hombre que tienes detrás.

Ella se gira y ve al diputado. Él le devuelve la mirada desde la distancia.

—¿A quién, a ese? ¿Cómo se lo voy a preguntar? Si ni siquiera lo conozco.

—No le importará. Tú pregúntale. Al fin y al cabo, él depende de gente como tú.

—¡Vale, vale! No me sermonees, nene. ¡Oye! —vocea, dirigiéndose al diputado—. ¡Oye, tío!

¿Qué coche tiene Arthur Machin?

Él la observa de hito en hito por encima del hombro de Judith.

—Un Jaguar, si no recuerdo mal.

—¿Y cuántos años tiene?

Él le pregunta a Judith antes de responder:

—Es casi nuevo, me parece.

De modo que volvemos a bailar en silencio. Ella desprende un leve aroma a sudor enmascarado de perfume, y yo, un leve aroma a agua estancada.

—¿Dónde trabajas? —dice ella.

—En Weaver's.

—Vaya, qué conveniente. ¿Y todos sus empleados pueden entrar y salir de su casa como si nada?

—Depende del tipo de empleado que sean. ¿Dónde trabajas tú?

—¿Importa eso?

—No... Pero tengo la sensación de que te he visto en alguna tienda, no sé dónde, vendiendo pitillos.

—Te lo repito: ¿importa eso?

La música cesa y vuelve a empezar; alguien que iba haciendo eses se ha empotrado contra el armario. Sin embargo, el grupo de juerguistas comienza a desintegrarse. La gente de la tarde se marcha ya, y los noctámbulos van tomando posiciones. Ahora, el alcalde está bailando con Judith; sus ojos de guardavía brillan, nublados, por encima de la espalda de la chica.

—¿Quieres que vayamos a la habitación de al lado? —me dice Mag—. El alcalde ese me está deprimiendo. Tiene pinta de santurrón.

En el vestíbulo nos encontramos con Tommy Clinton, que se bambolea bajo el árbol de Navidad; de alguna forma, ha terminado cubierto de piñas. Su chica trata de sostenerlo para que no se derrumbe del todo. Él ve a Mag y dice:

—Debes de estar encantada... después de haber pasado tanto rato lejos de todo, enganchada a Arthur. En ese cuarto se está como en casa, siempre lo digo. He sido yo quien... —empieza a decir, pero entonces se mete un dedo en la boca y se traga un eructo—. He sido yo quien os ha dejado encerrados... Y también soy yo quien os acaba de dejar salir. Justo ahora... ¡Venga, Arthur, cuenta, cuenta! Reconozco a esta putilla. Es la fulana que siempre va detrás de Manners. —Le pone la mano en el hombro a Mag y continúa—: ¿Sabías que soy yo quien os acaba de dejar salir, fulana de Lionel Manners?

—Lo que querrás decir es que alguien te acaba de soltar a ti, puto loco —replica ella—. Y ya va siendo hora de volver a en-cerrarte.

Clinton entrecierra sus ojos encharcados y se echa a reír.

—Hay que joderse. ¿Has oído eso? —le dice a su chica—. ¡Si puede hablar! Ojalá Manners estuviera aquí. Siempre dice que su zorra hace de todo, pero que no habla ni muerta.

Acto seguido, avanza a trompicones hasta el porche delantero y se desploma sobre uno de los laterales. Los cristales rotos se desperdigán por el camino de entrada.

—Espero que no te importe que te haya encerrado, Art, colega... Solo era por divertirnos un poco. Es Navidad y todo eso... Iba ciego y se me ha olvidado; si no, te habría dejado salir antes. De verdad, no te miento... —Se cae con un rumor de ramitas sobre el camino de entrada y desaparece de nuestra vista. Su chica va tras él.

—¿Es del City? —me pregunta Mag.

—Es Tommy Clinton.

—Clinton. Muy bien, recordaré ese nombre. Le contaré a Lionel cómo me ha hablado, y ya veremos lo que pasa luego con el señor Clinton. Fíjate lo que te digo.

—Pero si es amigo de tu Lionel.

—Por poco tiempo. Espera a que yo le cuente lo de esta noche.

Me conduce a la habitación de antes, aquella en la que nos hemos conocido, pero no hay sitio donde sentarse, y la mayor parte del suelo también está ocupada. Maurice se ha marchado.

—¿Dónde está el cuarto del que hablaba ese tío? —pregunta malhumorada—. ¿Crees que ahora estará libre?

—Yo diría que no. Además, no tenemos llave.

—¿Y tu casa? ¿Está muy lejos?

—Al otro lado de la ciudad. Aunque, de todos modos, no podemos ir allí.

De pronto estalla una nueva oleada de villancicos, esta vez en el piso de arriba. También oigo los gorgoritos del diputado, que canta como un tirolés en el salón; hace poco que ha vuelto de unas vacaciones en Suiza. Mag y yo nos desplazamos sin llamar la atención y volvemos al vestíbulo. Me hago con una botella de cerveza y me la ventilo allí mismo. Luego vuelvo a buscar otra y me la ventilo también en un pispás.

Entonces, Judith sale del salón. Viene directa hacia mí y de pronto me planta un morreo de cuidado. Dura unos cuantos minutos. Yo abro un ojo para mirar a Mag, pero parece que algo al otro lado del cuarto ha llamado su atención. El alcalde nos observa, tratando de componer un gesto satisfecho. Cuando Judith me suelta, le dice a Mag:

—No te apures, cielo. Es que está debajo del muérdago. ¿Por qué no le besas ahora? Es tu turno. ¿Has visto a Maurice, Tarzán?

—Creo que está de gira.

—Pues qué mal, porque nosotros nos marchamos ya. El alcalde ha decidido que esta fiesta es un fracaso, así que nos vamos al salón de su casa.

—¿Y qué vais a hacer allí que no sea igual de deprimente que esto?

—Tocar las campanas, Tarzán. Ya es Navidad —dice, antes de salir corriendo hacia el piso de arriba.

—Qué poca clase —resopla Mag. Entonces se me acerca y, como quien no quiere la cosa, me hincó su pezón izquierdo en el pecho—. Me sorprende que los hombres caigan rendidos ante ella.

—A mí también me sorprende.

—Estás pálido —me dice de repente—. ¿Te encuentras mal?

—Un poco, sí.

—Pues yo también estoy bastante pocha.

—Ve para arriba —le digo—. Busca una habitación vacía para los dos, y luego ven a buscarme. Voy a sentarme un rato mientras te espero.

—¿No quieres animarme un poco, para que pueda subir yo solita todas esas escaleras? —me dice. Por toda respuesta, me inclino y jugueteo un poco con sus labios. Ella me toca por debajo de la camisa y me rodea con los brazos.

Permanezco sentado debajo del árbol de Navidad hasta que ella desaparece por el descansillo, y entonces me pregunto si debería hacer un último intento de buscar a la señora Weaver. Me quedo pensándolo unos cuantos minutos y finalmente decido que todo ha acabado, sobre todo teniendo en cuenta la hora que es, así que voy a la primera habitación para coger toda la cerveza que me quepa bajo el brazo y salgo de la casa. No consigo hacerme a la idea de que podría haber sido mía. Si ni siquiera a Slomer le ha parecido algo descabellado, la gente debe de pensar que doy la talla. La señora Weaver. Se me hace la boca agua.

Las puertas del Bentley están cerradas con llave, y me paso un buen rato intentando forzarlas antes de darme cuenta de que el techo solar sigue abierto. Entonces me arrastro dentro y empiezo a buscar a tientas mi abrigo y la bolsa con los juguetes para los niños. Me siento un momento para meter la cerveza en la bolsa y, nada más ponerme el abrigo, se me ocurre que no estaría mal volver a casa en este coche. Podría llevárselo a la señora Hammond y decirle: Mira lo que te he comprado como regalo de Navidad. Tanteo el salpicadero, pero Weaver se ha llevado las llaves; una pena.

Finalmente salgo del coche trepando, y durante el proceso se me abre una de las botellas cuando su tapa choca contra el guardabarros delantero. Bajo por el atajo que lleva al portón de la verja mientras le doy largos tragos a la cerveza. Al final de la calle, paso por delante de Tommy Clinton, que está en una cabina de teléfonos con su chica. No sé si estarán llamando a un taxi o sencillamente descansando un poco, en posición vertical para variar.

Estoy muy cansado, y preocupado por mis dientes, así que me bebo la cerveza todo lo rápido que puedo; de alguna forma, me llena el cerebro de una especie de serena energía. Pienso en las piernas de la señora Weaver, en sus tobillos gruesos.

Antes de que la carretera se hunda en un costado del valle formando una cuña, e iniciando así su recorrido hacia la ciudad, me quedo mirando el paisaje. Desde aquí se ve hasta Stokeley: la mina de carbón enmarcada por el fulgor carmesí y anaranjado de sus hornos de coque, cada uno de ellos separado y reconocible, y por el arrebol estridente del cielo. Me imagino a Frank tumbado, dormido en su cama de padre de familia. Durante un rato, Stokeley constituye el único indicio de vida a la vista, pero luego me zambullo en la negrura de la zanja, y oigo los cables eléctricos cantando y suspirando por encima de mi cabeza, y el sonido de mis propios pasos. Veo destellos de una luz muy intensa asomando entre los árboles, y por debajo de mí, en línea recta, distingo el fulgor anaranjado y opresivo de los faroles de gas de la fábrica de ladrillos.

Poco a poco, las luces de la ciudad van apareciendo ante mis ojos. Abajo, en el fondo del valle, un mercancías rompe el silencio con los jadeos de su locomotora. Y yo abro otra botella a golpes.

Al saltar por encima de la tapia que hay junto a la terminal de transporte de mercancías, se me

cae la bolsa y rompo una de las dos botellas que me quedaban. Las dos muñecas terminan empapadas y apestan a jodida cerveza, así que las seco con mi pañuelo. El tren de Ian repica como un sonajero dentro de su caja de cartón. Agarro la bolsa de nuevo y avanzo tambaleándome por el atajo que atraviesa la terminal.

Los raíles se entrecruzan y se curvan en todas las direcciones posibles. Desde las vías me llega el lento jadeo del mercancías, que va subiendo por el valle. El ruido reverbera, va sonando más y más cerca a medida que atraviesa la polvorienta neblina que se filtra desde las profundidades de la hondonada. Nunca he estado en este lugar. Mi pie roza un raíl e inmediatamente percibo una vibración lenta. Me obligo a detenerme. Las traviesas de la vía se extienden en ambos dos sentidos.

Oigo un ligero susurro detrás de mí, y al darme la vuelta veo un gran ojo amarillo y acuoso.

—¿Qué cojones haces? —pregunto.

La cosa sisea y, tras sufrir una sacudida, acelera hacia mí. Por un segundo, sale disparada a un lado, refunfuñando como si estuviese haciendo un gran esfuerzo, y luego se estremece antes de volver a su curso anterior. La vía férrea tiembla y se agita violentamente. La recorren mil escalofríos. Por debajo del ojo acuoso distingo dos estallidos de vapor. Intento avanzar por las traviesas, pero me tropiezo con las esquirlas de hulla una y otra vez.

Entonces, de pronto, el ojo se desvanece. Noto el fino chorro de agua que me escupe, el intenso calor que despide su corpachón negro. Por un segundo me ciega con un destello amarillo rojizo; luego el frío me envuelve de nuevo y me quedo a oscuras. Esta vez, el ojo rojo desaparece entre la niebla.

Trastabillo con un montón de raíles que alguien ha dejado tirados por ahí. Me llega el ruido del ganado desde el otro lado de la terminal. Oigo voces y veo un balanceo de linternas. Más adelante, los frenos sacuden un vagón y tartamudean mientras una hilera de siluetas bajas y negras se desliza rápidamente ante mí, meciéndose y tintineando como una procesión de cerdos quejicosos. Por un segundo, percibo el aroma del carbón húmedo, del sebo animal. Detengo mi marcha para darle un último sorbo a la botella. Un hombre pasa a mi lado balanceando su linterna; no me ve, pero se para cuando me oye tropezar con la última parte del tendido y avanzar a trompicones por entre las cenizas, antes de saltar la segunda tapia y salir, por fin, a la calle. Al mirar atrás, distingo las luces rojas, anaranjadas y verdes de las señales, y, más abajo, el resplandor del brasero del guardagujas. De pronto caigo en la cuenta de que no me he encontrado con mi padre.

Solo queda un taxi en la parada nocturna, y llego a Fairfax Street, que parece una tumba, hacia las tres y media de la madrugada. Como le he dicho que iba a llegar tarde, la señora Hammond me ha dejado la llave de la puerta principal. Antes de entrar, abro mi coche y saco su regalo del asiento trasero; pesa mucho. Aliso el papel del envoltorio y luego doy un portazo, pero no se enciende ninguna luz. Salvo por el coche, la larga callejuela de ladrillo está totalmente vacía.

Veó tres tazas con sus platillos sobre la mesa de la cocina, y reparo en que aún hay migas de un pastel de Navidad en los platos. Así es como me entero de que ha tenido invitados. En la chimenea hay un cuenco con leche y otro plato más, con el pastel navideño casi intacto.

Al parecer, ha estado esperándome —probablemente haya dejado entornada la puerta de su dormitorio para poder oírme en cuanto llegara a casa—. Empieza a bajar desde el piso superior, así que escondo su paquete tras el canapé de la salita. Cuando llega abajo, aún estoy sacando los juguetes de la bolsa.

—Es muy tarde —susurra—. ¿Acabas de llegar? —Ha bajado descalza, con un abrigo echado por encima del camisón—. ¿Te encuentras bien?

—Ha sido un puto asco de noche, ya que me lo preguntas... Veo que has tenido invitados.

—Dos —dice, satisfecha—. Pero no los conoces.

—¿Quiénes?

—Baja esos humos. Tú no conoces a toda la gente con la que me relaciono. —Cuando se pone así, parece una niña pequeña. Sus ojos chispean de ilusión al pensar en su secreto—. Eran la hermana de Eric y su marido.

—No sabía que hubiera una hermana.

—¡Ya empezamos! Sabía que te lo tomarías así. Pues mira, sí la hay. Emma... Compton. Y ellos sí han oído hablar de ti. —Se frota las manos, como si aún estuviera emocionada por la visita—. Que juegas al rugby y todo eso. Tenían curiosidad por saber cómo eres. Su marido quiere ir a verte jugar algún día. Y mira... —Empieza a soltar risitas infantiles y coge una carta que hay sobre la repisa de la chimenea—. Mira esto y dime qué opinas.

Es una fotografía; está un poco amarilleada, y muestra a tres chicas con los brazos entrelazados, riéndose como si la cámara fuese la cosa más graciosa que hubiesen visto en su vida. Llevan monos de faena —la clase de monos que se estilaban en la época de la guerra— y van tocadas con grandes pañuelos que les cubren todo el cabello.

—¡Pero si eres *tú!* —No puedo contener mi propia sorpresa. Es *ella*. Es la del medio, y está ligeramente inclinada hacia atrás, con el sol dándole en la cara y en la boca. Sus sentimientos corren desatados, la desbordan por completo. Es la cara de una cría: espontánea, intacta.

—Y la de la derecha es Emma... Pero esto fue antes de conocer a Eric. De hecho, fue ella quien nos presentó.

—¿Qué estabais haciendo? ¿Dónde está ese...?

—Es de la guerra. Trabajábamos en el cuartel de artilleros de Moyston. Fabricábamos bombas. ¡Tendrías que habernos visto! —Aún tiene la cara iluminada, como si fuera una niña—. Solíamos levantarnos a las seis para tomar un tren especial en la ciudad. Hacía muchísimas paradas para recoger a gente antes de llegar a Moyston. ¡Todas mujeres! ¡Y qué bien nos lo pasábamos! Aquí al fondo están algunos de los edificios..., aunque se ven mal; al fin y al cabo, están camuflados. Una vez nos bombardearon durante el día. Con la visita de Emma, todo aquello me ha venido a la memoria...

—Por aquel entonces no estabas casada.

Sus ojos dejan de moverse y se llenan de sombras.

—Tenía amigos... Nos lo pasábamos bien juntos.

—¿Cuándo te casaste?

Ella rehúye mi mirada. Ya lleva un buen rato recorriendo la habitación con ojos tímidos, y sus pupilas lanzan destellos brillantes al tiempo que se zambulle en sus recuerdos. De pronto, su mirada se empaña y se gira hacia mí.

—Después de la guerra.

—Un poco tarde, ¿no?

—Tenía que cuidar de mi padre. Eso me retuvo bastante tiempo en casa. Supongo que esa es una de las razones por las que me gustaba tanto ir a trabajar a Moyston.

—¿Entonces te casaste después de la muerte de tu padre?

Sacude la cabeza para desmentirlo, dubitativa.

—No, al final lo abandoné. No podía soportarlo... Me estaba haciendo vieja. Al parecer, él pensaba que yo tenía que quedarme allí hasta..., bueno, no sé hasta cuándo. Así que tuvimos una pelea enorme y yo me marché de casa para casarme con Eric. No lo he visto desde entonces, y no creo que vuelva a verlo nunca. La última vez que supe de él, me dijeron que se lo habían llevado a una casa de beneficencia o algo parecido... ¡Dios mío! —Su expresión de niña pequeña se esfuma y se me queda mirando con una mezcla de asombro y terror—. ¡No tienes dientes de delante!

—No es tan grave como parece —le contesto yo. Dejo la foto en la repisa y me acerco al lavabo para verme en el espejo—. Hasta ahora no me había atrevido a mirarme... No estoy muy guapo, ¿verdad? He envejecido diez años de golpe. ¿No crees?

—La verdad es que me extrañaba que hablaras tan raro..., con esa especie de ceceo. Pensaba que estabas bebido. —Veo que la recorre un escalofrío; parece preocupada.

—¿Para qué son el cuenco de leche y el pastel que hay en el hogar?

—Para Papá Noel. Y la leche para su reno. No te rías. Según Lynda, él nos estará muy agradecido cuando lo encuentre todo preparado en una noche tan fría. Piensa que así le dejará más regalos, por ser amable.

—En fin, no he traído el reno esta noche, pero le agradezco el detalle.

Bebo un poco de leche, pero me sabe fatal después de la cerveza, y además está ardiendo. El pastel, por otro lado, ha recibido la visita de los ratones. Ella me observa mientras lo vuelvo a dejar en la repisa de la chimenea, y me dice:

—¿Ha sido en una pelea?

—No, me los han roto en el partido, y me han llevado a un dentista para que me sacara los trozos que se han quedado dentro. Seis trozos. Cinco guineas. Qué mal he elegido mi curro, cojones.

Ella se pasa un minuto entero examinándome la cara. Está seria.

—Tú antes eras guapo, te han destrozado.

—Ya me lo han dicho.

—¿Una chica?

—¿Acaso hay alguien que se preocupe por mí aparte de las chicas?

Ella guarda silencio mientras trata de reconstruir mi velada.

—Entonces, al final has ido a casa de Weaver, ¿cierto?

—Sí.

—Tienes pinta de estar enfermo. No deberías haber salido esta noche. Después de las noticias, he oído en la radio que has tenido que salir del campo, pero que has vuelto a entrar al cabo de unos minutos. No me imaginaba que fuese tan serio... Si te entra frío por las encías, te vas a enterar.

—Todo eso ya me lo han dicho.

—¿Otra chica?... Pues entonces no parece que la cosa les espante demasiado...

—No me quejo... ¿Qué hago con estos juguetes?

—Dámelos, los meteré en los calcetines.

—También tengo aquí tu regalo. ¿Lo quieres ahora?

Ella echa una ojeada rápida por toda la habitación.

—¿Dónde está?... No, prefiero que sea una sorpresa.

Al final, apago la luz y subimos juntos al piso de arriba.

—Joder, nunca me lo habría imaginado. Que antes te dedicaras a fabricar bombas. —Ella se echa a reír, y, al llegar al descansillo, le digo—: ¿Por qué no te vienes a la cama conmigo? Esta noche va a hacer frío, y necesito que alguien me cuide. Todos el mundo lo sabe, las mamás siempre se van a la cama con Papá Noel.

Ella agarra el pomo de su puerta durante un segundo, pero finalmente se limita a rascar la pintura.

—De acuerdo —dice—. Pero solo por Navidad, tenlo claro.

SEGUNDA PARTE

1

Me llevé el almuerzo al área de almacenaje que da al río, y me senté en el dique de cemento. La silueta achatada de una gabarra se arrastraba por las oscuras aguas marrones, arrojando una espuma como de cerveza muerta. Las ondas rugían al estrellarse contra los guijarros. El gabarrero ató el asa más larga del timón a un nudo de cuerda y lanzó un cubo sobre la estela de la embarcación. Dejó que la corriente lo arrastrara un rato antes de izarlo a bordo y vaciarlo sobre el angosto pasadizo que había junto a la bodega. Luego volvió al timón y tensó la cuerda un poco más al tiempo que la gabarra empezaba a balancearse.

Había adquirido este hábito, el de almorzar en el área de almacenaje de las mercancías, con la entrada del nuevo año. Normalmente salían unas cuantas personas más de los talleres y de los laboratorios, y se sentaban entre el acero y el arrabio, o jugaban al fútbol en un espacio abierto que quedaba cerca de las oficinas del depósito. En cuanto a los más ancianos, al menos aquellos que no llevaban mucho tiempo en la empresa, acostumbraban a sacar su tentempié de la fiambra y a comérselo mientras observaban deslizarse la cloaca marrón del río, como si fuera lo único de aquel paisaje que les resultaba familiar. Pero hoy hacía un día frío y ventoso: la espuma salía volando por encima de la esclusa de enfrente y el olor de la fábrica flotaba a ras del suelo. Hasta donde alcanzaba mi vista, yo era la única persona que se encontraba allí fuera.

Me sorprendió ver a Weaver abriéndose paso como podía por las hileras de viguetas de metal. Me alcanzó antes de que le diera tiempo a reconocermelo.

—Hola..., ¡Arthur! —dijo, de forma un poco automática.

Era la primera vez que lo veía desde Nochebuena. Me alivió oír que todavía me llamaba Arthur.

—¿Siempre sales aquí a comer? —me preguntó, sorprendido por tener que iniciar una conversación.

—No, vengo desde hace poco. Pero solo a veces, cuando me cuadra.

—¿La cantina de la fábrica no es lo bastante buena para ti? —De pronto se atrevió a sonreír; sus ojos azules brillaban con fuerza.

—Estoy intentando ahorrar —repuse, mordaz—. Uno nunca sabe lo que se avecina.

De pronto, su media sonrisa se desvaneció. Ahuecó la mano y se puso a quitar el polvo del cemento con gran decisión; después, se subió los bajos de los pantalones a la altura de la rodilla para que no le apretaran, y me hizo una señal para que me sentara con él. Era como si, de alguna manera, volviese a ser el Weaver atento y preocupado que había conocido.

—Llevo bastante tiempo queriendo tener una charla contigo, Arthur —me dijo, mientras bajaba la mirada para comprobar si su traje rozaba mi mono de trabajo—. Después de aquella

escena tan horrible... con Slomer. En Navidad. Supongo que todos nos sentimos algo violentos. A decir verdad, las fiestas y las relaciones sociales no son lo suyo. Pero, dejando todo eso a un lado..., quiero que sepas que voy a hacer lo que haga falta para que este asunto tan desafortunado quede en el olvido, si te sirve de consuelo.

—A mí me gustaría olvidarlo, desde luego.

Él volvió a sonreír, aunque mantuvo el gesto serio.

—Te tomo la palabra... para cuando superemos cualquier resquemor que pueda quedar entre nosotros, ¿vale?

Esperó sin hacer ningún movimiento brusco a que yo asintiera, y luego alargó el brazo por encima de su traje. Nos dimos un apretón de manos de lo más vigoroso, sobre todo teniendo en cuenta que estábamos sentados.

—¿Cómo van tus dientes? —preguntó—. Riley me enseñó la factura. Ha sido bastante caro. Espero que se te acoplen bien.

Yo sonreí para mostrárselos, y él los examinó con ojo crítico.

—Pues sí, han quedado bastante bien.

—La gente dice que parezco más joven —comenté.

—¿Ah, sí?

—¿Qué opina usted?

—Bueno... Yo nunca he pensado que parezcas mayor, en realidad. Por eso, cualquier efecto rejuvenecedor seguramente se me escapa. Pero lo que sí te puedo decir es que no parecen falsos.

Describió un círculo en el polvo de metal con la puntera del zapato. Luego lo tachó con una línea que lo atravesaba de lado a lado.

—Hay otro asunto... —dijo— que me obliga a volver a esa desagradable ocasión. Tal vez no te hayas enterado, pero alguien se llevó unas joyas del dormitorio de mi mujer esa noche, por valor de casi cuatrocientas libras. La policía lo está investigando.

—Vaya, no me había enterado.

—Lo saco a relucir por si acaso ellos... por pura rutina... te hacen algunas preguntas... Para que no te molestes. ¿No habías oído nada?

—No, ni una palabra... ¿En qué momento de la velada se las llevaron?

—No estoy seguro... En realidad, no nos dimos cuenta de que habían desaparecido hasta la mañana siguiente, la mañana de Navidad, cuando la señora Weaver estaba preparándose para ir a la iglesia.

—Lo siento mucho —le dije, con un tono nada convincente.

Me percaté de que mi actitud para con Weaver estaba empezando a corresponderse con lo que ahora pensaba de Johnson: lo consideraba una ramificación marchita del tronco de mi ambición. Despreciaba a Weaver por ser tan simple, por tener tanto dinero, tantas joyas, esa casa por la que pasaba tanta gente. A su juicio, no tenía más enemigos que aquellos que no toleraban su amabilidad. Su lema era: «Quiero ayudar a todo el mundo». Lo cual hacía que, ya de entrada, todo el mundo sospechase de él: parecía demasiado bueno para ser verdad.

—¿Sabes qué es lo que más me fastidia? —me decía—. No el hecho de que me hayan robado, sino que el ladrón fuera alguien que vino a la fiesta. ¿Te acuerdas de lo que dijo Slomer sobre mi falta de confianza para con el prójimo y todo eso?... ¿Cuánta confianza se supone que tengo que mostrar? Ya no se contentan con quitarte la mitad de la pizarra del tejado de la casa, ni con

romperte las cosas en general, sino que van y se llevan tus objetos de valor. Así que dime, Arthur, ¿cómo se supone que hay que tratar a esa gente? Si los tratas como a perros, igual que ellos te tratan a ti, alguien del calibre de Slomer se queja de que no eres humano y, si los tratas como a personas, te atropellan sin dudar.

—El de las tejas fui yo —dije entonces—. Me gustaría pagar la reparación. Soy consciente de que debería habérselo dicho antes.

—Bueno, me alegro de que me lo hayas *dicho*, Arthur, porque yo ya lo sabía. A la policía se le ocurrió que el ladrón podría haber forzado la entrada por ese lado, aunque solo Dios sabe por qué alguien querría entrar por la fuerza justo esa noche. Fue nuestro amigo George quien me explicó lo que había pasado..., que te habías quedado encerrado en la habitación, según él.

Lo escuché con atención mientras me explicaba por qué iba a dejar correr aquella condenada idiotez, y por qué él pensaba que debíamos olvidarnos de todo el asunto, de principio a fin. Pero a mí no me gustó su tono; y, cuando insistí en pagarle las tejas, no se opuso al arreglo. También me contó que George Wade había regresado a las dos de la mañana para buscar a su perro.

—¿Y lo encontró?

—No. De hecho, no apareció hasta que, a la mañana siguiente, Johnson vino a arreglar el jardín..., que por otro lado parecía un campo de batalla abandonado. Si el perro hubiese acabado muerto, esa habría sido la gota que colmara el vaso. Pero finalmente Johnson lo encontró, aunque el pobre estaba para el arrastre. Y ya sabes lo unido que está a su perro nuestro querido George. De todos modos..., me pareció algo raro que Maurice lo dejase escapar así. Fíate. Maurice es pura acción. Ese chico no ha tenido ni una sola idea dentro la cabeza en toda su vida.

Otra gabarra carbonera nos pasó por delante, surcando el agua de camino a la planta eléctrica. El traqueteo del motor era ahora el único sonido que se oía en todo el río. La embarcación desplazaba el agua como si no fuera más que una lámina de goma, y esta se ondulaba sin parar, formando unos pliegues gruesos antes de desintegrarse. Dos gaviotas blancas revoloteaban por encima de la espuma marrón.

—¿No conocías a Slomer en persona? —me preguntó sugerente, con un tono desenfadado.

—No.

—Parecía..., bueno... —Se pasó los dedos por la barbilla, de manera similar a como lo haría una mujer algo masculina—. Me dio la impresión de que os tratabais con bastante familiaridad, por la manera en la que él te hablaba. Por eso me preguntaba si ya os habrían presentado en alguna otra ocasión.

Tenía los ojos fijos en la otra orilla del río, donde se apilaban una serie de fardos de lana de diferentes colores, amarillos, rojos, azules, todos amontonados, desbordándose de unos grandes carros de madera.

—¿Qué opinión te merece Slomer, Arthur? —Me sonrió de nuevo, aunque su expresión seguía siendo igual de seria.

—Me pareció bastante listo... Pero no estoy seguro.

—¿No te cae bien?

—No creo que él quiera caerle bien a la gente. Quizá sea así porque en algún momento le han hecho daño.

—Si es como dices, no hay duda de que el asunto lo entretiene. —Se frotó el labio superior con un índice cuidadísimo—. Me resultó curioso —dijo— que le cayeras simpático al instante.

—Pues a mí me pareció que venía enfadado y que decidió tomarla conmigo. Me sentí como un maniquí de goma, como si alguien me hubiera puesto delante de él para que me moliera a palos hasta quedarse a gusto.

—¿En serio, Arthur? —dijo él, aliviado, casi sonriente.

—Pero usted no lo ve así, ¿cierto?

—A ver, mirémoslo de otro modo, Arthur. Ha habido veces en que, lo admito, he intentado meterte algún palo entre las ruedas... normalmente por tu bien, a mi juicio... más o menos desde noviembre. Tal vez creas que lo hacía por algún tipo de resentimiento personal... Y, bueno, es muy posible que algo por el estilo me nublara el entendimiento. Pero, cada vez que proponía sustituirte por McEwan, todos los demás votaban en contra. Digamos que me convencieron de que tenía que cambiar de actitud. Además, tú estabas pasando por una mala racha en esos momentos. ¿Y sabes quién se esforzó más para convencerme? Pues Slomer. No él en persona, compréndeme. Pero, en cualquier caso, la insistencia *procedía* de él, de aquellos que, como todos sabemos, defienden sus ideas dentro de la junta. Así que, si estuvieras en mi situación, ¿qué conclusiones sacarías?

—Entiendo lo que quiere decir —contesté, reparando en el ligero temblor que sacudía sus manos—. Pero aun así creo que, en todos estos partidos, me he ganado mi puesto en el equipo.

—Ah, no, no estoy diciendo que no lo hayas hecho. —Levantó la mano en el aire con los dedos muy separados, como si fueran un abanico de cartas—. No estoy diciendo que no te lo hayas ganado, para nada. No te estoy culpando, Arthur. No me malinterpretes. Solo pretendo llamarte la atención sobre lo que significan estas señales.

Pensé en Ed Philips de inmediato, en las señales que *él* podría haber repartido por su periódico. Pero no puedo recordar nada en concreto.

—Lo que me está queriendo decir —tercié— es que usted creía tener ciertos derechos de propiedad sobre mí, en relación con la junta, y que no le hizo ninguna gracia que se los quitaran.

No respondió. Quizá no esperaba que fuese tan directo, y eso lo hizo recular.

—¿O solo trata de decirme que ha estado jugando conmigo?

—Tú *ya sabes* que han jugado contigo —respondió, con acritud—. Me caías bien, Arthur, hubo una época en que me caías bien. Por aquel entonces solo tenías mi respaldo, y el de nadie más. Fue así desde el principio.

—Y ahora usted cree que me estoy distanciando.

Estaba enfadado con él; me enfadaba que me dejara hablarle de esa manera, que se esforzara tanto en sincerarse, que me ofreciera una reconciliación para quedar como amigos, y que, ahora que creía que Slomer me estaba llevando a su terreno, me recordara cuánto le debía y con qué entusiasmo me había ayudado. Como todos los hombres afeminados, ponía demasiado énfasis en todo lo que decía. Ahora mismo, tanto Weaver como Slomer me parecían personajes esquemáticos y desgastados: Weaver, quizá a causa de su bondad natural, se dejaba manipular por otras personas; y Slomer luchaba por mantener intacta su religión, su organización. Ambos parecían estar a punto de caerse de la rama como fruta madura, y, cuando eso sucediera, la junta tomaría las riendas de todo.

—Creo que no aprecias en su justa medida la ayuda que has recibido, Arthur —me dijo—. Creo que ese es el quid de la cuestión.

—Yo creo que la merecía, y usted no lo ve así. Si hay un quid en todo este asunto, me parece que es ese. ¿Soy un buen jugador de rugby o no?

—No voy a seguir hablando contigo —me respondió, como si fuera una niña mayor—. Simplemente no te esfuerces tanto, pues es posible que no puedas llegar mucho más lejos: no tengo nada más que decir.

Se marchó antes de que se me ocurriera ninguna contestación. Andaba a pasitos cortos, como los sarasas. Y tenía un trasero muy pequeño.

Yo me quedé allí y charlé un rato con el administrativo del depósito sobre sus palomas, hasta que por fin el timbre nos mandó de vuelta al trabajo.

Sin embargo, Weaver no fue el único que cambió de actitud en aquella época. La señora Hammond también sufrió un viraje similar, muy repentino. Era domingo por la tarde, y habíamos salido a dar un paseo con el coche cuando de repente me soltó:

—¿Alguna vez has pensado en comprar una tele?

Yo debí de poner cara de asombro, pues ella añadió:

—No tienes nada en contra de las teles, ¿verdad?

—No, es solo que tu pregunta me ha pillado por sorpresa —le dije.

—Ya me imaginaba que dirías eso. —Sonrió para sí—. Pero, si podemos permitirnoslo, ¿por qué no íbamos a comprarnos una?

—Creo que te olvidas de una cosa... Ahora mismo estás sentada sobre diez televisores y vas vestida con otros dos.

—No seas maleducado. Supongo que te refieres al coche y al abrigo de pieles... Pero yo no quería darte la impresión de que soy una aprovechada ni nada de eso.

El abrigo de pieles se lo había comprado por Navidad; lo conseguí a precio de fábrica a través de un peletero que era fan mío, aunque tampoco es que fuésemos íntimos. Me había costado bastante tiempo y muchos esfuerzos convencerlo de que relacionarse conmigo le reportaría más beneficios que limitarse a sacar un buen margen de esa venta. La reacción de la señora Hammond cuando lo vio la mañana de Navidad se dividió en varias etapas: al principio, sorpresa; luego, la avidez natural en estos casos; más tarde, un rechazo austero, mortificado; pero al final acabó aceptándolo, aunque fuera con ciertos reparos. No cabía duda de que estaba muy orgullosa del abrigo, y de que lo trataba como si fuera un ser vivo.

De pronto me dijo:

—Soy una mantenida, Arthur. No puedes esperar que actúe de otra forma.

—Joder —contesté—. Pero sí, entiendo lo que quieres decir.

—Entonces no debería sorprenderte que sea tan directa.

—Supongo que tienes razón... Aunque no veo que sirva de ayuda.

—Te refieres a que no te sirve de ayuda a ti. Pero lo que *tú* no ves es que, si tienes tratos con la basura, debes estar dispuesto a mancharte. La gente tiene ojos en la cara, ¿sabes?

No entendía por qué me salía con todo aquello ahora, y la manera más rápida que encontré para frenarla fue darle una bofetada. Le crucé la cara con fuerza, pero quise disculparme nada más ver la marca.

Continuamos la marcha sumidos en esa clase de silencio que sobreviene en estos casos. Los niños se habían quedado tiesos, rígidos, pero no tardaron en echarse a llorar: primero Ian, y luego Lynda.

—¿Sientes que eres basura? —le pregunté.

—¿Tú qué crees?

Alcanzamos la cima de una colina y seguimos la ruta hacia abajo, atravesando un bosque sin hojas. De pronto me di cuenta de que por la noche había caído un poco de nieve, y de que la escarcha había resistido durante todo el día. Ahora, sin embargo, un sol vacilante la iba dispersando a trozos: por debajo del hielo asomaban ya el marrón de la tierra y el color oscuro de la hierba.

—Yo no me siento sucio —le dije—. Me pregunto cuál será la diferencia.

—La diferencia —dijo ella al cabo de un rato— es que yo aún estoy acostumbrada a ser honrada. Es algo de lo que todavía no he sido capaz de desprenderme.

—Pero lo que yo digo es que no me *siento* sucio. Tú hablas de lo que se ve..., de lo que los demás piensan al vernos.

—Simplemente me gustaría sentirme limpia, no es más que eso —dijo, antes de añadir con una curiosa reticencia—: No pretendo provocarte, Arthur. Tú tienes tus propios sentimientos. Pero a mí me gustaría ser decente.

—¿Crees que yo debería sentirme como tú? ¿Eso es lo que quieres decir?

—No hace falta que te diga la imagen que damos por la calle. Un coche..., mi abrigo de pieles... Viviendo en la misma casa que tú. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es normal que me sienta así.

—Pues yo no pienso perder el tiempo pensando en el qué dirán —le respondí—. Y tú no tienes por qué darte por aludida. ¿Para qué molestarse?

—En el fondo sabes que eso no es verdad. Te preocupa mucho lo que piensen tus fans, lo que la gente diga de ti, si creen que eres bueno o no. Mira cómo te pones cuando has tenido un mal partido. Rompes cosas. Te pones a destrozar la casa como un demente. Y solo porque igual se te ha escapado el balón, o lo que sea, en el peor momento. Además, no paras de mirarte el cuerpo en el espejo. Siempre te pones a boxear tú solo delante de ese espejo, admirándote. No me digas que... —Se había quedado sin aliento y parecía dolida; la marca roja que le recorría la sien y la mejilla se había encendido hasta alcanzar un tono más intenso, casi agresivo, que hacía que su cara pareciera tremendamente pálida en comparación—. No eres justo conmigo, Arthur. Me dices lo primero que se te pasa por la cabeza... para que me sienta en deuda contigo... —Tenía los ojos anegados en lágrimas, pero seguía conteniéndolas. Sus ojos despedían un intenso brillo.

—Esa gente que viene a verme... a mí no me importa. Te lo digo de verdad. Estás equivocada. Son unos cerdos y apenas les presto atención. Por mí, pueden irse a tomar por saco...

—Y dale con eso. Típico de ti. Solo sabes fanfarronear. Si alguien, sea quien sea, se cruza en tu camino, tú lo derribas de un porrazo y listo. Y, si alguien deja de serte útil, lo abandonas en un rincón. Solo *utilizas* a la gente. Me utilizas a mí. No me tratas como... yo merezco que me traten. Y no tienes ni idea de cómo te comportas con los demás. Mira a Johnson, mira cómo lo tratas ahora. Antes te pasabas el día entero pegado a él.

—Qué gracia que saques ese tema. Porque precisamente fuiste tú quien estropeó lo que sea que hubiera entre Johnson y yo.

—¿Que yo lo estropeé? Yo no lo estropeé. No puedes echarme la culpa de esas cosas. Yo no tengo nada que ver. Lo único que te dije fue que no me gustaba que lo trajeses a casa. Ese hombre no me caía bien. Pero tú sabrás cómo os conocisteis, porque yo no tuve nada que ver con eso.

—Di lo que quieras, pero lo pusiste en mi contra.

—Yo no hice nada —dijo ella, sin perder la calma, pero por fin permitió que el agua se desbordara de sus ojos. Tomó a Ian y se lo puso sobre la rodilla—. Dentro de poco me acabarás echando la culpa de que no juegas bien al rugby.

Salimos a toda prisa del bosque y aceleramos al tiempo que bordeábamos un pantano. La superficie estaba cubierta por una fina capa de hielo, y, en una colina situada en la otra orilla, un enjambre de niños intentaba deslizarse por la nieve antes de que se derritiera del todo.

—¿Por qué eres así? —le pregunté—. Desde el principio he intentado demostrarte que significas mucho para mí. No me da la impresión de que aprecies en lo más mínimo todo lo que he hecho por ti, joder.

—No tengo por qué explicarte nada. Tengo hijos.

—Si vas a seguir pensando así, ¿cómo puedes esperar que Lyn e Ian piensen otra cosa cuando sean mayores? ¿No te importa lo que ellos piensen de nosotros?

—Por supuesto que sí —respondió; de pronto, su voz carecía de tono alguno—. Pero doy por hecho que no tardarás en abandonarme.

Yo tenía la sensación de que ella hacía todo lo posible por ofenderme, aunque luchase consigo misma en el proceso. Su cara parecía decirme que no era su intención, pero, a pesar de todo, algo en su interior la empujaba a soltarme esas pullas casi a diario, casi cada vez que entablábamos una conversación. Y ahí estaba yo, dándole pruebas de una dependencia cada vez mayor, pero ella no cambiaba de actitud. Era como si una parte de su ser quisiera que confiara en ella, mientras que la otra se horrorizaba ante esa responsabilidad. Le daba pánico comprometerse, de modo que me apartaba todo el rato, hiriéndonos tanto a ella como a mí: y eso encendía entre nosotros un fuego y un dolor que ninguno de los dos sabía manejar.

De pronto, el coche se estremeció; se oyó un repiqueteo, pero el sonido se apagó en la lejanía según atravesábamos un puente en arco situado en el nacimiento del pantano. El motor del coche seguía funcionando, así que no paré, aunque reduje un poco la marcha al cruzar el pueblo. Cuando ascendimos por el flanco opuesto del valle, los chiquillos de los trineos volvieron a aparecer ante nuestros ojos; al verlos, Lynda e Ian por fin dejaron de llorar. Rodeamos la falda de la colina, que no era más que un montón de desechos mineros, y entonces vimos que detrás de ella se alzaba la estructura ya desmoronada de una mina de carbón.

—Nunca me habías dicho eso —dije—. Lo de que te voy a dejar.

—Siempre hay una primera vez.

Recordé lo que Weaver dijo la noche en la que me llevó a casa en su coche, después del fichaje. «Es asombroso cómo algunas personas se te siguen apareciendo de cuando en cuando, incluso después de muertas.» Independientemente de quién fuera o quién hubiese sido, Eric no se interponía entre nosotros, sino que estaba siempre ahí, plantado detrás de *ella*.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —le pregunté—. ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? Estás convirtiendo lo nuestro en algo indigno, le estás quitando todo su valor. Cuando podría ser perfectamente lo contrario, si tan solo te dejaras llevar.

—Yo no he dicho que no tenga valor —contestó ella, torpe, como si le costara pensar—. Todo tiene un valor. Pero lo barato se ve desde lejos. Es fácil reconocer lo que tiene poco valor.

—Nunca me lo había planteado de esa manera.

No dijimos nada más durante un rato.

Al final, yo le dije:

—Parece que quieras arrojarme a los brazos de otras mujeres.

Ella se rio.

—Como si necesitara hacerlo. Por lo que he oído, vas bien servido de chicas..., tú y ese amigo tuyo, Maurice.

—¿Piensas que voy por ahí acostándome con otras?

—¿Que si lo *pienso*? No, no lo *pienso*... No creerás que soy tan simple, ¿verdad?

—Si tan convencida estás, ¿por qué sigues conmigo?

—Nunca has oído ni una sola queja por mi parte.

—¿No te importa que me tire a otras?

—Puede que me importe. —Sus ojos ya estaban secos, pero dos estelas de gotitas le recorrían la mejilla, que aún seguía enrojecida por la huella de mi mano—. Pero no soy de las que se quejan.

—Porque no tienes nada de lo que quejarte. Evito a todas las mujeres.

Ella emitió una risa curiosa. Breve y entrecortada.

—Pues yo me apuesto lo que sea a que ese tal Maurice no opina lo mismo.

—«Ese tal Maurice». ¿Por qué siempre me sales con «ese tal Maurice» o «ese tal Johnson»? Mi madre hace lo mismo: «Esa tal señora Hammond...».

—Es como si la estuviera oyendo decirlo. Me lo imagino a la perfección. Apuesto a que tu madre era igual que yo de joven.

—No pienso discutir. Estás tan equivocada, tan ciega, que no tiene ningún sentido que te lleve la contraria.

—Pues no lo hagas. Porque yo tampoco quiero discutir. No digas nada más.

Bajé la ventanilla para dejar que un chorro de aire entrara en el coche.

—Si parara el coche ahora mismo —le dije— y tú te quitaras el abrigo de pieles, y si todos nos apeáramos y volviéramos a casa a pie, ¿te sentirías más limpia?

—No. Simplemente me sentiría idiota. ¿Acaso eso cambiaría la situación? Típico de ti: haces gestos enormes, muy aparatosos. Ya te lo he dicho antes, Arthur: a pesar de lo que dices, solo te importan las apariencias. Siempre quieres causar una gran impresión, porque piensas que todo el mundo se lo va a tragar.

—Pero no te gusta la idea. No quieres caminar tantas millas hasta casa.

—Evidentemente, no. Nosotros quizá nos las apañaríamos, pero los niños se helarían de frío.

—Podría envolverlos en mantas. Además, cada vez hace más calor.

—¿Y llevarlos en brazos? Que te pongas en plan mártir no va a cambiar nada. Ya te lo he dicho. A eso me refiero cuando digo que no tardarás en abandonarme. De pronto te darás cuenta de que esa es la única manera de sentirte limpio.

—¿Que no me siento sucio!

—Pues nada, tendremos otra semana más, entonces. No quiero discutir por esto. Todo llegará, más pronto que tarde.

Entonces se puso a señalarles a los niños los sitios por los que íbamos pasando, y gracias a ello pareció calmarse un poco. No hablamos más hasta que llegamos a la cresta del castillo de Causby, desde donde se divisaba toda la ciudad.

—Me parece que no entiendes por qué he hecho todo esto por ti —le dije, y de pronto me sentí

como Weaver cuando me lanzaba una de sus quejas de niña mayor.

—Claro que lo entiendo. Es porque así te sientes bien, porque así te sientes grande: ya sabes lo mucho que te gusta sentirte grande.

—¿Y ese es el motivo?

—No lo sé... Pero debes de pensar: miradme, estoy manteniendo a una viuda, a una viuda con dos mocosos. ¿Soy o no soy un héroe? Si estoy haciendo esto, por fuerza tengo que ser buena persona. Al fin y al cabo, los tres dependen de mí. Y yo no *tendría por qué* hacerlo.

—¿Eso es lo que siento por ti?

—Sé lo que sientes por mí. No es la primera vez que comparto techo con un hombre.

—En ese caso, te alegrarás cuando te compre una tele.

—No voy a refunfuñar, te lo aseguro. La gente espera que vivamos a lo grande. —Entonces reparó en mi gesto y añadió—: Mira, yo ya he superado la etapa en la que una se alegra mucho por todo... Y, es más..., también he superado la etapa en la que una se autocompadece por eso. Pero debo reconocerte algo: me has ayudado. Probablemente nos has ayudado tanto a mí como a los niños. Creo que, si no hubieses aparecido en mi vida, habría seguido vestida de luto mucho, muchísimo más tiempo.

—Yo creía que estabas empezando a ser feliz.

—¡Feliz! Podría decirte algo sobre eso, pero mejor me callo.

—Adelante. No me importa. Quiero oír todo lo que tengas que decir.

—Te lo diré a su debido tiempo. Es como una infección incurable, no se puede luchar contra ella. Esto solo ha sido una especie de adelanto.

—Bueno, pues entonces te compraré la tele... Y ya la venderás cuando me vaya.

—Sí —me respondió ella, seria, como si hubiese muchas cosas que yo no supiera, e incluso más todavía que ella no podía decirme.

En marzo, a todo esto se le sumó un ligero cambio de hábitos por su parte: empezó a abandonarse un poco. Una noche llegué a casa de trabajar y me la encontré fumando junto a la mesita del té. Se rio al verme tan sorprendido, y me ofreció el cigarro para que le diera una calada.

—Vaya, precisamente esto es algo que no me gusta —dije—; que las mujeres fumen.

—¿Qué problema tienes con que las mujeres fumemos? —respondió ella mientras daba chupadas inexpertas y se reía encantada; el humo se le iba escapando lentamente de la boca.

—Me resulta obsceno.

—Ah, obsceno. Ya veo. Cuánto postín tenemos de pronto... y, por supuesto, tú eres la persona más indicada para hablar de estas cosas, ¿verdad?

—Sí, quizá lo sea.

—En cualquier caso, chavalote, yo solo fumo en privado. Hoy necesitaba relajarme.

Una semana más tarde, empezó a fumar en el patio de atrás, y yo me di cuenta de que ya había llamado la atención de un par de personas. Al día siguiente, un sábado por la mañana, me la encontré en el centro. Yo iba con Maurice. Ella llevaba a Lynda y a Ian prácticamente a rastras, iba cargada con un canasto y una bolsa de lona, y tenía un cigarrillo torcido en la comisura de la boca.

—Tienes un aspecto horrendo, joder —le dije—. Aunque tú te sientas como una fulana, la

gente no debería notarlo.

Ella me miró con fijeza durante un minuto, sin prestar ninguna atención a Maurice; sus ojos, tan profundamente hundidos debajo de las cejas, parecían querer decirme que la había traicionado. Entonces, se inclinó un poco y tomó de la mano a los niños antes de marcharse calle abajo, arrastrando los pies.

—Así que esa es tu querida señora Hammond —me dijo Maurice.

—¿Es la primera vez que la ves?

—Sí —dijo él, casi suspirando, e inclinó la cabeza hacia mí—. ¿Por qué le has dicho eso, Art?

—No me gusta verla fumar.

—Pero ¿a ti qué te pasa, chaval? Antes no eras así. De entre todas las zorras que conocemos, no hay ni una que no fume.

—Justamente a eso me refiero. Ella es la única que no fuma. Y quiero que siga siendo así.

—Pero ella no es un perro al que hayas adiestrado o que te hayas comprado, tío —me respondió—. No deberías decirle esas cosas. Le hablas como si fueras su dueño.

—De momento lo soy. Y a ella no le hace mucha gracia.

Sus dientes, pequeños y descarados, sobresalieron un poco cuando se sonrió. Pensaba que yo estaba de guasa. Reemprendimos la marcha y nos fuimos al Booth.

El portero de la British Legion, situado más allá de los mostradores llenos de confitería, nos vio llegar enseguida y le faltó tiempo para abrirnos la puerta de la sala de fumadores.

—El señor Middleton ha dicho que quería verlos, señor Braithewaite, señor Machin.

—¿Qué pasa? —respondió Maurice—. ¿Quiere un coche nuevo?

El portero esbozó una media sonrisa y me miró como disculpándose por encima de la cabeza de Maurice.

Dentro se reunía la flor y nata de la ciudad: el gerente y el contable de la Junta del Carbón de la zona, los candidatos conservadores a la presidencia de antes y después de la guerra, el maestro de ebanistería del instituto, el secretario del Ayuntamiento. Cada uno contaba con su propio grupo de aliados e informadores. En el extremo más alejado de la estancia, había unos pocos héroes del rugby, grandes y gordos, ya viejos y olvidados, además de un sospechoso boxeador amateur y un selecto manojito de hinchas que aspiraban a convertirse en asesores. Y, por supuesto, el alcalde: Ralph Middleton.

El grupo de Weaver se había hecho con las mesas situadas junto al enorme fuego de carbón. En cuanto entramos, le hizo un gesto a Maurice. Él se le acercó, y entonces vi que el alcalde se sentaba en la única mesa vacía que quedaba en la sala. Empezó a hacerme señas con la mano para que me uniese a él; debía de tener la mesa reservada.

—¿Os ha avisado el portero?

—¿De que quería usted vernos a Maurice y a mí?

—Ya veo que sí.

Se nos acercó un camarero y Middleton pidió un café.

—¿Crees que va a tardar mucho? —me preguntó.

—No sabría decirle. Ya sabe que usted quiere verlo.

—En fin, espero que no nos haga esperar demasiado. Lo que debo decirles es de gran importancia. Incluso para alguien tan importante como Maurice Braithewaite. —Mostraba una

actitud fría y airada, y mantuvo los ojos fijos en mí todo el tiempo, como si no quisiera mirar a Maurice, o bien como si yo tuviera algo suyo en mi poder.

Paseé la vista por las paredes forradas de roble y por el techo de madera, tratando de esquivar esa rara expresión que Middle-ton tenía esculpida en la cara. El fuego resplandecía en la chimenea y se reflejaba, a través del aire tiznado de humo, en los blasones y en las piezas de armadura que decoraban la habitación. El suave murmullo de las conversaciones, lo selecto del grupo que me rodeaba y la ausencia de mujeres convertían aquella ocasión en mi encuentro social favorito de la semana; aunque esta vez todo se había fastidiado por culpa de la señora Hammond y de Middleton, que ahora me miraba con un gesto diferente, como si yo fuese el responsable de que Maurice no acudiera a su llamada.

—Vete para allá y dile que venga, Machin —me pidió al fin—. Dile que es para hoy.

De modo que fui al otro extremo de la habitación y dije:

—Discúlpeme, señor Weaver, pero Middleton está que echa chispas porque Maurice no viene a hablar con él. Nos necesita para algo de suma importancia. Y dice que tiene que ser ahora.

—¿Ah, sí? —Weaver barrió la habitación con la mirada, agachando la cabeza y meciéndola arriba y abajo. Finalmente localizó al alcalde, que en ese momento estaba añadiendo su café a la cuenta de gastos—. ¿Hay algún problema, Morry?

—No lo sé —dijo Maurice, y yo me percaté inmediatamente de que sí lo sabía—. ¿Cuánto tiempo más cree que debería tenerlo esperando?

Antes de que Weaver pudiera contestar, yo le dije:

—Como tú veas, Maurice. Yo voy a estar ahí, sentado con él. No hay más asientos libres. —Y me marché.

—¿Viene ya? —dijo Middleton por encima del vapor que salía de su café.

—Estará aquí dentro de un minuto. ¿Por qué quiere hablar con nosotros?

—Enseguida lo sabrás —respondió mientras alzaba la taza con un tintineo.

Maurice se nos acercó como una brisilla inocente; traía su propio café en la mano. Se dedicó a removerlo un poco mientras Middleton examinaba nuestras caras, una junto a la otra.

—Siempre nos dicen que quedaríamos muy bien en una foto —le soltó Maurice. Parecía ofendido por algo. No me cabía duda de que él ya estaba al tanto de lo que Middleton nos iba a decir.

El alcalde respondió con un gesto de resignación, y dijo:

—Todo esto no me divierte nada, Braithewaite. ¿Te importaría dejar a un lado esas payasadas de patio de colegio cuando estás conmigo?

—¿Qué es lo que quiere? —dijo Maurice—. ¿Amañar el partido de esta tarde por cinco billetes?

—Quiero saber —dijo él, mientras nos miraba alternativamente a los dos, a gran velocidad— quién es el responsable de que Judith, mi secretaria, esté embarazada.

—Oh, Dios —dijo Maurice, conteniendo una risotada—, ¿solo era eso? Y yo que pensaba que había ganado la quiniela...

—Veo que no te pilla por sorpresa —replicó Middleton.

—No... Yo diría que todo el mundo que está en esta sala lo sabe... El propio Weaver acababa de mencionar el secretito cuando he llegado.

—Yo no sabía nada —dije yo, intentando recordar cuándo había visto a Judith por última vez

y qué aspecto tenía.

—Bingo, eres inocente. —Maurice me dio un empujón con la mano—. Conque, esta vez, este pardillo y yo nos libramos.

—No veo por qué —dijo Middleton con mucha calma—. He hablado con varios de sus amigos, y, según ellos, vosotros dos debéis de tener la información que busco.

—¿Por qué no le pregunta a ella? —dijo Maurice—. Digo yo que lo sabrá mejor que nadie. Las madres siempre lo saben todo, ¿no?

—De momento, me parece que no quiero ir por ahí. Preferiría que me lo dijeseis vosotros.

—Yo no la conozco tan bien como usted cree —aclaré—. Y, de todas formas, si lo que dice es verdad, tampoco creo que a ella le parezca bien que se entrometa.

Middleton parecía dolido, y se sonrojó.

—Es posible que esto no te quepa en la cabeza, Machin, pero lo cierto es que me siento responsable de esa chica. Soy responsable, de una manera u otra, de mucha de la gente a la que conoce, y de muchos de los sitios que frecuenta. Y, si la palabra *responsabilidad* no tiene ningún significado para ti, lo siento. Pero esta mañana he venido aquí con la intención de averiguar algo. Y vosotros dos sois los que más probabilidades tenéis de saberlo.

—Bueno, entiendo su postura —dijo Maurice—. Entiendo que tema que la gente vaya por ahí diciendo que ha sido usted.

Middleton tardó un rato en contestar:

—Decir esas cosas no te va a beneficiar en absoluto. Puede que pienses que soy un majadero por hablar de esto, por haceros preguntas. Pero Judith es una buena chica. No quiero darle ninguna puñalada traper... ni a ella ni al hombre que ha provocado esto. Solo quiero asegurarme de que esta situación se maneja bien desde el principio. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Se quedó mirándonos atentamente a los dos.

—Conozco a Judith desde que era un bebé —continuó—. Conozco a sus padres desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo. Son gente de lo más respetable. Y creo que, en esta situación, puedo ayudarlos de algún modo... Además, no es que haya acudido a vosotros porque sí. Vosotros dos sois, por decirlo de la manera más sencilla, los sospechosos número uno. Tengo ojos en la cara, ¿sabéis? He visto cosas —añadió con tono confidencial— y he indagado.

Apoyó el dedo índice en un lado de la nariz.

Yo esperaba que Maurice dijera algo, que tal vez formulara alguna pregunta acerca de lo que Middleton se proponía hacer. Pero él se limitó a observar al alcalde con la mirada perdida, una de esas miradas fijas que van acompañadas de los primeros indicios de una carcajada.

—¿Cuánto se ha manchado con esto, Middleton? —dije sin demasiada energía; no tenía muy claro si a Maurice le importaría quién cargaba con la culpa—. ¿Forma parte de la política municipal o qué?

—Si lo que te preguntas es si quiero guardar silencio sobre el asunto, la respuesta es sí. No quiero que esos cafres de Primstone, tan aficionados a los sábados en el Mecca, empiecen a hurgar en esto como si fuera un pedazo de mierda. Pero, si creéis que quiero usarlo para destapar un escándalo y perjudicar así a ciertos héroes del rugby que se pavonean por la ciudad como si fueran los puñeteros amos del lugar, entonces os equivocáis. Por el bien de todas las personas y todos los factores implicados, quisiera tratarlo de manera adecuada, con discreción. ¿Te ha quedado clara mi postura, Machin?

—Sí... Ahora solo le falta cazar al tipo.

—Efectivamente. Eso es lo único que me falta. —Nos miró a los dos.

Maurice abrió la boca para decir algo, y a continuación la cerró. Luego dijo:

—Sinceramente, Middleton, no entiendo de dónde se ha sacado toda esta mierda.

Middleton se levantó y manoseó su sombrero Homburg.

—Parece que no tiene mucho sentido que siga preguntando —dijo. Todavía tenía la cara colorada, los ojos angustiados y tensos—. Que paséis una buena mañana. Y buena suerte para esta tarde.

Salió del local caminando despacio, y, sin darse cuenta, inclinó ligeramente el sombrero al pasar junto al portero uniformado.

Weaver, que había estado observando lo que sucedía por encima del hombro de su vecino, se levantó y vino hacia mí, dando todas las muestras posibles de la reticencia y de la impaciencia que supuestamente caracterizaban nuestra relación actual.

—¿Qué pasa, Morry? —dijo—. No es conveniente que te alteres... o que Arthur se altere... antes de un partido... Deberíais dejar estas disputas para las noches de los sábados, o para los domingos.

Weaver sabía muy bien de qué iba lo de Middleton, y seguramente pensaba que charlando sin parar podría quitarnos la preocupación de encima.

—Escuchad —nos decía—, no tenéis que tomaros a ese hombre tan en serio. Habla por los codos, cuando empieza ya no hay quien lo pare. Si todos los guardavías son como Middleton, joder, no me extraña que los trenes lleguen siempre tarde.

—Al parecer —lo interrumpí—, piensa que uno de los dos, Maurice o yo, va a ser papá.

Weaver me observó con gesto malhumorado, entrecerrando sus ojos azules.

—¿Te refieres a esa historia sobre Judith que se cuenta por ahí?... A mí no me parece que sea tan grave... No como para que Middleton monte todo este revuelo. —Le pasó un brazo por los hombros a Maurice, pero él, que tenía pinta de estar tan abatido como enfadado, se lo sacudió de encima—. Pues estamos buenos, qué mal genio —exclamó Weaver, molesto por esa muestra de desafío en público. Echó una ojeada a su alrededor para comprobar cuánta gente se había percatado del episodio—. No hay ninguna necesidad de ponerse así, Morry. Por Dios, mantén la compostura.

—Es ese mariposón de Middleton —dijo Maurice—. No para de meter las narices en todo. Debería haberlo hecho picadillo hace tiempo.

Weaver me miró de reojo, como pidiéndome que le pusiera fin al berrinche de Maurice.

—Deberías tener cuidado con Middleton —le aconsejó—. ¿Sabes lo que pasó hace tres años?

—¿De qué hablas? —dijo Maurice, al tiempo que alzaba la mirada y se quedaba esperando el relato de una horrible maldición.

—Resulta que se separó de su mujer. Y, un par de meses más tarde, ella murió.

Maurice aguardó un momento, y luego dijo:

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—En fin, ya te imaginarás lo que dice la gente. No hay duda de que, desde entonces, ha estado buscando la oportunidad adecuada para exonerarse: quiere demostrarle a todo el mundo que no es ese hombre frío que la gente piensa que es. Debo decir que me sorprendió la forma en la que se comportó en la fiesta.

—Exacto. Y puede que él también esté sorprendido de sí mismo —contestó Maurice—. El diputado no fue el único que estuvo rondando a Judith esa noche; Middleton tampoco se despegaba de ella.

—Uf, venga ya, Maurice... —Weaver respondió en un susurro, pues Maurice había elevado la voz más de la cuenta—. Mira... —Pero, cuando vio la cara de Maurice, su ademán tenso y resentido, se paró en seco. Se quedó mirándome durante un instante sin saber muy bien qué hacer, hasta que una luz repentina le iluminó los ojos. Y dijo—: Ahora solo nos queda una opción, Maurice: que yo vaya a ver a Middleton. Y a la misma Judith.

Es posible que le hubieran entrado celos de Middleton al ver la cruzada que este había organizado, pero, ahora que veía la ocasión de montar la suya propia, esas emociones imprevistas desaparecieron. Incluso me miraba como si nunca hubiéramos intercambiado una palabra áspera. De pronto tenía ante sí la oportunidad de mostrarse amable, generoso, de manera que le volvió a pasar el brazo por los hombros a Maurice, esta vez con mayor firmeza:

—Deja esto en mis manos, Morry —le dijo—. Yo me ocupo...

No parecía tener ninguna duda de que Maurice era culpable.

Apañé las cosas con un vendedor del Booth para que nos llevaran la televisión a casa el lunes, a precio de fábrica. Le pagué el diez por ciento como depósito. Parecía alegrarse de hacerme ese favor. Estampé mi firma en el libro de autógrafos de su chiquillo, y luego fuimos al hotel Northern Grill a comer un par de bistecs.

Maurice hizo un buen partido esa tarde; uno de los mejores de su carrera. Yo jugué peor que mal y, una vez en los vestuarios, me topé con un Weaver de lo más risueño. Estaba rodeado de nubes de vapor, entre dos pilas de barro y jerséis, y me dijo:

—No sé qué puede preocuparte *a ti*, Arthur. —Al parecer, había retomado la actitud amistosa de nuestro primer encuentro; era todo sonrisas—. Pero para ya de preocuparte. Hoy has jugado fatal. Gracias a Dios, yo sé que hay una razón detrás. —Me guiñó un ojo con expresión cómplice y se fue al otro lado de la habitación, a hablar con Maurice.

Esa noche, Judith fue al Mecca. Se le notaba la tensión debajo de los ojos, pero estaba decidida a hacer el paripé, de modo que nadie se habría dado cuenta si no fuera porque todos sabían que estaba embarazada. Todo aquel que la acompañaba en la pista —manteniendo siempre cierta distancia para no rozarle la barriga— recibía miradas particularmente penetrantes, e incluso el barman se cuidó mucho de no alargar demasiado su charla con ella. La chica arrastraba consigo una bomba de proporciones exorbitantes. Me pasé una hora entera intentando acercarme y quedarme a solas con ella, y de pronto nos encontramos juntos en mitad de la pista, bailando pesadamente dentro de un pequeño círculo. Me sorprendí a mí mismo poniendo mucha atención en no apretarla más de la cuenta.

—Esta noche pareces preocupado, Tarzán —dijo ella, tal vez con la esperanza de ablandarme un poco—. He oído que no has hecho un buen partido esta tarde.

—No.

—Maurice ha jugado bien.

—Para él es más difícil jugar mal. Pero no es eso lo que me preocupa.

—¿Qué te pasa, Tarzán? ¿Es que aún buscas a tu dama ideal?

Por un instante creí que había dicho «ama» en vez de «dama». Le dije:

—He visto a Weaver en el estadio, después del partido. Nunca lo había visto tan contento.

—¿Y qué pasa?

—Estos días, cuando lo veo contento, empiezo a inquietarme... Me preguntaba de qué habréis estado hablando esta tarde.

—¿Quiénes? —Estaba perpleja. Dejamos de bailar—. No he visto a Weaver desde Navidades. Ya sabes, Tarzán, desde la fiesta. Cuando estuviste con Mag.

—¿Tienes por costumbre mentir, Judith?

—Pero ¿tú de qué vas? —Trató de aparentar impaciencia, y los dos empezamos a desplazarnos de nuevo por la pista.

—Todo el mundo sabe que estás embarazada de Maurice. ¿Por qué finges? Dímelo. ¿Qué te ha dicho Weaver esta tarde?

No tuvo que esforzarse mucho para zafarse de mi flojo abrazo, y luego se dirigió a la puerta y desapareció en los aseos de mujeres. Algunas personas se quedaron paradas y la observaron marcharse antes de volver sus ojos hacia mí. Yo la seguí sin prisas y me quedé esperándola junto al guardarropa de caballeros, frente a la puerta de entrada.

De pronto vi que Maurice se abría paso como podía entre el gentío de la pista. Su cara sonrosada, medio borracha, brillaba de cólera.

—¿Por qué estás montando jaleo? —me rugió—. ¿Qué problema tienes? Weaver me ha dicho que todo estaba arreglado. Déjala en paz de una vez.

—Quiero enterarme de cómo lo ha arreglado. ¿Tú no?

—No. Si se las ha apañado para dejarlo correr, dejémoslo correr. Él sabe cómo tratar con esa clase de gente. Eres idiota, Art. Es posible que hayas estropeado todo lo que él ha conseguido. Dios santo, en el estado en que está, no conviene que empieces a hacer el tonto con ella.

—No me gusta que se hagan las cosas a mis espaldas. Tú tienes menos que perder que yo. No quiero que me cuelguen ningún sambenito, ya sea en broma o en serio. Si la señora Hammond llegara a oír...

Se quedó esperando el relato completo de mi altercado doméstico; su rostro embotado parecía sorprendido.

—Ojalá sacaras a Judith de este embrollo —le dije— y cortaras de raíz todas las habladurías. Has cometido un error... ¿por qué no puedes admitirlo y apechugar con él? Eres un imbécil, Maurice.

Se quedó callado de nuevo, a la espera de que le dijera algo más. Sin embargo, al cabo de un momento, respondió:

—¡Te juro que después de esto te mataría, Art, si no fuera porque te consideraba mi colega! — Su cara brillaba con una mezcla de rabia y alcohol. Me agarró por las solapas de la chaqueta con sus puños pequeños y duros, y tiró de mí tratando de aproximar mi cuerpo al suyo.

Yo lo apreté por las muñecas.

—Lo mismo te digo, Maurice —le contesté. Él les prestó mucha atención a mis palabras, como si estuviera oyendo un montón de voces más al mismo tiempo. Justo entonces, Judith salió del aseo con una amiga.

Los dos la observamos mientras ella pasaba por delante de nosotros. Por un momento, pensé que Maurice iba a perseguirla. Se meció ligeramente sobre los dedos de los pies, pero luego se apoyó sobre los talones y dio un bote al tiempo que bajaba los brazos de golpe y soltaba mi

abrigo. El impulso me hizo tambalearme contra la pared.

—Voy a hablar con ella —le dije—. ¿Vienes?

Él se apartó a un lado para ver si me atrevía. No me siguió. Cuando salí al exterior, miré hacia atrás, pero él ya no estaba en la entrada.

Alcancé a Judith en Market Street, cerca del centro. Estaba lloviendo mucho.

—Ven, te llevaré a casa en coche —le dije—. Lo tengo aparcado en el Mecca.

—No quiere hablar contigo —se inmiscuyó su amiga, una funcionaria de la Delegación de Educación.

—Piérdete —le dije—. Esto es un asunto privado.

—No. Ella se queda —replicó Judith.

—Te he dicho que te largues, niña. Si quieres ver lo que pasa, vete a esa esquina y nos miras desde allí.

—Ella se queda, Tarzán. No quiero hablar contigo.

—Si no puedo hablar contigo —le dije—, quizá vaya a tu casa.

Su amiga se espabiló de pronto, animada por el privilegio de ejercer de testigo. El autobús llegó a la parada, pero Judith ni siquiera se había movido.

—¿Nos subimos, Judy? —le dijo la amiga, con la lluvia chorreándole por toda la cara.

—Eres un canalla por amenazarme así —me soltó Judith.

—¿Te vienes al Mecca o no? Podemos meternos en el coche y hablar un poco.

—No. No voy a ir a ninguna parte contigo.

—No podemos discutir en la calle. Me estoy empapando. Decídate ya, rápido: o tú misma o tu madre.

Me di la vuelta y eché a andar hacia el Mecca, pasando por delante del Bull Ring. Al cabo de un par de minutos, oí que corría tras de mí. Su amiga se había quedado en la parada del autobús.

—¡Tarzán! ¡No te marches así...!

Me metí en el portal de un comercio y ella me siguió.

—Quiero saber qué es lo que te ha dicho Weaver.

—Pero ¿a ti qué más te da? Ya sabes que tú no tienes nada que ver con esto. —La expresión de su rostro era dura, nada propia de ella, y estaba salpicada de gotas de lluvia. Respiraba con dificultad después de la carrerita que se había marcado desde la parada.

—Middleton no parece pensar lo mismo. Hoy ha venido a vernos a Maurice y a mí, a los dos. ¿Sabes que ha convertido esto en su cruzada privada?

—Sí, lo sé. Pero no creo que vaya a llevarlo a ningún sitio.

—¿Qué te ha dicho Weaver?

Ella pasó el dedo por la vitrina empañada de la tienda. Yo apenas distinguía la silueta vagamente piramidal de las latas y los paquetes apilados allí dentro.

—Me ha dicho que hablaría con Maurice. —Un hilillo de vaho salía de su boca junto con sus palabras—. Me ha dicho que hablaría con Maurice en mi nombre. ¿Ya estás satisfecho, don figón?

—¿No te ha dicho nada más?

—¿Y a ti qué te importa, Tarzán? No creo que nadie vaya a querer mezclarte en este asunto. — Se quedó mirando la calle vacía, que resplandecía después de la lluvia, y a su amiga, que la

esperaba en la esquina.

—Es muy sencillo: no quiero que nadie piense que el padre puedo ser yo. En estos momentos, teniendo en cuenta que Maurice no ha confesado, y con todo el chismorreó y todos los corrillos que hay por ahí, podría pasar cualquier cosa. Yo no soy como los demás; a mí esto no me parece ninguna broma.

—Estás exagerando —dijo ella, sorprendida ante mi preocupación y mi mal humor.

—A ver, ¿Weaver y tú habéis hecho algún trato... o algo por el estilo?

—Tengo la sensación de que le tienes manía a Weaver; siempre crees que está tramando algo a tus espaldas. Sinceramente, no creo que tú seas tan importante como para eso, Arthur. Y Weaver no es así. Ni queriendo podría ser tan mezquino... Y, bueno, ya que me obligas a contártelo *todo*, pues mira, me prometió dinero si al final no conseguía convencer a Maurice. Eso es lo único que está tramando, no hay más. Y no me está comprando, ojo, si eso es lo que piensas. Ya sabes que, si fuera por él, Maurice le daría largas al tema. No se va a molestar en reflexionar sobre qué es lo mejor para él, por no hablar de otras personas. Él solo piensa en pasárselo bien... Si al final tenemos que casarnos, preferiría que lo hiciese por voluntad propia, y no porque alguien lo fuerza, o porque se ha metido en un lío y no le queda más remedio. En ese sentido, Weaver puede sernos de gran ayuda. Pero, si fracasa y no logra que Maurice entre en razón, me ha dicho que el bebé nunca supondrá una carga económica para mí. Ni para nadie. Te juro por Dios que no se me ocurre mejor manera de comportarse... ¡Y mira cómo te pones tú con él!

—Tú tienes ciertas cosas que temes perder, Judith. Yo tengo las mías.

—No hace falta que te tomes tantas molestias, Tarzán. De verdad te lo digo. Así que, venga, basta ya de perseguirme.

—Entonces, ¿le has dicho a Weaver que te callarás todo esto hasta que tenga ocasión de hablarlo con Maurice?

Ella asintió con la cabeza. Los dos contemplamos cómo un autobús iluminado llenaba toda la calle, dejando dos surcos sobre el asfalto húmedo. Un peatón pasó por delante del portal de la tienda. La amiga de Judith se encaminó hacia nosotros y se quedó de pie en un portal de enfrente, observándonos.

—Esperemos que no tarde mucho en entrar en razón —dije yo, y salí a la intemperie.

—Conociendo a Maurice, Tarzán, ¿qué harías tú en mi lugar?

Detecté una genuina petición de ayuda en su voz, pero, antes de que me diera tiempo a reaccionar, me dio un empujón y cruzó la calle corriendo. Estaba llorando. Las dos chicas se reencontraron, intercambiaron unas palabras, y Judith se puso en camino hacia el Bull Ring. Se marchó sola. Su amiga se metió debajo del toldo de una tienda sombría y la observó mientras se alejaba. Yo me levanté el cuello de la chaqueta y volví andando al coche.

Cuando llegué a casa el lunes, me encontré con que ya habían instalado la tele. Los tres estaban viendo un programa infantil en el salón.

—Qué poco has tardado en comprarla —dijo la señora Hammond, al tiempo que se levantaba muy diligente—. Ni siquiera sabía que habías hecho el pedido.

—Ya te dije que te compraría una.

—Eres un hombre de palabra... —dijo ella con un énfasis deliberado—. He pensado que lo mejor era ponerlo en el salón. Si estuviera en la cocina, me pasaría el día entero mirándola.

Muchas gracias, Arthur. —Me dio un beso fugaz en la mejilla y se volvió hacia los niños—: Decidle gracias a Arthur.

—Gracias, Arthur —dijo Lynda, echando una miradita interrogante a su madre antes de volver la cabeza hacia la pantalla.

—*Gasia, Artu* —dijo Ian. Ya había empezado a aburrirse de la tele y se había puesto a revolcarse por el suelo.

—Este chaval es mi héroe, joder. —Lo cogí en brazos y, por primera vez, me olvidé de que era hijo de Eric. Le froté la nariz con la mía y soltó una carcajada. Cuando lo dejé en el suelo, se dio un golpe en la cabeza, rodó sobre su cuerpo y balbuceó algo.

—Ten cuidado con él —me dijo la señora Hammond.

—Está perfectamente. Cuando sea mayor, queremos que sea un buen delantero, ¿verdad?

Ella me lanzó una mirada crítica. A continuación, asintió con la cabeza y dijo:

—Bueno, si te hace ilusión...

Entré en la cocina. Ella siguió mis pasos y se puso a prepararme el té y un refrigerio.

—Lo estás haciendo bastante bien —le dije—. Cuando me largue, podrás abrir una tienda.

—Si solo la has comprado para vanagloriarte, más vale que te la lleves ya —replicó, sonriente; se la veía de buen humor.

—Tengo intención de llevarte arriba antes de irme a entrenar —le anuncié.

—¿Ah, sí?... ¿Y qué te hace pensar que yo también querré? —Dejó varios platos sobre la mesa y empezó a untar margarina en el pan.

—Bueno, estaba pensando en cómo me has besado.

—Vaya, eso me demuestra que quizá sirve de algo. Solo intentaba mostrarte mi agradecimiento.

—¿Y no puedes mostrármelo de nuevo?

Bajó la mano con la que sujetaba el cuchillo y esbozó una sonrisa descarada.

—No sé si el televisor vale *dos besos* como el que te acabo de dar.

—Pues yo digo que sí. Y te aseguro que lo sé mejor que nadie. La he comprado yo.

Me levanté y rodeé la mesa. Ella esperó con la cabeza encorvada y con los ojos fijos en el plato, donde descansaba el cuchillo. Yo me incliné y la rodeé con mis brazos; y luego coloqué las manos sobre sus pechos menudos.

—¡Ay, vale ya, Arthur! —susurró ella.

—¿No te puedo besar, ni siquiera una vez?

Junté mi mejilla con la suya y noté cómo su mandíbula se movía mientras hablaba.

—Si te empeñas, no creo que pueda pararte.

—¿Pero no me puedes dar uno, solo uno, sin resistirte?

—No creo que deba... ¿Qué pasa si Lynda entra de repente?

—Seguro que piensa que te estoy dando la recompensa que mereces.

Le acaricié los pechos a través del vestido. Ella me apartó la mano y giró la cabeza, con la boca abierta para decir algo. Yo apreté mis labios contra los suyos y, al encontrarlos separados, metí limpiamente mi lengua dentro. Quería contarle cómo me sentía. Le pasé la mano por la barriga y por la cintura, y luego hice el mismo recorrido al revés. Ella mantenía la cabeza apretada contra la mía, como un balón.

—¿No vas a decirlo? —le pregunté cuando me retiré de su lado.

Ella tenía aspecto de estar debilitada y perdida, como una cría.

—¿Decir el qué? —No conseguía alzar la voz más allá del susurro.

—Que sientes algo por mí..., que puedes sentir algo por mí...

—Arthur..., no puedo. Todavía no. —Estaba ardiendo y afligida. Se apartó de mí y volvió a la mesa—. No puedo dejarme llevar de esta manera. No confío en ti.

—Pero si tú me conoces. —Traté de tocarla, pero se puso rígida y mis manos se despegaron de ella automáticamente—. Sabes cómo me he portado contigo.

—No puedo dejarme llevar por los sentimientos. Otra vez no. No quiero que me los arranquen de cuajo otra vez, como con Eric... y que todo desaparezca... de golpe, con una sola persona, que todo acabe muerto. Quiero estar segura. Tienes que darme algo más de tiempo.

—Pero si hemos tenido un montón de tiempo. Seguro que...

—No puedo saber si no vas a terminar huyendo... No sé lo que siento.

—Pero, a ver, por Dios, sé razonable. Si esa fuera mi intención, me habría marchado hace tiempo. Me has estado dando pie a ello todo el rato...

—No sé. Es posible que solo quieras oírmelo decir... y ver que de verdad lo siento. Es posible que, una vez que lo consigas, pienses: «Ya tengo lo que buscaba», y decidas marcharte. ¿Cómo puedo saberlo?

Tenía la cara pálida y agotada. Su buen humor se había esfumado con rapidez, como cualquier estado de ánimo en su caso, y ahora volvía a estar indecisa. Justo ahora, cuando por una vez había logrado acercarme a ella; justo cuando estaba tan cerca que parecía imposible que volviera a alejarse. Casi se había rendido, y ahora se arrepentía.

—No paras de tratarme como a un enemigo —le dije—. Aunque sabes perfectamente que no puedo ser tan malo. ¿Cuándo vas a permitir que haya algo de paz entre nosotros?

No contestó. Continuó extendiendo la margarina en el pan: la margarina y la masa desmigajada eran tierra y lodo.

—Es posible que, para cuando te hayas decidido, ya no quede nada entre nosotros —la advertí.

—¿Acaso no voy siempre arriba contigo?

—Pero eso no es lo mismo. No me da la sensación de que lo desees de verdad. Me haces sentir que te estoy comprando. Que me lo das por dinero. Y no es así.

—Bueno, pues esta soy yo. Así es como soy. No puedo hacer más. —De nuevo volvía a ser la misma mujercita enfadada de siempre. Pegó un porrazo sobre la mesa con el mango del cuchillo—. Ojalá no me sacaras de mis casillas de esta manera. No tengo nada que ofrecerte, Arthur.

—No lo dices en serio.

Ella se levantó y recolocó distraídamente las cosas sobre la mesa.

—Ya empezamos —resopló—. Otra vez diciéndome lo que debo sentir. Cómo debería ser. Ojalá me dejases en paz. Pero no lo vas a hacer. Te sientes tan poderoso... Eres idiota, Arthur. No me estás dando la oportunidad que necesito.

Me senté con ellos un rato y estuvimos viendo la tele. Cuando me marché al entrenamiento, más temprano de lo necesario, ya tenía la impresión de que no habría más oportunidades, de que esta había sido la última, de que nunca más la volvería a ver feliz. No entendía qué quería de mí.

Nunca había estado tan cerca de hablarme de sus sentimientos, y yo pensaba que había dejado clarísimo lo que yo sentía, lo mucho que deseaba ayudarla. ¿Qué más quería? Esta había sido su última oportunidad. Y la mía también. Me sentía como un gran simio al que habían confiado algo precioso para que lo sostuviera, pero que había acabado aplastándolo entre sus manazas torpes y desmañadas. Ni siquiera sabía cómo disculparme.

Al bajarme del autobús, decidí que hoy no iría a entrenar. Me apeé a mitad de la colina de Primstone, justo donde el valle empezaba a sufrir los picotazos de las luces, a sangrar su lento resplandor nocturno. Lo cierto es que me reconoció bastante gente. Se daban codazos y me señalaban con el dedo. Siempre igual. No me había hecho ni pizca de gracia aquello que había dicho Middleton sobre ciertos jugadores de rugby que se pavoneaban por la ciudad como si fuesen los amos del lugar. Si se comportaban así, era por la forma en que los demás los trataban. Por la manera en que la gente me miraba, me hablaba, despachaba cualquier asunto conmigo, tanto si quería comprarme un traje como si se me antojaba un paquete de chicles o un galón de gasolina. Eran ellos quienes me hacían *sentir* el amo del lugar. Por supuesto que me pavoneaba. Eso era lo que ellos esperaban de mí. No podía remediarlo. Ahora mismo, dando un paseo delante de toda esta gente, me sentía como un héroe. Ellos querían que yo fuese un héroe, y yo quería serlo. ¿Por qué *ella* no lo comprendía? Tampoco me pasaba el día diciéndole cómo debía comportarse, ni qué aspecto debía tener, sino que era *ella* la que no paraba de meterse conmigo. No tanto con las palabras. Sino a su manera, femenina a más no poder. Guardándose para sí todos sus sentimientos. Conteniendo sus jodidos sentimientos para que yo me sintiera el único culpable. Y yo no paraba de reprocharme mis actitudes con ella, siempre me parecía que hacía las cosas mal. Pero ella no, ella nunca. Ella era la puñetera mártir, una mujer sola con dos críos en un mundo donde nadie los protegía.

Entonces, de pronto, llego yo. Y ella se pone a coquetear conmigo. Porque... había sucedido así, ¿no? Yo siempre me había considerado el caballero mariposón de esta historia: cada sábado por la tarde me exponía a que me zurraran, a que me llenaran de tajos y heridas, a que me trataran como a un montón de desechos móviles, y todo a cambio de un buen puñado de billetes para ayudarla. Hasta pensaba en ella cada vez que salía al campo, como si todo valiese la pena por el mero hecho de que así la hacía feliz; a través de un coche, de un abrigo de pieles y, ahora, de un televisor.

Pero no, estaba equivocado. Ella no era así. Sabía que ella no era así porque sabía que esa no era la razón por la que yo jugaba al rugby, la razón por la que salía a pelear durante noventa minutos cada sábado como si el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina. Sabía que no era por eso... Porque, incluso mientras iba pensando en todo esto, no había dejado de caminar colina arriba hacia las torres del estadio, notando cómo me reconocían y hacían sonar las bocinas de los coches, y cómo me decían: «Buenas noches, Art», incluso aquellos a los que no conocía de nada. Era un héroe. Y me desquiciaba que ella fuese la única persona en el mundo que no lo admitía.

Además, ella era consciente de esto último. Verdaderamente consciente. Tal vez incluso pensara que esto era lo único que me mantenía atado a ella. Porque, dijera lo que dijera, me necesitaba. No podría arreglárselas sin mí. Pero no quería admitirlo. Era orgullosa. Más todavía, quizá, que cualquier otra persona, a raíz de lo de Eric. No iba a permitir que esa necesidad se le notara. Sabía que me tenía controlado porque, sin *ella*, yo me sentiría incompleto; porque la necesitaba para sentirme querido. Si cedía y me entregaba su amor, solo por un minuto, o por una hora, se arriesgaba a que no volviera a mirarla nunca más.

Y yo no sabía cómo convencerla de que eso no era verdad. De modo que volvía a ser un gran simio, famoso y temido por su fuerza, temeroso de mostrar un poquito de ternura por si acaso la confundían con un indicio de debilidad. Puede que me gustaran todos esos cabeceos y saludos y tics nerviosos que mi paso por la carretera despertaba entre la gente, pero nunca dejaba de sentirlos algo lejanos. La gente no se comportaría así si estuviera verdaderamente cerca de mí. Yo quería algo más que un saludo. Yo quería algo que se quedara conmigo para siempre: al fin y al cabo, no iba a ser jugador de rugby durante toda la vida. Pero no era más que un simio. Un grandullón que inspiraba temor, y a quien solo valía la pena ver en acción. Sin sentimientos. Antes, siempre me había ayudado lo de no tener sentimientos. Así que nunca tenía sentimientos. Me pagaban para no tener sentimientos. De hecho, me salía rentable no tenerlos. Y ahora la gente me miraba como si fuera un simio. No paraban de mirarme mientras caminaba carretera arriba, me miraban como mirarían a un simio que se hubiese escapado de la jaula y hubiese echado a andar por la calle. Les gustaba verme pasear, como si el hecho de que yo me esforzara por actuar como ellos y comportarme como ellos añadiese justo el toque adecuado para la próxima vez que me vieran en acción. «Me crucé con Arthur Machin la semana pasada —dirían—, iba paseando por West Street.» Eso era exactamente lo que necesitaban para la próxima vez que me vieran salir al campo, lo que los haría mirarme pasmados, con cierta reverencia, y preguntarse si era posible que, después de todo, yo fuese alguien normal, como ellos. Si era posible que fuese humano.

Llegué a Primstone pensando que ya había cumplido con el entrenamiento de esa noche. Los reflectores estaban encendidos y el estadio se había llenado de una luz deslumbrante, azul verdosa. Unos cuantos jugadores daban vueltas al perímetro de la cancha; iban corriendo y charlando y riéndose entre las sombras, y sus voces bastaban para ocupar las gradas vacías y las terrazas. La gente que había ido a ver el entrenamiento se había congregado en torno al túnel, de manera que pudieran avistar a sus jugadores favoritos según salieran al campo a la carrera, y tal vez cazar al vuelo un par de palabras de lo que fueran comentando, o lograr que les respondiesen con una inclinación de cabeza o con un gesto del brazo si gritaban lo suficiente.

Hacía bastante frío. Me puse dos jerséis debajo del chándal y di un par de vueltas al campo antes de que Dai saliera y empezara a mandarnos ejercicios en mitad de la cancha. Rodeados de aquella inmensidad desnuda, parecíamos una panda de enanitos. Estuvimos haciendo flexiones y estirando, retorciéndonos y rodando por el césped, boxeando con el aire en dos hileras, haciendo *sprints* por la pista, arriba y abajo, una y otra vez, ralentizando la marcha para luego salir con un acelerón repentino cuando oíamos el silbato de Dai. Practicamos los movimientos que él nos indicaba, tres veces cada uno, y luego jugamos con el segundo equipo al «toca y pasa». Durante todo este tiempo, Maurice no me dirigió la palabra ni una sola vez. Y nadie mencionó el nombre de Judith.

En realidad, nadie habría mencionado nada del asunto de no haber sido por Mellor, que, cuando estábamos todos apelonados en la bañera, empezó a contar un chiste sobre una mujer embarazada. Estábamos sentados con las piernas juntas, muy apretados unos contra otros, desgañitándonos para que los demás nos dejaran un espacio mínimo para agachar la cabeza o enjuagarnos un mechón de pelo. El agua había adquirido su habitual tono gris, con trocitos de hierba flotando en la superficie, pero la espuma del jabón que íbamos soltando al lavarnos empezaba ya a disfrazar lentamente el color de debajo. Olía, como de costumbre, a esa mezcla de cuerpos humanos y jabón carbólico tan familiar, todo humedecido por una cortina de vapor de la que, de cuando en cuando, emergía el cuerpo de algún bromista.

—Ay, señorita —dijo Mellor para terminar su chiste—, si hubiera sabido del estado en que se encuentra, no le habría preguntado.

La bañera se desbordó de carcajadas. En la cara de Mellor, que normalmente permanecía rígida, se dibujaron varios pliegues profundos. Uno o dos tipos, que habían estado esperando el final del chiste, salieron enseguida de la bañera, y Dai, que había permanecido todo ese tiempo al lado, escuchando con su sonrisa llena de dientes a la espera del momento oportuno, agarró una toalla y se puso a frotarles el cuerpo.

Tommy Clinton, que se pasaba la mayor parte del tiempo preocupándose por divertirse, se acercó a la bañera y dijo, alzando la voz por encima de las cabezas de los demás:

—Eh, ¿habéis oído lo de Arthur, o qué?

Los demás lo miraron a él y después a mí, y concluyeron que no.

—¿Qué pasa, Tommy, chaval?

Clinton soltó una carcajada a modo de preludio.

—Este, que va a ser papá... ¿Me equivoco, Art? Y el alcalde va a ser el padrino.

Hice unas muecas para hacerme el gracioso mientras me planteaba la posibilidad de darle un sopapo, y finalmente dije:

—Es la primera noticia que tengo.

Paseé la mirada por el vestuario, buscando a Maurice. Estaba sentado tranquilamente en un extremo del baño, fumando y mirando a Clinton a través del humo, como si estuviera dudando entre cargárselo ahí mismo o más tarde, fuera del estadio.

—Venga, Arthur, ¿y aquella vez, en Navidad? Mi novia y yo... —Se giró e hizo un gesto grandilocuente mirando al resto, con el cuerpo desnudo y sonrosado, temblando de tanto reírse—. Estábamos allí los dos, al lío, en Navidad, en la casita de Weaver. Nuestro Arthur aquí presente y Judith estuvieron dándose el lote en ese cuarto de tal manera que hasta se cayeron las putas tejas.

Cuando las risas remitieron de nuevo, yo respondí:

—Te habrás confundido de nombres, ¿no, Tommy? Esa nena de la que hablas era la muñequita de Lionel Manners.

Clinton dejó de reírse un instante y se puso a pensar.

—Vaya, Arthur, puede que tengas razón. A veces las cosas son tan confusas... Ahora que lo dices, recuerdo vagamente que pasó algo así. Quizá esta vez puedas irte de rositas. Pero al menos nos queda otro candidato: Maurice.

—Cierra el pico, Clinton —dijo Maurice desde el fondo. Sonó tan serio que Clinton casi le obedeció.

—¡Joder, tío! Si solo estoy de broma, Maurice. A mí ni me va ni me viene, el niño puede ser de cualquiera menos mío... —Entonces, envalentonado, se atrevió con otro chiste—: Pero, oye, Morry, si no lo quieres —añadió—, yo te sustituyo sin problema.

Maurice arrojó su pitillo a cierta distancia, se levantó de un salto y atravesó el baño dando sonoras zancadas, abriéndose paso entre un montón de cuerpos que se apartaron sorprendidos. El agua salía a borbotones de las alcachofas, formando una cascada que Maurice atravesó limpiamente al abalanzarse sobre un costado de Clinton.

Al reserva, todo esto lo pilló por sorpresa y no pudo hacer ningún movimiento. Seguramente esperaba que Maurice le siguiera la corriente, uniéndose a su chiste; pero, en lugar de eso, lo abatió con un puño certero. En cualquier caso, los dos estaban mojados y mal colocados, de modo

que Maurice no consiguió hacerle daño, si bien volvió a propinarle un segundo puñetazo. Dai y los demás corrieron a separarlos. Examinaron a Clinton y descubrieron que se había roto parte de un diente al resbalarse y chocar contra uno de los bordes de la bañera.

—Va, Maurice, chaval —dijo Frank, empujándolo con su gran barriga e inmovilizándolo contra la pared—. Sé justo, solo te pido eso. Clinton es un bocazas. Vale. Pero deja ya de dar por culo.

Maurice le respondió algo que nadie fue capaz de oír. Este encogió sus hombros de gigante y se giró para apartarse de él.

—Deja en paz al chaval, Maurice. No va a decir nada más sobre el tema.

Yo salí y me sequé, y después me coloqué la prótesis dental.

Cuando la señora Hammond se enteró de la noticia, como yo había anticipado, se lo tomó muy mal, un poco a la tremenda. La gente iba por ahí contando historias sobre mí, y prácticamente salía una nueva cada día. Ella sabía más sobre mí que yo mismo, pues a veces le contaban que me habían visto en tres sitios distintos (todos «malos» sitios) a la misma hora de la noche anterior. A pesar de que no podía creerse ninguna de esas versiones, se había formado una impresión general de cómo me comportaba fuera de casa. Yo, por mi parte, no podía reprocharle que lo hiciera, y tampoco podía hacer nada por impedir que esa impresión sobre mí fuera negativa. Se suponía que yo era «un tipejo de cuidado», «un calavera que las mata callando»: y no había nada que yo pudiera decir o hacer para modificar esa idea. La gente quería que yo actuara así, y lo habían logrado. Supongo que mi padre también recibía las mismas informaciones que la señora Hammond.

Cuando llegué a casa el jueves por la noche, para cambiarme antes del entrenamiento, ella me dijo:

—Hoy me han contado lo de Judith Parkes.

—No sabía que la conocieras —le contesté.

—No la conocía. Pero ahora sí. Trabaja en el Ayuntamiento. Una buena chica, me han dicho. Con muy buena fama y todo eso.

—¿Y te han contado lo del niño que va a tener? Qué curioso que haya tardado tanto en llegar a tus oídos...

—No parece que te moleste.

—¿Debería molestarme? ¿Dónde te lo han contado?

—Pues en una tienda. Y todos parecían bastante sorprendidos de que tú fueras el padre.

—Así que eso te han contado. Pues el rumor te ha llegado con retraso. A mí ya me han dejado tranquilo. Maurice es el segundo candidato a papá. Sea como sea, ¿quién te lo ha dicho? Creo que tengo todo el derecho del mundo a machacarle la cara.

—¿Acaso importa cómo me he enterado?

—Bueno, parece que te crees todo lo que te cuentan sobre mí. Como esa vez que te contaron que había violado a una niña pequeña. ¿Lo recuerdas? Aquella mujer dijo que tenía pruebas y todo.

—Cuando todo el mundo coincide en algo, no puede ser que estén completamente equivocados... Dicen que te vieron con ella en el Mecca el sábado por la noche. Que le montaste una escenita, y que te vieron salir detrás de ella cuando se marchó de la pista de baile.

—¿Y tú te crees todos esos cotilleos de barra de bar?

—Ya te lo he dicho, cuando todo el mundo coincide, no pueden estar del todo desencaminados.

—No. Pero, por lo general, en esos casos tampoco se dice toda la verdad. Pensaba que a estas alturas te resbalaría lo que te contaran sobre mí.

—No he dicho que me lo crea —replicó ella, remilgada—. Pero es curioso que hayan asociado tu nombre con esa historia. Cuando el río suena, agua lleva.

—Me pones enfermo, joder —respondí. Cogí mi abrigo y salí a la calle. Ella me gritó algo cuando ya me alejaba, pero no me esforcé por entenderlo.

Esta vez no fui a entrenar. Me marché a Primstone, recogí mi paga e hice lo posible por no cruzarme con Maurice. Lo entreví cuando estaba entrando en el campo, de modo que esperé en el túnel hasta que pasó de largo. Yo le echaba la culpa a él, y no hay duda de que él me la echaba a mí y, sobre todo, a lo que sucedió el sábado por la noche. Mientras me encaminaba hacia la salida, tratando de no tropezar con los jugadores que se dirigían al campo, me pregunté si no debería ir a ver a Weaver. No era capaz de precisar por qué motivo debería ir a verlo, pero no podía dejar de pensar que lo había juzgado mal, que lo había despreciado por no ser un cerdo musculoso como yo, por ser uno de esos que solo se dedicaban a verme jugar. En realidad, él era uno de los pocos que me habían tratado como a una persona: un excéntrico, tal vez, pero un excéntrico con sentimientos, al fin y al cabo. Tomé un autobús que cruzaba toda la ciudad hasta Sandwood, y luego caminé por una carreterita hasta su casa.

Cuando llamé a la puerta, fue la señora Weaver quien contestó. Para ella supuso una sorpresa absoluta; estaba casi anonadada. Por su forma de mirarme, me di cuenta de que se hallaba sola en casa.

—Hola, señor Machin. ¿Qué desea usted a estas horas?

Le pregunté si Weaver estaba en casa, y ella negó con la cabeza.

—No, está fuera —dijo, con un tono que me hizo sentir indigno. Parecía pensar que yo ya sabía que estaba fuera y que había venido adrede—. ¿Por qué quiere verlo? ¿Por algo importante?

—No. No importa.

Empecé a pensar que tal vez podríamos retomar lo que habíamos dejado a medias aquel miércoles, varios meses atrás. Creo que a ella le rondaba esa misma idea por la cabeza. En el jardín reinaba una atmósfera oscura y neblinosa, y yo, por el mero hecho de haberme presentado en su puerta, debía de parecerle una invitación directa. Por la expresión de su cara, se diría que esa posibilidad la pillaba demasiado desprevenida como para resultarle repulsiva.

—¿Quieres entrar? —me preguntó, con voz insegura. En ese instante, pensé que, después de todo, aquello podría suponer un cierto consuelo. Igual que el propio Weaver, ella era libre de dar sin recibir nada a cambio, sin ni siquiera esperarlo. Tal vez, igual que Weaver, ya se estaba cansando de ese papel. La última vez me había tratado como si fuera un simio; y, para algunas personas, cazar al simio era todavía mejor que limitarse a verlo jugar. Se había portado como una bruta porque pensaba que yo era un bruto, y había acabado asustándome. En esta ocasión, me miraba sorprendida; estaba cansada. Yo debía de tener un aspecto un poco trastornado, porque se quedó observándome muy fijamente, como si pensara: quizá hasta es humano.

—Si entro, no puedo asegurar que vaya a portarme bien —le dije.

—No pasa nada —me respondió—. Creo que puedo cuidarme sola.

La seguí al interior y ella cerró la puerta; a continuación, fuimos al salón. Las cortinas estaban echadas y solo había una lámpara de lectura encendida. De la fiesta de Nochebuena, solo quedaban un par de manchas sobre el papel de pared con estampado de hojas. Me ofreció una silla y ella se sentó enfrente, debajo de la lámpara. Llevaba un vestido de lana que la hacía parecer un poco más corpulenta. En su cabeza, como siempre, lucía una apretada aglomeración de rizos.

—¿No deberías estar entrenando? —me preguntó—. Creo recordar que los jueves te toca entrenamiento... ¿no es así?

—Esta noche me la he saltado.

—¿Por qué? ¿No te encuentras bien?

—No me apetecía. Me apetecía dar un paseo o charlar.

—¿Y por eso has venido a ver al señor Weaver?

—Supongo que sí. En realidad, no sé por qué he venido a verlo. Sencillamente he venido a verlo.

—¿Te has metido en algún lío... con la policía, o algo así?

—No, no es nada de eso.

—Bueno —dijo ella, y se levantó de la silla al tiempo que cerraba el libro que debía de estar leyendo antes de mi llegada—. Veamos si es algo que una copa no puede curar. —Se encaminó al mueble bar que había junto al gramófono y sirvió un vasito. Me lo trajo y se quedó muy cerca de mí mientras yo lo tomaba de su mano. Después se volvió a su asiento y me observó mientras le daba un trago.

—He dado por sentado que te gusta el whisky —me dijo—. No tenemos otra cosa, qué desastre. Soy un ama de casa pésima.

Yo me atraganté y empecé a preguntarme si debería quitarme el abrigo, pero llevaba el mono de faena debajo. Probablemente ella ya lo hubiera adivinado, o quizá incluso lo hubiera visto, pero no sacó el tema.

—¿Y a qué se debe tu repentina falta de entusiasmo por el rugby? —me preguntó, mirándome como si fuera su paciente—. Espero que no hayas estado soltándonos más tejas.

—Seguramente se deba a mis problemas domésticos —respondí con torpeza, aunque con la intención obvia de que ella no pudiera sostenerme la mirada y tuviera que acabar desviando los ojos. Sus dedos encontraron por fin unas cuantas hebras de lana sueltas en el brazo de la silla, y empezaron a tironearlas. Luego cruzó los brazos debajo del pecho y echó una mirada a su espalda.

—Con la señora Hammond —insinuó.

—Sí.

—He pensado mucho en ti... y en ella —me dijo—. Espero que no te importe que hable de esto, Arthur. Antes, al señor Weaver le preocupaba mucho este asunto. Tal vez recuerdes que la noche en la que fichaste por Primstone él te llevó a casa. Me contó lo sorprendido que se había quedado al ver dónde vivías, con una viuda y sus dos hijos. No lo entendía. Dudo que aún hoy lo entienda. Creo que pensaba que te estabas metiendo en un buen lío... No te importa que hable así, ¿verdad? No tienes más que decírmelo...

—No, no me importa. Quiero saber lo que piensa la gente.

—Mira, está claro que ese no es precisamente el sueño de la mayoría de los jóvenes como tú. Imagino que, cuando entraste a vivir allí, no tenías muchas más opciones. Pero más tarde, pensaba yo, cuando ya hubieras alcanzado cierta estabilidad, te podrías haber mudado a un ambiente

doméstico más adecuado. Por lo que me ha contado el señor Weaver, el matrimonio de la señora Hammond no fue demasiado feliz. Su marido era un hombre huraño, temperamental. Cuando se mató, hubo quien dijo que quizá no hubiera sido un accidente.

Yo me acabé el whisky. Nunca me había planteado por qué me había quedado en Fairfax Street. Y lo cierto es que aquella revelación sobre Hammond fue todo un alivio. En aquel momento, me pareció ver a la señora Hammond en la habitación. Bueno, no la vi, más bien la sentí.

—¿Por qué sigues alojándote allí? —me preguntó la señora Weaver.

—Eso mismo me pregunto yo. Siempre me he sentido como en casa allí, por decirlo de algún modo. Aunque quizá sea por pura costumbre. Creo que me sentía obligado a echar una mano... Al principio, lo elegí porque era barato, desde luego, y porque pensaba que además estaba haciendo una buena obra. Luego, cuando ya llevaba un tiempo viviendo con ellos y me di cuenta del montón de problemas que tenían, empecé a pensar que lo justo era que les echara una mano. Después... una cosa llevó a la otra. Los niños no son precisamente lo que yo habría elegido. Al principio me parecían feos..., solo unos mocosos. Recuerdo que se pasaban el día entero llorando y dando gritos. Aunque imagino que, por aquel entonces, ella estaba demasiado deprimida como para que le importara. No lo sé. Luego empecé a ayudarlos y ellos empezaron a mirarme de una forma distinta; me buscaban. La señora Hammond siempre lo rechazaba... Ya sabe cómo son las mujeres. Pero ella necesitaba lo que yo le daba, y los niños se contentaban con bastante poco. Supongo que, más o menos, he sustituido a su padre. Y esa es la situación ahora mismo. Pero siempre he considerado..., en fin, que yo seguía siendo independiente.

—Y ahora te das cuenta de que no.

—Puede ser. Es que ella no *admite* nada de lo que pasa. Piensa que hago todo esto solo porque así me siento bien. Cree que a mí no me importa nada, nada excepto jugar al rugby, volver loca a la afición y ese tipo de cosas. Es más, se burla de mí por eso. Me toma el pelo con lo de que no tengo sentimientos. A veces me hace perder los papeles, hasta tal punto que no me queda más remedio que golpearla y ese tipo de cosas. Como esta noche. Ella cree que yo solo quiero verla ceder, que, cuando sea totalmente... dependiente de mí, me marcharé y encontraré alguna otra incauta de la que aprovecharme. Eso es lo que piensa. Y, para que parezca que realmente es propio de mí comportarme de ese modo, recurre a todas esas historias que la gente le cuenta sobre mí. Ya sabe, no es más que bazofia. Ella no se las cree, pero piensa que así me tiene controlado. Soy como el burro que va detrás del palo con la zanahoria, intento demostrarle que soy sincero y que pienso de verdad las cosas que le digo, pero, cada vez que ella me contesta que no me cree, pierdo la batalla... Menudo rollo le estoy largando. Espero que no le moleste escucharme. Es esto, o si no...

—No, no, Arthur. No me importa en absoluto. Me dejas bastante abrumada. Me alegra que me lo hayas contado. Sinceramente, no me habría imaginado que las cosas te afectaran tanto.

—Supongo que todo es por mi culpa. Soy un profesional nato. Si no me pagan por algo, directamente no me tomo la molestia de hacerlo. Si me pagaran lo suficiente por sentir, supongo que dedicaría todas mis energías a ello.

—Bueno, esto último sí que parece más propio de tu antiguo yo. Es la típica afirmación bravucona que esperarías de ti. Es la clase de cosa que hace que la gente piense que eres... grande. Pero tus sentimientos sobre la señora Hammond..., eso es algo distinto. *Ojalá* pudieras bajarte un ratito de ese podio al que crees que estás subido todo el tiempo. Por un lado, estoy segura de que

entiendes algunas de las razones por las que la señora Hammond te tiene miedo. Es probable que la hayas convecido mejor que a ti mismo de lo poderoso que eres. Para ti, puede que todo sea un paripé. Pero, para ella, desde mi punto de vista, ver la cantidad de dinero que ganas, las cosas que compras, tu fotografía en el *City Guardian* una vez cada quince días... Todas esas cosas deben de haberla convencido de que eres *muy* poderoso. Debe de preguntarse qué ves tú en ella, y cómo diablos va a conseguir mantenerte a su lado si al final admite sus sentimientos. Son cosas que a ti, como hombre que eres, puede que no se te ocurran. Pero te aseguro que a las mujeres sí se nos ocurren. Ella se encuentra en una situación especialmente vulnerable; es viuda, tiene dos hijos pequeños. Tú eres un hombre joven, y podrías irte casi con cualquier chica de la ciudad y dejarla tirada. Debe de estar aterrada de mostrarte sus sentimientos. En particular si es consciente de que los tiene, si ya se ha visto comprometida.

Después de haber agotado toda la munición, los dos nos arrellanamos en nuestras respectivas sillas. Reinaba un gran silencio en aquella oscura habitación. El reloj con forma de timón de barco seguía haciendo tic-tac, pero no nos llegaba ningún sonido desde el exterior.

—Antes, yo te admiraba mucho —dijo ella—. Ya lo sabes. Y, a pesar de todo lo que ha sucedido, creo que aún te admiro. No me preocuparía tanto por estas cosas si no fuera así. De modo que no creas que estoy tratando de vengarme, Arthur... Cuando a las personas normales y corrientes como tú se las pone de pronto en el candelero, uno puede esperar resultados extraordinarios. Supongo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta. ¿Crees que podría ayudar en algo que yo fuera a ver a la señora Hammond? Es posible que así consiguiera limar asperezas.

—Lo he estado pensando mientras hablaba. Pero probablemente ella recelaría. Sé que no le haría ninguna gracia. Aun así, gracias por el ofrecimiento.

—De acuerdo... —respondió ella, tratando de leer entre líneas—. En ese caso, es mejor que te enfrentes a ello. Pero con un poco más de delicadeza que la que has mostrado hasta ahora. Yo puedo ponerme en el lugar de los dos. El señor Weaver y yo..., parece que siempre estemos mediando entre la gente, tratando de imponer la paz, y aquí incluyo nuestras propias disputas. Creo que, esta noche, el señor Weaver ha ido a casa de Judith Parkes. Para tratar de hallar una solución para sus dificultades, y para las de Maurice. Espero que todo se arregle. En cuanto a ti, llámame por teléfono algún día y dime cómo va lo tuyo.

Me guió hasta la puerta principal para despedirme. Me volvió a dar un par de consejos, y, cuando vio que no había ido en coche, se ofreció a llevarme a la ciudad en el suyo. Yo le respondí que iría a pie o que tomaría el autobús, de modo que ella se quedó de pie en el portal iluminado, mirando cómo bajaba por el camino de grava hasta que me perdió de vista. Entonces oí que la puerta se cerraba, rompiendo la quietud del enorme jardín. Y de pronto me di cuenta de que no le había dado las gracias.

* * *

La señora Hammond ya había entrado en un declive gradual, y esperaba que fuera yo mismo quien forzara una ruptura. La desconcertaba que no lo hiciera, y se preguntaba por qué yo no estaba interesado en casarme con Judith.

—Es una gran oportunidad para convertirte en una figura respetable —comentó con esa voz pausada que acababa de adoptar.

Eso fue lo único que me dijo cuando volví de casa de la señora Weaver. Luego se fue a la

cama y se encerró con los niños en el dormitorio principal. El viernes no fui a trabajar. Intenté hablar con ella sin enfadarme, pero no había manera. Cuanto más trataba de razonar, cuanto más suplicante me ponía, más se convencía ella de que le ocultaba algo. No me quería escuchar. A pesar de todo lo que había oído por ahí y de todo lo que me había dicho, nunca había dejado de creer en mi fidelidad. Ahora, en cambio, no paraba de dar tumbos, moviéndose de una habitación a otra, de una tarea a la siguiente, como si la hubiesen machacado a martillazos. Se trataba de una aflicción física: no conseguía mantener las piernas rectas, ni la cabeza erguida, al caminar. Ni siquiera hablaba ya con los niños.

Cuando le anuncié, después de una llamada a la señora Weaver, que Maurice había decidido casarse con Judith, se quedó atónita. Lo primero que me preguntó fue:

—¿Lo hace por ti?

—No. El niño que va a tener es suyo. —Era la quinta vez que le decía lo mismo.

Parecía ofendida al ver que las cosas se habían solucionado: hasta entonces, había podido utilizar a Judith como la última muleta sobre la que apuntalar la coraza de su orgullo. Incluso llegó a decirme: «Te has librado de esta demasiado fácil», como si creyera que yo tenía la culpa del comportamiento de Maurice y Judith. Parecía que llevara mucho tiempo esperando un escándalo, y que, cuando se destapó lo de Judith, lo hubiese agradecido a pesar del dolor que conllevaba. Una parte de ella estaba encantada con el asunto, porque significaba que podía tomar una decisión. Incluso había estado reuniendo la fuerza mental necesaria para enfrentarse a la ruptura. Y ahora que el momento había llegado, Maurice le había arrebatado la causa, por lo que se había quedado suspendida en el vacío: el suelo había desaparecido bajo sus pies y ya no podía mantener el equilibrio. Por fin estaba claro que yo no había hecho nada malo, pero ella no estaba dispuesta a creérselo. Y juro que, en esos momentos, la habría matado por no darse cuenta de cuánto la había protegido. Pero ella parecía resuelta a continuar igual que antes, como si yo siguiera estando bajo sospecha.

Esa noche me la encontré viendo la tele ella sola. Los niños se habían ido ya a dormir, aunque todavía se oían las protestas de Lynda en el piso de arriba.

Ni siquiera levantó la mirada cuando entré en el salón.

—¿No la has vendido aún?

—No, aún no —dijo ella, sin ningún énfasis, con una entonación que podía significar interés por lo que mostraba la pantalla o bien una falta absoluta de vitalidad.

—Cada vez que entro en esta casa, espero tropezarme con algún vendedor de segunda mano que haya venido a llevarse tu abrigo de pieles y la televisión.

—Si hay alguna posibilidad de que eso suceda, te avisaré con tiempo.

—Pero, según tú, ya no estaré aquí para entonces, ¿no?... Y ellos no se harán esperar. ¿Qué harás, llegado el caso? Últimamente he estado preguntándome por qué nunca le reclamaste a Weaver's una indemnización por daños, después de la muerte de Eric.

Esperé a que ella apartara la vista de la obra de teatro que estaba viendo, pero mantuvo la misma posición encorvada, sin moverse ni un ápice.

—U otro tipo de compensación —añadí—. ¿O es que acaso la cobraste y la pusiste a buen recaudo?

Ella se giró, enfurecida por fin.

—Ya veo que estás medio borracho, don supermán. Que has estado ahogando tus penas. Pero

¿cuánto más piensas denigrarte? ¿Crees que puedes caer más bajo?

—Si me obligas a hacerlo, claro que podré. Y normalmente lo consigues.

—¡Qué habré hecho yo para merecer esto! —exclamó ella, con los ojos vueltos hacia el techo, clavados en el punto donde Lynda ya lloraba sin recato alguno. Agarró un cenicero que nadie había usado jamás y lo arrojó contra la tele. No dio en la pantalla, pero quebró la madera. Los rostros siguieron interpretando sus papeles, como si nada hubiera sucedido. Justo encima había una foto enmarcada. Era yo anotando un ensayo.

—Quiero que te des cuenta de que aún sigo aquí —le dije.

—Ya me doy cuenta. ¡No sufras, que ya me he dado cuenta! Huelo perfectamente el tufo que traes cada vez que entras por la puerta.

—¿Lo dices en serio? Pues, mira, es el olor del trabajo —le contesté—. Es posible que no abunde en esta casa.

—Pero si tú no has dado un palo al agua en toda tu vida. Vives como un mangante, hueles como un mangante... y te estás dando a la buena vida a mi costa.

—Que no llegue a casa gruñendo, soltando tacos y todo sudado como el resto de los cerdos del barrio no quiere decir que no trabaje... ¡Claro que trabajo, hija de puta! ¡Pero tú siempre andas diciendo que soy un vago, joder!

Ella se levantó del asiento y se situó justo debajo de mi barbilla, para poder decirme a gritos todo lo que se había estado guardando durante esas semanas.

—¡Pues muy bien, por mí puedes marcharte ahora mismo e irte con esos cerdos, porque yo no te quiero más en mi casa!

Di un paso atrás para poder mirarla en silencio.

—No me pienso ir —le dije, más calmado—. Me gusta vivir aquí. He pagado muchas de las cosas que hay en esta casa. Me gusta ver que lo que hago por ti te beneficia. Me gusta ver engordar a los niños, que estén cada vez más sanos y un poco más alegres gracias a la vida digna que les estoy proporcionando...

—¡Que te vayas! —chilló ella, y echó a correr escaleras arriba. Debía de haber pensado en hacer esto muchas veces, porque, para cuando llegué a mi habitación, ya me había roto dos o tres camisas. Había sacado el cajón por completo, tenía un pie plantado dentro de él y estaba forcejeando con mi mejor camisa de nailon, tratando de hacerla trizas. El resto de la ropa y algunos de mis libros de bolsillo ya estaban desperdigados por el patio. Mi primer impulso fue matarla. Tirarla por la ventana.

Luego le dije:

—Si me diera por lanzar por ahí todas tus cosas, acabarían igual de hechas polvo que las mías.

Salí al descansillo y ella se arrastró detrás de mí. Entonces cayó de rodillas y juntó las manos en un gesto de súplica.

—Por favor, por favor, Arthur, déjanos en paz.

—No puedo. Te quiero.

Me lanzó un escupitajo a la cara, pero no acertó y aterrizó en mi camisa. Su cara estaba contorsionada, retraída como un alga seca. Unos hilillos de baba le colgaban de la boca, manchándole el vestido gris. Lynda se puso a chillar en la habitación, y luego Ian. Traté de imaginarme qué pensaría la gente que escuchara todo esto desde fuera.

Lynda abrió la puerta despacio y miró a su madre, que estaba sollozando en el suelo. Sentí vergüenza delante de la cría. Ella se precipitó en los brazos de su madre.

—No pasa nada, Lyn. Solo me he caído, tranquila. —Ambas enterraron la cabeza en los hombros de la otra.

Yo bajé al piso inferior y salí a la parte trasera para recoger mi ropa. Al otro lado del patio, se había congregado un buen número de personas, igual que los animales de un rebaño: escuchaban y observaban, hurgaban entre la ceniza, se reían de buena gana, fingían que no había pasado nada. Cuando volví a entrar, ella ya estaba en la cocina. Desde el salón nos llegaban los gritos que alguien daba en la televisión. Un anuncio de detergente.

—¿Te vas ahora mismo, o mañana? —me preguntó mientras observaba cómo le quitaba el polvo a la ropa y sacudía la ceniza que cubría los libros. Parecía que se había apaciguado. Sus manos seguían enrojecidas de rasgar la tela de las camisas.

—No me voy a ir.

—¿Qué puedo darte... a cambio de que te vayas? Te daré lo que sea. Cualquier cosa que esté en mi mano. —Apretó el cuerpo contra la mesa—. ¿Quieres que nos vayamos a la cama?

—No quiero nada de lo que puedas darme. Me voy a quedar.

—En ese caso, tendré que llamar a la policía —dijo, con voz hueca.

—No puedes expulsarme sin darme el plazo de una semana.

—Pues entonces me voy yo. Y me llevo a Lyn y a Ian. Prefiero vivir en un agujero de los patios traseros antes que quedarme aquí contigo. Nos estás envenenando a todos. Escúchalos: están muertos de miedo. —Abrió la puerta de la cocina para que pudiera oír los lamentos de los niños.

—¡Es por tu culpa, cojones! Por ponerte a chillar como una histérica. Más te vale ir acostumbrándote a la idea, porque me voy a quedar. Así gastarás menos energías.

—No se me ocurre mejor manera de gastarlas. Tengo la impresión de que no te das cuenta de dónde vives. De lo que representas para nosotros.

—Lo único que yo veo es la comida que te comes. La ropa que llevas, la forma en que te diviertes. Cuando llegué aquí, ni siquiera tenías ropa interior decente, ¡todo eran andrajos!

—¡Diversión, diversión, diversión! ¡Dices que me divierto! ¡Contigo ahí encima, pisoteándonos! Como nuestro puñetero amo y señor... Lo que pasa es que nos has *obligado* a disfrutar con todas esas cosas. Nos has *obligado*.

—Creo que no valoras una mierda todo lo que he hecho por ti —grité, enloquecido por su asquerosa ingratitud—. Te he tratado hasta mejor que a mis propios padres. ¿Cómo puedes hablarme así? Vives mucho mejor que ninguna de las vecinas de esta calle.

—Estás chiflado. Debes de estar chiflado si crees que algo..., algo de lo que has hecho tiene algún significado para mí. ¡Estás loco de remate! Todo lo que has hecho por nosotros, lo has hecho porque te apetecía a ti. Solamente has hecho aquello que te venía bien. Debes de creerte Dios Todopoderoso..., ahí estirado dentro de tu cuatro latas, con tu televisión y tu mísero abrigo de pieles. ¡Le prenderé fuego a todo! Quemaré todo lo que has tocado. En el mismo minuto en que pongas un pie fuera de esta casa, quemaré todos los muebles y toda la comida que hayas tocado... Es que no te ves a ti mismo. No ves nada. ¡Que vivo mejor que cualquier mujer de esta calle! ¡Pero si mi vida es un infierno! ¡No puedo ni levantar la cabeza, porque en cuanto lo hago alguien me señala y me dice que soy tu... furcia!

—¿Quién dice eso?

—¡Que quién lo dice! Lo que hay que oír. ¿Que quién?... —Se atragantó con una carcajada, una carcajada que le su-bió desde la barriga y que se quedó estrangulada por el camino—. ¿Acaso Dios se ha ofendido porque alguien me llama furcia? ¿Acaso Dios va a salir ahí fuera, con su cochazo, para pegarles una paliza..., para pegarles una paliza a quienes no le dan ni los buenos días a este desecho humano? Pues nada... ¡Pégales! ¡Masácralos! ¡Vete y muélelos a palos, hazlos picadillo, que no les quede ni un hueso sano! Pero asegúrate de que no lo vuelven a hacer nunca más... Todos se ríen de ti. Eso sí que te sorprende, ¿verdad? Que todos te señalen con el dedo. ¿No lo sabías? Pues todos piensan que intentas ser distinto, alguien especial. Todos te señalan con el dedo. Y me señalan con el dedo *a mí*. Y a Lynda. Y a Ian. Solo porque sales por ahí a darte pisto todos los sábados, delante de miles de personas. Es como si estuviésemos marcados: una familia de lisiados. Has dejado tu huella maloliente sobre todos nosotros.

—Los vecinos de al lado deben de estar contentísimos de oír todo esto.

—No más..., no más de lo normal. Escuchan lo mismo todas las noches. Esta noche no es distinta... Si lo que quieres es ese plazo de una semana, ya lo tienes.

Se dobló por la cintura y descargó un fuerte alarido sobre el fuego de la chimenea. Iba dedicado a los vecinos de al lado, a los Farrer.

—¡Son ustedes mis testigos! —les gritó—. Para cuando venga la policía. Le doy el plazo de una semana para que se marche, desde esta noche.

—No creo que ellos estén tan mal de la cabeza como tú. No hace falta que te pongas a chillar como una lunática...

—No, no creo que sean como yo. Sé que no lo son. Son mucho mejores. Todo el mundo es mucho mejor que yo. Antes de que llegaras... tú no lo sabes, pero se me respetaba. Toda la gente de por aquí, todos los vecinos de la calle... Todo el mundo, todos me respetaban. Me consideraban una buena persona, que había educado bien a Lynda... Pero no pienso ocultarme. Yo no me engaño a mí misma. No soy como tú. Yo sé quién soy.

—Te sientes así porque estás asustada...

—¡Tú no me conoces!

Se paseó por todo el cuarto, echó un breve vistazo por la ventana y luego volvió a mirar las paredes.

—Claro que te conozco —repuse—. No puede ser de otro modo. Llevo mucho tiempo viviendo aquí.

—No, no me conoces. A ver, ¿cómo me vas a conocer? Si no te miras más que a ti mismo. Cuando era joven... Antes, me sentía joven. Tú solo haces que me sienta vieja. Desde que llegaste, solo soy una vieja. Y lo he intentado. He intentado arreglarlo. Lo he intentado una y otra vez... Yo quería... Solo quería que me dejaran en paz. No te quería en mi vida. Yo no te pedí que vinieras a entrometerte en mis asuntos.

—Pero has aceptado todo lo que te he dado. No me digas que no querías tener a alguien. Te he tratado como a una reina. Basta con que mires a tu alrededor y podrás ver todo lo que te he dado.

—¿Quieres parar de una vez? No entiendo qué tratas de conseguir con todo esto. —En ese momento, me pareció que no diría nada más, que ya había acabado y que estaba a punto de marcharse. Pero añadió—: ¿No puedes metértelo en la cabeza? No te necesito.

—El problema es que te saca de quicio ver a alguien que no va por ahí arrastrándose. ¿Verdad

que sí? Quieres que me arrastre como todos los demás..., igual que se arrastraba Eric. Mira a todo el mundo que nos rodea. Mira a esa gente que no te da ni los buenos días, que no te dice: «Me pones mucho, vamos a divertirnos». Entre todos ellos, no hay ni un maldito hombre de verdad. A todos se les nota la chepa cuando caminan, se ve de lejos que están dispuestos a dejarse pisotear. Ni siquiera tienen agallas para levantarse y andar con la cabeza alta, como yo. Y, solo por eso, tú tratas de convencerme de que el que da asco soy yo. ¡Yo!

—¿Quieres callarte de una vez?!

—Cierra el pico un minuto y escúchame. Esa gente quiere que tú también actúes así. Si no son amables contigo, es porque las cosas te están yendo bien. Si no tuviéramos dinero, ni co-che ni abrigo de pieles, les daría igual que hubiera cien hombres viviendo aquí. Lo único que quieren es verte hundida en la misma triste montaña de mierda que ellos. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? Yo podría contarte un par de cosas que me ha dicho la gente por ahí, cosas que te harían caerte de culo. Y todo porque soy jugador de rugby. ¿O acaso no es así? Tú *sabes* que es así. ¡Admite que es así!

—No lo sé. Ni siquiera tú mismo lo sabes.

—No, yo sí lo sé. Me odian, te odian *a ti...*, hasta odian a Ian y a Lynda. Lo que pasa es que tú no quieres verlo. Por alguna estúpida razón sin sentido, prefieres pensar como ellos.

Ella se retorció contra la mesa y empezó a golpear el tablero para obligarse a callar. No paraba de menear la cabeza: se movía exactamente igual que si yo la tuviese agarrada físicamente y ella tratase de liberarse.

—Tú no tienes ni idea. ¡Nunca has perdido nada en toda tu vida!

Alguien, el señor Farrer, se había puesto a aporrear el tabique. Luego empezó a hurgar con un palo en la parte de atrás de la chimenea. Yo respondí dando unos cuantos golpes con el atizador, y un fragmento de escayola cayó sobre las ascuas. Fuera, los niños correteaban sobre las cenizas, jugando y gritando.

—La policía llegará en cualquier momento —le dije—. Más vale que empieces a sacar la cerveza y que enciendas la lumbre.

—No hay nada limpio a tu alrededor —murmuró—. Manchas todo lo que tocas.

—Eres demasiado sentimental. A mí tampoco me gustan estas peleas, pero no protesto. La gente de la que te hablo... son mis amigos, mis fans. No me importa lo que piensen. Si me dicen algo sobre el asunto, les parto los dientes de un puñetazo y punto. Yo no me quejo de nada. Pero a ti..., a ti te ofende que intente ayudarte.

Me miró pensativa, aturdida, como si acabara de revelar algo nuevo.

—Gracias a Dios, hay una parte de mi vida que nunca has tocado. Eso es lo único limpio que me queda —dijo—. Y supongo que es justo eso lo que te duele de verdad. Por fin me he dado cuenta. Debes de odiar a Eric. Porque es lo único que no puedes tocar. Él me da fuerzas para salir adelante. A pesar de todo. Él, Lyn e Ian. Son lo único bueno de todo esto...

—Venga, va... Corta el rollo. Si quieres, puedes volver a co-locar las jodidas botas en la repisa de la chimenea. Vamos a ponernos todos de rodillas y a rezar por el alma del bueno de Eric, el amantísimo padre de esta familia.

—Cuánto debe de *dolerte* —dijo ella, con todo el ensañamiento que le proporcionaba saber por fin lo que me hería de verdad.

—Desde luego, nunca he visto un disparate semejante: tener las botas de un muerto sobre la

chimenea. Cielo santo, hoy en día encierran a la gente en el manicomio por bastante menos. Hasta les das brillo. Como si él estuviese a punto de entrar en la habitación. A estas alturas, sé lo suficiente sobre ti como para hacer que te metan en una celda acolchada el resto de tu vida.

—¿Qué...? ¿Qué vas a saber tú? ¿Acaso tienes alguna idea de lo bueno que Eric fue conmigo, de cómo nos trataba? ¿Cómo vas a saber lo que un padre como Dios manda hace por su familia? ¿Lo mucho que trabajaba? ¿Qué sabes tú sobre Eric?

—Por lo que he visto en su propia casa, el cabrón tampoco debió de hacer mucho por vosotros. Sé que se rebanó las tripas con una lima. Era tan buen padre que prácticamente se quitó la vida en aquel torno. No fue ningún accidente...

Ella se tambaleó contra la mesa.

—¡Dios! ¡¿Me quieres matar?! —gritó—. Me tratas como si no existiera. Para ti, no soy nada. Me haces sentir que no soy nada. Todo lo que hago, tú te lo cargas. No me dejas vivir. Me haces sentir que no existo.

Se sentó en una silla y se apartó el pelo de la cara con la muñeca. Estaba exhausta, sin aliento, y sollozaba.

—Quiero vivir contigo. No quiero destruirte.

—Da igual lo que yo haga, tú nunca le das ninguna importancia. Me haces sentir como si estuviera muerta.

—¡Pero yo te quiero! —chillé.

—Solo soy esa cosa que no puedes tener, a diferencia del resto.

Parecía haberse alejado muchísimo de mí; era como si se estuviera desvaneciendo poco a poco.

—No quieres que me vaya, ¿verdad? *Dime* que no. *Dime* que no quieres que me vaya.

—No quiero que te quedes aquí —dijo ella con lentitud, con esfuerzo, recitando una idea a la que se había acostumbrado tanto que ya no podía prescindir de ella. Continuaba sentada, muy quieta. Tenía los ojos vidriosos. De no haber sido por su boca, que seguía repitiendo lo mismo, habría pensado que estaba muerta.

2

Al llegar a Primstone el sábado por la tarde, vi que habían tachado mi nombre en la hoja que mostraba la alineación. Nadie supo decirme por qué, más allá del hecho de que no me había presentado al entrenamiento del jueves. Los de la junta me mandaron a hablar con George Wade, pero resultó que ese día no se encontraba en el estadio. En cualquier caso, no tardé en darme cuenta de que no estaba preocupado. De hecho, sentía alivio. No quería jugar al rugby nunca más, y este era el mejor atajo posible para ello.

De modo que conduje hasta la casa de la señora Hammond y cargué todas mis cosas en el maletero. Cuando llegué, estaba encerrada en la cocina con los niños, igual que en todas las demás ocasiones en que yo había pasado por casa ese día, así que no me despedí.

Me pasé un buen rato dando vueltas y vueltas por la ciudad. Desde el coche podía oír perfectamente a la afición de Primstone. Nunca antes me había percatado de cómo el valle se llenaba de ese bramido: en Market Street, que estaba a rebosar, los clientes de los comercios giraban las cabezas como flores pálidas en dirección al estadio. Me paré allí un momento para comprar un ejemplar de *Alguien de ahí arriba me tiene simpatía*.

Fui a un sitio cercano a la terminal de autobuses, donde había estado hospedado años atrás, cuando me marché de casa de mis padres. Ahora lo llevaba otra gente. Había dos tipos dormidos en la habitación cuando Cameron, el nuevo dueño, subió conmigo las escaleras y me la enseñó. A juzgar por los objetos que había esparcidos por el cuarto, deduje que serían revisores de autobús. En la ventana habían pegado unos escudos de Eire y un desnudo. El hospedaje costaba una libra a la semana, y medio dólar por el desayuno. Había vuelto exactamente al punto de partida.

Pagué al dueño y fui a sentarme en el coche; lo había dejado aparcado en un solar detrás del edificio. Leí el principio de las memorias de Graziano y luego me quedé dormido.

Casi era medianoche cuando volví a la habitación. Los otros dos ocupantes ya se habían marchado. Debí de pasarme más de una hora allí tendido, despierto, antes de quedarme frito. Cuando me desperté por la mañana, percibí inmediatamente el ruido de las pesadas respiraciones de mis compañeros de cuarto. Había dos botellas de cerveza y un despertador nuevo sobre la mesilla, junto a sus camas. Encima de la cómoda, vi otra botella, esta vez vacía, apoyada sobre un número de *Bellezas de Inglaterra*.

Cameron estaba sentado junto a las escaleras de la entrada. Llevaba una camiseta interior y estaba leyendo un periódico dominical. Se puso las manos en la frente a modo de visera para protegerse del sol de la mañana.

—¿Qué tal has dormido, apisonadora —dijo—, con esos dos despertadores al lado?

—Ni siquiera los he oído entrar.

—¿No te han quitado el dinero que llevabas en los bolsillos? —Me instó a que me los revisara—. ¿Quieres desayunar algo?

—No hace falta, ya me iba.

—Bueno, eso me ahorra bastantes problemas... Con tal de que no vengas a pedírmelo más tarde. En mañanas como esta, me veo obligado a preparar desayuno para catorce. Es una auténtica lástima, ¿no te parece?

—Cobras lo suficiente por ello. ¿Por qué te preocupas?

—No, si no me preocupo —afirmó, mirando vagamente al vacío—. A menos que tú vengas a pedirme el tuyo. Por eso te he mirado raro cuando has salido hace un momento. Tal vez te hayas dado cuenta. Siempre le echo esa mirada a la gente cuando me parece que pueden causarme problemas. Normalmente funciona, los echa para atrás.

—Pues yo ni me he enterado —le dije.

—¿Ah, no? —Su mirada, levemente asombrada, se transformó en un gesto de inquietud. Seguramente se estaría preguntando qué había hecho mal—. ¿Te llamas Arthur Machin?

Cuando asentí con la cabeza, él procuró componer una expresión de seriedad, o quizá de interés.

—Eso me pareció, cuando llegaste ayer. Te reconocí. Te he visto jugar en Primstone alguna vez. —Pasó unas pocas páginas del periódico que estaba leyendo—. ¿A qué has venido a esta zona de la ciudad? ¿A buscar aire fresco? No habrá ningún lío de por medio... ¿verdad?

—No.

—Pues te tomo la palabra. Y recuerda lo que te acabo de decir. Mira, a mí ni me va ni me viene quién se aloje aquí, Marilyn Brando o quien sea, no soy quisquilloso, pero, si hay líos de por medio... No, gracias. Los hombres como yo creemos en la paz absoluta. Nada de peleas ni de líos, nada de eso. —Extendió ambos brazos como si quisiera eliminar cualquier rastro de conflicto de su cabeza—. Personalmente, preferiría dormir en la casa.

—¿No vives aquí?

—Yo y la parienta vivimos en el garaje de atrás. Puedes pasarte alguna vez, cuando no estemos en casa, y echar un vistazo. Es bastante acogedor. Por cierto, ¿ese coche que hay en la parte de atrás es tuyo?

—Solo lo dejé ahí para la noche.

—Eso es algo que quería comentarte, apisonadora. No es una buena zona. Los mocosos del barrio son como las malas hierbas, salen de debajo de las piedras. Si lo dejas ahí aparcado demasiado tiempo, acabará hecho chatarra. Más te vale aparcarlo en esta calle, para que podamos tenerlo vigilado. Y, si en algún momento quieres limpiarlo, avísame. Te lo hago por un dólar.

Le dije adiós con la mano cuando pasé por delante con el coche, y observé su figura en el espejo. Se había levantado, impresionado, y me siguió con la mirada hasta que desaparecí de su vista.

—¡Pero bueno, si es el hombre de la Pru!^[1] —dijo Frank al levantar la cabeza del hoyo que estaba excavando—. Me alegra que hayas venido, Art. —Sacó las botas de la tierra removida y empezó a limpiarse el lodo acumulado contra los adoquines del sendero—. A la mujer la tengo aún en la cama, pero se levantará en cuanto oiga que has venido.

—Hola, señor Machin —me dijo su hijo, un chaval de doce años, desde la puerta trasera;

luego salió como una flecha escaleras arriba, para avisar a su madre.

—¿Adónde fuiste ayer? —me preguntó Frank, señalándome con el dedo la ruta que debía conducirme hasta la sala de estar. Él se quedó en la cocina quitándose las botas—. Todos pensaban que te habías ido de mala gaita.

—Puede que tuvieran razón.

—Ya. La verdad es que me chocó. Pero, oye..., ¿dónde anduviste el jueves? Riley me dijo que te habías pasado para recoger la paga, pero nadie más te vio aparte de él.

Justo en ese momento resonó la risa de la señora Miles, que acababa de entrar en la habitación.

—Cómo me alegro de verte, Arthur. Últimamente no se te ve el pelo por aquí..., salvo por lo del canódromo, quiero decir. Vete a hervir agua para el té, Kenny —le ordenó al niño—. Si quieres tomarte un té, Arthur, mientras desayuno... Estaba a punto de levantarme cuando he oído tu coche.

—Hoy mamá se ha quedado en la cama hasta tarde —dijo Frank—. Y fíjate... yo, en cambio, he empezado a las seis y media.

—Es que es incapaz de cambiar ese hábito... Lo de levantarse temprano para el turno de mañana.

—Tiene razón. —Frank admitió esa falta con seriedad, como un niño mayor—. En cuanto dan las cinco y media de la mañana, ya no puedo dormir mucho más. Desayunaré un poco contigo, cariño. Y prepara un par de huevos más para Art.

—¿Es que no has desayunado? —me preguntó Elsie.

—Salta a la vista que no —dijo Frank—. Si ni siquiera se ha afeitado. Haz lo que te digo, anda; nosotros estaremos en el salón.

Elsie hizo un gesto significativo con la cabeza.

—Siento que ayer te sacaran de la alineación, Arthur.

—Ya, cariño —remachó Frank mirando a su mujer.

Entramos en el salón y él cerró la puerta. Dentro de aquel espacio limitado, parecía un coloso; se veía obligado a inclinar su cuello de toro por miedo a chocarse con el techo.

—Veo que has venido en coche —dijo señalando la ventana con un gesto de la cabeza; el techo del vehículo asomaba por encima de un seto—. Lo cierto es que no me lo esperaba, Art. Lo de ayer. No supe nada hasta las dos y cuarto. No es propio de Wade tachar un nombre de la alineación y salir corriendo sin más. No se dejó ver en ningún momento del partido.

—Supongo que no puedo culparlo. Seguramente se siente mal por ello.

Frank se sentó en el sofá de la sala, que se combó y se aplanó bajo su peso.

—¿Por qué crees que te han sacado? —me preguntó, con gesto serio.

—Ya deberías saberlo, Frank... Llevo demasiado tiempo jugando mal. No me presenté al entrenamiento el jueves, y no alegué ningún motivo. No voy a culpar a nadie de que pasaran de mí... Pero, en realidad, no he venido aquí por eso.

El asombro fue adueñándose poco a poco de su cara.

—¿Tienes algún problema, Art? —En ese momento, me pareció que tenía el aspecto de un gran perro dolorido.

—La señorita me ha echado a patadas de casa.

Él se quedó un rato pasmado, asimilando la noticia. Oíamos a Elsie hablando con Kenny en el

cuarto de al lado.

—Pero si has estado con ella más de tres años. —No lograba contener el tono de reproche que se colaba en su voz.

—Yo no quería irme. En realidad voy a intentar volver, pero antes tengo que darle un poco de tiempo para que se calme. Las cosas han ido poniéndose cada vez más feas... Y parece que esta semana han estallado.

—Uf, Art, ya sabes que yo nunca meto la nariz en los asuntos de los demás, pero, si te soy sincero... y entenderás por qué te digo esto... no me sorprende. Para mí es un misterio cómo te las has arreglado para salir del paso hasta ahora. Me superaba verte caer una y otra vez en las redes de Weaver... porque no te ha hecho *ningún* bien. Llevo más de doce años en esto, y dudo que él y yo hayamos hablado más de un par de veces en total.

—Hay gente que siempre se está metiendo en líos, Frank. Y otros que no.

—Sí, sí. Y ahí estabas tú, salido de la nada, y de repente tenías un coche y a Weaver a tu entera disposición. Ya entonces te lo advertí... —Meneó la cabeza para expresarme su censura, en un gesto severo que iba acompañado de cierta exasperación—. Me sulfura verte en esta situación porque esta historia no tiene nada que ver con el rugby. Y tú no eres *nada* sin eso, Art, ni en tus relaciones sociales ni en cualquier otro aspecto. Es decir... —se inclinó hacia delante alzando un puño enorme—, el rugby es un gran deporte. Es casi el único deporte de hombres de verdad que nos queda, y está echándose a perder por culpa de esa gente que intenta convertirlo en otra cosa. Todos los líos que tienes ahora, Art, proceden del mismo origen: piensas que to-da esta mierda te viene pequeña. Y, si hay alguien que ha contribuido a meterte esos aires de grandeza en la mollera, ese es Weaver. He estado tentado de decirte esto muchas veces, así que espero que no te importe que ahora me desahogue. Subiste como la espuma en Primstone, y, si no quieres bajar con la misma rapidez, tendrás que replantearte algunas cosas. Lo que te decía antes de que esto me sulfura... En realidad, lo que me sulfura es que George Wade me comentó que te tenían en mente para ser capitán cuando yo me fuera. Así que ahí lo tienes: por eso me afecta tanto. Me he pasado años construyendo ese equipo poco a poco, y ahora todo se ha jorobado porque tú has querido lamerle el culo a Weaver, y por los líos que te traes con esa tal señora Hammond. Por Dios, Arthur, estás a punto de tirarlo todo por la borda.

—¿Y qué crees que debo hacer? No quiero volver a jugar al rugby. ¿Crees que debería ir a ver a Wade y decírselo?

—Eso tienes que decidirlo tú. Yo no sé qué es lo que debes hacer. Solo sé que te has puesto las barreras tú solito: si sigues así, no podrás seguir jugando. Si lo que está en la raíz de todo esto es esa tal señora Hammond, yo diría que debes arreglar las cosas con ella. Es decir, ¿qué significa para ti esa mujer? Sé que lleva un montón de tiempo presente en tu vida, pero... ¿qué se supone que es para ti? ¿Pensabas casarte con ella o únicamente la tenías ahí para no dormir solo? Y, por cierto..., no le he comentado nada sobre la señora Hammond a la parienta; ni siquiera sabe que existe, así que no se lo comentes. Cree que eres un chico muy formal que no se mezcla con golfas.

Como había ido allí buscando muestras de una empatía más o menos bobalicona por parte de Frank, aquel discurso me dejó desarmado: no sabía qué más decir. Él, por su parte, me permitió darle un par de excusas, pero lo único que me dijo fue que debía «arreglar las cosas con la señora Hammond». Cuando Elsie tocó la puerta y asomó la cabeza tímidamente, nos encontró a los dos plantados el uno junto al otro, mirando en silencio por la ventana.

Me pasé todo el día con Frank, cavando en el jardín y jugando con Kenny, y, después de comer, me los llevé a dar una vuelta en el coche. Al anochecer llegaron unos invitados de Elsie, que también se pusieron a jugar con Kenny y luego se enfrascaron en una partida de cartas. Debo decir que las familias me matan. Cuando el chaval se fue a dormir, yo lo utilicé como una excusa para marcharme, y Frank no opuso ninguna resistencia. Se limitó a acompañarme fuera y soltarme un par de palabras de despedida mientras los demás me decían adiós con la mano desde la ventana.

Cuando regresé, la puerta principal estaba cerrada: cerrada con llave o bien atascada. Había una luz encendida en uno de los cuartos del piso de arriba. Aporree la puerta, pero no hubo respuesta, y tampoco sucedió nada cuando tiré una piedra contra la ventana iluminada.

De modo que rodeé la casa y vi que había una luz en la parte trasera, en el garaje, y que una de las puertas más grandes estaba semiabierta. Una mujer, vestida solo con una falda y con los pechos colgantes como un par de sacos, se escondió detrás de una cortina.

—¿Sí? —me dijo.

—No puedo entrar. La puerta principal está cerrada.

—No se puede usar la puerta principal por la noche —me advirtió—. Hay que usar la de detrás. Si ves que está atrancada, empuja. No hay pestillo.

Su sombra aguardó tras la cortina hasta que me oyó marcharme. Subí los doce escalones que había al lado del garaje y empujé la puerta, que se abrió sin problemas. Desde el piso superior me llegaba el ruido de una celebración, y, cuando crucé el umbral de la habitación iluminada, una pareja dejó de bailar y trastabilló con una botella. Los dos se quedaron mirándome pasmados, con la mirada fija en algún punto situado al nivel de mis rodillas.

—Que te follen, irlandés de mierda. No fisgues en cuartos ajenos —dijo el hombre, y cerró la puerta de una patada. Luego los oí discutir y, cuando ya estaba al fondo del rellano, la puerta volvió a abrirse y el hombre asomó la cabeza—. Macho, lo siento si he sido maleducado —se disculpó, gritando a voces—. Freda dice que entres y te tomes algo con nosotros.

—No pasa nada —respondí—. Ya me iba a dormir.

Él volvió a entrar en la habitación.

—Ni siquiera es irlandés, ¿qué puñetas quieres? —le preguntó a la chica antes de cerrar con un sonoro portazo.

En nuestra habitación solo había un irlandés. Iba vestido con el uniforme de revisor de autobús y parecía recién salido de una pesadilla: llevaba puesta la chaqueta, pero no los pantalones, y cuando aparecí en escena me miró con la boca muy abierta.

—Hola, monstruo —me dijo—. ¿Y tu media naranja?

—No tengo. Estoy solo.

—Pues gracias al cielo. Pensábamos que venías con alguna muñequita. No tendré que ponerme los pantalones... No eres irlandés, ¿no?

—Soy de aquí.

—¿De esta ciudad? —dijo, y se tambaleó de pura sorpresa. De pronto estaba tratando de imitar al típico irlandés de película—. ¿Entonces eres un inglés nativo, de pura cepa y tal? ¿Qué se te ha perdido en esta pocilga, hijo?

—Estoy de vacaciones —le contesté, y me senté en mi cama.

—¡De vacaciones! Pues no le veo yo la gracia a esto. Espera a que se entere mi colega... que

está debajo de la puta cama. Eh, irlandesillo. Que ya puedes salir. Venga, sal de ahí.

Se inclinó y metió el brazo debajo de la cama, buscando a tientas al otro. Luego se enderezó enseguida, sin siquiera pararse a respirar. Se había puesto rojo.

—Es un irlandés de la mejor clase...: un irlandesillo ucraniano. ¿A que sí? —dijo, y justo en ese momento apareció un hombre de pelo claro vestido con unos calzoncillos y una camiseta interior. Llevaba en la mano los pantalones del uniforme y sonreía con gesto nervioso—. Creía que venías con una señorita... por eso el chaval se ha escondido debajo de la cama... Cualquiera habría dicho que era una piscina de treinta metros de profundidad, por cómo se ha zambullido el tío. Oh, Dios, pero ¿qué digo? Me va a partir en dos. Quería decir lituano. Siempre confundo a la gente del este.

—¿Habla inglés? —le pregunté.

—Pues claro —dijo el lituano, con un leve acento irlandés—. Avancen por el pasillo, por favor. Basta ya, no quiero a nadie de pie. Al fondo del autobús, si *no* les importa. ¡Que hay tarifas de transporte, cabrones! —recitó, poniendo mucho énfasis en su exhibición.

—¿A que suena casi igualito que los irlandeses? —dijo su amigo con orgullo—. Me puedo pasar horas y horas escuchándolo; habla mi propio idioma mejor que yo mismo. Ahora ya sabes a qué se refieren cuando dicen que Shakespeare era ruso.

A continuación, acabó de desvestirse y se puso un pijama verde. Aún seguían parlotando cuando la música cesó al otro lado del rellano y el resto del edificio y la calle se quedaron en silencio. Los tres estábamos tumbados en nuestras camas, escuchando al irlandés mientras leía en voz alta los titulares y nos iba pasando las fotografías de su número de *Bellezas de Inglaterra* para que pudiéramos echarles un vistazo.

—Yo antes trabajaba en la cantera —me explicó el lituano, alzando la voz por encima del murmullo de su amigo—. Pero vosotros, los ingleses..., te digo que vosotros también trabajáis ahí abajo, en el mismo hoyo. En mi caso, me retiré por las malas, por problemas de salud... Y ahora tengo una enfermedad del pecho. El médico me recomienda aire fresco y permanecer en espacios abiertos.

—Por eso, cada vez que el autobús llega a una esquina, él se planta justo al lado de las puertas. Para respirar una bocanada de aire con cada giro de la carretera —dijo el irlandés—. ¿Qué os parece esta? «Una estrella en sus ojos y el sol en su sonrisa.» ¿Y esta otra? «Se hace la estrecha, pero tiene una carrera en la media.» Menudo subidón, ¿verdad?

—Pero ya estoy mejor de salud. De eso, no hay duda. Pronto tendré fuerzas suficientes para volverme comunista y regresar a mi país.

—No sé si te lo he dicho, quizá se me haya olvidado... Pero yo soy republicano —me dijo el irlandés—. ¿Entiendes lo que te digo? *Re*-publicano.

—Mí familia y todos mis parientes lejanos viven en Vilna, casi en la frontera con el país vecino. Lo cierto es que tengo muchas ganas de volver. Este clima, con este tiempo todo el rato... Y además el casero... No es la clase de persona que me gusta tener viviendo en la puerta de al lado. Cameron, y esa mujer suya. Deberías conocer a la mujer. Da muchísima lástima. Si fuera él solo, no estaría tan mal. ¿No los has visto? Viven en un garaje, en la parte trasera del edificio.

—Sí, lo he visto al llegar, esta noche.

—Pues entonces ya te habrás dado cuenta. Debe de ganar unas veinte libras a la semana con el alquiler de las habitaciones, pero el tío vive en un garaje. No es exactamente lo que uno esperaría

encontrarse en un país ultracivilizado.

—Y, entonces, ¿por qué cojones vives aquí? —le preguntó su amigo—. Mirad esta: «Un Cuerpo Celestial detenido por los agentes del espacio». ¿No creéis que este poli tiene pinta de marica?

—Este país es como un coche: el motor y las piezas funcionan de maravilla, pero va directo a...

—¡Oh, venga ya, deja de soltar sandeces! —lo cortó el irlandés—. Cada vez que conoce a alguien, le larga el mismo rollo. Mirad esta otra. Es bastante pornográfica, ¿no os parece? Han intentado bajarle un poco el tono poniendo ese faro al fondo.

Aquellas voces irlandés-lituanas apaciguaron el dolor que me ametrallaba un rincón de la mente, y poco a poco me fui quedando dormido. Finalmente caí rendido cuando la luz se apagó de pronto y el irlandés exclamó:

—Ese hijoputa de Cameron ha quitado las luces. Justo acababa de llegar a la de la Novia en el Baño.

Pensé por un segundo en el dinero que tenía en el bolsillo y en las llaves del coche, pero el esfuerzo que habría tenido que hacer para levantarme era excesivo, de modo que sucumbí.

La alarma me despertó como un puñetazo.

Me incorporé en la cama y me senté, creyendo que todavía estaba en casa de la señora Hammond y que la alarma había sonado por error. Los otros ya se habían levantado y se estaban abotonando los uniformes.

—Ya hemos extinguido el fuego, capitán, todo está bajo control —dijo el irlandés.

—A trabajar —me dijo el lituano—. Yo entro a las cinco y veinte, e Irlanda entra a las seis menos cuarto. ¿Tú no trabajas?

—Se me olvidó decírtelo anoche —intervino el irlandés—. Está de vacaciones. —Se volvió hacia mí y me dijo—: Que te lo pases bien en la playa hoy. —A continuación, los dos se fueron al cuarto de al lado a despertar a alguien más. Oí que el agua borboteaba y salpicaba en algún sitio.

El lituano me deprimía: me parecía un hombre fuera de lugar, en todos los sentidos posibles. Me quedé dormido de nuevo con su voz resonando dentro de mi cabeza, aunque en algún momento creí oír al irlandés, que se asomaba por la puerta y me decía:

—Casi se me olvida. Algunas mañanas la mujer de Cameron se pasa por aquí a limpiar un poco. Si te dejas algo de dinero en los bolsillos, ella se lo tomará como una propina. Así que asegúrate de que solo le dejas tu suciedad.

Cuando el sol iluminó mi parte de la habitación, me senté en la cama y me puse a leer *Alguien de ahí arriba*. Todo el edificio estaba en silencio, probablemente desierto, pues la gente debía de haberse ido a trabajar. Pensé en ir a la fábrica, pero luego miré el reloj despertador y cambié de idea. Cuando me levanté, descubrí que todo el dinero suelto que tenía en los bolsillos había desaparecido.

Me di una vuelta con el coche por toda la ciudad y saqué algo de dinero en el banco. Después, cuando enfilé Market Street, vi a Johnson a lo lejos; estaba dando uno de sus paseos matutinos. Me sentí tentado de acercarme a charlar con él, de preguntarle cómo se encontraba, pero en vez de eso me llegué a una gasolinera y llené el depósito. Cuando volví a salir a la calle, él ya había desaparecido.

Desde lo más alto del valle, la vista de la ciudad, que desarrollaba su actividad normal sin mí, me hizo sentir como un marginado; como un proscrito. Ahora ya no estaba autorizado a vivir allí. Detuve el coche junto al castillo de Caulsby. En el aire flotaba el típico olor a trabajo. Los camiones de la Asistencia en Carretera estaban empezando a descender por el valle con el objetivo de dejarlo atrás: las autovías se veían negras y móviles, y la ciudad en sí misma era una especie de bosque donde los insectos circulaban por entre la enmarañada vegetación de edificios y los árboles atrofiados de las chimeneas de las fábricas. Los seis conductos metálicos de la planta química, unidos entre sí como dedos vendados, expulsaban una neblina rojiza de gases nitrosos por encima del río. Junto a la acería de Harris, un tubo negro y esbelto escupía un vívido matorral de vapor blanco, que se quedaba atascado en el aire durante varios minutos antes de ceder y convertirse en un chorrito exhausto y perezoso. De cuando en cuando, una de las rechonchas chimeneas despedía una enorme cinta de negras termitas, una gran humareda que se desparramaba por el valle y que se iba enroscando por encima de la cresta de tierra hasta amortajar el tétrico hospital Riding, desde el que se dominaba todo Highfield. Más allá, muy cerca de un flanco del valle, donde la carretera describía una curva entre los árboles antes de ascender hasta Sandwood, y justo por debajo del cementerio sobresaturado y cubierto de malas hierbas, el frenético jadeo de la caldera de la fábrica de la-drillos reverberaba como el motor de una locomotora que tratara de insuflarle vida a una larga hilera de vagones. El vapor ascendía de ella en ráfagas veloces, formando unas gruesas columnas que finalmente estallaban y desaparecían con el viento. Y despatarrada en el valle, a los pies de la ciudad, con sus dos enormes extremidades extendidas como si fuera un cadáver tumbado sobre la espalda, estaba la central eléctrica: el único edificio nuevo en aquel paisaje. Parecía una especie de presa que contuviera a toda la ciudad, impidiendo que esta se acabara desbordando más allá de los límites del valle e inundara los pequeños campos de Stokeley, rodeados de altos setos. En algún punto debajo de todo esto, había una persona a la que conocía: en mitad de toda esa maraña de detalles, había una manchita, una mota en ese paisaje de cientos y miles, un borrón en la tupida cuadrícula de calles. Pero, al mirarlo todo desde aquí arriba, ella no contaba, y yo podía sentirme como Dios.

En los siguientes días, nadie intensificó más mi sensación de aislamiento que el lituano. Es probable que su exilio me doliera más a mí que a él mismo. Tres días de soledad fueron suficientes para que cambiase mi perspectiva general sobre las cosas. Parecía como si, de repente, alguien me hubiese arrojado encima todas las deudas que había ido acumulando a lo largo de mi vida, y como si ahora me instara a saldarlas, porque si no... La sensación de vacío arrasaba cualquier otro sentimiento que yo pudiera albergar en mi interior acerca de las personas y de los lugares que me rodeaban. En mi imaginación, me identificaba con la señora Hammond de cuando nos conocimos. Y me alegraba de ello. Solo me sentía a salvo en el interior de mi coche; nunca antes había estado tan orgulloso de él. Ya había terminado *Alguien de ahí arriba me tiene simpatía*, y ahora acababa de comprarme *Amor mañana*. En este último, un sabueso llamado Stulton («Peñazo» para los amigos) tenía que resolver un caso en una ciudad americana cuyo nombre no recuerdo. Pero el tío va y se enamora de la chica del malo, y ella se enamora de él. Aunque está metida hasta el cuello en la panda de los malos; tanto que, como es de esperar, al final la liquidan. Stulton pierde el norte, se enfrenta con los malos y se los carga en un abrir y cerrar de ojos. Cuando quiere darse cuenta, mira a su alrededor y ve que no le queda nada. La chica está muerta, y él no quiere seguir viviendo. Al final se mete en el coche y sale de la ciudad. Tras pasar por el peaje de la autopista, pisa el acelerador a fondo y, en un segundo, lo deja todo

atrás: ese lugar, la gente, sus recuerdos. La carretera vacía se extiende ante sus ojos. El coche la enfila como una flecha. Poco a poco, él empieza a sentirse mejor y se pone a pensar en la siguiente ciudad, y en la siguiente muñeca que le espera allí.

Aquello me conmovió. Pensé que ojalá pudiera romper con todo como el tal Stulton, marcharme a la siguiente parada y dejar atrás a todos aquellos despojos humanos. Incluso traté de conducir más rápido para alejarme de la ciudad. Pero las carreteras estaban abarrotadas. Se retorcían y hacían fintas para engañarse unas a otras. Entonces me di cuenta de que en un par de kilómetros llegaría al próximo pueblo; de que apenas podría alejarme de esta jodida ciudad. Cada núcleo urbano nacía justo allí donde el anterior se empezaba a desintegrar. No había ningún lugar donde uno pudiera sentirse libre. Es-taba metido en un bucle y daba igual adónde fuera, porque al final tendría que dar la vuelta y regresar por el mismo camino.

El miércoles, poco antes del anochecer, el irlandés llegó a casa en un estado lamentable. El lituano tampoco estaba mucho mejor. Los dos vomitaron en el suelo, luego se desplomaron sobre la cama del irlandés y se quedaron allí abrazados. Yo permanecí sentado un rato, intentando decidirme entre quedarme y limpiar la porquería o marcharme sin más.

Finalmente, el lituano salió sigiloso de la cama y se arrodilló junto a la mía. Se quedó allí un momento, a cuatro patas, con la cabeza colgándole mustia entre los hombros, y de pronto se puso a ladrar; primero con unos ladridos quedos y cortos, luego con unos aullidos más largos. Había un deje de auténtica desesperación en su voz. El irlandés gruñía y eructaba sobre su espalda, y estaba pálido como una sábana; su barriga estaba preparándose para soltar una nueva carga, sin duda.

Cuando me levanté de la cama, el lituano me mordió una pierna. Yo me acerqué dando saltos hasta la siguiente cama y tiré del irlandés para bajarlo al suelo y arrastrarlo hacia la puerta. Lo remolqué a través del descansillo hasta llegar al aseo y allí lo dejé, con la cabeza apoyada en la taza del váter. El lituano se había puesto a gatear por el cuarto, arriba y abajo, y cuando volví me saludó con unos estrafalarios aullidos de lobo, aunque esta vez no me mordió. Le mandé que se metiera en la cama. Él dejó de pasearse de un lado a otro y levantó la cabeza para mirarme.

—Has estado bebiendo —me dijo—. Esta noche nos han presentado a un conocido tuyo.

—¿Os ha dicho cómo se llamaba?

—Pues claro, amigo. ¿Qué te crees, que no sé hablar con la gente? Me ha dicho que te diera recuerdos.

—¿Quién era?

—¿Que quién era...? —Intentó imitar mi acento—. No me vengas ahora con nombrecitos. A ver, deja que piense... Campos... No. Montes, Arroyo, Prados, Garza... todos estos nombres... ¿Me escuchas? Foca, Pescado... No, eso no son nombres. Eso es un zoo. Hemos pasado por todas las colinas del distrito, ¿no te lo ha dicho el irlandés? Primero hemos subido por una de las laderas del valle, y luego por la otra. Hemos caminado valle arriba, valle abajo. Kilómetros y... Hemos estado en el aseo de mujeres de algún sitio. Quizá fuera en lo alto del valle. O quizá haya sido al fondo. Deberías haberle visto la cara. «¿Qué está haciendo aquí, buena mujer? ¿Ha comprado su billete?» No me he dado cuenta hasta que no he visto a todos esos... ¿cómo se los llama?... en fila. ¿Alguna vez has estado en uno? Son mucho más cómodos que los de los hombres... Ay, amigo mío, el mundo femenino... Deberían poner mejor los carteles, para que no hubiera equivocaciones, ¿no crees? ¿Dónde está la popa del irlandés, pop, pop, pop? —Se repantigó en la cama y siguió hablando con la cara aplastada contra las sábanas. A mí solo me

llegaban unos bufidos sofocados.

Saqué rápidamente mis camisas del cajón, hice un hatillo con ellas y añadí los dos libros. El irlandés acababa de bajar la mitad de las escaleras cuando pasé junto a él. No me molesté en avisar a Cameron de que me marchaba de su pocilga. Simplemente me metí en el coche y conduje hasta casa de forma automática, con la tripa revuelta ante la perspectiva de todos los sermones moralizantes que estaba a punto de escuchar. Aunque fuera una posibilidad muy remota, confiaba en que mi padre estuviera trabajando en el turno de noche.

Pero, cuando abrí la puerta de la sala de estar, no vi ni a mi madre ni a mi padre... sino el fantasma de una intrusa, la señora Hammond. Ella se puso en pie en cuanto entré, y mi madre, sobresaltada, se giró para echar un vistazo por encima del hombro, pálida bajo la luz eléctrica.

Todos emitimos unos ruiditos de sorpresa, y nos miramos unos a otros como si fuésemos desconocidos, gente nueva.

—¿Qué estás haciendo aquí? —farfullé con la lengua trabada. Me la había imaginado allí a menudo, en aquella pulcra sala de estar, pero, ahora que había sucedido, me parecía estar en un sueño.

—Me he encontrado con tu padre... en City Road. Y me ha pedido que viniera.

Observé a mis padres interpretando sus papeles; era como si todo estuviese ensayado y nosotros solo siguiéramos el guion. Empecé a llamar «Val» a la señora Hammond. Dije: Val esto, Val aquello, o bien: «No te entiendo, Valerie. ¿Qué es todo esto, Valerie?». Quería demostrarles, tanto a ellos como a ella misma, hasta qué punto era mía; quería dejarles claro que había demasiado entre nosotros como para que nadie ni nada se entrometiera. No estaba hablando con la señora Hammond; ella ya no existía. El hecho de que Valerie estuviese aquí era la prueba.

—No sabíamos dónde estabas —explicó mi padre—. Hemos llamado a tu club de rugby, pero nos han dicho que ellos tampoco sabían nada. Estábamos muy preocupados. Luego me he encontrado con la señora Hammond en City Road, por pura casualidad, y le he preguntado si quería pasarse por casa para hablar un poco con tu madre. Tu madre estaba...

—Creo que Val está cansada —dije, volviéndome hacia ella—. ¿Quieres volverte a casa, Val?

—Cuando nos hemos enterado de que te habían dejado fuera del equipo, nos hemos sorprendido mucho. No sabíamos qué podía haber pasado.

—¿Quieres irte ya, Val? —le volví a preguntar.

Mi madre estaba sonrojada. Tenía los puños apretados y muy juntos, apoyados en el regazo, y transmitía una sensación de gran vulnerabilidad. Nos miraba fijamente a Valerie y a mí, como si hubiésemos planeado todo aquello entre los dos.

—La señora Hammond ha venido para decirnos dónde creía que podías estar —explicó—. Me imagino que te quedarás aquí esta noche, dado que no tienes otro sitio adonde ir.

—Eso sería estupendo, a mí me parece lo mejor —dijo la señora Hammond. Las dos mujeres, enzarzadas en su combate, hablaban con una voz algo impostada—. Puedo tomar un taxi para volver a casa. —Valerie parecía muy remilgada, como siempre que quería causar una buena impresión. Me observó con esa expresión suya de súplica que yo tan bien conocía, en la que se mezclaban el miedo y la incertidumbre.

—No, voy a volver contigo a casa, Val —le dije.

—Es tarde —dijo mi padre, con tono sereno—. Tratemos de solucionar esto rápido. Si en estos momentos la señora Hammond no te quiere en su casa, de nada te servirá forzarla. Es

posible que ya le haya dado tu habitación a otro inquilino.

En mitad de aquella guerra de mujeres, mi padre sonaba demasiado grave, demasiado crudo. Era como si su voz avanzara por la habitación y las rodeara con pasos pesados, aunque ellas apenas se dieran cuenta.

—Sí, ya he empezado a hacer las gestiones pertinentes... —dijo ella, distante.

—Ahí lo tienes —apuntó mi padre, para zanjar la cuestión.

—No puedes hacer eso —le dije yo—. Es mi habitación.

—Creo que es mejor que no vuelvas, sería poco adecuado —dijo la señora Hammond, con el tono más profesional del que pudo echar mano—. Y tu madre quiere que te instales aquí. Espero que usted pueda hacerlo entrar en razón, señor Machin —añadió, mirando a mi padre.

—Terminará accediendo, se lo aseguro —repuso él, y me lanzó una mirada que me hizo sentir como un inválido—. No estábamos seguros..., últimamente hemos estado un poco preocupados. Voy a pedirle un taxi. No tardaré ni un minuto.

—Val solo intenta ser educada —dije yo. Me enfurecía que mi padre no se diera cuenta de cómo lo estaban utilizando—. Yo la llevaré en coche.

Ella le lanzó a mi madre una mirada salvaje, como si se sintiera atrapada. En sus ojos se leía el mismo terror demente que el del viernes por la noche: parecía un animal acorralado.

—No tiene sentido que lo siga ocultado... —saltó, de pronto—. Arthur y yo tuvimos una pelea terrible y le pedí que se fuera de casa... Yo le pedí que se fuera.

Las dos mujeres se miraron entre sí. Saltaba a la vista que mi madre estaba intentando reunir fuerzas para enfrentarse a las explicaciones que había pedido; no estaba segura de poder asimilarlas.

—Yo ya he perdonado a Val..., a la señora Hammond..., hace mucho tiempo, Madre. Y ella lo sabe.

—¡Perdonarme tú a mí! —La señora Hammond se puso roja del esfuerzo que tuvo que hacer para disfrazar sus emociones delante de mis padres. No se podía creer que yo intentara aprovecharme de la situación—. Mira, me parece que debo aclarar esto —dijo, muy firme—. Fuiste tú quien lo empezó todo. No deberías tergiversar así las cosas. No entiendo cómo eres capaz.

Acto seguido, empezó a abotonarse el abrigo. Nosotros nos quedamos observándola como si esa tarea nos involucrara a todos. Mi madre la miraba como si fuera una prostituta que se hubiera encontrado en mi cama. Y luego dijo:

—¿No vas a explicarnos nada de esto, Arthur? ¿No crees que ya va siendo hora de que tus padres sepan algo de lo que está pasando? Al fin y al cabo, nunca hemos dejado de apoyarte cuando has tenido problemas.

Me miró directamente a los ojos, para poder excluir a la señora Hammond de la conversación.

—Discutimos; eso es todo. Perdimos la cabeza, los dos. Es normal. No somos unos desconocidos, y no es la primera pelea que tenemos. Como ha dicho Val, sobre todo fue por mi culpa. Estaba de mal humor.

—Has vivido bastante tiempo en casa de la señora Hammond, Arthur.

—Ya... Precisamente por eso quiero hacer las paces con ella.

—Después de tantos años, la señora Hammond dice que preferiría buscarse otro inquilino.

Esperamos para ver el efecto que este comentario pudiera tener sobre la situación; quizá la

hiciera estallar y todos terminaríamos volando por los aires. Pero, en lugar de eso, la señora Hammond dijo:

—Llevo un tiempo pensándolo, queriendo hacer algunos cambios. Tal vez una chica sería mejor... o quizá podríamos quedarnos solos en casa por un tiempo.

—Es la primera vez que mencionas esa opción —le dije—. ¿Cómo van a salirte las cuentas si te quedas toda la casa para ti?

Mi madre nos interrumpió sin miramientos:

—Sea como sea, estoy segura de que la señora Hammond no va a permitir que la *intimides* para volver a su casa. Si se ha visto obligada a pedirte que te marches, no creo que tengas ningún derecho a exigir que te acepte de nuevo.

—Está *exigiendo* que lo admitan de nuevo —repitió mi padre—. Como si las personas le pertenecieran.

Con tal de que la señora Hammond se marchara de una vez, ambos estaban dispuestos a ponerse de su parte.

—Eso creo que tenemos que decidirlo la señora Hammond y yo —les dije—. La voy a llevar a casa en coche, y discutiremos este asunto por el camino.

—Voy a volver sola —terció ella—. Ya está todo claro. Y, ahora, discúlpenme.

—Ni hablar, voy a llevarte a casa.

—Preferiría que tu padre llamase a un taxi... Puedo pagarlo.

Mi madre nos observaba a los dos con una mirada feroz y hambrienta, conteniendo las arcadas a duras penas. Esa mirada suprimía por sí sola toda la amabilidad y toda la comprensión que su cara era capaz de mostrar. Nunca la había visto tan extenuada, tan descolorida.

—¡No puedes hablarle así a la señora Hammond! —gritó—. Hablas a la gente como si fueran tus esclavos, como si todos estuvieran ahí para cumplir tu voluntad. ¡No puedes hablarle así! ¡Papá! Ve a llamar a un taxi, da igual lo que Arthur diga.

Él se echó por encima su sobretodo de ferroviario y trató de pasar los botones plateados por los ojales con sus dedos torpes y sarmentosos, sin mirar a ninguno de los presentes.

—No vas a ir con ella —me dijo mi madre en voz baja cuando tomé a la señora Hammond por el brazo. A ella ni la miró, no más allá del punto donde mi mano la tocaba.

—La voy a llevar a casa. Tengo todas mis cosas en el coche.

Finalmente mi madre miró a la señora Hammond.

—¿Vas a permitirselo... ahora? —En esta ocasión estaba apelando directamente a ella.

—¡Estoy harta, señora Machin! ¡Estoy harta de este asunto! ¡Estoy harta de él! ¡Estoy harta de usted! ¡Harta de todos ustedes! ¡No quiero volver a verlos nunca más!

Nos examinó uno por uno desde los profundos agujeros que quedaban bajo sus cejas, y acto seguido salió por la puerta principal.

Mi primer impulso fue seguirla, pero, cuando ya me había precipitado en esa dirección, mi madre se colocó a trompicones en el umbral.

—¡Déjala! —exclamó. Estaba tan acelerada que dio un traspíe y tuvo que agarrarse al marco de la puerta para mantener el equilibrio—. ¡¿Cómo has podido?! ¡¿Cómo has podido, Arthur?! —Temblaba con tal violencia que apenas podía mantenerse en pie—. ¡¿Cómo has podido?! No puedes volver ahí.

—¡Así que eso es lo que piensas de ella!

—Y no me avergüenzo. No puedes volver. Ya no. *Ella* es lo que es.

—¿Sé sincera! ¿Eso es lo que siempre has pensado de ella?

—Es por tu bien, Arthur. Créeme, es por tu propio bien. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras tú haces eso. No puedo *ver* cómo haces algo así.

—Estamos intentando ayudarte, hijo —dijo mi padre, impotente.

—¿Y qué pasa con ella...? ¿Nadie la va a ayudar? ¿Cómo va a salir adelante?

—No te hace ningún bien —me advirtió mi madre.

—Llevo demasiado tiempo viviendo con ella como para que ahora me detengas. No puedes impedir que vaya a su casa.

—No te va a hacer ningún bien, Arthur —repitió mi madre, quejumbrosa—. Ella protege a sus hijos... Y yo protejo al mío. No puedes volver, ya te lo he dicho. Ahora no. No te conviene. No te hace ningún bien.

—Yo pensaba que tú creías en la bondad para con los demás... y todas esas cosas. ¿Es que ella no cuenta? ¿Es que acaso no tiene sentimientos?

—Ya has visto los sentimientos que tiene. ¿Cómo has podido, Arthur? *Arrastrarte* de esa manera delante de ella. Como un perrito mugriento. No voy a permitir que vuelvas con ella. Si pretendes salir por esta puerta, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Su rostro se había derrumbado por completo. Sus huesos se habían desvanecido; la piel le temblaba y se le plegaba por doquier, como si fuera una máscara de goma llena de arrugas. De pronto era otra persona; alguien a quien yo ya no reconocía.

—¿Sabes que he estado viviendo con ella! —le grité—. ¿Entiendes eso? He estado viviendo con ella.

—Ya lo sabemos... Sabemos lo que has estado haciendo. —No estaba escandalizada. Lo había aceptado mucho tiempo atrás. Pero ahora podía cortar todo aquello por lo sano: zas, fuera problemas. Tomé asiento lejos del fuego.

Ella era consciente de lo fácil que le resultaba hacerme sentir culpable. Mi padre se quitó el abrigo con fastidio, con la humillación del esfuerzo malgastado: ahora no era más que un uniforme inservible.

—Si se trata de hacerle daño a tu madre, tú no escatimas, ¿verdad, hijo? —me regañó con voz grave.

Ella sepultó la cabeza entre las manos y, todavía desde el umbral, se puso a sollozar conmovida.

—Déjalo —balbuceó.

—No se trata de eso, mamá —dijo él, tímido, con miedo a mostrar sus propias emociones—. Es que no soporto que te haga daño. —También él estaba temblando—. No puedo soportar esta clase de historias. A él, en cambio, le encantan. Se regodea en ellas.

—Déjalo. Déjalo en paz—murmuró ella.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro, eh? —lo reté.

Mi padre se acercó a mí y se quedó en pie, mirándome desde arriba. Luego blandió el brazo hacia atrás y me asestó un bofetón en la cara.

—¿Peter! —chilló mi madre, y se apresuró a sujetarlo del brazo.

Pero no tenía intención de seguir pegándome.

—Eso por torturar a tu madre —dijo, con los ojos enrojecidos, anegados en lágrimas—. A una

mujer que lo ha dado todo por ti.

Se quedaron inmóviles al otro lado de la habitación, observándome. Eran conscientes de lo violentos que mis arrebatos podían llegar a ser. Pero yo ni siquiera era capaz de hablar. Se me habían caído los dientes postizos dentro de la boca.

3

Según un artículo de Ed Philips en el *Guardian*, existen tres tipos de deportistas: el animal, el nervioso y el científico. En el caso del rugby a 13, un deporte violento al que solo se juega por dinero, por prestigio personal y por un peculiar regocijo que se compone de estos dos elementos y de algunos más, la mayoría son deportistas-animales.

El deportista nervioso, según Ed, suele jugar de ala: es de complexión ligera, rápido y muy hábil. Suele tener momentos de excelencia, pero es posible que no dure mucho en el terreno de juego: una lesión fuerte bastará a menudo para socavar su autoconfianza por siempre jamás. El deportista científico suele verse sobre todo en el medio del campo, o bien como apertura o bien como centro, y su éxito se basa en la inteligencia más que en la pura fortaleza física.

Estos tres tipos vienen a confluír en la figura del medio de melé, pues este jugador necesita la fuerza bruta del delantero y la agilidad nerviosa del zaguero para alcanzar sus objetivos. Suele ser la posición más castigada en el juego, y por eso, aparte del balón mismo, resulta ser el elemento más importante del campo. En consecuencia, Maurice era un jugador duro, además de ágil y físicamente inteligente. Ed opinaba que había mantenido su posición porque, para el observador externo, proyectaba la imagen de alguien inmune al dolor. Maurice era el jugador más popular de Primstone.

Su exuberancia por sí sola bastaba para hacerlo destacar en el campo. Lo notaban incluso aquellos espectadores que eran incapaces de entender el sencillo mecanismo interno que rige los partidos del rugby a 13. Y esto constituía una gran ventaja para un jugador que, en el fondo, nunca había alcanzado ese toque final de improvisación que distingue a los más brillantes de los que simplemente son buenos. No solo eso, sino que, en razón de su posición, podía dirigir todos los movimientos que se producían sobre el campo y dotarlos de una tonalidad propia en lo referente a la velocidad, el arroj o la agilidad. Gracias a este método, también podía lograr que cualquier jugador quedara como un imbécil, y, por si fuera poco, sabía hacerlo con ese aire inocente y desenfadado que provoca que toda la culpa recaiga directamente sobre la víctima.

Fue precisamente este ardid el que empleó conmigo después de que, a su entender, yo lo hubiese traicionado y lo hubiese obligado a enfrentarse con Judith y con la marcha nupcial. A partir de entonces jugué bastante a menudo en el segundo equipo y, cada vez que me volvían a incluir en el primero, él me las hacía pasar canutas en el campo. Así, yo daba la impresión de no estar en forma, y la gente se temía que la cosa no fuera reversible.

Supongo que sobre todo me culpaba de su matrimonio con Judith. Pero no podía expresar abiertamente su enfado —habíamos sido demasiado íntimos como para eso—, de modo que exteriorizaba su rencor de la única manera que podía: a través de un abuso artero, no demasiado

mezquino, en el terreno de juego.

Ahora yo vivía en casa de mis padres. De hecho, mi padre vino a ver los últimos partidos que jugamos en casa esa temporada. Incluso llegó a viajar, como Johnson en su día, para ver algunos de los encuentros en que jugábamos de visitante, y siempre se esforzaba mucho por encontrarlos entretenidos: todo era poco para complacerme.

Yo echaba de menos la compañía de Maurice, más de lo que estaba dispuesto a admitir. Si le permití que destrozara mi rendimiento en la cancha, fue en parte porque me hacía sentir como si le debiera algo, y en parte porque ya no me interesaba seguir jugando. También advertí que, al estar de capa caída, la gente se me acercaba mucho más que antes, cuando estaba en forma. Quizá ahora les resultara más accesible. O tal vez les parecía aún más patético.

La boda tuvo lugar en el registro civil el primer sábado después del final de la temporada. Maurice no me invitó, pero Frank y la mayor parte del equipo asistieron junto con George Wade. Slomer les mandó un telegrama y algún regalito, y Weaver organizó un banquete sin mucha ostentación. Todo esto lo sé por Frank, con quien empecé a tratarme más durante el descanso entre temporadas. Cuando acabaron esos últimos partidos, me di cuenta de que ya no me interesaba nada. Solo me limitaba a flotar, dejándome llevar por el viento.

Aunque tanto Judith como Maurice trataban de proyectar una imagen de naturalidad, Maurice albergaba serias dudas sobre aquel arreglo a largo plazo. Nadie creía que su deseo de casarse fuera sincero. Él, sin embargo, dio a entender algo muy distinto cuando aceptó un trabajo en un estudio de delineantes, un puesto que consiguió gracias a los contactos del señor Parkes, el padre de Judith. No me dio ninguna lástima verlo marcharse de Weaver's.

Durante el verano, viviendo en casa de mis padres y trabajando en Weaver's, me invadió la sensación de estar deslizándome sin querer hacia el mismo punto en el que estaba cuando conocí a Johnson. Quizá por este motivo era incapaz de tolerar su presencia; me disgustaba toparme con él por la calle, incluso si estaba a cierta distancia.

Un día, tratando de sondear mi estado de ánimo, mi madre me preguntó:

—¿A quién echas más de menos, ahora que pasas tanto tiempo a solas?

—A Maurice —le contesté.

—¿Erais muy buenos amigos?

—Eso creía yo.

—¿Por qué no les haces una visita, a él y a Judith? —me sugirió—. ¿No va a salir de cuentas pronto?

—Esa es una de las razones por las que no me quiero acercar. Maurice considera que yo soy una de las personas que lo obligaron meterse en esto.

—Pero él también puso de su parte, ¿no? Tú mismo me dijiste que Weaver lo convenció para que aceptara casarse con Judith.

Estaba cansado de hablar del tema.

—Sí —respondí.

—Es decir, para ti fue una sorpresa, ¿no?

—Lo que de verdad me sorprendió fue la reacción de los padres de Judith. Son muy religiosos. Me sorprendió que se lo tomaran tan bien... lo de la boda en el registro civil y todo eso.

—Pues yo me puedo imaginar perfectamente los sentimientos de esa gente —dijo ella,

insinuando muchas cosas de golpe—. Tener fe y unos determinados principios religiosos, como ellos, puede ayudarlo a uno a enfrentarse a las derrotas. Incluso puede ayudarlo a convertirlas en victorias.

—Me pregunto qué pensará la señora Hammond de todo eso. No parece que ella crea en nada.

—Y Judith ¿es religiosa?

—No lo creo. Por lo menos, no como sus padres. Y, si le queda algún poso, no me cabe duda de que Maurice se encargará de curarla.

Ella movió la cabeza de arriba abajo, asintiendo con aire ausente, aunque es probable que opinara justo lo contrario. Desde su punto de vista, los vestigios de virtud de Judith saldrían victoriosos.

—Desde que volví a casa, no he dejado de preguntármelo... —le dije entonces—. ¿Cómo es posible que, con los años que ya tienes, no hayas dejado de ver las cosas en blanco y negro? Porque estoy seguro de que ya sabes que nada es así. No entiendo cómo puedes dividir a la gente de esa manera. Yo sé que la señora Hammond no es una mala persona, aunque tú la taches justamente de eso.

—Será que hay algo que *tú* no puedes ver —respondió ella—. Pero eso no significa que la división no exista. Para *mí*, las cosas o son buenas o son malas. Tienen que serlo. Es decir, ¿cómo podríamos vivir si no supiéramos diferenciarlas?

—Pero tú das a entender que *toda* ella es maldad. Y eso no es cierto, así de simple. Tiene cosas buenas. Es solo que no ha tenido la oportunidad...

—No puedes esperar que yo comprenda a la señora Hammond.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto?

—No sé qué más quieres. Lo que te ha hecho, y la manera en la que tú te has comportado..., aunque me pasara todo el día analizándolo y volviéndolo a analizar, seguiría sin ver nada bueno por ninguna parte. —Se quedó pensando sobre el asunto, y de repente añadió—: Cuando pierdes a alguien porque se muere, alguien a quien quieres, es muy doloroso, pero estoy segura de que no es tan malo como cuando te enteras de que aquel que pensabas que te quería en realidad no te quiere, ¿no es así? A eso me refiero cuando te digo que la señora Hammond no te conviene..., que no te va a hacer ningún bien. Ella en sí misma es como un residuo del pasado. Nunca conseguirías ser feliz.

Este tipo de conversaciones se daban bastante a menudo. La verdad es que yo no quería sacar a relucir el tema de la señora Hammond delante de ella, pero no hacerlo me provocaba una especie de ira silenciosa. También había momentos aún peores, en los que yo estaba sentado en una silla y, cuando ella pasaba por delante, yo extendía la mano bruscamente para tocarla, de manera inconsciente, imaginándome que se trataba de la señora Hammond. Solo con pensarlo me echaba a temblar. Normalmente retiraba la mano enseguida aquejado de un dolor casi eléctrico, pero una vez le toqué la parte trasera del muslo, y tuve que fingir que bostezaba. Ella sabía sin lugar a duda de qué se trataba.

Un sábado por la tarde, buscando aligerar la tensión, conseguí reunir las fuerzas necesarias para salir a la calle y llegarme a la casa de Maurice y Judith. Sabía perfectamente que mi objetivo era ir a verlos, pero aun así tomé la dirección contraria con el coche, hasta que, como quien no quiere la cosa, fui cambiando el rumbo poco a poco hacia el extremo de la ciudad donde vivían. Tenían una casa semiadosada a mitad de camino entre Primstone y el castillo de Caulsby, en el lado contrario del valle respecto a Sandwood. Más tarde, me enteré de que Weaver había movido

algunos hilos para que les dieran esa casa, pues no era una de aquellas viviendas en las que el City solía alojar a la gente del Club. Solo tenía unos cuantos años; era un edificio de posguerra, con un ventanal en la parte delantera y un estrecho porche en la entrada. Tenían un jardín bastante exuberante, y un sendero de cemento agrietado llevaba hasta la puerta de la vivienda. Se trataba de una zona residencial generalmente reservada a profesionales de escasa categoría, como, por ejemplo, maestros de escuela casados sin hijos y contables sin despacho propio.

Al llegar al portón de la entrada, revolucioné el motor para hacer ruido; así les daría tiempo a echar el cerrojo y atrincherarse tras las ventanas. Llamé al timbre de la puerta principal pensando que probablemente no estarían en casa y, mientras tanto, un hombre en el jardín de al lado dejó de cortar el césped de su parcela para mirarme. Entonces resonaron unos pasos por la casa, y por fin alguien abrió la puerta de par en par.

Judith se quedó muda de la sorpresa; estaba ruborizada.

—¡Hola, Tarzán! —me saludó después de que yo murmurara unas pocas palabras—. Ven, entra. Qué sorpresa verte por aquí. Perdona que no me haya puesto a chillar.

Me condujo, no sin cierto orgullo, al salón. Era el cuarto del ventanal, y estaba amueblado con mucho gusto. Sorprendentemente, parecía una versión en miniatura del salón de Weaver: el único modelo de Maurice para un estilo de vida superior. Hasta tenían el mismo papel de pared con estampado de hojas y la misma mesita de té con ruedas.

—¿Maurice no está en casa? —pregunté.

Ella negó con la cabeza, risueña.

—No me digas que no has venido a verme a mí... Maurice está en el centro. Se habrá metido en el salón de billar, y a ver quién lo saca de ahí. ¿Querías verlo por algo en concreto?

—En realidad no. Me he acercado para ver cómo estabais.

—Bueno, pues entonces tomemos un té. Es posible que llegue antes de que te lo termines. Vente a la cocina mientras lo preparo.

Me guio a través de la casa sin dejar de parlotear por encima del hombro. Estaba hinchada, y de hecho parecía una persona distinta, alguien mucho más interesante que la Judith de antes. Nunca la había visto con tan buen color, tan contenta.

—¿Qué te parece la casa? —me preguntó—. Es incluso mejor que la de mi madre.

—Es todo un palacete.

—Lo cierto es que nos ha costado mucho amueblarla, aunque arriba solamente tenemos una cama de matrimonio. Mira esto.

Entramos en la cocina, que estaba situada en la parte trasera de la casa; tres de sus paredes estaban revestidas con un equipamiento cromado muy completo.

—Aquí están la pila y los grifos. Ahí tenemos un calentador. Y también hay un armario para secar la ropa, armarios normales, estanterías, una secadora eléctrica y alguna cosilla más. Todo nos lo ha comprado papá. ¿Qué te parece?

—Menuda suerte tienen algunos con sus papás. Es estupendo, nunca he visto nada mejor. Pero ¿y el frigorífico?

De pronto se puso muy seria.

—Nos compraremos uno enseguida. Morry dice que lo necesita para la cerveza. En cuanto a mí, desde que estoy en estado, bebo una pinta al día. Ya te imaginarás cómo nos va a salir el niño.

—También he visto que tenéis un garaje con rampa de acceso y todo —le dije, sonriendo.

Parecía demasiado bonito para ser verdad.

—Ah, no, eso es *demasiado* ambicioso por ahora. Pero está claro que él va a tener que comprar un coche, para que yo pueda acercarme a la ciudad en cualquier momento y dejar de sentirme tan encerrada. El garaje tampoco está muy bien... Pero, mira, mira la cocina eléctrica. — Accionó un interruptor y el agua empezó a calentarse en el hervidor.

—¿Cuánto te falta para dar a luz?

—Tres semanas. Pero, cada vez que me da una patada, tengo la impresión de que podría adelantarse.

—¿Notas las patadas?

—¿Es que no lo sabías? El crío jugará al rugby, y será zaguero... Si empieza a moverse mientras estás aquí, te avisaré para que pongas la mano.

—¿Y qué vas a hacer si es una niña?

—No es una niña. Morry dice que, si es una niña, es que no es suya.

Me hablaba con esa clase de complicidad que suelen desarrollar las mujeres embarazadas en el trato con los hombres. Judith ya tenía algo de eso desde antes, pero ahora le salía por todos los poros de la piel, en forma de desenfado amistoso y de confianza. De alguna forma, me relajaba. Empecé a preguntarme por qué había tardado tanto en venir a verla.

Salimos al jardín delantero, donde la tierra se veía fresca, como si la hubieran removido hacía poco. Echamos a andar y al final llegamos a una tapia baja que había al fondo. Por encima de esta, vislumbé un pequeño prado que se extendía hasta una arboleda.

—Desde esos árboles se ve toda la ciudad —me comentó, apoyando los codos en la piedra—. Un día fuimos a echar un vistazo. Se ve hasta Sandwood. Aquí estamos un poco más elevados. Desde la ventana del dormitorio de atrás pueden verse la punta del tejado de Weaver y los abetos de su jardín.

Mientras regresábamos a casa, paseando sin prisa, me preguntó:

—¿Cómo te van las cosas a ti, Tarzán?

—Ahora vivo en casa de mis padres. Estoy bastante tranquilo.

—Deberías casarte pronto —me dijo, cautelosa—. No podemos dejar que al final te quedes..., bueno, sin nada.

Le comenté algo acerca de lo mucho que me estaba esforzando últimamente, y ella añadió:

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y a Morry..., aunque, desde luego, él jamás lo admitiría. Cada vez que se lo pregunto, se limita a ponerme caras largas. Seguro que te lo puedes imaginar. —Se rio y continuó—: ¿Te he dicho que he empezado a ir a la iglesia? Me resulta de gran ayuda.

—¿Cómo se lo han tomado tus padres?

—Han sido unos pedazos de pan. No nos habrían tratado mejor si nos hubiésemos comprometido hace un par de años. Siguen dando clases de catecismo, *a pesar de* todo el chismorreó que han tenido que aguantar.

—¿Y Middleton? ¿Qué opina de todo este asunto? A Maurice y a mí nos dijo que quería mantenerlo en secreto.

—Bueno, Weaver habló con él enseguida. No creo que se ponga quisquilloso, no tiene motivos. Nada de esto le ha afectado ni le ha traído mala suerte, así que... Morry me ha contado que sigues en Weaver's.

—Sí. Y no parece que me vaya a mover de ahí por el momento.

—¿Y dices que estás viviendo en casa de tus padres? ¿Qué ha sido de la señora Hammond?

—Hemos roto.

—¿Por qué?... Yo...

—Por nada... Perdimos el interés, nada más.

—Entonces, ¿ya no vas a volver a alquilar una habitación en una casa compartida?

—Sí..., creo que sí. Pero voy a esperar un poco a que las cosas se calmen.

Ella se había sonrojado ligeramente, y me miró con detenimiento.

—Tarzán, yo... Lo siento si..., pues eso, si tuvo algo que ver conmigo.

Se me acercó y me plantó un gran beso al tiempo que me agarraba por los hombros y me los apretaba.

—Lo siento de verdad.

—¿A qué te refieres?

—A la razón por la que ahora tienes este aspecto.

—No tuvo nada que ver contigo —le dije, y por algún motivo le di un beso tan fuerte que ella soltó una especie de gemido. Entonces nos separamos y nos quedamos mirando el hervidor de agua.

—Oye, ¿has visto a las chicas del Mecca últimamente? —me preguntó—. A mí ya no me gusta asomar la nariz por ahí, y me parece que a ellas les parece un latazo venir de visita hasta aquí.

—Siguen igual. Si una se marcha para casarse, otra se cansa del matrimonio y vuelve.

—¿No cambian, verdad? *Yo* también pensaba que nunca cambiaría. Me veía regresando al mismo lugar todas las semanas, con el resto de devorahombres. ¿Sabes? Durante una temporada te tuve echado el ojo, Tarzán. Igual que la mayoría de las chicas, me imagino. Pero siempre pensé que tú y yo pegábamos más. Solíamos hablar sobre eso en los aseos. ¡Si supieras la clase de conversaciones que tenemos las mujeres en los aseos! Lo que al final me echó atrás fue pensar en nosotros dos juntos en la cama. Alguien sacó el tema y dijo que qué espanto, que me dejarías espachurrada. A mí me gusta dormir acurrucada. Y contigo no tendría espacio.

—Piensas de una forma muy materialista.

—¿Y qué mujer no piensa así cuando está buscando marido? Lo sé, ahora ya puedo reírme del asunto. Pero tú no sabes lo que tienen que aguantar esas chicas cada sábado por la noche en el Mecca. Es más o menos como una subasta, y las aterroriza acabar en manos de un mal postor. Todas *quieren* que pujen por ellas... porque así al menos ganan *algo* de prestigio. Pero, en la mayor parte de los casos, se conforman con lo que pueden, mientras pueden.

—Pues yo diría que los hombres corren un peligro aún mayor —repliqué; de pronto se me ocurrió que quizá una de las razones por las que me había fijado en la señora Hammond fuera que ella no pertenecía a esa raza de tiburonas.

—Aun así, una se acostumbra... —dijo Judith, cuya mente ya deambulaba por otros derroteros—. Yo misma estoy sorprendida de la facilidad con la que me he acostumbrado a los hábitos de Morry. Vivir con él es algo increíble. Muchas veces, cuando estoy sola, me río al pensarlo. El sábado pasado, lo vi tirado por ahí, haciendo el vago, y le dije: «Hay que remover la tierra del jardín. ¿Por qué no te pones a ello?», y él me miró. Simplemente me miró y dijo: «¿Me lo dices en serio?», y yo dije: «Sí. Parece que no hayan removido la tierra desde que construyeron la casa». Y ya sabes. En cuanto le quedó claro que se lo había dicho en serio, que de verdad quería que

removiera la tierra, salió de casa y se pasó todo el día ahí fuera, cavando. Ni siquiera quiso entrar para comer ni nada hasta que acabó, y para entonces ya había anochecido. Él cree que no sabe nada sobre el matrimonio..., le gusta creer que es así..., y prefiere que yo le diga lo que tiene que hacer. Incluso se las da de inocente. Pero a veces pienso que solo lo hace para que yo me sienta culpable.

No habría sabido decir si estaba tratando de tranquilizarse a sí misma o de tranquilizarme a mí. Puede que hubiese adoptado esa forma de referirse a Maurice para cuando hablaba con sus padres. El té ya estaba listo, así que volvimos al salón. Claramente, Judith había tomado el hábito de llamarlo Morry de Weaver.

—Si al final no lo veo hoy, no pasa nada —le dije—. Empezamos los entrenamientos el próximo martes... Así que lo veré entonces.

—Ah, no, no va a volver a Primstone —repuso ella—. ¿No te lo ha dicho? —Estudió mi cara de sorpresa y añadió—: Ha pedido que lo transfieran y ya hay dos o tres clubs interesados. Así es como piensa comprarse el coche... Con la mordida que consiga de todo esto.

—Pues no lo sabía —le dije—. ¿Por qué quiere marcharse?

—Bueno, por lo que yo sé, no es que vosotros dos os llevéis de maravilla...

—No me estarás diciendo que ha pedido el traspaso por mí, ¿verdad? Es posible que yo no vuelva a jugar nunca.

—Lo que él me dijo fue que... ahora vivía tan cerca de Primstone que ya no le hacía mucha gracia seguir jugando allí. No sé nada más.

—Entonces, ¿vais a quedaros aquí? ¿No vais a mudaros, ya de paso?

—No, por supuesto que no. Pero, oye, no pongas esa cara de preocupación, Tarzán. Dejemos el tema del rugby durante un rato. A mí ya me tiene hasta el gorro. No... Lo único a lo que no se ha acostumbrado todavía es a mi acento de niña bien. Le dan escalofríos cada vez que me oye decir mami y papi. Mamá y papá, así es como quiere que hable nuestro niño. ¿No te suena fatal? Y, si me esfuerzo por poner un acento vulgar, él lo interpreta como una especie de burla. A veces se pone de los nervios, de verdad, tendrías que oírlo.

De pronto lanzó un grito, se puso en pie de un brinco y corrió hasta la puerta.

—¡Está aquí! Escóndete para que no te vea, para darle una sorpresa..., aunque, claro, me había olvidado..., habrá visto tu coche. Pues nada, que entre y nos encuentre tomando el té, a ver qué dice.

Maurice se acercó a la puerta sin hacer ruido; venía quitándose la chaqueta.

—Hola, Arthur... No esperaba encontrarte en mi casa... —Ver mi coche en la entrada le había dado cierto tiempo para recuperarse de la sorpresa inicial.

—Se me ha ocurrido pasarme, para ver qué tal os habíais instalado en la casa.

Asintió con un cabeceo rápido y salió a colgar el abrigo en el perchero con mucha ceremonia.

—¿Llevas aquí mucho rato? —preguntó mientras regresaba sobre sus pasos.

—El suficiente como para tener una charla conmigo, Morry —dijo Judith con tono alegre—. Voy a servirte un poco de té. ¿Ya has comido? ¿Ves? He dicho «comido»..., no «almorzado».

—Algo he comido, en un asador del centro.

—¿Dónde has estado? ¿En el salón de billar?

—¿Qué te parece la casa, Arthur? ¿Te gusta? —dijo con la misma voz serena—. ¿Es de tu estilo? —Me pareció que estaba cambiado, un poco nervioso.

—Judith me ha estado enseñando...

—No sabía que habías solicitado el traspaso. —Judith sacó el tema sin más, y luego salió del cuarto para ir a preparar otra tetera.

—Así es —le dije—. Me acabo de enterar.

—Llevo mucho tiempo pensando en cambiar de equipo —dijo—. Ahora que estoy instalado aquí y tengo un nuevo empleo, creo que igual ya es hora de hacerlo todo de golpe.

—¿Hacer el qué?

—Romper con el pasado, pasar página.

Nos quedamos callados un momento, pensando en el significado de esas palabras.

—¿Te van a incluir en la lista de traspasos?

—Me lo acaban de decir esta misma mañana... Les han hecho una oferta de tres mil. Y podría embolsarme unos cientos más de propina, si me lo propongo.

—No entiendo por qué quieres cambiar de club ahora que vives tan cerca. Si te transfieren, tendrás que estar viajando todo el rato.

Se recorrió el interior de la boca con la lengua, pensativo, y luego dijo:

—Ya me he cansado de jugar allí, no hay más. Y Frank Miles se marcha. Pronto tendrán que empezar a construir un nuevo equipo desde cero. Y eso es un proceso largo. Para cuando tengan un grupo experimentado, yo ya seré un anciano. Y quiero entrar en la selección de Gran Bretaña este mismo año.

Judith volvió al salón. Parecía complacida de que estuviésemos manteniendo una conversación.

—¿Queréis que os deje solos?

Maurice se giró de repente. Tenía un forúnculo en el cuello, cubierto con un esparadrapo.

—¿Para qué?

—Para que puedas charlar con Tarzán. Solo lo decía por eso, Morry.

—¿Y por qué piensas que debes marcharte? —insistió él, como si sospechara que podía haber alguna regla del buen comportamiento en juego—. Ya no eres una secretaria, coño.

Judith me lanzó una mirada, llamando mi atención sobre aquella respuesta.

—No, cariño —respondió, y se sentó a mi lado—. Cualquiera diría que eres tú el que va a tener al bebé.

—¿Por qué?

—Pues por lo nervioso que te pones, porras.

—Ya ves, ella sigue comportándose como una dama —me dijo él, con frialdad.

—Y ahora tú vives como un caballero —le recordé, a lo que él respondió contrayendo la cara, como si le doliera el fo-rúnculo.

Seguimos hablando, con un interés cauteloso, durante media hora más, y entonces decidí que ya era hora de marcharme. Cuando ya estábamos en la rampa de acceso, Maurice me preguntó:

—No te habrán mandado para que me convenzas de que cambie de idea, ¿verdad?

—¡No! —le dijo Judith—. ¿Por qué hablas así? Vaya maneras. Si se ha sorprendido tanto como yo cuando me enteré.

—Pero tú no conoces a Arthur como yo —dijo él, mezquino—. Ha habido rumores de que tal vez sustituya a Frank para esta temporada.

—Sí —respondí yo, comprendiendo que esa era, tal vez, una de las razones por las que él quería irse del Club—. Pero, gracias a ti, no creo que haya muchas probabilidades de que eso llegue a suceder.

Acto seguido me metí en el coche, Judith me dijo adiós con la mano y me marché de allí.

La decisión de Frank de quedarse en el equipo ahorró muchos quebraderos de cabeza en Primstone cuando comenzaron los entrenamientos de la pretemporada. Yo sabía que le dolía tener que abandonar el deporte, de modo que no me sorprendió que lo pospusiera un año más.

Asombrosamente, me alegré de retomar los entrenamientos, e incluso empecé a disfrutarlos. Aunque no fuera consciente de ello, había pasado los últimos meses sumido en una gran soledad, y ahora las cosas se habían encarrilado de nuevo, como es de rigor antes de toda agitación definitiva.

Incluso me sentía con la suficiente confianza para pasar por aquellos tramos de City Road que antes evitaba. Un domingo llegué a adentrarme hasta Fairfax Street. Recorrí la calle de arriba abajo y me quedé un rato mirando la puerta. No entendía cómo podía haberme pasado tantos meses sin utilizarla. Todo estaba exactamente igual. La puerta marrón con las marcas de manos grasientas en torno al pomo. El pequeño buzón de hierro al que nunca llegaba nada, aunque siempre estuviese ahí, dispuesto a cortarle a uno los dedos de un tajo. Llamé. Ella no estaba en casa, o no quiso contestar. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada.

Tanto mi madre como mi padre daban por sentado que había renunciado a regresar a ese sitio. Yo, por mi parte, no quería echar a perder ese espejismo suyo, no antes de conseguir volver a mi antigua habitación. Pero un día, después de mi primer intento de hablar con ella, mi madre se tropezó con la señora Hammond en el centro. Entonces se le ocurrió la brillante idea de echarle un discursito condescendiente, y la paró en mitad de la calle. Ella escuchó en silencio el parloteo de mi madre, y luego se alejó sin articular ni una sola palabra. Mi madre, por supuesto, se lo tomó como un insulto, en lugar de lo que probablemente era —una necesidad emocional—, y me contó el episodio empleando el tono confiado de quien sabe que su ira está justificada.

—Y hay una cosa más —añadió, convencida de que había conseguido contagiarme su indignación—. La ropa que llevaba..., la manera en que iba vestida. Al principio ni siquiera la he reconocido. Hasta que no la he tenido delante y no he notado cierto reconocimiento en esos ojos maliciosos suyos, no me he dado cuenta de que se trataba de ella. Podía haber sido una pobre cualquiera.

—Quizá sea precisamente eso.

—Pues, por cómo la trataste *tú*, debió de sentirse como una reina.

—Me imagino que sí, seguro que algunas veces se sintió así.

A pesar de todo, no odiaba a mi madre por decir estas cosas. Yo ya había asumido que ella, sencillamente, era incapaz de entender a la señora Hammond. Creía con firmeza que, en la mayoría de los sentidos, la gente era responsable de ser como era. Y aplicaba esa regla a todo el mundo; siempre lo había hecho. También me dijo:

—Admito que pocas mujeres podrían salir adelante en su situación. Pero estoy segura de que, si de verdad lo intentara, podría conseguir más ayuda de la que tiene ahora. —Cuando se expresaba así, yo me enfadaba tanto que nunca lograba responderle.

—Madres, madres. Siempre con las madres. Las mujeres nunca sois nada más, aparte de

madres. Todavía no ha nacido una mujer que, por encima de todo, sea esposa. Odio a todas las jodidas madres y a sus repugnantes mocosos. ¿Es que las mujeres no podéis ser otra cosa, existir separadas de vuestros hijos, sin dar la lata con vuestros hijos todo el rato? Al fin y al cabo no sois solo animales. La señora Hammond... es una mujer. En algún rincón de su ser, es una mujer.

Ella se mantuvo callada un rato antes de decir, casi en un susurro:

—Me alegro de que volvieras con nosotros, Arthur... Y ten por seguro que no le deseo ningún mal a esa mujer cuando te digo todo esto.

—Madres o prostitutas... Las mujeres no sois más que eso.

La segunda vez que me acerqué a Fairfax Street, un domingo por la tarde, ya estaba más decidido a hablar con ella, incluso si eso suponía derribar la puerta de la casa de un porrazo. Llamé muy fuerte con el puño, y oí con bastante claridad cómo la gente se apresuraba a asomarse a las ventanas de las otras casas, pues el ruido se propagó de forma muy llamativa por el silencio dominical de la calle desierta.

Como estaba convencido de que ella tomaría la precaución de mirar por la ventana de la fachada, me pegué mucho a la puerta para que no pudiera verme. Así me quedé hasta que oí sus pasos, avanzando lentamente al otro lado. No parecía sorprendida, pero sí un poco avejentada.

—He venido para hablar —le dije.

Esas palabras en sí mismas, su falta de intimidad, evidenciaron la distancia que aquellos meses habían interpuesto entre nosotros. Sin embargo, también estimularon algo en su interior, le despertaron algún recuerdo que no terminaba de aprehender del todo. Ahora tenía el aspecto de una mujer cualquiera, con todo el peso de este sucio mundo cargado sobre los hombros. Ian se encontraba de pie tras ella, asomándose por detrás de su falda. Estaba mucho más crecido, más pálido y más hinchado que el niño que yo recordaba.

—¿Puedo entrar?

—Estoy limpiando. La casa está hecha un desastre.

—Estoy acostumbrado —le recordé—. O, si quieres, puedes ponerte el abrigo y nos vamos a dar un paseo.

Aquella idea la superaba. Nunca había llegado a entender que a mí me gustara pasear con ella. Frunció el ceño y de pronto su expresión se llenó de incertidumbre.

—¿Es que quieres algo?

Estuve a punto de explicárselo todo. Pero alguien pasó por mi lado justo en ese momento y dije:

—No.

La miré de nuevo para animarla a hacer un esfuerzo. Todo lo que tenía delante me pareció de pronto un montón de desechos de lo que una vez había conocido. Esta no era Val. No era la señora Hammond. Ni siquiera era esa otra mujer a la que mi madre conocía. Solo se trataba del uniforme ajado que la señora Hammond había llevado en su día. De modo que me marché de allí. Más tarde empecé a dudar, a sospechar que quizá no me hubiera reconocido.

Frank Miles me nombró subcapitán, a pesar de que el equipo solía funcionar sin que ningún jugador ocupara ese puesto, y a partir de entonces empecé a desarrollar un estilo de juego mucho más duro. La labor de Frank consistía en enseñarme los rudimentos del liderazgo, aunque en su

caso eso solo suponía decirme, al principio de cada partido: «Mira cómo lo hago, Art». Pero también estaba bajo su protección: él me ayudó a levantarme y a alzar el vuelo de nuevo.

Yo me tomé muy en serio este gesto suyo, más en serio de lo que me había tomado nada jamás. Entrenaba cada noche, además del entrenamiento oficial de los martes y los jueves por la tarde, y también tomé la costumbre de salir a correr por las calles del barrio con un chándal que me hacía parecer un gran oso encapuchado. Cuando volvía a casa, mi madre siempre me tenía preparado un baño; luego me sentaba frente al fuego con mi padre y él me frotaba las piernas con linimento. Hacía pesas y ejercicios todos los días, y esa rutina me hacía sentirme en buena forma, lo que suponía un gran consuelo para mí. Era consciente de que poco a poco me iba transformando en un deportista profesional, en un supersimio intachable, en el tipo de individuo que me disgustaba reconocer en otros jugadores. Era como una especie de disfraz que, naturalmente, me ponía de buen grado. Algunos domingos por la mañana, corría una o dos carreras en el estadio de Stokeley, contra otros profesionales.

También solía ver el reflejo de esta superioridad física en los ojos de los demás tigres, aquellos que luego tendría que placar o esquivar durante los partidos. Escrutaba sus pupilas con un interés distante, como si en realidad no fuera a participar en el encuentro, pero más tarde corría en pos de mis adversarios y los subyugaba y los vencía con esa misma satisfacción desapegada.

Me aficioné a correr con el balón, a buscarlo de verdad, a desearlo con lascivia, como nunca antes me había sucedido. Empecé a acercarme a las aperturas y a abrir brechas, a correr con los codos y con las rodillas levantados para hacer todo el daño posible a los rivales que intentaran contenerme. A esto se le añadía la agilidad derivada de mi pertinaz rutina de entrenamiento; casi cada vez que Frank me servía el balón, yo me colocaba en un hueco y hacía algo espectacular. Así fui desarrollando una buena capacidad de rechace: una y otra vez les machacaba las narices a aquellos tigres con la base de la muñeca, y, cuando escuchaba el consabido crujidito, me invadía la misma satisfacción que a un mecánico cuando la maquinaria vuelve a funcionar según el ritmo establecido. Me di cuenta de que ahora, cada vez que tenía que defender, conseguía cruzar el campo a la carrera y sin perder el equilibrio; y, si me las tenía que ver con los alas, los arrojaba sin dificultad por encima de la línea de banda, para que se estrellaran contra la balastrada de hormigón. Esto último se convirtió en un hábito para mí y en un gancho para la afición, hasta tal punto que los demás me dejaban todos los alas a mí, para que los pusiera a hacer el pino de un mamporro y les rompiera la crisma contra el murete. Era una suerte de firma, mi sello de profesional.

Para cuando empezó la primavera, yo ya me había trasladado a un apartamento céntrico. De repente, el Club se había sentido obligado a proporcionármelo. Estaba justo encima de una pequeña galería comercial donde vendían artículos femeninos, a poca distancia del centro. El propio Club se había encargado de amueblarlo y equiparlo; debía de costarles sus buenas cuatro o cinco libras a la semana. Para mí, esto conllevaba el compromiso de estar siempre disponible para gente como George Wade, Riley y, esporádicamente, Weaver, que estaba envejeciendo a pasos agigantados. Los sábados por la mañana mi piso se convertía en una especie de lugar de encuentro para todos los «socios». Nos reuníamos allí para beber un rato y charlar antes de recalar en el Booth como una gran familia feliz. Maurice, que ya había sido transferido a otro club, vino en dos ocasiones. La primera vez fue justo después de que yo me mudara, y se trajo consigo a Judith, quizá para que le sirviera de escolta. Habían dejado a Shirley, su hija de unos meses, con la madre de Judy.

La segunda vez vino solo. Estaba empezando a arrepentirse de haberse marchado de Primstone. Íbamos terceros en la Liga, y yo sabía perfectamente que, si se lo hubieran ofrecido, habría aceptado gustoso volver al Club. Al igual que yo, no había conseguido entrar en la selección nacional, ni siquiera en la del condado.

—Cada jueves tengo que recorrer cincuenta kilómetros para cobrar la paga, y otros cincuenta de vuelta, y los sábados lo mismo —me explicó. Había conseguido un permiso de su nuevo club para venir a entrenar a Primstone los martes por la noche.

—Yo diría que cometiste un grave error al pedir el traspaso.

Él encogió los hombros, que estaban abultados por las protecciones acolchadas.

—¿Qué crees que me dirían si yo les pidiera volver?

—No les sentó muy bien que te marchases. Lo relacionaron con lo de tu boda... y todo eso. En cualquier caso, ¿por qué no se lo preguntas a Weaver?

—Prefiero no preguntarle... Tengo la sensación de que lo del traspaso lo disgustó mucho. Y, además, él ya ha hecho bastante por mí. No sería capaz de pedírselo. Estarían obligados a devolver tres mil billetes.

—Dicho así, parece un asunto de mucho cuidado.

—Tú podrías hacer que me aceptasen, Art —me dijo, sin rodeos.

—¿Cómo?

—Tú y Frank... Últimamente, en el Club os tienen en un pedestal. Basta con que respiréis para que ellos se adapten a lo que os apetezca.

—¿Por eso has venido a verme?

Como era de esperar, Maurice no quería admitirlo. Lo negó agitando la cabeza.

—No puedo ir y pedírselo directamente, así sin más. Imagínate la cara que pondría Riley, para empezar. Sé que acabaré perdiendo dinero, pero al menos que sea lo mínimo posible. —Frunció el entrecejo con expresión abatida.

No dijo nada cuando le aseguré que haría lo que estuviera en mi mano. Fue hacia la puerta, asintió con la cabeza y simplemente se marchó.

Yo lo observé desde la ventana mientras se abría paso por la calle a empujones y emprendía el regreso a su casa. Visto desde allí, pasaba completamente inadvertido entre la multitud que abarrotaba la calle aquel sábado.

Weaver anunció que se retiraba en la misma época en que Maurice volvió a Primstone. Todo el mundo sabía que el traspaso había sido un error, y lo achacaban a su matrimonio. El joven Kelly, el medio de melé que había ocupado la vacante de Maurice, estaba muy lejos de tener la experiencia necesaria en el primer equipo, y le estaba costando aprender. Cuando se dislocó el hombro por ser demasiado lento y demasiado voluntarioso al mismo tiempo, el Club decidió acelerar el retorno de Maurice.

De todas formas, como se incorporó demasiado tarde, ya no cumplía los requisitos para jugar los partidos de la Copa, de modo que perdimos contra Widnes —con el medio de melé del segundo equipo— y nos eliminaron de la Copa. Fue una gran decepción después de haber hecho una temporada tan fantástica, y hubo quien le echó la culpa a Maurice por haberse comportado como un capullo. En los *play-offs* del Top Cuatro, nos derrotaron en la mismísima final. Hicimos una colecta y le regalamos a Weaver una placa que mostraba los récords del Club y una lista de

firmas. Ni Maurice ni George Wade me supieron decir por qué Weaver había elegido justo ese momento para retirarse a Torquay sin previo aviso, pero George estaba evidentemente disgustado, y se presentó dos veces en los entrenamientos sin su perro. Cuando fui a despedirme de él, Weaver me regaló un reloj.

* * *

Un sábado por la mañana, volví a ver a la señora Hammond. Maurice y yo acabábamos de salir de mi piso y estábamos cruzando la calle de camino al Booth.

Le pedí a Maurice que entrara en el Booth y me quedé esperando a que ella llegara a mi altura. Venía caminando cerca del bordillo, mirando los escaparates por los huecos que encontraba entre el gentío.

—Hola, Val —la saludé, justo cuando estaba a punto de tropezarse conmigo. Se tambaleó al tiempo que su cabeza se balanceaba súbitamente, describiendo un amplio círculo en el aire. Iba acompañada de Ian. Tenía la cara blanca y huesuda, aunque lucía unos trazos de carmín que le deformaban los labios.

—Hola, Arthur —dijo el niño, como si yo no hubiese dejado de estar presente ni un solo día de su vida—. Es Arthur, mamá.

Ella gruñó y le propinó un empujón para que siguiera avanzando. Yo di unos pocos pasos tras ella.

—¿No vas a pararte para que hablemos?

Al no recibir respuesta, seguí caminando tras ella. Evidentemente, me había reconocido: ella sabía sin lugar a dudas quién era yo.

—¿Para hablar contigo como vas, así vestido? —me dijo. Yo llevaba un traje nuevo, de sastre. Ian extendió la mano para tocarlo y dijo: «Traje».

—Vente y tomemos un café en el piso de arriba del Booth —le dije.

Ella se rio sin detener su avance entre el gentío.

—Si a mí no me importa —le dije—, ¿por qué tendría que importarte a ti?

—Hola, *Artu* —balbuceó Ian. La cabeza le colgaba y le oscilaba como a un tentetieso mientras avanzaba tras la estela de su madre. Unas cuantas personas se pararon a contemplar nuestra procesión.

Ya casi estábamos delante de mi piso y, cuando ella se decidió a cruzar la calle, me dio la impresión de que avanzaba precisamente hacia mi portal.

Yo la seguí mientras ella sorteaba el tráfico sin apenas prestar atención a los coches. Debía de pensar que ya me había rendido, o que sencillamente me había olvidado de nuestro encuentro, porque, cuando la agarré por el brazo y la forcé a entrar por la puerta, puso un gesto de gran sorpresa.

—¿Quieres subir y ver mi piso? —le dije a Ian, y acto seguido lo cogí en brazos y me precipité escaleras arriba con él a cuestas.

Él se apretó contra mí, tímido y atemorizado, y, cuando lo dejé de nuevo en el suelo, miró a su alrededor en busca de la puerta. Su madre lo llamaba desde el pie de las escaleras y él hizo un leve amago de bajar.

De modo que lo llevé hasta la ventana abierta para mostrarle la multitud de gente y el tráfico

que circulaban abajo. El ruido ahogaba la voz de su madre. Él se puso a mirarlo todo con la boca abierta mientras los techos de los autobuses de dos pisos nos pasaban tan cerca que casi habríamos podido tocarlos.

Ella estaba de pie en el umbral, gritándole.

—Ven a cogerlo —le dije.

Ian empezó a gimotear y a debatirse entre mis brazos, pidiéndome que lo soltara.

—Si no lo sueltas, llamo a la policía —me advirtió ella.

Esperó un minuto y luego bajó las escaleras, repicando los tacones contra los escalones con estrépito. Yo solté a Ian, y el niño salió corriendo tras ella.

* * *

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Maurice cuando me uní a él.

—Nada.

—¿Cómo que no te ha dicho nada, chaval?

—Está muerta.

Me miró durante un instante y me respondió en voz baja:

—Yo no me preocuparía, Art.

—¡Preocuparme! —repuse yo.

Debió de mencionarle este episodio a Judith —de hecho, no estoy del todo seguro de que no se quedara observándome en la entrada del Booth—, porque fue una de las primeras cosas que ella sacó a colación cuando llegué al Salón del Alcalde —así llamaban ahora a su casa—.

—¿Os veis mucho? —me preguntó, medio inquieta.

—No, no nos vemos nunca —le contesté, y ella no volvió a mencionar a la señora Hammond.

Habían colocado a Shirley sobre una alfombrilla, en el césped de la parte trasera, y nos pasamos toda la tarde del domingo jugando con ella.

—Vamos, bastardita —le decía Maurice, y la niña no paraba de reírse—. Sí..., *tú*, te lo digo a ti. A ti, bastardita. —Y le hacía cosquillas en la barriga con uno de sus gruesos dedos.

—Siempre usa esa palabra —se me quejó Judith.

—Bueno, es que estuvo a punto de serlo —repuso Maurice, con la cara seria. Y acto seguido empezó a revolcarse por el suelo con la niña entre los brazos, sosteniéndola como si fuera una pelota valiosísima.

—Deberían ir los dos juntos a un circo —dijo Judith—. Vamos, Tarzán, entremos en casa, vamos a por unas cervezas.

En cuanto nos quedamos solos me preguntó:

—¿Crees que a Morry le gusta estar casado? Quiero decir..., en el fondo. ¿Crees que lo ha superado?

Si no estuviera segura, no me lo estaría preguntando, pensé para mis adentros.

—En otras circunstancias, jamás se habría casado. Pero es muy afortunado de haberte encontrado.

—Es que tengo la impresión de que está empezando a sentirse presionado. Lo más natural para

un hombre como él es acostarse con una mujer distinta cada noche.

—Eres blanda con él, Judy. A Maurice hay que tratarlo con más dureza... para cualquier cosa.

Me irritaba verla presumir de Maurice, alardeando de su propia seguridad. Ahora era una mujer distinta, no se parecía en nada a la chica con la que yo había estado hablando en el portal de aquella tienda. El matrimonio la había «moldeado».

—¿Eso crees? —dijo. Abrió el frigorífico y sacó la cerveza. Me observó mientras yo la abría y la vertimos en nuestros respectivos vasos—. ¿Cómo se comporta ahora, con las demás mujeres?

—Lo llaman «papaíto».

—¿De verdad? ¿En serio? —Soltó una carcajada.

—Pero no le digas que te lo he contado —la insté, porque en realidad no era cierto. De todas formas, Maurice se estaba portando bien, y yo no tuve el valor de arriesgarme a despertar los recelos de Judith. Cuando regresamos con la cerveza, él estaba agachado y cubría a la niña con su cuerpo menudo y fornido.

Más tarde, durante esa misma velada, Maurice y yo salimos a dar un paseo por la senda del castillo de Caulsby. Cada vez que pasábamos por delante de una casa, él la iba tachando de su lista, clasificando a sus habitantes en tres categorías: Ayuntamiento, deportista-secreto-de-Ed-Philips, maestro. Le gustaba catalogarlos de esa manera, pues así recalcaba que él era distinto y que no se parecía a nadie más. En un momento dado, tratamos de salvar los peldaños de un cercado, pero, como íbamos riéndonos, terminamos cayendo sobre la hierba sin cortar, presas de un ataque de risa histérico y cómplice. No sé cuánto tiempo nos duró. Nos pasamos un buen rato rodando por el prado como un par de vagabundos, dándonos empujones o poniendo caras raras antes de empezar a soltar carcajadas otra vez. Cuando una pareja que daba su vueltecita vespertina pasó por nuestro lado, Maurice no tuvo más que señalarlos y decir «Maestros» para que nuestro griterío volviera a estallar como un trueno. Y así seguimos, tropezándonos, cayéndonos y levantándonos mutuamente del suelo, empujándonos de nuevo, sosteniéndonos el uno al otro para no perder el equilibrio, peleándonos, haciendo ruiditos, hasta que, tan de repente como había empezado, la cosa se calmó, y los dos nos quedamos sentados con las piernas cruzadas, exhaustos; nuestra risa se fue extinguiendo poco a poco hasta convertirse en una especie de sonrisita superficial y afectada.

Seguimos subiendo por el promontorio que conducía al castillo agarrados por los hombros. Hacía bastante calor. Desde la cumbre del collado, parecía que el valle y la ciudad estuvieran a punto de ser engullidos por una neblina baja, enrojecida por el sol moribundo que ya había iniciado su descenso desde la cima del valle. Un penique al rojo vivo metiéndose en su ranura.

—¿Qué has pensado hacer cuando dejes de jugar al rugby? —dijo Maurice, que ya había recuperado la serenidad y miraba al sol como si mirara a otro ser humano—. ¿Seguirás en Weaver's? ¿Abrirás un pub?

—No lo he pensado aún. Todavía es pronto.

—Creo que yo voy a montar un negocio.

El gran disco rojo parecía estar justo en el sitio indicado para que él pudiera admirarlo.

—¿Cuándo?

—En cuanto reúna el capital suficiente. ¿Te gustaría asociarte conmigo?

Hurgó en la tierra con la puntera de su zapato. No era más que polvo, procedente de las piedras de la fortaleza. Maurice era incapaz de quedarse quieto.

—¿De quién ha sido la idea?

—Del viejo..., ya sabes, de mi suegro. Incluso estaría dispuesto a entrar en el negocio con nosotros. Cree que debería ponerme ya a ello, para tener algo hecho antes de que llegue el momento de retirarme.

—¿Qué clase de negocio tenéis en mente?

—Logística interna: cintas transportadoras, tal vez ir progresando hasta llegar a las plantas de cribado de carbón, ese tipo de cosas.

Yo me reí y él añadió:

—Parkes tiene mucha experiencia en esos temas. Dice que no es ni la mitad de difícil de lo que uno se imagina. En realidad, siempre ha querido meterse en ese negocio.

—Puede que tenga razón..., siempre que uno cuente con una fortuna que invertir.

—No se necesita tanto dinero, Arthur. No cuando se empieza. Todo lo que necesitamos por ahora es un edificio prefabricado de buen tamaño, algo para el transporte y quizá dos o tres hombres. En un primer momento solo serían tareas de montaje..., contratación, licitaciones.

—Pero, aun así, necesitarás *algo* de dinero.

—Algo tengo... y tú también. Y Parkes pondría su granito de arena. —Me miró insinuante, pero yo no terminaba de ver lo que esos oscuros ojos suyos trataban de sugerirme.

—¿Y qué pasa con los otros treinta o cuarenta mil?

—Déjate de remilgos, Art. Tú tienes algunos ahorros... y yo no estoy tan mal de dinero. Parkes..., él tiene un buen puñado, de eso estoy casi seguro. Mientras sigamos jugando, tendremos la capacidad de montar algo así. ¿No crees? Podríamos vivir del rugby por el momento, al principio. No tendríamos que preocuparnos de ganarnos la vida. Y eso es un gran comienzo. Si no lo hacemos así..., acabaremos abriendo un pub, o cayendo en el olvido. Mira, si no, lo mucho que Frank está teniendo que aguantar. No se atreve a dejar de jugar..., se ha acostumbrado al dinero, piensa que cuando lo deje no podrá salir adelante.

—Mira, si me hablaras de una tienda de deporte, estaría dispuesto a creerte.

—Eso no serviría de nada. Las tiendas no sirven de nada. Este país ya está desbordado de tenderos, joder. Nosotros queremos algo grande, algo donde solo haya dos opciones: quiebra o pelotazo.

—Supón que te digo que sí. Todavía no me has dicho de dónde saldría el dinero. De momento, lo único que podríamos comprar es la mesa de la oficina.

—Uf, venga ya, Art, no me seas *tan* corto. —Me miró con fingida decepción.

Una larga sombra, la que proyectaban las ruinas del castillo, se iba curvando poco a poco por encima del collado en el que nos encontrábamos. Unos pocos gorriones atravesaban el aire como saetas y se balanceaban en torno a nosotros, mientras que abajo, en el charco verde oscuro del pequeño foso, unas piedras se estrellaban contra la superficie del agua y la llenaban de salpicaduras allí donde jugaban unos críos.

—Doy por hecho que te refieres a Slomer —le dije.

—Él es el dinero, Art.

La confianza que teñía su mirada cómplice aumentó mientras enredaba nerviosamente con los pies en el polvo.

—¿Qué problema hay? Estoy seguro de que nos concedería un préstamo. No me cabe duda de que lo haría. No sería la primera vez, lo ha hecho con mucha gente distinta.

—Yo ya me he vendido bastante, Maurice. Quinientas libras, ya las tengo. No necesito más beneficios. Slomer intentará controlarlo todo. ¿Acaso no sabes cómo es? Deberías preguntarle a Ed Philips. Slomer arramblaría con todo.

—Querrá cobrarse los intereses. Él es así. Querrá hacer una buena inversión, y nosotros podríamos proporcionársela. Eso es lo mejor de tratar con Slomer. No importa quién seas con tal de que trabajes como él te pide. Y con tal de que aceptes su forma de sacar tajada del asunto.

—Es un hombre enfermo. No es como los demás. Deberías ver cómo se comporta..., la manera en la que actúa y habla con la gente.

—Lo que yo quiero es su dinero, no su fotografía... Venga ya, Arthur. Apuesto a que tú podrías ejercer una gran influencia sobre él. Es un hombre muy poderoso. El único enchufe verdaderamente gordo del que puedes tirar. Te lo aseguro. Y él puede sacarnos de este apuro en un abrir y cerrar de ojos.

Yo no se lo discutí. Emprendimos el camino de regreso aún agarrados por los hombros, charlando sobre el partido del sábado anterior y sobre el juego de Mellor.

Pero luego se pasó el resto de la velada callado. Y Judith, recelosa, me preguntó:

—¿Qué le has dicho sobre mí, Tarzán?

4

Johnson había envejecido de forma acelerada en el último año. Cada vez que lo veía pasar por debajo de mi ventana —a la que ocasionalmente echaba una ojeada—, no podía evitar recordar lo rápido que se le habían echado encima los años, la velocidad a la que la edad se había adueñado de su apariencia. Ya no le sobresalía ningún mechón por la parte izquierda de la visera de su gorra plana, y, cada vez que se quitaba aquella maltratada boina, unos cuantos pelos revoloteaban por el aire. Había logrado posponer un poco esa degradación a base de torturarse la boca con una elegante dentadura postiza: cuando sonreía, le quitaba unos cinco años de encima.

Aún seguía asistiendo a todos los partidos que jugábamos en casa, y se había reservado un asiento en la tribuna. Cuando le conté la idea de Maurice, me dijo:

—Eso es lo mejor que puedes hacer con el dinero. ¿Recuerdas aquella época en la que no tenías nada? Subíamos hasta Primstone en autobús, y tomábamos la línea 10 para ir a Highfield. En fin, Arthur, está claro que hemos dejado todo eso atrás. No hay palabras para describir lo mucho que disfruto viéndote correr por la cancha de Primstone, recordando cómo empezamos. ¿Te acuerdas de la noche en que fichaste por el equipo? ¿Cuando me la metiste doblada con el tema? Siempre me río al pensarlo. Apuesto a que ni recuerdas la última vez que subiste a Primstone en autobús.

—Antes hacíamos muchas cosas juntos, papá.

—Tú y tu señora Hammond, Arthur —dijo, y soltó una risita estrangulada—. Menuda pécora... ¿No crees que era una mala pécora? No la podía ver ni en pintura.

—Maurice me ha preguntado si quiero meterme con él... en este negocio —le dije yo.

Él encajó su hilera de clavos blancos y rosados entre sus finos labios.

—Esto te va como anillo al dedo, Arthur. Es cuestión de seguir pisando fuerte y siempre hacia arriba, cada vez más alto: ¿por qué habrías de pararte ahora?

—Bueno, está el asunto de cómo reunir el dinero.

—¿El dinero? —repitió, como si fuera incapaz de ver qué narices tenía que ver aquello con el tema del que estábamos hablando.

—A Maurice se le ha ocurrido que debería pedírselo a Slomer. Dice que yo podría conseguir que nos diera un préstamo.

Una burbujita se escapó de la comisura de la boca de Johnson, y estalló.

—No crees que sea buena idea, ¿verdad? —inquirí.

—Bah, no, a mí no me preguntes esas cosas. Pero ya sabes lo que pienso de esa gente. — Dudaba sobre qué respuesta darme, y no entendía por qué le estaba preguntando aquello—.

Recurrir a Slomer, sea por el motivo que sea, siempre es un gran error —afirmó por fin.

—Me alegro de que digas eso —contesté—. Es lo mismo que yo le dije a Maurice. Todo este asunto está destinado al fracaso.

Dos semanas antes de que comenzase la temporada, me marché de vacaciones con Maurice, Judith, y la niña, y Frank, Elsie y su Ken. Nos fuimos todos juntos a Scarborough. Frank y su familia vinieron en mi coche y Maurice en el suyo. Recorrimos a toda velocidad el trayecto entre York y Malton, en un par de horas, y nos alojamos en un hotel que George Wade nos había reservado. Él mismo se presentó allí con su mujer el domingo, para ver cómo nos encontrábamos y para que le enseñásemos las jugadas que habíamos estado diseñando en los entrenamientos.

Lo cierto es que Scarborough me gustó. Tomamos la costumbre de tendernos en las tumbonas de la playa de South Bay mientras observábamos cómo Shirley se enfrentaba por primera vez a la arena, y cómo Kenny se bañaba en la orilla. Aquella zona también olía a trabajo, pero el mar lo llenaba todo. El aroma del mar y el del trabajo cubrían como un velo todo el espacio. Las curvas suaves y neblinosas de los acantilados, tan enormes y amigables e íntimos; el puertecito achaparrado, enroscado en torno a los pesqueros, que holgazaneaban formando una hilera; las escamas plateadas de los peces, que refulgían como joyas por el muelle; las rocas de algas negras; la arena: sin lugar a dudas, se trataba de un olor añejo y agradable. Me recosté en la tumbona y dejé que el aroma penetrase en mi cuerpo, llenándolo. Sentí la bahía en mi interior, las rocas y la arena. Era un sitio antiguo, y había estado habitado por personas muy duras que poco a poco se habían ido suavizando unos a otros. Scarborough era un lugar de aspereza dulcificada.

—Antes se me ha olvidado decirnos una cosa —anunció Frank repentinamente, de forma deliberada—. Estamos esperando otro.

Elsie alzó la mirada hacia arriba y soltó una risita nerviosa.

—Él quería mantenerlo en secreto —explicó—. Pero no veía la hora de decíroslo. ¿No habíais notado que estaba un poco tímido?

—Yo solo había notado que actuaba como si lo hubieran desplumado —dijo Maurice.

—Enhorabuena —los felicitó George Wade, tirando suavemente de la correa del perro. Se inclinó por encima del vasto cuerpo de su esposa, que también se reía, como si ya estuviese al corriente del asunto—. ¿Qué prefieres esta vez, Frank? ¿Otro médico, o una enfermerita para variar?

—Uy, esta vez mejor una niña —dijo Elsie—. Quiero a alguien que me haga un poco de compañía en casa.

—¿Y cuándo llegará el día en que te veamos casado, Arthur? —dijo Judith.

—Oh, ese sí que será un día importante —la secundó Maurice en un murmullo. Había cubierto la pierna de Shirley con arena, imitando sus balbuceos.

—Yo pensaba que era el soltero más cotizado de la ciudad —dijo Elsie—. Creía que...

—No es que a ellas no les guste —aclaró Maurice mientras me observaba atentamente—. Es que Arthur cree de verdad en lo de enamorarse.

—Pues menos mal —repuso Elsie—. ¿Por qué, si no, iba a casarse? —Nada más decirlo, se ruborizó y trató de esquivar la mirada de Judith.

—Ya lo ves —dijo Maurice—. Todo tiene su explicación.

—¿Es que acaso no quieres casarte, Arthur? —preguntó Elsie—. ¿No crees en la institución del matrimonio ni en nada parecido...? —Su cabeza se balanceó hacia delante para poder

mirarme, pues nuestras tumbonas estaban dispuestas en línea recta.

—No seas tan necia —la reconvino Frank, sin severidad alguna—. Maurice se está quedando contigo, Elsie.

—Bueno, pero es que quiero saberlo —replicó ella—. Tú *sí* crees en el matrimonio, ¿verdad, Arthur?

—Sí —respondí sonrojándome, cosa que tanto ella como Maurice encontraron muy divertida.

—Bien; pues, entonces, Maurice —continuó ella—, ¿qué es lo que tratabas de decir?

—Nada distinto a eso —contestó él—. Solo he dicho que él cree en el amor.

Elsie se quedó callada, intentando averiguar hasta qué punto la cosa iba en broma.

—¿Le has dado más vueltas a mi oferta? —le dijo entonces Maurice a Frank.

—¿A tu qué? —pregunté yo—. ¿Le has pedido dinero a Frank también?

Maurice esbozó una mueca.

—¿Cómo iba a hacer eso? Solo le he preguntado si le gustaría trabajar con nosotros, nada más.

Yo miré a Frank, que tenía los ojos clavados en Shirley; la niña estaba gateando entre sus pies.

—Espero que no te lo hayas tomado en serio... Porque no hay manera de reunir ese dinero. Como mucho, nos daría para una tienda de chucherías.

—Conseguiremos el dinero —me cortó Maurice con sequedad—. No hay de qué preocuparse, Frank.

—Por lo que a mí respecta, estás escuchando a un mago —dije yo—. No sé de dónde lo va a sacar... Y, supuestamente, yo soy uno de sus socios.

Frank se inclinó por la cintura y tomó a Shirley del suelo para sentarla sobre la sólida superficie de sus muslos.

—No es que no me guste tu idea —dijo—. Pero, Maurice, yo..., yo necesito algo que me dé seguridad, algo que no me genere ningún tipo de duda.

—¡Y yo también! —exclamó Maurice, señalando con un dedo a Shirley.

—Ya lo sé, Maurice. Pero tú acabas de empezar. Kenny está creciendo rapidísimo. Los dos estamos metidos en esto hasta las cejas; no podemos ir cambiando las reglas cada dos por tres, especialmente si no tenemos del todo claro hacia dónde vamos. Odio la puta mina, pero al menos sé que puedo contar con ella. En el caso de un proyecto como el tuyo..., y no estoy diciendo que no debas seguir adelante..., las cosas podrían no salirte como las has planeado.

—Pero ¿es que no lo ves, Frank? Esto te da la oportunidad de hacer algo diferente, de alcanzar una posición que nunca alcanzarías en la mina. Nunca más tendrías que trabajar bajo tierra.

—Lo sé —dijo Frank, acariciando las piernas de Shirley. Elsie lo miró inquieta—. Daría casi cualquier cosa por no volver a la mina. Ya ves cómo me afecta esto.

—Solo te está enseñando la zanahoria —lo advertí—. No entiendo por qué te lo tomas tan en serio.

—¡Por Dios! ¡Para de una vez! —dijo Maurice.

Nadie dijo nada durante un rato. Nos quedamos observando a una pareja que trataba de guiar su bote de remos entre el oleaje que rompía en la orilla. Luego George comentó:

—Me parece que sería una imprudencia meterte en algo semejante. Los dos deberíais esperar hasta retiraros del rugby..., y espero que eso no suceda hasta dentro de muchos años.

—Y entonces le ofrecerás a Arthur el puesto de entrenador. ¿Dónde nos deja eso? —dijo Maurice.

Shirley se echó a llorar en las rodillas de Frank, así que Judith la tomó entre sus brazos.

—Ay, venga, va, cielo.

—Probablemente le iría mejor si se dedicara a eso.

—Vas tan desencaminado como Arthur, George. La ventaja de empezar ahora es que podemos vivir del dinero que ganamos con el rugby.

—Lo cual nunca le ha hecho bien a ningún jugador..., lo de vivir exclusivamente del rugby, digo —aclaró George—. No es una buena propuesta, eso es todo. Si me la hubiesen hecho justo después de la guerra..., habría dicho que sí. Pero ahora... se necesita mucha suerte.

—Mis dedos siempre me traen buena suerte —respondió Maurice.

—Cuando juegas al rugby. Yo no creo que se aplique para todo lo demás —dijo George.

—Verás, Elsie. —Maurice se giró de pronto y se dirigió a la esposa de Frank—. La mujer a la que Arthur pretendía..., en fin, él no fue capaz de retenerla a su lado.

—¿Que no fue capaz? —repitió ella, sin percatarse del veneno que impregnaba aquella afirmación—. ¿Quién era, Arthur?

Pero nadie le respondió.

Un par de días más tarde, le pregunté a Maurice si había tanteado a Weaver para lo del préstamo; me extrañaba que esa idea no se me hubiera ocurrido hasta entonces.

—Me respondió enseguida —admitió—. Me dijo que en estos momentos no puede asumir un esfuerzo de esa magnitud, y que en cualquier caso ya se ha retirado, que ya no se dedica a ayudar a los demás como si fuera de la beneficencia. Pero, por otro lado, no le pareció mala idea.

—¿Cuánto le pediste?

—Me dijo que, cuando por fin nos establezcamos, deberíamos buscar un solar cercano a Primstone. Que eso sería bueno para la publicidad y tal. Cree que no nos será muy difícil encontrar mano de obra barata, tal vez incluso trabajadores voluntarios, para limpiar el terreno y empezar a construir el edificio.

—¿Cuánto le pediste?

—Weaver no te cae demasiado bien, ¿verdad, Art?

—Yo nunca he dicho eso. Lo que no entiendo es cómo esperas que haya una remotísima posibilidad de que alguien te apoye. La gente no te considera una persona de fiar, Maurice. Eso es lo que Frank intentaba decirte el otro día. Crees que yo le causaré una mejor impresión a Slomer, y por eso me pides lo que me pides. Pero, aun así, no funcionaría. Slomer no se pasa el día con los ojos cerrados...

—Eres un gallina, Art. ¿Cómo has llegado a esto? Desde que esa señora Hammond te dejó, pareces haber desaparecido completamente del mapa. Estás cagado de miedo, ¿qué te pasa?

—No sigas calentándome, amigo mío.

—Tú eres el niño grande, Arthur. Porque yo..., yo solo me dejo llevar, avanzo a rebufo de los demás. Pues ¿sabes qué te digo? Renuncio a este proyecto, desde ya. Y que me caiga muerto en el sitio si vuelvo a mencionar el tema.

Esta solo fue una de las muchas discusiones que tuvimos durante las vacaciones. En todos los casos, conseguimos controlarnos y que el tono no se nos fuera de las manos. Pero lo cierto es que ambos estábamos dándole vueltas a la idea, aunque solo Maurice lo admitiera. Y, en el transcurso

de los siguientes dos o tres días, nuestras diferencias salieron a la luz con una claridad todavía mayor. Los dos sabíamos cuánto nos atraía ese proyecto, pero los dos estábamos un poco hechos polvo porque yo no terminaba de tomar la iniciativa. Había algo que me frenaba: el recuerdo de haberme pillado los dedos en el pasado. Maurice, en cambio, no veía nada más allá de mi evidente estupidez.

Solo llegamos a pelearnos en una ocasión. Habíamos salido con Frank al mar, en una barca de remos, con el objetivo de pescar un rato. En cuanto estuvimos a un par de metros de la orilla, Maurice empezó a nadar en círculos en torno a la barca, al tiempo que trataba de volcarla. Sin embargo, cuando yo me zambullí tras él, el pie se me quedó atascado en un lateral, y Maurice se echó a reír con tanta fuerza que apenas conseguía mantenerse a flote, mientras yo seguía pataleando y escupiendo el agua que tragaba. Cuando por fin lo atrapé, no tardamos en enzarzarnos en una pelea. Frank, al vernos tan empeñados en la tarea de ahogarnos el uno al otro, se nos arrimó en la barca y alzó uno de los remos.

—Art, suéltalo ya o te rompo la cabeza —me advirtió. Yo agarré a Maurice con más fuerza, y lo siguiente que recuerdo es que algo se estrelló contra mis hombros, dejándome los brazos entumecidos. Solté a Maurice y me quedé flotando sobre la espalda, aturdido—. Y tú, Maurice, súbete a la barca y crece de una vez, por Dios —le gritó Frank. Tiró de aquel saco de músculos para subirlo a bordo, y a continuación dejó que el bote se deslizara con la corriente hacia mí; acto seguido, me metió los brazos bajo las axilas y me alzó en el aire—. Es que sois unos críos, joder —nos regañó, y se puso a remar hacia la orilla. Nosotros estábamos sin aliento, tumbados en el suelo de la embarcación. No nos dijo nada más hasta que el barquero agarró la proa y nos arrastró hasta la arena—. Menudo par de socios estáis hechos —añadió, antes de marcharse para unirse a las mujeres. Una hora más tarde estábamos todos en Castle Hill, retándonos para ver quién lograba vaciar más rápido una pinta de cerveza.

Cuando regresamos del viaje, todos teníamos la firme intención de volver a ir juntos a Scarborough al año siguiente. Yo dejé a Frank y a su familia en Stokeley, y cuando llegué a mi piso me topé con que George Wade me había estado esperando. Me dijo que Slomer había muerto.

—Fue el domingo en el que estuve con vosotros en Scarborough. Me enteré en cuanto llegué a casa... y pensé en mandaros un mensaje. Pero luego se me ocurrió que sería mejor esperar hasta que volvierais. Quiero que Frank y tú representeis al equipo en el funeral, mañana. —Era la segunda vez que veía a George sin su perro.

Slomer había destaponado algo. De pronto me oí a mí mismo recitando contratos, órdenes, datos sobre la construcción de un edificio, interrogando a los empleados acerca de las licitaciones realizadas y los contratos que teníamos entre manos. George se quedó observando cómo me vaciaba y me dijo:

—Naturalmente, Slomer no significaba nada para nosotros a nivel personal. No se trata de eso, Arthur. Frank y tú solo tendréis que estar presentes. Después, no será necesario que os quedéis. En fin... —Exhaló un fuerte suspiro y se sentó mientras se quitaba el sombrero de fieltro—. Es la mano del Destino, supongo. Ese negocio del que habla Maurice. La mano del Destino, está claro. ¿Qué opinas?

—Sí, supongo, George.

—Me parece que este es uno de los días más importantes de mi vida —dijo él, incisivo. Su mirada me apelaba de forma algo perentoria.

—¿Y eso?

—Bueno... Esto viene de muy lejos, Arthur. Es anterior al Primstone que tú guardas en tu memoria. Yo siempre he considerado el Club..., el campo, su gente, aquellos que se encargaban de gestionarlo..., como una especie de sociedad en sí misma. Me gusta pensar que he participado en esa gestión. ¿Me entiendes? Para mí se trata de un lugar que he contribuido a gobernar. Sé que mi actitud puede parecer algo cerrada. Pero lo he sentido así desde el principio, hace más de treinta años. Y, durante todo ese tiempo, Primstone siempre ha estado dominado por un individuo u otro. Si en un momento dado era Weaver, al siguiente era Slomer, y así sucesivamente, sin parar de reñir y de intercambiarse los cargos. Pero ahora los dos han desaparecido. Uno de ellos..., bueno, es posible que solamente se haya marchado algo desencantado... y el otro ha muerto. Podría decirse que Weaver intentaba ser demasiado amable, y que se aprovechaban de él, mientras que a Slomer le faltaba la fuerza física necesaria. Pero esto es lo que hay. Los dos han desaparecido. Y, por primera vez, va a ser un comité el que gestione el Club.

Se quedó mirándome fijamente, como tratando de averiguar si todo esto tenía algún sentido para mí. Luego tomó el sombrero, que antes había dejado a un lado, y lo hizo girar en una de sus manos.

—Por tu manera de hablar, George, empiezo a pensar que estabas deseando que pasara esto.

—No. De hecho, no creo que nadie pueda reprocharme eso. Siempre he procurado ser justo. Evidentemente, yo prefería a Weaver. Pero solo se trata de una elección personal. No puedo decir que sienta muchísimo la muerte de Slomer ni que esté demasiado apenado. Pero, por otro lado, nunca la he esperado de la forma que tú insinúas. Como mucho, podría decirse que me imaginaba que iba a suceder en algún momento.

—Pues yo no me lo imaginaba, te lo aseguro.

—Yo no sé nada sobre ti, Arthur. Eres una de esas personas que mantienen sus emociones a raya, bien amarradas. Por ejemplo, nunca he sabido si contabas con que ese proyecto de la empresa saliera adelante o no.

—No teníamos ninguna posibilidad, George. No hay de qué preocuparse.

—Estas cosas pueden acabar llevando a la ruina a todo un equipo, particularmente al principio de una temporada.

—¿O sea que Slomer debería haber dejado lo de morirse para más adelante?

—A ver, chaval... —Me miró pensativo; no tenía claro cuáles eran mis sentimientos. Pero cualquier observación que tuviera pensado hacer quedó truncada por la alegre llegada de Maurice, que llamó a la puerta y entró raudamente en la habitación. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo moreno que se había puesto durante aquella semana de vacaciones.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —dijo—. ¿Alguna noticia?

—¿De qué?

—Buena pregunta —me contestó. Yo no entendía por qué estaba tan alegre si ya se había enterado—. Aunque..., ¿me estás escuchando, Arthur?... en algún momento del día, o si no mañana, o... como muy tarde pasado mañana, voy a recibir un mensajito de Slomer sobre...

Los ojos de George se abrieron de par en par, y después su boca, que dejó escapar una colosal risotada. Se desplomó sobre el asiento, riéndose y temblando como un bloque de gelatina. Ni siquiera yo pude evitar sonreír al ver la cara anonadada de Maurice.

—Oh..., no quiero molestar... —dijo George, entre espasmo y espasmo—. No pretendía

reaccionar así. Es solo que tú... sobre todo lo demás...

—¿Dónde tenéis las botellas? —dijo Maurice, echando un vistazo por todo el cuarto—. No me digas que has conseguido que George empiece a beber.

—No..., no pasa nada, Maurice, de verdad —le aseguró George—. Venga, chaval. Tú sigue, como si yo no estuviera aquí.

—Bueno, solo iba a decir... —empezó Maurice, con una mezcla de desánimo y de asombro.

—¿Que te pusiste en contacto con Slomer antes de que nos marchásemos? —le pregunté.

—Eso es, Art. Todo está arreglado... si las cosas salen bien. Parece que le caes simpático. En cuanto le dije que tú estabas en el negocio... Fue por teléfono, esto que te estoy contando. Después le escribí una carta, explicándole todo el asunto... No te lo dije mientras estábamos fuera porque quería que fuese una sorpresa. Luego, al llegar a casa y no encontrar ningún mensaje, he pensado que tal vez podría habértelo enviado a ti...

Nos miraba alternativamente con una perplejidad creciente, pues estaba convencido de que su larga y jadeante explicación debía de haber aclarado todo el asunto. George, por otro lado, al fin había conseguido controlar su excitación, y estaba sentado con una expresión severa dibujada en el rostro. No paraba de mirarme, instándome a darle la noticia a Maurice.

—Slomer está muerto, Maurice —le dije. George asintió con la cabeza—. Murió el domingo pasado. Mientras estábamos fuera.

Maurice tenía dos normas de conducta: no mostrar sus sentimientos si había dolor de por medio, y, en caso de hacerlo, envolverlos en una sonrisa. De modo que optó por sonreír, vivaracho.

—Bueno, pues eso lo arregla todo, Arthur —dijo—. ¿No crees?

—Pss... sí.

—¿Estás seguro de que está muerto...? No será una falsa alarma ni nada de eso, ¿verdad? —preguntó, componiendo un gesto reflexivo.

—El funeral es mañana, Maurice —le dijo George—. Arthur y Frank van a ir en representación del equipo. Yo iré en nombre de la junta.

—Pues qué bien —dijo Maurice—. El único problema es que aquellos que verdaderamente salen perdiendo con esto no van a estar presentes.

—¿A qué te refieres? —George trató de adoptar un tono de voz severo después de su ataque de risa.

—Nada... Solo que ha elegido un buen momento para desprenderse de la rama.

—Si quieres venir —dijo George—, por mí no hay ningún problema.

—Jamás me veréis en una iglesia en momentos como este. Antes muerto...

—Bueno, ya se te pasará —le dijo George, veloz—. Me marchó, Arthur; a ver si juntos sois capaces de recuperaros de la decepción. Llámame por teléfono luego, ¿vale? Y así vemos dónde nos reunimos mañana. Yo mismo avisaré a Frank.

Entonces Maurice dijo:

—Vale, Doctor. Yo también me voy.

—¿No vas a quedarte un rato, Maurice? —le pregunté.

—¿Qué...? —Esperó a que George saliera por la puerta y bajara unos cuantos escalones, y luego dijo—: ¿Quedarme contigo, tronco? ¿Y para qué? ¿Para envejecer juntos?

—Podríamos hablar.

—Hablar. Hablar. Eso es lo único que he hecho contigo en esta vida, Arthur. Hablar. Si no fuera por tu manía de hablar y enredar, los dos llevaríamos ya mucho tiempo limpios de polvo y paja. Pero ya nos ves... ¡Joder! ¿Por qué sigo aquí? Ni siquiera te reconozco.

Y se marchó. Oí la voz queda de George, que le hablaba mientras bajaban las escaleras. Yo cerré la puerta.

El funeral consistió en una procesión. Parecía que, ante la muerte de Slomer, la ciudad entera hubiera dado un paso atrás, como si nadie supiera con certeza lo que aquello significaba o lo que debería hacerse al respecto. El resultado fue que casi nada se dejó sin hacer, que las grandes empresas enviaron a sus representantes y que todas las compañías de taxis enviaron sus coches. El ataúd era un gran mazacote de flores, del que solo parecían sobresalir las cuatro ruedas por debajo y la cabeza del conductor por arriba. Aquel espectáculo, veleidoso e instintivo, sacó a la calle a grandes multitudes, de modo que todo se fue desarrollando dentro de una atmósfera de reverente estupefacción.

George, Frank y yo compartimos un taxi con un par de tipos que también habían conocido a Slomer de manera superficial, por cuestiones de negocios. Uno de ellos, impresionado por el número de personas que agachaban la cabeza para asomarse por la ventanilla cuando pasábamos por delante, dijo:

—Con él se acaba una manera de hacer las cosas, se lo digo yo...

George alzó sus peludas cejas. Sin su perro al lado, parecía extraviado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, paciente.

—Ahora que Slomer ya no está —le respondió el hombre—, observará que todos los grandes grupos empresariales lo tienen más fácil para mudarse a esta ciudad. Fíjese bien en lo que le digo. Ya no habrá ninguna figura central. Nos convertiremos en una gran ciudad como cualquier otra: socialista, impersonal, anónima. Lo único por lo que se nos conocerá fuera —me señaló con su mano enguantada— será el nivel de nuestro equipo de rugby.

Contempló durante un instante a la muchedumbre, que avanzaba en una columna y describía en ese momento una curva por Market Street para adentrarse en Saint Teresa's. Hacía calor.

—Miren eso, miren —dijo—. Ya no habrá más funerales en los que la mitad de la ciudad salga a las calles para ver pasar el féretro de un hombre al que apenas conocían... —Con un movimiento ágil, chasqueó sus dedos enguantados—. Simplemente tendremos un equipo de rugby.

George se metió un dedo por el apretado cuello de la camisa.

—Y demos gracias a Dios por ello.

5

Volví a caer en un agujero; ahora solo pensaba en el rugby. La vida no era más que una formalidad con la que debía cumplir sin pararme a observar los detalles. Cada noche entrenaba más y más, corría decenas de kilómetros, saltaba a la comba hasta marearme, practicaba el *shadowboxing* hasta que me daba la impresión de que había vencido a mi propia sombra. No paraba de moverme hasta que no sentía que había logrado expulsar todas las emociones de mi cuerpo, hasta que este solo obedecía a las pautas del entrenamiento. Me di cuenta de que había perdido el interés en marcar tantos, mientras que me desvivía por hacer daño y causar problemas. Si marcaba, pues perfecto, pero lo que más me fascinaba era correr con el balón y bloquearles el paso a los tigres, que se tambaleaban como si estuviesen a punto de caerse por un precipicio. Me dedicaba a imitar, no a jugar al rugby. Evidentemente, aquella soledad no me hacía ningún bien, pero yo me empeñaba en mirar para otro lado. Me repetía a mí mismo que siempre había estado en lo cierto: no tenía sentimientos. No valía la pena seguir actuando como si los tuviera.

Cuando llegó la carta, pensé que debía de ser otro de esos rollos sensibleros que me escribían las niñas del instituto. Pero, al cogerla de la estantería donde se acumulaba la mayor parte del correo de los fans, en Primstone, me quedé atascado en la única palabra que había escrita en la parte superior: «Domingo». Me recordé a mí mismo que estábamos a martes, y me pregunté por qué razón alguien habría decidido anotar el día de la semana en un mensaje de ese tipo. La carta decía que la señora Hammond estaba ingresada en el hospital de Ridding, aunque Emma Compton no estaba muy segura de si la noticia sería de mi interés. Normalmente, los pacientes del Ridding no solían tener muchas probabilidades de sobrevivir.

Informé a Dai del asunto y me marché antes de que empezara el entrenamiento. Atravesé la ciudad en coche hasta llegar al Ridding, que se erguía en la cresta desde la que se dominaba todo Highfield.

Solo logré verla de refilón. Debía de estar dormida o inconsciente. Tras montar un poco de bronca, conseguí que la enfermera saliese al pasillo, y solo me hizo falta subir levemente el tono para que el médico también hiciera acto de presencia. Era un escocés menudo y fortachón, aproximadamente de mi edad, y me condujo a su despacho en cuanto le dije mi nombre.

—Arthur Machin... Juega usted en el City —me dijo—. ¿Qué interés tiene en la paciente?

—Era mi casera, le alquilaba una habitación. ¿Qué le ha pasado?

—Tiene un trombo en el cerebro —me dijo por fin, después de contarme que de vez en cuando iba al estadio a ver al City—. De momento, no podemos hacer mucho —añadió.

—¿Cuánto le va a afectar...? Es decir..., ¿es grave?

—¿Grave?... Sí, es grave. —Me miró directamente a los ojos, como si estuviera tratando de

evaluar hasta qué punto me importaba todo esto.

—¿Se va a morir?

Esperaba que él sonriera ante mi ingenuidad. Esperaba que me dijera: «No, por supuesto que no», y que me diera una palmadita reprobatoria en el hombro.

—Me temo que no puedo responder a esa pregunta. —Ins-piró con fuerza por la nariz y calibró durante un minuto si no sería más interesante seguir hablando de rugby—. Ya sé lo que está usted pensando —me dijo—. Pero, ahora mismo, esta es la situación. Debe hacerse cargo de que el estado de la paciente es crítico.

—¿Cuándo sabrá lo que le va a pasar?

—A ver si puedo explicárselo. El trombo, según creemos, está situado en la parte más peligrosa del cerebro. Podría desa-parecer sin provocar ningún efecto. O bien podría resultar fatal. Siento tener que decírselo así, pero creo que más vale eso que una mera opinión, ¿no le parece? No es usted familiar de la paciente, ¿verdad?

—No..., solo era mi casera.

—Entonces no hay lazos sentimentales.

—¿Acaso importa?

—Siempre es útil saberlo en estos casos.

—¿Podría usted darme una opinión además de los hechos?

—Si quiere conocer mi opinión, no creo que tenga demasiadas probabilidades de sobrevivir. O, al menos, eso es lo que parece...

—¿Sería posible ponerla en una habitación individual?

—Bueno... Podría serlo para usted. —Me miró de arriba abajo como si mi cuerpo estuviera directamente relacionado con el asunto—. Veré lo que puedo hacer. Sería algo extraoficial, Arthur, por decirlo de alguna manera.

—¿Están ocupadas todas las plazas del hospital?

—Sí, siempre lo están. Pero digamos que la rotación es rápida: las habitaciones se quedan libres y se vuelven a llenar enseguida. Creo que podré apañarlo. Aunque soy bastante nuevo en este sitio. —Sonrió levemente con gesto amistoso, complacido por conocer a alguien como yo, un buen jugador de rugby—. He oído que tiene previsto hacer una gira por Australia este verano.

—Es posible. Pero no sé si iré. ¿Sabría decirme qué ha causado su enfermedad?

De pronto, le dio la impresión de que yo no valoraba su comprensión y su amabilidad como debía; y yo, por mi parte, me sentía como si lo hubiese engañado: al fin y al cabo, aquel hombre estaba siendo muy amable conmigo.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen? —me preguntó.

—Unos cuatro o cinco años, algo así.

—¿Y cuál ha sido su relación últimamente?

—Apenas he sabido nada de ella durante más de un año.

Aquello pareció relajarlo.

—La causa primaria, diría yo, es su estado de ánimo: tiene la moral excepcionalmente baja. Si no la ha visto usted en el último año, es posible que no esté al corriente. Además, se encuentra muy débil, y, para serle franco, esa es la razón que, unida a la ubicación del trombo, me hace pensar que no sobrevivirá. Carece de las fuerzas necesarias y, lo que es más importante aún, dudo que tenga voluntad de vivir.

Entonces se produjo un largo silencio cargado de intensidad, y tuve la impresión de que él no era consciente de que había dejado de hablar. Ni un solo sonido quebraba la quietud del momento. Parecía que aquello fuera a durar para siempre, y a mí no se me ocurría nada que decir, ni ningún sonido que articular para romper el silencio. Entonces él añadió:

—Vemos muchos casos como el suyo por aquí, aunque por lo general tratamos a personas mayores. Entenderá por qué le hablo de esta forma tan desapasionada.

—No me gustaría oírlo hablar sobre alguien que le caiga mal —dije yo, y él se rio. Estaba intentando ser simpático—. Pero quiero lo mejor para ella.

—De acuerdo, Arthur —respondió—. Pero tengo bastantes razones para creer que desea morir.

—¿Y qué hay de sus hijos? Tiene un niño y una niña.

—Están bajo el cuidado de una pariente, si no recuerdo mal. La única familiar que le queda, por lo visto.

—¿Tiene alguna posibilidad?

Él hizo una pausa para evaluar el tono de mi voz.

—No deje que le pinte las cosas tan negras. No le he dicho nada definitivo. Siempre hay esperanza. ¿Con qué frecuencia quiere venir a verla?

—Me gustaría venir todos los días.

—Todos los días —repitió, y no hizo esfuerzo alguno por ocultar su moderada sorpresa—. ¿Y dice que no tiene ningún lazo con ella... ni emocional ni de otro tipo? Más valdría, por el bien de todos los implicados, que me lo dijera ahora mismo en caso de que así fuera.

—Viví mucho tiempo con ella... Es decir... Teníamos una relación muy estrecha.

Él suspiró y trató de poner un gesto desagradable. Quizá no se había dado cuenta de que era la primera persona ajena a mi vida ante la que reconocía tal cosa.

—¿Por qué no me ha dicho desde el principio que existe una implicación personal? No tenía por qué explicarme las circunstancias..., podría haberme dicho..., en fin, lo que fuera. ¿Qué piensa ahora respecto a la situación? Es decir, ¿quiere hacerse cargo de ella porque le he dicho que podría morir? ¿Se siente culpable... o le debe algo?

—Si quiere llamarlo así.

—No estoy poniéndome sentimental, Machin, de modo que vayamos al grano. ¿Siente usted que, ahora que se encuentra en este estado, le debe algo, algo que no le ha dado nunca? ¿O se trata de un asunto todavía más profundo?

—No lo sé. Puede que tenga usted razón. Pero, en cualquier caso..., siento que le debo *algo*.

Resultaba evidente que el médico quería seguir adelante con su ataque, pero de pronto se suavizó y cambió de idea.

—¿Cuándo dejó usted de vivir con ella?

—Hace más de un año.

—¿Fue una ruptura definitiva, irreparable?

—Yo intenté arreglarlo... Pero no conseguí retomar el contacto. No sé en qué me equivoqué. Ella no quería continuar. Estaba asustada.

—Entonces, ¿los dos sentían algo auténtico por el otro? Ya me entiende, cierto afecto... o algo que pudiera haber sido permanente.

—Supongo que me cargué todo eso... Pero no quiero que piense que *todo* fue una tontería.

—Entonces hubo algo.

—Por mi parte, lo hubo, sí. ¡Por mi parte, se lo habría dado todo!... Pero no *conseguí* que ella lo entendiera.

—¿Se negaba a verlo?

—Sí. No quería tener nada que ver conmigo.

—Eso debió de ser particularmente duro.

—¡No fue duro!... Sí, sí lo fue. No, no lo sé. Simplemente no lograba avanzar. Me comportaba como un... simio. Nunca me di cuenta de que ella no era tan fuerte como yo quería que fuera. Supongo que la dejé destrozada —emocionalmente hablando—..., más de lo que yo pensaba.

El médico empezó a pasearse por la oficina y ajustó tres lámparas de escritorio con el pie en forma de serpiente.

—¿Qué quiere que haga, entonces? —me interpeló.

—Me gustaría que la pusiera en una habitación individual, como ha dicho antes, si eso no supone echar a demasiada gente de su cama. Y yo vendré a verla todos los días.

—Le prepararé la tarjeta. Probablemente sea su única visita, aparte de la pariente.

—¿Cuándo la trasladarán? —le pregunté mientras él empezaba a escribir algo.

—Esta misma noche, si es que consigo realizar los trámites necesarios. Cuando salgamos le enseñaré la habitación que tengo pensado darle. Si pasa cualquier cosa, lo llamaré.

Le dejé anotados los números de teléfono de Primstone, Weaver's y mi piso.

Desde la cresta que dominaba Highfield, contemplé las luces que titilaban a través de la difusa neblina azulada: el trazado cuadrangular del barrio, curvado y acolchado gracias a las dobleces del amplio fondo del valle, Fairfax Street, los techos en diente de sierra de Weaver's, el centelleo del río entre las siluetas achaparradas de las naves industriales. Conduje montaña arriba, hacia los páramos. No se oía ni el más mínimo ruido entre los enormes pliegues vacíos de los brezales. Un tono púrpura negruzco bañaba la parte más baja del cielo, espesando la neblina otoñal. Yo me sentía eufórico: pero era una euforia impregnada de cierta amargura y autorreproche, como si por fin, por fin hubiese logrado aprehender algo que hasta entonces siempre se me había escapado, algo que, a pesar de mi torpeza, ya era capaz de retener. Ahora se trataba de algo real, y me abrazaba. Ya no estaba solo.

* * *

Subía al Riding cada noche.

La señora Hammond estaba en coma. Su muerte parecía inevitable, una mera cuestión de días.

Cuando me presenté al entrenamiento el martes por la noche, George estaba esperándome en la puerta de los jugadores.

—Te han dejado un mensaje, Arthur..., los del Riding. Dicen que subas cuanto antes. —El perro resollaba, y George me sostuvo la puerta del coche con preocupación paternal.

Todo a mi alrededor se confabuló para retenerme en la ciudad. Se me agotó la gasolina del depósito y tuve que ir corriendo a buscar un bidón, los semáforos se ponían en rojo constantemente obligándome a frenar, no metía bien las marchas y el coche se me calaba, el embrague fallaba... Era como si todo fuese por mi culpa. Al final abandoné el coche —no podía seguir conduciendo así— y subí corriendo por la ladera de la colina.

Justo en el momento en que llegué, el médico —un médico distinto— y dos enfermeras estaban saliendo de su habitación. Una habitación que ya a aquellas alturas me resultaba tan familiar como mi propio piso, como Fairfax Street o Weaver's. El médico volvió a entrar conmigo para decirme:

—Parece que se irá de un momento a otro. ¿Cuánto tiempo puede quedarse? —Después se marchó y dejó a una enfermera para que me acompañara.

Me senté al lado de la cama y tomé la pequeña mano que sobresalía entre las sábanas. Me costaba creer que en su día se hubiese dedicado a fabricar bombas enormes; parecía la mano de un niño. Sus grandes ojos estaban cerrados. La piel de su cara se extendía, muy tirante, entre las cavidades de sus facciones, y esparcía un resplandor amarillo sobre el hueso. Su mano estaba fría y demasiado inmóvil, y sus dedos se aferraban a los míos con un nerviosismo inconsciente y carente de vida. Era una mano ajada, manchada. Se había mordido las uñas hasta romperlas, y aún le quedaban unas delgadas costras de mugre en los dedos. La vena de su muñeca palpitaba y latía como un alambre, y la batalla de su garganta no había cesado: ciertas cuerdas seguían tirando de su cuerpo en dirección a algo semejante a la vida. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos, y un diente resplandecía en la angosta hendidura. Los agujeros de su nariz estaban muy abiertos, prestos para absorber aire.

Me pasé horas allí sentado, pero no sucedía nada. El médico volvía de vez en cuando. En un momento dado, llegó otra enfermera para empezar su turno.

Pero no sucedía nada. Mantuve su mano entre las mías y, después de un rato, me puse a acariciarla. Nunca antes la había tocado así, y ella no iba a saberlo jamás. Le apreté la mano en un intento de transmitirle fuerza. Exprimí toda mi energía y se la pasé a través de los dedos. Le dije que no fuera cruel. Tenía la piel un poco grasienta.

No podía irse, le dije. Le dije que no podía irse para que creyera que realmente era así. Tenía que quedarse y seguir respirando. Le dije que no debía ser cruel.

Por la mañana, el médico me dijo que debería marcharme. Noté cómo me miraba: como si estuviera viendo algo que en realidad no debería ver. Y que veía demasiado a menudo.

Fuera hacía frío.

Bajé la colina a pie, en dirección al coche. Tardé un buen rato en arrancarlo. Conduje directamente hasta Weaver's y esperé a que abrieran las puertas a las siete y media. Era la primera vez que lo veía así, la primera vez que llegaba al taller tan temprano que no había nadie más. Todo estaba vacío y muerto; los amasijos de metal se acumulaban en torno a las máquinas como cadáveres tras una batalla.

Y entonces, de pronto, la fábrica volvió a la vida: primero se oyó la leve vibración del telar principal, seguida de los quejidos estremecidos de la maquinaria y de las cintas transportadoras que se deslizaban por encima del telar; en cuanto se pusieron en marcha, el suelo tembló. Los hombres empezaron a colarse en el interior; sus voces, sus pies, sus monos azules de trabajo. La curva de chispas que salía disparada a medida que el metal chillaba bajo la trituradora; el silbido del metal caliente dentro del agua. La grúa castañeteaba, chirriaba y gruñía suspendida del techo, y poco a poco su estruendo se fue calmando hasta quedar convertido en un eco que retumbaba por todo el taller. De pronto, el rincón más alejado de la nave se encendió con una luz azulada, llenándose de temblores y chisporroteos mientras los soldadores desplazaban sus llamaradas por encima del acero.

Era como si solo me hubiese pasado un minuto fuera de la habitación. Ella seguía allí dentro,

menuda y envuelta en las sábanas, con los agujeros de la nariz alzados en el aire. Parecía un objeto cuya única función fuera morir.

—Debe de tener un corazón de cuero —me dijo el médico—. Todavía sigue latiendo, cuando debería haberse parado hace ya veinticuatro horas.

—¿Quiere decir que aún tiene alguna posibilidad?

Él cerró la boca, apretó los labios y frunció el entrecejo.

—Creo que podrá presenciar el desenlace esta misma noche... si se queda a dormir. La cuñada y su marido no van a venir.

—Es que no parece... —No se me ocurrió ni una sola palabra con la que describirla. Él entrecerró los ojos en un gesto comprensivo y resignado.

Me quedé dormido en la silla, aunque me pasé toda aquella cabezada luchando por despertarme. Apareció un gran insecto en el techo, con sus finas patas extendidas, abiertas de par en par en mitad de su cuerpo largo y rechoncho. Aunque era pequeño, pude distinguir cada grieta y cada una de las minúsculas ondulaciones de su piel. Sus dos ojos, totalmente inexpresivos, estaban inmóviles y sobresalían como un par de bolas sólidas, duras y firmes. Cuando movió las patas, se le arqueó el cuerpo, formando pliegues en su carne, y recorrió raudo todo el techo hasta alcanzar la pared que quedaba sobre la cama. Lo observé un buen rato mientras permanecía allí, adherido a la lisa capa de pintura, sin estremecerse ni lo más mínimo. Luego, de repente, me di cuenta de que se encontraba muy cerca de ella: justo encima de su cabeza. Me desquició pensar que no me había percatado de ello hasta entonces, y me arrojé contra la pared de un brinco con intención de aplastarlo.

Pero, justo cuando me moví, él se dejó caer veloz desde lo alto de la pared y desapareció detrás de la cama.

Yo me quedé en pie y esperé. Examiné a la señora Hammond desde la distancia para comprobar si el insecto había llegado hasta la cama. Entonces me puse a rebuscar, cada vez más despacio, hasta que casi me resultó imposible seguir moviéndome. Cuando finalmente lo vi, había doblado su tamaño y estaba quieto bajo la cama, observándome. Yo era incapaz de moverme.

Abrí los ojos de golpe, convencido de que la había oído murmurar. Aún seguía muerta, salvo por la respiración. Su tenacidad me debilitaba. Parecía un hongo, creciendo en medio de la muerte. La tenacidad de los hongos.

La siguiente vez que me desperté, vi que le salía un fino reguero de sangre por la nariz. El hillillo acababa de alcanzar la curva del labio.

Pulsé el botón y di un paso atrás para tener controlado el progreso de la sangre, que poco a poco iba avanzando. Seguí su rastro con la mirada: el reguero rodeaba la comisura de la boca y discurría hasta la barbilla. De pronto, la sangre se volvió más oscura y empezó a fluir con ímpetu renovado. Abrí la puerta y me puse a gritar por el pasillo. La enfermera venía ya al trote, con un dedo sobre los labios. Le echó un vistazo y acto seguido desapareció.

Entonces llegó el médico, y a mí me mandaron a la oscura sala de espera. Me tumbé en un banco de madera, con los ojos clavados en la puerta. Luego me incorporé, volví a tumbarme y finalmente salí a tomar el frío aire de la noche. Contemplé durante un rato las luces que brillaban abajo; ya no significaban nada para mí. Después regresé a la carrera, pues me había parecido que alguien me llamaba. Pero el vestíbulo estaba vacío. El olor de mi sudor se mezclaba con el éter.

Deambulé por los pasillos y recorrí las distintas plantas del hospital con la esperanza de

obtener alguna información a base de argucias, pero las enfermeras me despacharon una y otra vez con los mismos modales suaves. Examiné la pared más cercana a la puerta y leí todos los carteles que logré encontrar. Di varias vueltas por la sala, leyendo boletines, informes, consejos, normas de la Seguridad Social, reglas para los pacientes ambulatorios, prohibido fumar, prohibido escupir, esperen en este lado, oídos, nariz y garganta. El vestíbulo seguía vacío. Me senté en una silla de ruedas y me autopropulsé arriba y abajo. En algún punto en la parte de atrás del edificio, una ambulancia que acababa de llegar volvió a marcharse.

Al amanecer, una enfermera vino a preguntarme qué quería. Luego se fue y regresó con el mensaje de que el estado de la señora Hammond no había sufrido cambios. Quise hablar con el médico escocés, pero no estaba de guardia.

—Puede esperar aquí si lo desea —me dijo la enfermera—. Pero me temo que eso no servirá de mucho. Es mejor que se marche y vuelva más tarde.

De pronto, me dio la impresión de que me conocía, y, por debajo de la firmeza de la enfermera, me pareció reconocer a uno de mis ligues del Mecca. Me pregunté qué estaría pensando, si creería que yo había cambiado. Finalmente conduje hasta mi piso y puse el despertador a las siete y media. Tras dormir un par de horas, me fui a trabajar.

Esa tarde me enteré de que el padre de la señora Hammond seguía vivo y de que residía en una casa de caridad situada detrás de la estación de trenes. Fui a verlo al día siguiente, justo cuando estaban a punto de trasladarlo a un asilo. No entendió nada de lo que le dije y, por algún motivo, me tomó por un hombre llamado Stan. Yo me pregunté qué habría sido de todos nosotros si su hija se hubiera quedado con él, si nunca hubiera trabajado durante la guerra, si nunca hubiese ido a Moyston. El viejo parecía haberse olvidado de ella por completo: plantado delante del brasero, no paró de farfullar cosas sobre Stan mientras esperaba a que llegase la furgoneta de la residencia.

Me dejaron verla el jueves por la mañana, temprano. Tenía la mitad de la cara tapada con un vendaje, y, aunque nadie quisiera admitirlo, me pareció que se trataba de una buena señal. La agarré de la mano, pensando que ahora tal vez sentiría algo, pero la enfermera puso cara de alarma cuando entró y vio su brazo expuesto a la vista.

—Dígame, ¿cree que tiene posibilidades de recuperarse? —le pregunté.

—No sabría decirle, señor Machin. Aunque todos esperamos que así sea, ¿verdad?

Dormí en la silla junto a ella hasta la mañana siguiente.

* * *

La nueva habitación era más espaciosa que la primera, lo que reflejaba bastante bien las diferencias existentes entre el Hospital Municipal y el Riding. Y, además, ahora podía ver las flores. Antes se las dejaban en el cuarto y ahí se quedaban, secándose hasta marchitarse; pero ahora podía verlas bien frescas en cuanto llegaban a la habitación. Y, cuando empezaban a mostrar signos de estar marchitándose, se las volvían a llevar. Ella contemplaba las flores más que cualquier otra cosa: las flores y la copa del árbol que, negro por el invierno, asomaba a su ventana.

De vez en cuando sonreía, como si su bondad la hubiese hecho renunciar a recordar el pasado; ahora solo se limitaba a mirarme. Su rostro, empedregado y liso, yacía sobre las sábanas como

el de un niño que estuviera repasando las diversiones de la jornada.

Había regresado a su juventud, a los años de la fotografía que me enseñó aquella vez: su cabeza recostada disfrutaba de la luz del sol, y en su cara se dibujaba abiertamente una sonrisa de niña. Por primera vez, vi a la chica que había sido. Solo ella, sin Eric y sin mí. Solo la muchacha y la risa; y entre aquella época y el presente solo se abría un vacío, un vacío en el que todo había caído en el olvido.

Solía girar la cabeza y observarme en silencio en cuanto entraba por la puerta. Nunca me decía ni una palabra. Yo, por mi parte, me quedaba allí sentado, y en ocasiones intercambiábamos una mirada inquisitiva. Cada minuto transcurría como si fuera un segundo en mitad de aquella quietud, en la que ambos luchábamos por reconocernos mutuamente.

Un día alargó la mano desde debajo de las sábanas, con cautela, como si quisiera comprobar mi reacción. Yo se la tomé. Aquello pareció confirmar que ambos éramos conscientes de lo que ocurría, y de pronto dos piezas se unieron en una sola.

En Navidad llevé a Lynda y a Ian para que la vieran por primera vez. Sus ojos se abrieron de par en par, perplejos y gozosos. No los reconoció, pero de alguna forma participó de la felicidad compartida. Los niños se subieron a la cama y se aferraron a ella, que seguía examinando la habitación con unos ojos frescos y asombrados. Trataba de desentrañar la causa de tanto cariño y calidez. El doctor MacMahon y la enfermera, sonrientes, contemplaban el forcejeo y reñían de vez en cuando a los niños para que se moderaran un poco.

—¿Cómo? —exclamó de pronto—. ¡Pero si eres Lynda!

—Y yo soy Ian —añadió el niño, solemne, y ella los abrazó con fuerza, con los ojos cerrados.

Una semana después, murió.

6

Mientras conducía entre el tráfico que discurría por New Bridge, vi la fábrica Weaver's por encima del techo del coche de delante: el humo de la maquinaria que se acumulaba sobre las naves de almacenaje, las pilas de metal, el techo en diente de sierra con los vidrios tiznados de hollín. Una melodía me rondaba la cabeza; quizá se tratara de un reflejo de la seguridad que mi lugar de trabajo me inspiraba en este día, el más agitado de la semana. Vislumbré fugazmente el agua industrial marrón que formaba grandes arcos de espuma por encima del dique y que se arremolinaba en lentas espirales más allá del rompeolas de piedra y del muro de la fábrica. Por encima del dique, en una charca aparentemente tranquila, las gabarras descansaban ociosas, cual dedos regordetes, atadas entre sí bajo las pequeñas grúas y la reluciente arcilla negra del carbón. Yo conocía todo esto a la perfección, ni siquiera me hacía falta mirarlo. Y, mientras tanto, el aroma frío y húmedo del río contaminado iba impregnando el interior del coche. Pero, en aquel momento, todo aquello me resultaba muy ajeno.

El hombre a quien me había ofrecido a llevar hasta la ciudad me miró, risueño:

—¿Qué tal se os va a dar hoy, Arthur?

—Fácil... Solo marearemos la bola un rato.

—Ya os vale... Aunque si es solo por un día... —respondió él.

Ambos clavamos la mirada en el bajo toldo de nubes grises que tapaba el sol matutino. Este asomaba tímidamente de vez en cuando, pero al minuto siguiente quedaba oculto tras los viejos edificios de ladrillo de West Street. Antaño prósperas, las antiguas residencias de los dueños de las acerías eran hoy muñones sombríos, y solo contenían los restos de una imprenta de escasa importancia, algunas viviendas, un ateneo obrero, las oficinas de una planta siderúrgica y unos cuantos talleres ubicados en bloques irregulares. Los vi pasar como bólidos junto a la ventanilla, pero ellos apenas me respondieron con un gesto hueco y aburrido.

—El sábado pasado os dieron una paliza —comentó el hombre, con la típica familiaridad del espectador que ha pagado su entrada.

—Hay días así —le dije mientras acercaba el coche al bordillo, para que pudiera bajarse de un salto. Él aprovechó que el tráfico se había detenido y abrió la puerta.

—Pues hoy os toca darles un buen repaso... Y cuidadito, que os estaré observando —añadió, como si yo necesitase esa clase de incentivo. Acto seguido cerró de un portazo y se despidió de mí con la mano.

Aparqué enfrente del Woolpacks. Una silueta menuda, envuelta en un gran sobretodo, apareció en la entrada del hotel. Entonces vino hacia mí y me dio con el puño en el hombro.

—¿Qué tal? —me dijo Maurice—. ¿Va todo bien, chaval? —Mostraba sus pequeños dientes

con descaro cada vez que abría la boca para hablar.

En cuanto entramos en el bar, su rostro ensombrecido se ensanchó. Nos unimos a un grupito que se había congregado en la barra; ninguno estaba bebiendo, a excepción de George Wade.

—Hola, Arthur —me saludó—. Justo estábamos hablando del chiquillo que acabas de tener, Maurice.

—¿Ah, sí? —respondió Maurice.

—¿Cómo está Judith?

—Los dos están estupendos. El crío pesó tres kilos ochocientos gramos. El muy condenado es como un pequeño roble.

—Así debe ser —dijo George—. No, si es que al final vamos a lograr convertirte en un padrazo. —Murmuró algún chiste, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Sus pequeños ojos se movían de un lado a otro bajo los setos de sus cejas—. Recuerda que hicimos un trato: tiene que jugar en Primstone. Aunque será la primera vez que veamos a un padre y a un hijo jugar en el mismo equipo. —Los demás consideraron apropiado soltar unas risitas: Frank, Maurice, el joven Arnie y un par de zagueros nerviosos. Todos estábamos bastante inquietos.

Frank, que había desarrollado una ligera joroba, observó a George con sus ojos amistosos y desinteresados, llenos de polvo de carbonilla. Llevaba una bufanda blanca enrollada en torno al cuello con un nudo bien prieto, y su cara enrojecida mostraba todos los indicios de haber estado trabajando la noche anterior. Maurice, que estaba más avejentado y seguramente tenía un aspecto más grotesco de lo que le correspondía a un hombre que tan solo llevaba unos pocos años casado, se apoyó sobre mi hombro con el mismo falso interés. Al joven Arnie le colgaba un poco la mandíbula, en una mueca de diversión permanente.

George, agarrado firmemente a la barra, sabía que su conversación resultaba de lo más banal, pero eso no le impedía seguir hablando mientras sobaba la enorme cabeza de su bastón. A su lado estaba Toby segundo, agazapado como una cría de foca. Sus ojos, desorbitados de tanto servilismo, contemplaban atentamente los pulcros zapatos bruñidos de George, que formaban un ángulo recto sobre la alfombra deslucida.

Los demás clientes del bar, inclinados sobre las mesas, conversaban con cautela, procurando no perderse ni una palabra de George. Todos sus comentarios iban pasando de boca en boca hasta alcanzar el otro extremo de la estancia, iluminado por el leve y económico fulgor de la chimenea de carbón. A pesar del intenso calor, ninguno de los fans bajaba la guardia: se mantenían bien arropados en sus gabanes y bufandas por si George o alguno de nosotros hacía una señal y se veían obligados a salir precipitadamente del local. Yo casi podía oírlos sudar.

Finalmente, George le echó una ojeada a su reloj de pulsera, que llevaba debajo de la solapa de la manga —una reciente innovación—, y comparó la hora con la que marcaba el reloj de pared colgado sobre la barra, aunque este se había detenido hacía mucho tiempo en las diez y diez. Entonces se excusó y se fue al lavabo. El perro lo siguió. La correa se hundía en la profundidad del bolsillo de su impermeable. En cuanto se marchó, como si fuera un modelo abriéndose paso entre un público atento, Maurice esbozó una sonrisa descarada.

—¿Adónde vas a ir esta noche, Art?

Yo le dije que no lo sabía y él se pasó una mano vigorosa por su pelo negro y corto.

—Va a haber una fiesta. ¿Por qué no vienes y lo celebramos?

—¿Celebrar el qué?

Él se abrió el sobretodo y se alisó el traje, el mejor que tenía.

—Que hoy vamos a arrasar, macho —dijo—. Llevo quince billetes aquí..., así que más nos vale.

—Pero eso es bastante arriesgado, Morry —dijo el joven Arnie, serio, al cabo de un rato—. Que no se entere el caballero. —Señaló el aseo de hombres con el pulgar, y no pudimos evitar soltar un par de risitas ante su seriedad.

—No sé por qué sigo trabajando en la mina —dijo Frank.

George se volvió a incorporar al grupo, abrochándose los botones con cara de despistado, y su presencia hizo que, de pronto, el comentario de Frank sonara vacío. Había cambiado la gorra plana que solía llevar por las mañanas por el sombrero de fieltro vespertino.

—Me pregunto si ha hecho que el perro... —empezó el joven Arnie, pero entonces George lo interrumpió:

—Ya es hora de que nos movamos, muchachos. —La mayoría de los hombres del bar se levantaron de golpe. Él volvió a consultar su reloj—. Las dos menos cinco.

Fuimos a Primstone en autobús. Mi coche estaba ya demasiado cascado como para subir la colina del estadio, pero yo no le daba importancia. Sencillamente, me había habituado a coger el autobús más a menudo.

No hablamos en todo el trayecto. Mientras tanto, los primeros grupos de aficionados comenzaban ya a invadir ambas aceras. Iban ascendiendo dificultosamente colina arriba bajo la fina llovizna de la tarde, al tiempo que en la carretera se formaba un incipiente embotellamiento.

Los edificios grises y pesados, hechos de piedra a diferencia de los del fondo del valle, se arrastraban junto a las ventanillas como en una procesión; incluyendo la fachada de madera estrecha y barnizada de la funeraria. Cada vez que pasaba por delante antes de un partido, me hacía pensar en mi inevitable mortalidad, pero hoy la acribillé con la mirada, como retándola a un duelo. Vi que un hombre regordete y bigotudo se asomaba por detrás del letrero de la ventana, para echar un vistazo a la multitud que se engrosaba por momentos. Noté que aquella riada de vehículos me contagiaba la fatiga de su ascenso, y empecé a bostezar intermitentemente.

Maurice estaba firmando autógrafos al lado de la puerta de los jugadores cuando lo alcanzamos. Entramos todos juntos en fila india y recorrimos el túnel bajo la grada principal. El vestuario del equipo visitante estaba aún vacío, mientras que el del equipo local estaba de lo más concurrido.

Allí estaban todos, con sus sobretodos puestos, dando pisotones para calentarse y hablando rápido, con sequedad, moviéndose sin parar entre el banquillo y los lavabos. Dai y el masajista estaban comprobando el estado del equipamiento en el centro de la habitación. Uno de los encargados del mantenimiento del estadio, jorobado e inmune a cuanto lo rodeaba, estaba ya en la bañera de cemento, frotándola con un cepillo de cerdas duras y envuelto en una nube de vapor.

Busqué un hueco vacío en el banco y me quedé mirando distraídamente a Frank, que discutía con Dai. Maurice, por su parte, ya había empezado a desatarse los cordones de los zapatos; aparte de Frank, era el único que tenía la certeza de que hoy iba a jugar.

Pero, cuando le eché una nueva ojeada al joven Arnie, vi que él también estaba quitándose el abrigo, y luego la camisa. George debía de haberlo informado en privado de que iba a jugar, probablemente mientras subíamos. George había empezado a aficionarse a la gente que le prestaba mucha atención. El muchacho metió la mano con fuerza en la enorme lata que descansaba en el

suelo, y extrajo un espeso pegote de vaselina. Entonces se puso a untarse la grasa por los hombros, impaciente, y luego en torno a las orejas, que ya estaban deformadas e inflamadas. Eso sí, no paraba de charlar: hablaba todo el rato mientras se aplicaba la grasa, y sus músculos anormalmente desarrollados parecían acolchados de una confianza comedida. Su falta de marcas me volvía consciente de mi propia madurez. Me levanté del asiento.

Maurice estaba desnudo. No paraba de dar brincos, víctima de la excitación que solía embargarlo antes de los partidos. En torno a él, los demás jugadores se impacientaban dentro de sus abrigos, aunque su cuerpo, cubierto de cicatrices e indiferente a ellas, les ofrecía algo de consuelo. Lo miré como si fuera la primera vez que lo veía. Sus músculos, duros y agarrotados, eran como efusiones físicas: pequeños pero feroces. Sus muslos, arqueados y prodigiosamente anchos, encajaban a la perfección con el prieto nudo de sus rodillas, rojas y tapizadas de costras, listas para ser vendadas por el masajista.

Entonces, tres personajes pasaron al interior desde el oscuro pasadizo. Bien abrigados para protegerse del mal tiempo, entraron bizqueando bajo la luz amarillenta de la lámpara, y dos de ellos se quedaron mirando a los jugadores con cierta benevolencia. Acababan de estar deliberando sobre quién saldría a correr bajo la lluvia, el lodo y el frío. El fragmento de papel que George llevaba en la mano atrajo la atención de todo el mundo.

Cuando leyeron mi nombre después del del joven Arnie, el chaval volvió la vista con unos ojos reconcentrados, en los que se leía una actitud inconfundible, desafiante y ambiciosa. Yo miré para otro lado. ¿Por qué quemarse con todo esto ahora? Espérate un par de años y a ver cómo te sientes luego. El anuncio despertó mucho ruido y griterío, y los reservas se quedaron escondidos en las sombras, estudiando las posibles formas de contribuir para así ocultar su evidente decepción. Me quité el chaquetón mientras George decía:

—Treinta y cinco minutos, chicos. Tomaos el tiempo que os haga falta. El otro equipo acaba de llegar. —Miró a su alrededor, como si esa manera de subrayar los tiempos que había adquirido últimamente no resultara extraña—. Os traeré sus nombres en cuanto me den la lista. —Mandó a uno de los hombres de la junta a ocuparse de ese recado y a continuación se abrió paso a codazos hasta llegar a la camilla del masajista. Su sombrero de fieltro se tambaleaba entre las cabezas atareadas. Entonces se puso a inspeccionar las marcas azules y púrpuras de la espalda de Maurice.

—Parece papel de pared, Maurice —le dijo, y se inclinó mucho, hasta casi quedar horizontal, para susurrarle confidencias al oído. Este era otro de los hábitos que había adquirido recientemente y que yo no soportaba.

Me senté en el banco, me quité los zapatos y metí dentro los calcetines. Intenté pensar en algo que me ocupara la mente, pero, como de costumbre, no se me ocurrió nada, excepto la vaga noción de que debería llevar el coche al taller en algún momento. Me embadurné con un poco de grasa el hombro que me había lesionado cuando iba al colegio, y acto seguido me lo cubrí con una venda, pensando que sería mejor que Dai no viera cómo se me había hinchado en las últimas dos semanas; luego me calcé las medias de listas azules y rojas y me las aseguré con cinta adhesiva. Me recosté contra la pared y traté de relajarme antes de desvestirme. El agua me atravesaba la camisa; estaba fresca. El joven Arnie ya estaba casi listo; saltaba y hacía *shadowboxing* en un rincón. Solo llevaba puesto el jersey. Observé, fascinado, la carne de sus pesados omóplatos, la elasticidad de los músculos que le discurrían espalda abajo. Parecía tener una flexibilidad mayor que ningún otro: fluida, sin vacilaciones. ¿Había sido yo así en algún momento? Finalmente

concluí que sería mejor no mirar a Arnie durante demasiado rato. En la esquina opuesta, Dai y uno de los reservas estaban vendando a los dos zagueros que habían estado con nosotros en el Woolpacks. El más alto estaba en pie, desnudo y con las piernas muy abiertas; su pecho se hinchaba como el de un palomo disecado mientras Dai le iba enrollando varias capas de caucho y de adhesivos en torno al torso, cubriéndole las costillas y la espalda. Junto a la mesa, Frank, con la barriga colgando sobre la cinturilla de su pantalón corto, se restregaba vaselina por los hombros y por el cuello mientras hablaba con Maurice. George le estaba soltando un discursito al joven Arnie, que escuchaba sus consejos circunspecto y diplomático. Toby segundo, fácil de localizar gracias al rastro de la correa, se había escondido bajo el banco. De pronto, el jorobado que estaba frotando la bañera se puso a cantar un himno.

Me desnudé, me até el pantalón y me acerqué a Frank.

—¿Qué tal? —preguntó él, con ese gesto despistado que lo caracterizaba, y se restregó la desbordante barriga con afecto, de forma ilustrativa—. Al parecer, tengo que vigilar esto. Así es el viejo George. No ha dejado de mirarme desde que me he quitado la camiseta interior. —Sus ojos cansados, polvorientos de carbonilla, parpadearon—. Hazme la espalda, anda, machote. — Se retorció para ponerse boca abajo y yo extendí la grasa por su pálida piel, manchada de profusas cicatrices azuladas. Me ocupaba de aquella tarea antes de cada partido, desde el primero que jugué.

Poco a poco, los olores habituales fueron llenando la estancia de techo bajo: polvo seco y sudor, ácido carbólico, un fuerte tufo a cuero y betún. Por encima de nosotros atronaba el latido constante de los espectadores. Me puse el jersey con el número doce, y cuando saqué la cabeza por el cuello atisé al joven Arnie hablando con Frank. Este le sacaba casi veinte años. Es más, Frank había empezado a jugar en Primstone en el año en que nació Arnie. Y yo sabía qué era lo que más preocupaba a Frank: el miedo a renunciar de una vez por todas al rugby, a la popularidad, al dinero, tal vez a la amistad, para hundirse en la misma oscuridad que sus compañeros de la mina; convertirse en una vieja gloria. Esta degradación abrupta de su vida, justo en el instante en que según las normas generales debería estar subiendo de categoría, le provocaba una aprensión que le había costado bastante reconocer. Este fue el primer indicio de la debilidad de Frank; pero yo no le prestaba mucha atención.

Cientos de pies pateaban el suelo por encima de nuestras cabezas. Entonces, una ráfaga de viento y de aire húmedo entró como un torbellino en la atmósfera recalentada de la habitación. El hombre de la junta nos trajo la lista de los cambios del equipo visitante, cerrando tras él con un portazo autoritario.

—¿Aún llueve? —exclamó Frank. Los jugadores se apiñaron para mirar los nombres. La cara del hombre, pálida, tísica, reflejó el resplandor amarillento de la habitación cuando se alzó para responder a la consulta.

—Así es, colega. Y no tiene pinta de que vaya a aflojar.

Frank se sentó en el banco, y extendió sus bastas manos para cubrirse con ellas las rodillas. Así se quedó un rato, hablando solo. El joven Arnie, por su parte, se había hecho con el balón y se lo estaba lanzando a otro jugador; este último se lo devolvía de una manera concreta cada vez, siguiendo las instrucciones de Arnie. Dentro de diez años, cavilé, será como yo. Y entonces, de pronto, todo acabará.

—Cuidado con el pase, Arthur. —George Wade me transmitía el secreto en susurros—. La cosa está peliaguda. Los alas que sacarán hoy son tipos listos, los dos..., Taylor y Wilkinson, así

que vas a tener que cubrirlos rápido. ¡Rápido!

—Lo sé, George.

Debió de sentirse ofendido. Se enderezó sin mirarme y cruzó la habitación más allá del límite de mi oreja taponada de grasa, hacia donde estaba Frank, probablemente para soltarle también a él unas cuantas palabras innecesarias.

Alguien llamó a la puerta y entonces entró el linier.

—Cinco minutos y empezamos —dijo, antes de ponerse a inspeccionar las botas y las protecciones. Yo me saqué los dientes y me los guardé en el bolsillo superior—. ¿Cómo va eso, Arthur? —me preguntó, y continuó avanzando sin esperar a que le contestara.

Los dos zagueros estaban en un rincón, con los hombros tan almohadillados que les tapaban las orejas. Charlaban entre sí con voces atenuadas por el nerviosismo, se frotaban los dedos para quitarse la grasa, trotaban sin apenas moverse del sitio y mascaban el chicle que George les daba gratis. Se quedaron quietos cuando alguien acudió a examinar sus cuerpos minuciosamente guarnecidos, y luego se peinaron mirándose en el espejo, que tenía el color desteñido de la cerveza. Yo noté que un primer impulso agresivo se apoderaba de mí a medida que mi organismo absorbía la Dexedrina que me había tomado en casa.

Fui hasta la tabla de resina para reunirme con Maurice. Él abrió una ampolla de amoniaco y los dos nos turnamos para aspirar su contenido por la nariz. Entonces el timbre eléctrico empezó a sonar justo encima de la puerta, y Dai se puso a recitar una retahíla de consejos de última hora.

Había un par de tipos con pinta de asustados. La semana anterior habían matado a un jugador de una patada en la cabeza. Dai hablaba con un tono áspero, cansado. Luego le pasó la pelota a Frank y abrió la puerta.

—Que vaya bien, chavales —dijo George, paternal, agarrándose la tripa con las manos—. Acordaos, nada de puños. Pero si les pegáis..., ¡pegadles fuerte, joder! —Esa fue su concesión semanal al lenguaje soez. Asintió con la cabeza y sonrió amablemente a un par de jugadores.

Seguí a Frank hacia el túnel. Un cuerpo como el suyo procuraba cierta seguridad. Unos cuantos empleados del Club le palmearon la espalda, y luego hicieron lo mismo conmigo, justo antes de que nos internásemos en el túnel y nos echásemos a trotar. Un tremendo rugido nos alcanzó al mismo tiempo que la luz del sol, y fue creciendo conforme nos distribuíamos por el campo. Los altavoces anunciaron a gritos la «Entrada de los Gladiadores».

A pesar de la llovizna y del frío, había tanta gente que las gradas estaban negras. Nosotros formamos un pulcro círculo en el centro del campo, pasándonos el balón, muy visibles sobre el fondo verde gracias a nuestros jerséis estampados de flechas rojas y azules y a nuestros pantalones blancos.

Un penacho de vapor, brillante sobre la grisura del cielo, se fue desprendiendo de la esquina de la torre de refrigeración y vagó a la deriva, lentamente, por encima del campo. Un hombre que llevaba un jersey blanco con trazos horizontales en rojo salió de improviso de la boca del túnel. Con un segundo rugido —carracas, cascabeleos, el estruendo de cornetas—, un riachuelo rojo y blanco inundó el verdor oscuro de la parte inferior del campo. Me fijé en el dos y en el cinco, y en el tamaño de sus delanteros. Todos eran bastante jóvenes.

Frank estaba en pie junto al árbitro y al otro capitán: patizambo, menudo, este último era bastante parecido a Maurice. Se estrecharon las manos, lanzaron una moneda al aire, y Frank nos indicó que empezaríamos a jugar en el mismo sentido en el que ya estábamos colocados.

Un nuevo estallido de la muchedumbre nos dio aliento para que nos pusiéramos en línea. Entonces Maurice salió a la carrera como había hecho otras mil veces y por fin dio la patada inicial. Los seis delanteros echaron a correr. Yo me desplacé en línea recta, sabedor de que podía dar la impresión de estar realizando un ataque fuerte sin necesidad de hacer nada: el jugador que recogiera la pelota avanzaría rápido, en diagonal, hacia el centro del terreno, y le serviría un pase a alguno de los alas.

Y así fue, de forma que el menudo capitán recibió un pase veloz y cómodo, aunque nada más hacerse con el balón fue aniquilado de un codazo por Maurice, que se le había aproximado al anticipar el peligro. El hombre quedó tendido en el suelo, enlodado e inmóvil. Con sus cortas piernas despatarradas sobre el césped. El árbitro fue a comprobar si el tipo estaba totalmente fuera de combate, y le lanzó una mirada de advertencia a Maurice.

—Así se hace, Maurice —lo felicitó Frank.

Formamos una melé en ese mismo punto, trabando y apretando nuestras cortas extremidades como si fueran pistones. Se produjo un movimiento generalizado por todo el terreno de juego y el joven Arnie entró a la carrera con un placaje francés, derrumbando al otro jugador. El balón salió despedido y rodó antes de que el chico, muy atento, lo levantara con una sola mano y echara a correr por el campo, esquivando todos los obstáculos a su paso. Su pase largo recayó en Frank, que había acudido a apoyarlo haciendo no pocos esfuerzos. La gran mole de nuestro capitán y su velocidad ralentizada atrajeron magnéticamente a los delanteros rivales, que se pusieron a brincar como locos al advertir que Frank se movía en lenta procesión entre sus cuerpos. Antes de caer víctima de sus ataques simultáneos, el grandullón situó el balón con un toque mínimo en el hueco que él mismo había abierto a propósito. Maurice, que esperaba la recepción, no llegó a oír el ruido sofocado que emitió Frank al caer al suelo; simplemente agarró la pelota con una sola mano y, con unos pasos cortos y precisos, tomó un atajo que lo condujo hasta el zaguero. Ya estaba casi sobre la línea cuando el ala, que venía lanzado desde el otro lado con rapidez—haciendo así honor a su fama—, lo derribó como si fuera un simple tallo de una planta.

Los dos equipos nos volvimos a posicionar a la velocidad del rayo. El entusiasmo de la multitud nos envolvía con su espeso fragor. Frank estaba en pie detrás de Maurice y se apoderó de la pelota cuando esta le llegó por debajo de las piernas del medio de melé. Al ver que yo pasaba como una flecha por su lado, me la entregó con suavidad. Acto seguido, choqué contra el muro humano que, como una roca, me estaba esperando justo delante. Durante un segundo cedieron, pero después juntaron sus cuerpos y mantuvieron la posición. Noté que un dolor sordo emergía desde la parte superior de mi cráneo. Traté de adoptar la postura que sabía que atenuaría el impacto, y que al mismo tiempo me permitiría rechazar, si es que llegaba, algún puñetazo alterado. Mis oídos taponados aún percibían los alaridos y los gruñidos de la multitud: casi me parecían gritos de agonía individuales.

Me levanté con el mismo impulso y jugué el balón. El joven Arnie lo recibió. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo popular que era entre los aficionados. Cuando alguien lo abatió de un trastazo aparentemente fortuito, sentí una ligera satisfacción ante su desliz. Tomé el balón cuando me lo sirvió y se lo lancé a los centros. Desde allí, el cuero salió disparado hacia un ala hiperprotegido, que lo recibió limpiamente y se afanó campo arriba, aunque al final lo empujaron y se derrumbó sobre la línea de banda. A la afición no le gustó la jugada.

Nos plegamos para formar otra melé. Seguíamos jadeando; no habíamos dejado de hacerlo desde el principio del partido. Los zagueros, tensos, soltaban nubes de vapor que se elevaban en

el aire. Vi cómo la húmeda silueta del balón se colaba entre mis piernas y cómo Maurice la capturaba, impaciente. Después de hacer un amago algo estrafalario, salió corriendo como una exhalación, adelantando al capitán, que seguía aturdido, hasta que fue bloqueado por el ala. Entonces chutó, se revolvió, se contorsionó y se lanzó sobre la línea.

La multitud gritaba y se desbordaba como un rebaño abandonando el redil, o como un charco cuya claridad se viera enturbiada de improviso. Silbidos, repiques de campanas, trompeteos se estrellaban por el aire y sobrevolaban el rugido animal. Salí corriendo hacia el ala, le pegué un golpetazo en la espalda, y acabamos retrocediendo a paso tranquilo, repartidos en grupitos satisfechos.

El zaguero falló al tratar de anotar un ensayo. Una leve brisa se movía por encima del terreno de juego y esparcía la llovizna por doquier. Un vivaz chorro de vapor se arremolinó por encima de la cancha y se fue deshaciendo mientras flotaba a la deriva, en un ascenso parsimonioso. Yo clavé la mirada en el trozo de tierra desnuda que se extendía a mis pies, blanda y fangosa. Me incliné y la toqué para sentir el alivio que siempre me brindaba, y, justo cuando el repentino aguacero estaba cambiando de dirección, alcé la mirada para enfocar el centro del campo, que no era más que otro trozo de tierra deslucido como el mío. El balón ya no estaba allí. Uno de aquellos tigres lo había chutado y había echado a correr tras él. Entrecerré los ojos y, entre la espesura del aire, recortada contra las oscuras protuberancias de las torres de refrigeración, vislumbé una silueta esbelta y ovalada.

—¡Tuya, Art! —El grito de Maurice resonó a mi espalda. El cuero mojado sonó como un bofetón cuando cayó sobre mis brazos doblados y yo me giré de forma instintiva, dejándome abrazar por la tenaza humana que me circundaba. Me desplomé blandamente cuando me presionaron contra el suelo, pero me paré un instante a mirar cómo la pelota recorría el campo, pasando de mano en mano.

—¡Vamos, Art, chaval! —gritó alguien, tal vez desde detrás, o bien entre el público. Seguí mecánicamente la trayectoria del balón, atado a él por un cordel invisible. Quizá ya no necesitara coche. El mío estaba demasiado viejo, demasiado baqueteado, y jamás podría pagarme otro.

Recibí el balón y me lancé corriendo hacia el centro del campo. Esquivé a dos hombres e hice un pase, pero el movimiento se terminó extinguiendo.

Me costó un poco posicionarme en el punto ciego cuando el cuero se volvió a poner en juego tras el placaje. Permanecí en el sitio nervioso, apenas cansado, ligeramente confundido. Me dolían los tobillos: me había apretado demasiado los vendajes. La medicina que me había tomado debía de haberse absorbido ya. Sentía el pecho constreñido. La humedad me penetraba hasta el hueso, dejándome entumecido. Rostros negros, desconocidos, cubiertos de pellejos o de sangre, brazos y piernas negros que se movían lentamente, sin cesar, que me pasaban por delante engranados entre sí, tambaleándose, palpitando, envueltos en vapor, con la piel empapada y goteante, contaminados de lodo, desvaneciéndose en la fría atmósfera.

Eché a correr hacia el sitio donde había de ponerse en juego el balón, y me hice con el pase. Quise complacer a la afición dándole algo que le encantaba: una carrera de trayectoria oblicua, con zancadas largas.

Elegí la banda derecha, un tramo del terreno de juego que me era más familiar y cuyo ala era menos corpulento. Este me esperaba cauteloso, con las piernas abiertas como un jinete, encogido de lo nervioso que estaba, animándome a correr entre él y la línea de banda. Examiné mi propia zancada y me lancé a la carrera apoyándome sobre la parte exterior de los pies, directamente

hacia él. El ala volvió a moverse hacia el lateral, sin dejar de instarme a pasar entre él y la línea de banda. Aquellas argucias tan retorcidas hicieron que me cayera antipático. Corrí hasta él y estiré el brazo izquierdo con el puño cerrado. Vi el destello de su miedo, los dos brazos que alzó para protegerse, aquella forma tan estúpida en que perdió el equilibrio al retroceder, las dos heridas que sus talones dejaron en la turba cuando patinó. Entonces detecté la silueta del zaguero, que corría en diagonal para interceptar el balón. Yo alcé más las rodillas y me concentré en la línea.

Oí una voz juvenil: el joven Arnie gritaba algo para ofrecerme apoyo. No tenía más que servirle la pelota y anotaría. Le planté la mano en toda la cara al zaguero que venía hacia mí, y noté que de repente sus brazos se quedaban flojos. Me lancé hacia delante y golpeé con fuerza a alguien más. Me derrumbé de lado, sobre la línea de banda.

El olor de la tierra, y del césped. Arnie levantándose a pulso para que volviera a caminar. Un líquido marrón chorreándose por la nariz, por encima del labio, y colándose en mi boca. Arnie me examinaba con una fascinación asqueada.

—¡Ha estado genial, Art..., genial! —me decía Maurice. Me apoyé en la melé, vi cómo el balón venía hacia nosotros, cómo salía disparado hacia otro lado. Me erguí. Sonó el silbato. Fin del primer tiempo.

Los hombres se despatarraron y cayeron a plomo sobre la camilla de masajes y sobre el banquillo. Eructos y gemidos. Ya no nos quedaba combustible.

—¡Destroza a ese cabrón en cuanto se acerque! Ve a por las piernas. ¿Me has oído bien? Y déjame a mí la cabeza de ese maldito mariposón.

—¿Has visto cómo ha atizado a Morgan?

—Nah, pero, joder, donde las dan las toman.

—Gané más dinero jugando al rugby a 15 en Gales del que he ganado aquí, en todo este tiempo... Y te lo aseguro, si...

Poco a poco, empezaron a serenarse. El calor, el olor de la ducha caliente y la voz tenaz, inconfundible, de Dai fueron dando forma al deseo de venganza. Frank trajo una botella de agua y dejó que su cuerpo yerto y humeante reposara junto al mío. Se llevó la botella a los labios, dio un trago que le llenó los carrillos y escupió. Cuando tomé la botella de sus manos, vi que tenía sangre en el pelo. Había formado una costra seca sobre su frente al mezclarse con el lodo, alrededor de sus ojos y justo encima de su nariz inflamada.

—¿Qué tal vas? —me dijo—. Yo estoy hecho puré. Soy tan imbécil que ayer por la noche fui a trabajar.

El cuarto era un establo lleno de ganado humeante. Dai estaba entregadísimo, criticando todo lo que habíamos hecho mal en el partido. Machaqué con los dedos una ampolla de amoníaco y se la inserté en la nariz a Frank. Él se estremeció, se atragantó, y finalmente tosió y volvió en sí.

Regresamos al campo caminando sin prisa. En esta segunda aparición, nos recibieron con vítores más moderados e impacientes, con trompeteos fatigados. Esperamos de pie bajo la lluvia, sin movernos, hasta que llegó el otro equipo. A causa del mal tiempo que arreciaba y la luz mortecina del atardecer, la muchedumbre había empezado a clarear en los dos extremos del estadio. Ahora la mayor parte del público se apelotonaba en la tribuna principal y en la zona cubierta de las gradas de enfrente. En algún punto de esa masa oscura, estaba mi padre. Y también Johnson.

—Estamos saliendo en la radio —me dijo Maurice, al pasar corriendo por mi lado—. Repásate la raya del pelo.

—Nos vemos.

—Eso es, muchacho.

El partido entró en una fase prolongada y bastante tediosa. Como Frank estaba medio atontado, yo no paraba de ir de un lado a otro, corriendo para animar al grupo. Todo el mundo quería asegurarse una buena carrera en posesión del balón, pues eso garantizaba que mencionaran tu nombre en la retransmisión de la Emisora Norte. Cuando formamos la melé, me apoyé pesadamente en Arnie; agarrarme a su espalda me hacía sentir con el alma en vilo y calmado al mismo tiempo. Traté de aprovecharme de la situación: en lugar de participar en el partido, empecé a planificarlo. Pero, cuando el balón llegaba a mis manos de verdad y me quedaba cegado por la lluvia, con los ojos clavados en las siluetas borrosas que circulaban por todas partes, me invadía la inseguridad y me deshacía de la pelota con un cuidadoso movimiento de muñeca. En un momento dado, giré demasiado despacio y perdí el equilibrio, lo que me valió el descrédito del público, que no dudó en abuchearme al tiempo que una figura oscura pasaba a mi lado, lanzando salpicaduras de barro por todas partes. Entonces, un fuerte bramido desplegó su cortina en torno al estadio, y nosotros nos alineamos entre los postes. Por encima de nuestras cabezas, entre las nubes bajas, retumbaba el motor de una aeronave.

—Mala suerte, Arthur —me dijo el joven Arnie, con intención. Yo observé atentamente la colocación del balón, la meticulosa carrerilla del jugador que ejecutó el chute, el vaivén de su pierna, la pequeña sombra que giraba silenciosa a través de la lluvia y que dibujaba una curva entre los postes. La fresca y crujiente erupción de la afición.

Empecé a aborrecer la actividad que se desarrollaba a mi alrededor. Un viejo método de evasión. Observé la vida que la inanidad del partido no conseguía absorber: la alta chimenea y los dos cilindros en flor de la central eléctrica, semiocultos por las nubes; los techos de los autobuses de dos pisos que pasaban junto a uno de los extremos del estadio, con las luces encendidas en la parte superior, con las caras inexpresivas de los pasajeros tras las ventanillas. Las casas también estaban iluminadas en su lento descenso hacia el valle. Volví al centro del campo, imitando a las figuras que con su incesante actividad me habían causado aquella súbita fatiga. Ya no era joven, y eso me avergonzaba.

Nos estaban presionando de vuelta a nuestra línea. Maurice robó el balón y lo devolvió a las manos de Frank. Él asaltó la pared humana que se cernía ante él, hasta que lo derribaron en medio de un nubarrón de vaho sucio y chorros de agua enfangada. Arnie recibió el mismo trato. Recorrieron un metro, dos metros, corriendo desde la línea, pero luego se vieron obligados a retroceder ese mismo trecho. Frank lo volvió a intentar, impulsando hacia delante su gigantesco corpachón y reprimiendo un resoplido de dolor cuando lo arrojaron al suelo. Cuando lo intentó de nuevo, con un grito frustrado e iracundo, lo levantaron en vilo y lo voltearon un par de veces antes de dejarlo caer sobre su cabeza y sus hombros. Cuando su cráneo se hincó en la tierra, Frank resollaba como una maquinaria escacharrada.

Esta indignidad le arrancó una exclamación mixta, de incredulidad y de placer, a la afición. Ojalá Kenny no haya venido a vernos, pensé. «No hay nada en ese campo que encaje mejor los golpes que Frank Miles —solía decirles George a los gerifaltes de los equipos visitantes—. E incluyo a la mismísima pelota.»

A mi izquierda, el capitán de los tigres rivales observaba atentamente los aprietos de sus

delanteros.

—¡A la pelota! ¡La pelota! —gritaba—. Dejad al tipo... ¡Id por la pelota, puñetas! —Mientras gritaba, se daba golpes a sí mismo, impaciente.

De pronto, el cuero chocó con mis palmas extendidas. Y yo corrí directo hacia el capitán.

—¡Venga, Art! ¡Vamos, Art! —chillaba Maurice a mi espalda. Yo seguí corriendo hacia él, lo atropellé, lo derribé. Lo pisoteé y conseguí abrirme un hueco para seguir avanzando. La cabeza me palpitaba de dolor, como un eco del movimiento de mis pies. Un brazo me atrapó por la cintura, se escurrió, volvió a sujetarme, y entonces un puño se hundió en mi cuello. Pero yo seguí adelante, llevándomelo conmigo. Luego vino otro y me agarró por la nariz y por los ojos, explorando mis zonas sensibles con los dedos hasta que me obligó a arrodillarme. Arnie recibió el balón, y, anunciando su triunfo con un grito de chiquillo, se arrojó sobre aquel caos de barro y hombres buscando una abertura con todo el cuerpo, como si tuviera tentáculos. Aún corrí nueve metros más bajo el griterío de la muchedumbre, y solo entonces se derrumbó sobre un mar de brazos y piernas.

Yo seguía arrodillado, absorto por un extraño sentimiento de resignación. Las muelas me castañetearon al fondo de la boca cuando luché por incorporarme. Las manos me temblaban de frío. Me desprecié a mí mismo por no odiar al hombre que me había desgarrado la aleta de la nariz. Ya estaba acostumbrado a todo. Diez años de esto, diez años de afición: bastaba que cometiera un error, un ligero desliz, para que toda la tragedia de vivir, de estar vivo, se colara en la garganta de la afición y esta rugiera de dolor como un animal mutilado. El vocerío, la cólera de la afición reverberaba por encima del estadio y llenaba el valle entero... y entonces una silueta avanzó hacia mí a través de la penumbra.

Solo acerté a entrever la blancura fiera y brillante de sus ojos y de sus dientes apretados a través de la máscara de barro que le cubría el rostro: un destello de hostilidad inútil. Con un giro que lo puso fuera de mi alcance, desbarató mis planes de retrasar su avance. Finalmente le puse la zancadilla y, cuando tropezó y cayó, yo blandí el puño. Pero no di en el blanco y me desplomé en el suelo, bajo el desmesurado estruendo del público. Él se recuperó y siguió corriendo, hasta pasar entre los postes. Cuando Frank vino a levantarme, el barro me cubría las lágrimas. «¿Dónde está ese puto zaguero?», quise chillar. Pero lo único que pude hacer fue clavar una mirada de incredulidad en mis propias piernas, que me habían traicionado.

El agua me llegaba a los hombros. Me oprimía el pecho y me hacía toser en medio del vapor cada vez que intentaba respirar. Las contusiones en carne viva me escocían por efecto del calor. Algo más allá, a mi izquierda, Maurice charlaba con alguien; solo veía su cabeza y un cigarro encendido por encima de la superficie del agua. Frank, que chupaba su pitillo en busca de alivio, se dio la vuelta delante de mí y me mostró su espalda de toro. Yo me concentré en la tarea de enjabonarle la piel; a estas alturas conocía sus imperfecciones mejor que las mías.

Él se sumergió, dejando la mitad del jabón en la superficie, y, cuando volvió a sacar la cabeza, me dijo:

—Alguien ha vuelto a mearse en la bañera. —Y, después de hacer un barrido circular con la mirada, anunció con una risita boba—: Seguro que es Arnie.

—¿Quién, yo? —dijo el chaval, señalándose a sí mismo con gesto ofendido.

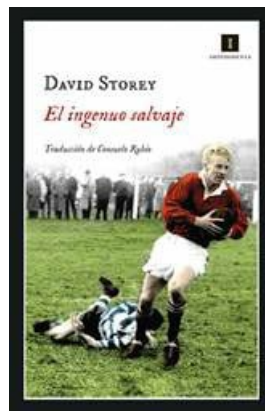
Frank cruzó la bañera, que estaba a rebosar de gente, y arremetió contra él. Maurice y yo lo secundamos mientras los demás nos jaleaban. Arnie, por su parte, gritó inútilmente en busca de

ayuda. Agarramos a aquella fiera salvaje los tres a la vez y pusimos su obscena cabezota bajo el grifo del agua fría. Maurice le hacía cosquillas en el tórax. El agua caía en cascada al suelo del vestuario. Todo el mundo participaba de pronto en el mismo aullido de placer. Arnie sufría la tortura de su propia risa.

Luego Dai nos ahuyentó a manguerazos. Nos colocamos frente a la chimenea de coque y dejamos que nos masajearan. Maurice se tumbó sobre la mesa, con otro cigarro entre los labios, mientras le vendaban las rodillas. El masajista se inclinó sobre él para untarle el cuerpo de linimento naranja.

Frank se restregaba la cabeza con una toalla, sin prisa. Su prominente tripa estaba relajada y sus bíceps sobresalían como un par de formaciones rocosas. Yo dejé que me vendaran los tobillos antes de vestirme, y en cuanto estuve listo me puse los dientes.

EL INGENUO SALVAJE



Arthur Machin es hijo de un simple minero y no espera salir de la ciudad industrial inglesa en la que nació, un agujero de frustración y aburrimiento, pero su vida cambia cuando el equipo local de rugby lo ficha para la Liga Nacional. De la noche a la mañana, todo el mundo conoce su nombre y se codea con los hombres más poderosos de la zona. Sin embargo, Arthur no tarda en darse cuenta de que la popularidad no implica necesariamente la felicidad. Mientras va incomodando cada vez más a las clases altas, que no suelen admitir a nadie de origen humilde en sus selectos círculos, Machin trata de hallar cariño en la señora Hammond, su casera, y demostrarse a sí mismo que es algo más que una marioneta de la sociedad, incapaz de hacer nada salvo regodearse en su propia fama.

Storey, David. Nació en Wakefield, Yorkshire. De familia obrera, su padre trabajó en una mina de carbón, pero él estudió en la Slade School of Fine Art de Londres, donde se mantuvo por sí mismo jugando en un equipo de rugby a trece. A pesar de que comenzó su carrera literaria como dramaturgo, la fama le llegó con su primera novela, «El ingenuo salvaje» (1960), que se alzó con el Macmillan Fiction Award. También ha sido galardonado con el Premio Booker (1976), el Premio John Llewellyn Rhys y el Premio Somerset Maugham. Storey falleció en 2017 en Londres.

NOTAS

[1] Frank hace referencia a un famoso asesinato de 1931, en el que un empleado de la aseguradora Prudential Insurance Company fue acusado de matar a su mujer, si bien el caso nunca llegó a esclarecerse del todo. (*N. de la T.*)